MÁS INMENSO QUE EL CIELO



IVANA KASPER

Planeta

MÁS INMENSO QUE EL CIELO

IVANA KASPER

MÁS INMENSO QUE EL CIELO

Puntos de referencia

Portada

Portadilla

Legales

Tabla de contenidos

Kasper, Ivana
Más inmenso que el cielo / Ivana Kasper. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2026.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-9658-3

1. Literatura. I. Título.
CDD A860.9282

© 2026, Ivana Kasper

Todos los derechos reservados

© 2026, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Ing. Enrique Butty 275, Piso 8, C1001AFA, C.A.B.A.
info@ar.planetadelibros.com
www.planetadelibros.com.ar

1.ª edición digital: marzo de 2026
Versión: 1.0
Digitalización: Proyecto 451

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-9658-3

Para todas aquellas personas que no temen amar con locura,
aún sabiendo que pueden romperles el corazón en mil pedazos.

A veces, las personas a las que amas
se marchan antes de que la historia termine.

A siete años de ti,
Ashley Poston

PRÓLOGO

El pitido agudo atraviesa mis oídos, rompiendo el silencio con un estallido, como si el aire estuviera hecho de vidrio. Todo a mi alrededor se mueve en cámara lenta: el parpadeo de las luces y las sombras estirándose, deformándose. Algo me oprime el pecho, pero no puedo identificar qué es. Mis manos tiemblan y el dolor late en todo mi cuerpo. Nada tiene sentido.

Escucho un eco de bocinas que parece venir de otro mundo. Al principio son solo murmullos, como si estuviera sumergida en agua profunda, pero pronto ese zumbido se hace más nítido, más urgente. Mi cabeza late con fuerza mientras intento concentrarme. Tengo destellos de recuerdos, imágenes borrosas de algo que acaba de suceder... ¿o está por pasar? Aunque intento ordenar mi cabeza, todo sigue siendo un borrón de ruido y movimiento.

Siento que algo me aprieta, inmovilizando mi pecho. Quiero gritar, pero la garganta se me cierra. Mi cuerpo giraba, lo sé, lo sentí. Unos segundos interminables de vueltas. Pero ahora estoy quieta. Todo a mi alrededor parece suspendido en el tiempo.

CAPÍTULO 1

ANTES

BECCA

El sudor frío recorre mi columna y abro los ojos de golpe. Miro el reloj despertador en la mesita de luz: 4:46 a. m.

Fantástico, pienso, mientras Thor, mi perro, se acerca asustado.

—Ey, ey, tranquilo. Es solo otra pesadilla. Nada nuevo, ya lo sabes —le digo acariciándole las orejas.

Thor me mira con ojos somnolientos y vuelve a acomodarse. Qué suerte tiene de dormirse tan rápido. ¿Lo envidio? Por supuesto.

Decido levantarme de la cama, sintiendo el peso de la noche aún en mi cuerpo. Observo en silencio mi rodilla; la cicatriz blanca está en el mismo lugar, y el dolor es el mismo desde el primer día. Me late, me pica, me molesta. Aprovecho que estoy despierta para empezar el día, aunque sea más temprano de lo que suelo hacerlo. Volver a dormirme sería una misión imposible.

Me sigo preguntando cuándo será el día en que pueda dormir una noche completa sin recordar el accidente. Hace siete años, una mala caída destrozó mi sueño. En segundos, vi cómo todos los años de entrenamiento, torneos y campeonatos se desvanecían frente a mis ojos. Desde entonces, tuve que dejar de competir profesionalmente en gimnasia artística, y abandonar el equipo olímpico, por supuesto.

Fueron meses de fisioterapia, tratamientos, sesiones con psicólogos, terapias alternativas... probé todo lo que aparecía frente

a mis ojos con tal de poder afrontar que nunca más podría competir y alcanzar mi sueño de ser medallista olímpica. Aprendí a convivir con el dolor y la frustración. Lo más doloroso era ver a mis ex-compañeros entrenar, viajar y tener éxito. Nadie te prepara para presenciar cómo se desmoronan tus aspiraciones de un día para el otro.

Me encuentro con el teléfono sobre la mesa y reviso las notificaciones. Desde la lesión, decidí crear una cuenta nueva en redes sociales, privada, para alejarme del recordatorio constante de la fama que nunca llegué a alcanzar. Los comentarios de pena y los mensajes de aliento me rompían cada día un poco más.

Una hora después, tras perderme viendo videos de perritos en TikTok y tendencias virales, decido darme una ducha. Siempre he sido de esas personas que necesitan bañarse antes de salir. Me despierta y me da energía. No me imagino comenzando mi día de otra manera.

Mientras preparo el desayuno miro mi agenda. Me obsesiona anotar todas las tareas del día. No quiero olvidar nada. La posibilidad de que algo se me escurra me asusta.

Luego de mi accidente, mi entrenadora Ava decidió acogerme como si fuera su hija y ofrecerme un trabajo en su escuela de gimnasia artística. La pasión que siento por hacerlo me desborda, así que levantarme temprano todos los días para entrenar a chicas de entre seis y ocho años me llena de felicidad.

Llego a *Rise Athletics Center* con un café en la mano. *Es el segundo del día, Becca*, me digo. Soy consciente de que la cafeína no me sienta bien tan temprano, pero tras una pesadilla, me lo dejo pasar.

—Hola, hola, mi niña. ¿Cómo te encuentras? —me dice Ava, con la calidez de siempre.

—Creo que mi cara dice mucho más de lo que puedo expresar con palabras, ¿no crees?

—¿Otra pesadilla? —pregunta levantando una ceja.

—¿Cómo lo supiste? —le respondo con una sonrisa burlona.

—Deberías visitar nuevamente a Spencer. Te había ido bien en su momento...

—No quiero volver a tomar ningún tipo de droga para dormir. Sabes que las detesto —refuto, sintiendo el cansancio en mi voz.

—Lo sé, pero si sigues así no podrás aguantar mucho más —me advierte con su mirada llena de preocupación.

Le devuelvo la mirada, pero con cansancio y cariño al mismo tiempo.

Ava me conoce desde que era una niña. Ha estado a mi lado en cada entrenamiento, torneo y campeonato.

Mis padres nunca estuvieron muy presentes y, para ser honesta, no los extraño. Viven a varios kilómetros de casa, y eso ya no me molesta en absoluto.

Luego del accidente nuestra relación terminó por romperse. Cuando pasas más de treinta horas a la semana en un gimnasio entrenando, ves más a tus compañeros de equipo que a tu familia y estás más tiempo fuera de tu casa que en ella. Es difícil mantener una relación estable, sobre todo con padres que nunca fueron un gran apoyo para cumplir tus sueños.

Me quedo mirando el vacío hasta que una notificación en mi teléfono me quita de mi trance.

Wyatt
Vamos, Becca, contesta de una vez. Sabes que quiero
que hablemos. Es importante.

No otra vez, pienso. Agotada, elimino el mensaje, apago el teléfono y me dirijo a los vestuarios.

Me cambio y me miro en el espejo. Me repito que es solo otro día más, que tengo que superarlo. Que, en algún momento, las cosas mejorarán.



—¡Vamos, vamos! Así se hace, chicas —grito animando al equipo. Nueve diablitas de entre seis y ocho años practican sobre las vigas.

Las vigas, ironía del destino, fueron mi perdición. Una mala maniobra sobre ellas fue lo que me llevó al accidente. Este es un deporte tan hermoso como peligroso.

Entrenamos duro para las regionales, y mi sueño ahora es que cada niña en este gimnasio pueda cumplir los suyos. La gimnasia artística es exigente, dolorosa y muchas veces frustrante, pero también tiene una magia que solo entiende quien la vive.

Cuando la música se detiene, las chicas me miran, exhaustas. Les digo que pueden ir a los vestuarios y esperar a sus padres en recepción. A lo lejos, veo a Ava entrenando al grupo de juveniles. Las chicas tienen talento y con ella como entrenadora llegarán lejos. No puedo evitar una punzada de envidia; quisiera estar en sus zapatos.

Voy a los vestuarios y enciendo el teléfono de nuevo. Una cascada de mensajes me llega de Mia, mi mejor amiga. Con ella, lo intenso y caótico son moneda corriente, pero siempre estuvo ahí para mí, especialmente después del accidente. Me escuchó, y escucha, hablar de gimnasia artística hasta el hartazgo.

El teléfono zumba de nuevo y veo su nombre en la pantalla. Suspiro.

—¡Hola, Bee! —saluda entusiasmada—. ¿Dónde te habías metido? ¡Hace horas que te estoy escribiendo!

—¿Trabajando? No todos tenemos un padre millonario dueño de una cadena de restaurantes —respondo con sarcasmo.

—¡Ay, Bee! Ya te dije que trabajar es aburridísimo —bromea—. No, mentira. Hablando de cosas importantes: ¡tengo un plan para esta noche!

—Ay, no... No me digas que otra vez organizaste una cita a ciegas.

—¿Cómo lo supiste? —Se hace la inocente.

—Porque es lo único que has propuesto desde lo de Wyatt.

—Bueno, sí. Entiendo tu punto. Pero sabes que lo hago por tu bien. Ya es hora de que conozcas a alguien nuevo. De que te enamores. Te lo mereces. Sabes a lo que me refiero.

—No. No empecemos. No quiero que tengamos nuevamente esta conversación. Llama a alguna de tus amigas de la universidad, del

club de campo o lo que te haga feliz. Pero sabes que esos planes no van conmigo. —Sueno un poco enojada.

—Está bien, está bien. ¡No te enojes! —Cambia de tema rápidamente—. ¿Cómo estuvo tu día?

—Bien, ya sabes. Lidiar con nueve diablitos queriendo bailar Taylor Swift mientras les enseño técnica no es fácil. Hacerles entender de disciplina y trabajo con su edad… es complicado.

—Bee, eres un ángel. Te van a canonizar —responde con sarcasmo—. Realmente. Estoy segura de que cuando mueras tendrás un lugar muy especial cerca de Dios —me dice irónicamente mientras se ríe.

—Idiota.

—Pero me amas, y lo sabes.

—Solo porque no tengo a nadie más —digo en broma. Aunque, en silencio, la broma me deja pensando.

—Bueno Bee, te dejo. Tengo que salir corriendo a buscar a una nueva acompañante para presentarle a un guapo abogado de negocios de un metro ochenta, morocho y de ojos verdes —me dice, buscando tentarme.

—Eso no te lo crees ni tú —suelto un bufido.

—Sh. Déjame ilusionarte. Chaito, hablamos luego. ¡Te quiero!

—Chau, M —contesto.

Miro mi teléfono y suspiro. Me pregunto cómo fue que terminé haciéndome amiga de la chica más popular y rica del colegio cuando no hay nada que tengamos en común. Somos opuestos que se atraen y complementan al mismo tiempo.

A pesar de todo soy una fiel creyente de que las amistades tienen que representar eso. Un equilibrio. Entre la tranquilidad y la intensidad. Entre la alegría y el mal humor. Un gato negro y un *golden retriever.*

Por si queda alguna duda, yo represento al gato negro en nuestra relación.



Enfilo rápidamente hacia la salida sin saludar siquiera a Ava. Veo a lo lejos que sigue compenetrada en su entrenamiento y no quiero interrumpirla. Entonces veo que Grace, una de mis alumnas, está todavía esperando en la recepción.

—Hola, Grace, ¿qué haces todavía aquí? —pregunto preocupada.

—Fallon no pudo recogerme, así que estoy esperando que alguien venga por mí —contesta con tristeza.

Trato de recordar quién es Fallon pero mi memoria falla. *¿Será su madre?* Me pregunto.

—Oh, qué pena. ¿Quieres que me quede contigo? No tengo problema.

—¡Sí, por favor! No me gusta estar sola —responde con una sonrisa.

Le doy conversación para animarla. Aunque amo entrenar niños, no suelo involucrarme mucho más allá de eso. Mi trabajo consiste en entrenarlos, corregirlos y acompañarlos a mejorar en esta disciplina, pero es Ava quien se encarga de las charlas con los padres, las entregas de premios y todo ese mundo del cual yo decido quedar ajena. Pero Grace es dulce y apasionada, así que intentarlo no me cuesta demasiado.

—¿Qué fue lo que más te gustó del entrenamiento de hoy?

—¡La rutina de *Obsessed* de Olivia Rodrigo! —dice emocionada—. *Arabesque*, *relevé*, tijera, giro... ¡no puedo sacármelo de la cabeza!

—Prestaste mucha atención. ¡Felicitaciones! Tus saltos están cada vez más precisos. Estás mejorando muchísimo. Si sigues practicando y lo deseas, podrás llegar muy lejos —la animo.

—¿Y usted, profesora? ¿Por qué nunca la he visto en la viga?

La pregunta me toma desprevenida. Mi cuerpo se congela al segundo. Si bien hace años que no me subo a una viga, hablar del accidente nunca deja de ser doloroso. Las palabras se me atoran. Trago saliva, pero antes de responder, alguien se acerca.

Un hombre alto, de ojos amables, llega a buscarla. Su estatura me impresiona; mide, fácilmente, un metro ochenta. Y al lado de Grace la imagen es incluso cómica.

—Hola. Soy Ethan. —Extiende la mano un poco agitado—. Perdón, no nos conocemos. Soy el tío de Grace. Fallon siempre viene

a buscarla, pero hoy se le complicó y tuve que salir corriendo del trabajo para venir. Puedes chequear en los papeles de administración; estoy autorizado para retirarla —aclara con tono nervioso.

Grace sonríe y da un saltito de alegría al ver a su tío, mientras él le acaricia la cabeza con ternura. Parece tan natural con ella, tan presente… Y algo en mí, sin quererlo, se afloja al ver esa conexión. Me recuerda que todavía hay personas con una calidez genuina en este mundo.

—Eh… hola —tartamudeo un poco, sintiendo un nudo en la garganta. *Becca, contrólate*, me digo. ¿Qué me pasa?

—¿Estás bien? —pregunta, frunciendo el ceño con una pizca de preocupación.

—Eh, sí, sí. Perfectamente —respondo torpemente. Me aclaro la garganta—. Soy Becca, su profesora —digo finalmente.

Le acepto el apretón de manos, esperando no haber puesto demasiada fuerza. Mi cuerpo responde con un leve escalofrío, uno que no tiene nada que ver con el frío del gimnasio y mucho que ver con esos ojos que me observan con curiosidad.

—¡La famosa Becca! Grace habla todo el tiempo de lo mucho que disfruta aquí —comenta Ethan. Sus palabras son tan sinceras que siento cómo me sonrojo—. Gracias por esperar a que llegara alguien a recogerla. —Hay algo en su tono dulce que me desarma un poco.

—No es nada —contesto, tratando de recuperar algo de compostura.

—Bueno, nos vamos. ¿Grace? ¿Estás lista? ¿Tienes todo? —Gira hacia su sobrina.

—Sí, tío. Todo listo. ¿Podemos ir a tomar un helado? Fallon siempre me dice que no cuando le pregunto —pide Grace con tono inocente.

—Claro que sí. Lo que sea por mi sobrina preferida —la conciente, mirándola con ternura.

Es en ese momento cuando me doy cuenta de que los estoy mirando a ambos con una expresión de embobamiento absoluto. *Reacciona, Becca. ¿Qué carajos te pasa?*, me reprendo internamente.

—¡Adiós, Becca! Un gusto conocerte —dice Ethan alegremente, como si nada raro hubiera pasado.

—A-a-adiós —balbuceo, notando el calor en mis mejillas.

Observo cómo salen por la puerta de cristal y, cuando se cierra, miro mi reflejo en el vidrio, sintiendo el peso de la realidad.

Observo el reloj y me sorprendo al ver cuánto tiempo ha pasado desde el final de la clase. El lugar parece tan distinto ahora, como si las risas de Grace y la presencia de Ethan hubieran dejado una especie de eco cálido que no puedo ignorar.

Por un instante, cierro los ojos y respiro profundo, intentando calmar el revoloteo en mi estómago. Esa calidez, esa dulzura…

No, me digo. No estoy para involucrarme con nadie. Y menos con alguien que parece tan inocente.

Pero a los cinco segundos un pensamiento ronda por mi cabeza.

Estoy en graves problemas, pienso, mientras el eco de su sonrisa sigue rondando en mi mente.

CAPÍTULO 2

ANTES

ETHAN

Decido tomarme un café de camino al trabajo. La realidad es que me inclino más por el trabajo remoto pero, en algunos casos, ir a la oficina me divierte. Sobre todo ahora, que el lanzamiento del *Eclipse Rising III* está a la vuelta de la esquina.

El equipo está motivado y la energía en la oficina es contagiosa. La emoción de ver el juego cobrando vida me recuerda por qué elegí este camino, en lugar del que estaba escrito para mí.

Mi trabajo me apasiona. Es un mundo tan distinto a lo que siempre estuve acostumbrado. Mi padre es el heredero de *Crestwell & Associates*, uno de los bufetes de abogados más importantes de Estados Unidos. Su abuelo era abogado, su tatarabuelo también y la historia así sigue. Todos ellos crecieron en un mundo de imposición de reglas, contratos y litigios. Hasta que llegué yo y mi idea de ser diseñador.

Siempre recuerdo el día en que se lo conté. Al principio, mi padre pensó que era un capricho pasajero, algo propio de la juventud. Según él, ya me daría cuenta de lo que me estaba perdiendo al rechazar el legado familiar y que, eventualmente, encontraría el camino "correcto". Pero la idea de pasar mi vida en una torre de más de treinta plantas, vestido de traje, en
reuniones interminables, siempre me sacó de quicio. Yo quería algo diferente. Quería crear, quería acción y diversión.

Hace ya más de cinco años que trabajo haciendo lo que amo, y, aunque aún mi padre no lo comprende del todo, creo que aprendió a respetarlo. A veces, cuando nos vemos, noto una pizca de orgullo oculto en su mirada. No fue fácil llegar hasta aquí, pero el esfuerzo valió la pena. Lamentablemente, no puedo decir lo mismo sobre mi vida amorosa.

Fallon, mi novia desde la universidad, es una persona… especial. Nos conocimos cuando éramos estudiantes, y al principio fue increíble. Teníamos esa vitalidad que caracteriza a los primeros amores. Pero los años pasaron y, con el tiempo, nuestra relación cambió. No sé en qué momento pasó, pero la chispa comenzó a extinguirse.

A medida que Fallon fue creciendo en su carrera, yo también lo hice en la mía, pero en direcciones completamente opuestas. Ella es la CEO de la cadena hotelera que heredó de su padre, y lleva esa responsabilidad con un compromiso intimidante. Su vida se volvió una lista de prioridades en las que cada detalle debe estar en su lugar, cada decisión calculada.

Ser una mujer a cargo, en un sector dominado por hombres, ha sido una batalla pesada y eso moldeó su carácter. Ya no es la Fallon divertida y cálida con la que solía estar. Ahora es una persona más fría, distante, como si hubiera construido una coraza tan fuerte que, a veces, hasta yo quedo fuera de ella.

No la culpo; entiendo la presión que lleva sobre los hombros. Pero esa barrera se ha ido infiltrando en nuestra relación, desgastándola. Hace tiempo que hablamos sobre casarnos y formar una familia, pero, cada vez que toco el tema, ella desvía la conversación o lo deja en el aire, como si fuera una carga más en su vida.

Mis padres piensan que ella es la pareja ideal para mí: inteligente, ambiciosa, una compañera "a la altura". Yo también lo creía, o al menos lo intenté creer, pero cada vez tengo más dudas. A veces me pregunto si estoy aferrado a ella solo porque he compartido tantos años y tantas historias, o porque realmente sigo enamorado. Me duele admitirlo, pero últimamente la respuesta no me deja dormir tranquilo.

Mis pensamientos son interrumpidos por la vibración del teléfono en mi bolsillo. Miro la pantalla y el nombre "Hermanita" aparece iluminado. Sonrío. Mi hermana es mi cómplice, mi mejor amiga, la persona que siempre está ahí para escuchar y aconsejar. Respondo, curioso por su llamada a esta hora. El reloj marca las 2:56 p.m.

—¡Hola, hermanita! —suelto con una sonrisa en la voz—. Qué raro que llames ahora. ¿Pasó algo?

Su respuesta llega con tono apresurado, como si estuviera en medio de alguna tarea.

—Ethan, ¿cómo estás? No tengo mucho tiempo, estoy en mi descanso. Fallon me acaba de enviar un mensaje diciendo que no podrá llevar a Grace a su clase de hoy.

Frunzo el ceño. Fallon siempre fue responsable con sus compromisos, especialmente cuando se trata de Grace. Una vez, entiendo. Pero dos veces seguidas… algo está sucediendo.

—No te preocupes —la tranquilizo—. Voy a ver si puedo salir un poco antes del trabajo y llevarla yo.

—Gracias, Ethan. Me salvas de verdad. Yo no podría salir ahora, tengo que ir directamente al centro estudiantil después. No quiero molestar a papá y mamá con esto.

—En serio, no hay problema. Estoy seguro de que Grace estará feliz de verme.

Escucho una risa suave al otro lado de la línea.

—Claro que sí. Sabes que eres su persona favorita en el mundo. A veces creo que si tuviera que elegir entre tú y yo, se iría contigo sin dudarlo.

—No digas eso, sabes que Grace te adora.

—Bueno, si tú lo dices… Tengo que dejarte, estos pasteles no se van a hornear solos. Mindy está volviéndome un poco loca últimamente; quiere que perfeccione la *panna cotta* de pistacho —dice nerviosa, entre risas y con un tono apresurado.

—Le diré a Mindy que te siga presionando. ¡Estoy esperando probarla!

—Vas a tener que esperar un poquito más, entonces. Gracias por esto. Hablamos luego.

—Adiós, hermanita.

Cuelgo y sonrío, imaginando la cara de Grace al verme llegar. Esa pequeña me tiene en la palma de su mano.

Mientras apago la computadora, saludo a mis compañeros de oficina y recojo mis cosas. Las llaves chocan entre sí cuando las dejo caer sobre el asiento del coche y Queen empieza a sonar apenas giro el contacto. El GPS marca el camino y la flecha azul avanza calle tras calle en dirección a la escuela de Grace. Freno en un semáforo y miro la pantalla: veinte minutos. Tiempo suficiente para intentar poner en orden lo que pasa en mi cabeza.

La idea de Fallon abandonando lentamente nuestra relación atraviesa mi realidad mientras pienso en la razón por la que no podría cumplir con Grace por segunda vez en la misma semana. Podría ser el trabajo, sí, pero tengo mis reparos...

Llego a la escuela en piloto automático y Grace está esperando en la entrada con su mochila rosada y una enorme sonrisa en su rostro. Al verme, corre hacia mí y se lanza a mis brazos.

—¡Tío Ethan! —grita, emocionada.

—¡Ey, campeona! —La abrazo—. ¿Lista para tu clase?

Asiente con entusiasmo, y durante el trayecto, me cuenta historias de su día. Nos reímos, cantamos canciones, y me doy cuenta de que, por muy complicado que parezca el mundo de los adultos, momentos como este son los que realmente importan.

CAPÍTULO 3

DESPUÉS

BECCA

El aire frío del hospital me golpea al entrar. La luz blanca y cruda de los tubos fluorescentes me obliga a entrecerrar los ojos mientras busco la cama que ya conozco de memoria. Un escalofrío recorre mi espalda. El lugar huele a desinfectante y tristeza, un aroma que se clava en mis fosas nasales. El pitido constante del monitor marca el ritmo de mi corazón, un recordatorio cruel de que la vida sigue, incluso aquí.

Me acerco a la cama, donde un cuerpo inmóvil yace cubierto con sábanas blancas. Su rostro, tan familiar y a la vez tan ajeno, me resulta dolorosamente evocador. La piel pálida pareciera brillar bajo la luz del hospital. Me pregunto si en alguna parte de su mente, en ese abismo donde ahora habita, sabe que estoy aquí.

El dolor en mi costado me recuerda que también fui parte de esta historia. Aún tengo la cicatriz de la cirugía, una marca que me duele cada vez que me muevo. Me siento cansada, exhausta por el dolor físico y emocional que me envuelve como una niebla pesada. Pero aquí estoy, en la silla a su lado, aferrándome a la esperanza.

Mis ojos recorren la habitación. Todo es tan familiar y, al mismo tiempo, tan ajeno. Me duele pensar en la última vez que hablamos,

en los planes que hicimos.

¿Qué nos trajo hasta aquí? Me pregunto, buscando respuestas en el silencio que nos rodea. Las horas pasan, pero la verdad permanece oculta. La culpa se asienta en mi pecho como una piedra. ¿Podría haber hecho algo diferente? Seguro que sí. Siempre se puede hacer algo diferente para cambiar las cosas.

Las enfermeras entran y salen, sus murmullos se desvanecen en la distancia. No les presto atención. Estoy demasiado absorta en mis pensamientos, en la tormenta que arde en mi interior. A veces, siento que puedo escuchar su voz llamándome. La idea me desarma, y me aferro a su mano. Acaricio su piel, tratando de transmitirle todo lo que no puedo expresar con palabras.

Las lágrimas amenazan con asomarse, pero me esfuerzo por contenerlas. En este momento, no puedo permitirme el lujo de rendirme.

El monitor sigue pitando, y su sonido se convierte en un mantra. Cada pitido es un recordatorio de que sigue vivo, aunque en mi interior sé que la batalla no ha terminado. La idea de que su familia está en la sala de espera me atormenta. No sé cómo se sentirán al verme aquí, ocupando un lugar en su vida que podría no ser el mío por mucho tiempo. La incertidumbre se siente como un veneno que se filtra en mi mente.

Cierro los ojos, dejando que el dolor me inunde. No puedo evitarlo. En cada latido de mi corazón, hay un eco de lo que pudo ser. Siento que una oleada de desesperación me envuelve. Quiero gritar, pero el sonido se queda atrapado en mi garganta.

La soledad en esta habitación es aplastante. A veces, el silencio se siente tan pesado que me cuesta respirar. Pero en medio de esa tormenta, también encuentro un extraño sentido de paz. Este es nuestro espacio, un lugar donde las palabras son innecesarias, donde el amor se siente en el aire.

Mi mente divaga, y las sombras del pasado vuelven a asaltarme. Recuerdos fragmentados se deslizan entre mis pensamientos. La forma en que solía mirarme, la promesa de un futuro que ahora se siente tan incierto.

A medida que las lágrimas caen silenciosamente por mis mejillas, me aferro a la esperanza de que un día volverá a escucharme y que juntos enfrentaremos lo que venga.

El monitor sigue pitando, y cada sonido se convierte en un eco de mis propias promesas. No puedo dejar que la desesperación me consuma. La idea de que aún hay una batalla que librar me llena de determinación. Y mientras la noche avanza, me encuentro envuelta en una mezcla de amor y dolor, una lucha silenciosa que solo nosotros dos compartimos.

CAPÍTULO 4

ANTES

BECCA

El sonido de los pies de las pequeñas resuena en el suelo de madera pulida de la sala de gimnasia, y sus risas se entrelazan con el eco de las acrobacias.

Como entrenadora, este es mi refugio, mi lugar, un espacio donde puedo ser quien realmente soy, sobre todo después de mi pasado, rodeada de sueños en miniatura y la promesa de un futuro brillante para mis alumnas.

Cada día que entro a esta sala, siento que estoy en mi elemento, guiando a esas niñas a descubrir su potencial, ayudándolas a volar, incluso si solo es por unos instantes. Me concentro en esto.

Levanto la vista y veo a Ethan entrar por la puerta. El bullicio de risas y gritos se desdibuja en un murmullo diluido a mi alrededor.

La primera vez que lo vi, su presencia me paralizó. No es normal que los hombres me atraigan de esa manera. Nunca fui de esas que sienten esos "flechazos instantáneos". No creo en las historias de amor. ¿Las novelas románticas? Puras mentiras. Sobre todo después de mi última experiencia.

La típica historia de amor de una relación llena de idas y vueltas que termina consumiéndote en el proceso. Toxicidad, celos, malos tratos y otras situaciones que es mejor no recordar.

A pesar de mis creencias, de evitar ilusionarme y de no querer reconocer lo que Ethan está empezando a provocarme, su sonrisa

me desarma y esos ojos parecen leer lo que me pasa, como si supieran más de mí de lo que yo misma sé. ¿Cómo es posible que esto suceda cuando es la segunda vez que nos vemos?

Hoy no es diferente, pero hay algo más: una presión en mi pecho, como si una ola de confusión y deseo se agolpara dentro de mí, chocando entre sí. Son dos constantes peleando entre ellas. El querer y el hacer. El soñar y el realizar. Lejos quedó la Becca que sentía que todo era posible y era más libre a la hora de accionar.

Veo que entra de la mano con Grace y el corazón se me derrite. Creo que no hay nada que le guste más a una mujer que un hombre siendo amoroso con los niños. Se puede saber mucho de una persona observando cómo trata a los más pequeños.

Su risa llena la sala y, como pasó la primera vez, no puedo evitar mirarlo. La manera en que se agacha para hablarle, la ternura en su voz, todo en él irradia una luz que no puedo ignorar. Pero hoy, su presencia me resulta aún más desconcertante. Ethan nunca trae a Grace a la clase, ¿qué lo trae por aquí ahora? Sobre todo después de nuestro último y único encuentro. Un pequeño fuego de esperanza se enciende en mi pecho, pero rápidamente lo apago, recordando que no puedo dejarme llevar.

Mientras las niñas se alinean para comenzar la clase, me obligo a enfocarme. Sus pequeñas caritas concentradas son mi responsabilidad, y en este momento no puedo distraerme. Sin embargo, el hecho de que Ethan esté aquí, que haya decidido quedarse a presenciar la clase, en el mismo lugar, perturba mi determinación. Mis pensamientos se dispersan, atrapados entre el deber y el anhelo.

Grace corre hacia mí antes de empezar y, con esa sonrisa que siempre me desarma, dice en voz alta:

—¿Viste, Becca? Hoy me trajo mi tío.

El comentario me toma por sorpresa. La miro a ella y luego a Ethan, que parece divertirse con mi reacción.

—Tenía un rato libre y quise aprovecharlo —aclara él, pero hay algo en su tono que me intriga. Su presencia aquí no parece casual.

Hasta donde tengo entendido, Grace siempre acude a sus clases con Fallon. Una chica que tiene más o menos mi edad, pero que no

puede ser más distinta a mi. Alta, casi parece una modelo, siempre impecable, maquillada y vestida como si fuera a un desfile de moda. A pesar de que fueron pocas las veces que me la crucé, siempre fue amable conmigo y con Grace.

Mientras las niñas se preparan para su rutina, la tensión en el aire se vuelve palpable. Ethan se queda a un lado, observando, pero no se involucra. Esa distancia entre nosotros es casi insoportable. ¿Sentirá lo que yo siento? Mis pensamientos corren en círculos, buscando respuestas que no tengo.

La primera ronda de saltos comienza, y una de las niñas se lanza con entusiasmo, solo para caer de manera torpe. El sonido del golpe resuena en el gimnasio y mi instinto me lleva hacia ella, olvidando por un momento a Ethan.

—¿Estás bien, cielo? —le pregunto, inclinándome para ayudarla a levantarse. La preocupación se dibuja en mi rostro mientras miro su pierna. La niña asiente, aunque sus ojos están cargados de lágrimas. Busco alguna herida, pero a simple vista no logro encontrar nada.

—No se preocupe profesora, estoy bien —dice con una sonrisa tímida, intentando tranquilizarme. Su valentía me conmueve y me hace recordar por qué amo este trabajo y a estas niñas.

Mientras la consuelo, siento que él se acerca. No sé por qué, pero su presencia me inquieta. Al mirarlo, veo que observa a Grace, y eso me provoca una punzada de celos.

No sé por qué me siento así. Es solo un tipo que está aquí para ver a su sobrina. Sin embargo, no puedo evitar que un pequeño destello de envidia se asome en mi pecho. La relación que tienen parece tan natural y fluida. Aquella relación con la que hubiera sido feliz también a mis seis años.

—¿Tú también te caíste cuando empezaste a hacer gimnasia? —me pregunta tratando de romper el hielo y cambiar el rumbo de mis pensamientos.

—Sí, siempre fui bastante torpe —respondo con un poco de fastidio.

Con cada ejercicio que realizan las niñas, siento que el aire se vuelve más pesado. Cada mirada compartida entre nosotros parece una explosión de electricidad. Pero cada vez que me encuentro

atrapada en sus ojos, recuerdo que no tengo idea de su vida. Esa falta de información me hace sentir vulnerable, como si estuviera en un campo de batalla emocional sin armadura.

—¿Por qué decidiste ser entrenadora? —pregunta Ethan, sacándome de mis pensamientos. Hay un brillo de curiosidad en sus ojos que me desconcierta. Esa pregunta, tan simple y directa, me toma por sorpresa.

—Oh, bueno... —empiezo, pero mis palabras se enredan. ¿Por qué me resulta tan difícil siempre hablar de esto? *Pasaron siete años,* me digo. La presión en mi pecho se intensifica—. ¿Prefieres la historia corta o la larga? —le doy a elegir, y me sorprende lo atrevida que me siento al preguntarlo. Me cuestiono si estoy cruzando una línea, pero la curiosidad es más fuerte que el miedo.

—La larga, supongo —decide.

—Para eso necesitaríamos más tiempo —respondo, y su expresión me deja un poco descolocada. Hay una chispa en sus ojos que me dice que, tal vez, hay más en él de lo que parece. Y que tal vez todo esto que estoy sintiendo, no lo estoy sintiendo solo yo.

—Entonces, la corta —dice rápidamente, sintiendo que mi nerviosismo se traduce en una risa nerviosa.

—La gimnasia artística me apasiona desde que soy pequeña. La practiqué toda mi vida hasta que no pude. —Decido no agregar más detalles al respecto—. Siempre me ha gustado ayudar a las niñas a alcanzar sus metas. Es gratificante ver su progreso. A veces, siento como si no solo estuviera moldeando a atletas, sino también a personas que crecerán y se convertirán en mujeres fuertes.

Ethan asiente. Su atención me hace sentir importante, pero también vulnerable. Hay un silencio incómodo, y me pregunto si debería seguir hablando. Pero en lugar de eso, opto por un enfoque más ligero.

—¿Y tú? ¿Qué haces de tu vida? —Trato de aligerar el ambiente y encontrar un terreno común.

—Soy diseñador gráfico. Trabajo en *Frostfire Games* —suelta con una sonrisa que me desconcierta.

Wow. Eso sí que no me lo esperaba.

Mientras las niñas terminan su ejercicio, no puedo evitar sentir que hay algo más. La conexión que siento con él es innegable, pero su indiferencia me deja con la boca seca. ¿Acaso no se da cuenta de la atracción que flota en el aire?

En ese momento, suena el teléfono de Ethan. Su expresión cambia rápidamente al contestar, y mi corazón se acelera al darme cuenta de que este podría ser el final de nuestra conversación. La llamada parece larga, y no puedo evitar preguntarme si todo esto ha sido en vano.

Cuando finalmente cuelga, su mirada se nota distante. La indiferencia pesa más que antes.

—Lo siento, tenía que atender una llamada urgente —comenta con una sonrisa apenada.

Antes de que pueda contestarle, la voz de Grace me saca de mi formulación:

—¡Tío, ven a ver mi rutina final! —Y en un instante, se ha llevado toda mi atención, y lo que había construido entre Ethan y yo se desvanece como el humo.

Las luces se atenúan mientras Grace realiza su último ejercicio. La multitud de padres, entrenadores y amigos aplauden con entusiasmo, pero yo me siento en un rincón, observando cómo Ethan mira a su sobrina con tanto orgullo.

La rutina de Grace termina con una voltereta que provoca un estruendo de aplausos.

—¡Eres increíble, Grace! —grito, y la sonrisa en el rostro de la pequeña ilumina el espacio. Más allá de que su tío está aquí y que sé que estas palabras de aliento la harán más feliz en este momento, no miento. La niña realmente tiene potencial.

Cuando la clase termina, las niñas se agrupan para hablar sobre sus logros, pero mi mente sigue atrapada en la conversación que no tuvimos. En ese momento, me doy cuenta de que Ethan está a mi lado, observando con una expresión contemplativa.

—Gracias por ser una gran entrenadora —comenta, y mi corazón se acelera. La sinceridad en su voz me sorprende.

Me quedo mirándolo fijamente. Siento que tiene más para decirme.

—Estaba viendo cómo trabajas con ellas… cómo las haces sentirse parte del grupo. No sé, me pareció… genuino.

Sentí un cosquilleo extraño. No era un cumplido cursi ni directo: era algo más profundo, más silencioso. Un poco incómodo.

—Gracias… —murmuré, y me sorprendí de lo mucho que me importaba que él pareciera notar lo que hacía. Lo que realmente hacía.

Hubo un silencio que se sintió más largo de lo que era. Ethan se inclinó un poco hacia mí, como asegurándose de que escuchara cada palabra.

—Y… me gusta que no intentes impresionar a nadie. Se nota que haces esto porque te importa de verdad.

No supe qué decir. Por un lado, era lindo que lo viera así; por otro, sentí que me estaba leyendo con demasiadas certezas.

Pero antes de que pueda responder, Grace se acerca corriendo.

—¡Tío, tío! ¿Viste cómo salté hoy?

Ethan se vuelve hacia ella con una sonrisa genuina, como si todo lo demás no importara.

Es en ese momento cuando siento que la oportunidad se me escapa de las manos. La calidez de su mirada se pierde entre risas y abrazos, y mi corazón se hunde en un mar de inseguridades.



Estaba terminando de apagar las luces del gimnasio y de recoger las últimas colchonetas, cuando la puerta se abre de golpe y aparece Ethan, con las manos vacías y una expresión de sorpresa mezclada con ligera desesperación.

—¡Mierda! —exclama—. Creo que Grace se olvidó su mochila…

Lo miro y no puedo evitar sonreír. Me causa gracia escucharlo maldecir; hasta ahora siempre lo había visto serio y tranquilo, y por un instante parecía que estaba frente a otra persona.

—¿Así que hasta los tíos tienen días despistados? —bromeé, señalando la mochila rosa en el suelo.

Él se agachó, la recogió y la sostuvo frente a mí con cuidado.

—Ah… ahí está. Nada como un tío desesperado para encontrar lo perdido —comentó con un guiño, y su sonrisa me hizo arquear una ceja, divertida y alerta al mismo tiempo.

Me acerqué mientras se acomodaba la mochila en el hombro.

—No sé si me impresiona más que la hayas encontrado o lo atento que eres —comenté, tratando de mantener un tono ligero, pero prestando atención a cómo se movía, cómo hablaba.

—Bueno… alguien tiene que asegurarse de que Grace no deje sus cosas por todas partes —respondió, encogiéndose de hombros y sonriendo de manera natural, sin pretensiones.

Nos quedamos en silencio un momento, solo compartiendo la atmósfera tranquila del gimnasio vacío. No era solo atracción; era curiosidad, un interés genuino por cómo se comportaba cuando no tenía que impresionar a nadie.

—¿Puedes creer que Grace ni siquiera se dio cuenta de que había dejado su mochila aquí hasta que llegamos a la heladería? —Sonó divertido, como si aún no pudiera creerlo.

—Vaya… —comenté, divertida—. Supongo que eso le pasa por distraída.

Nos reímos juntos, y por un instante, la sala vacía parecía un espacio donde el tiempo se había detenido, dejando solo la chispa ligera y real entre nosotros.

Antes de salir del gimnasio, sus ojos se encontraron con los míos un instante más largo de lo normal. No dijo nada, pero su mirada transmitía algo que las palabras no podían: atención, interés y… un toque de diversión.

Cuando cerró la puerta detrás de él, me quedé allí un momento, sonriendo para mí misma. La mochila ya estaba en sus manos, pero de alguna manera la risa compartida y su mirada seguían flotando en la sala vacía.

El deseo que sentía antes por Ethan sigue ahí, pero ahora, en lugar de desear que se acerque, quiero poder entender qué me está pasando. Sin embargo, por cada paso que doy hacia él, parece haber una distancia que no puedo superar.

Y así, mientras la noche se cierne sobre mí, me encuentro contemplando el futuro con una mezcla de esperanza y miedo. Pero,

por ahora, todo lo que puedo hacer es esperar y seguir siendo la entrenadora que mis alumnas necesitan, mientras navego en este mar de emociones que, de alguna manera, parece seguirme a todas partes.

CAPÍTULO 5

ANTES

ETHAN

La tarde empieza a caer cuando dejo a Grace en casa de mi hermana Nora. Ella siempre se las arregla para que cada día sea una aventura, y hoy no ha sido la excepción.

Estuvimos en la heladería, porque lo pidió entusiasmada, pero creo que lo que más le gustó fueron las risas mientras disfrutábamos el helado. Verla reír entre cada bocado me recordaba lo que realmente importa: los pequeños momentos de felicidad. Y por un instante, Becca cruzó por mi mente.

A medida que me acerco al bar, una mezcla de curiosidad y ansiedad toma mi cuerpo por completo. Había prometido a Asher que lo vería, y en mi cabeza resonaban sus palabras: "Siempre tengo tiempo para ti".

Sabía que iba a sentirme liberado por hablar de lo que me molestaba realmente, pero también sabía que, detrás de mis constantes reservas, se escondía un pánico por expresarme. Mis problemas siempre fueron míos y quedaron dentro de mi cabeza a lo largo de los años. Sin embargo, Asher era una de las pocas personas que lograba romper esa armadura que me pongo frente cualquier persona.

El bar era nuestro refugio, con luces tenues y el suave murmullo de conversaciones ajenas flotando en el aire. Cuando entro,

Asher ya está en nuestra mesa habitual, con una cerveza en la mano y una sonrisa amplia en el rostro.

Con Asher nos conocemos desde que nacimos. Nuestras madres son amigas hace décadas y desde que comenzamos el jardín de infantes nunca volvimos a separarnos. Fuimos juntos a la universidad, pero nuestros caminos tomaron direcciones distintas: él decidió dedicarse a la veterinaria, logrando varios años después abrir su propio consultorio en el centro de la ciudad. Ama a los animales más que a nada. Incluso más que a mí.

—¡Ethan! —exclama mientras me acerco—. Por fin. Pensé que me habías dejado plantado.

—Me extraña… Nunca haría eso —respondo riendo mientras tomo asiento.

Asher me mira y su semblante muta de diversión a preocupación. Es una de las pocas personas que puede leerme con facilidad.

—¿Qué pasa? Te veo un poco fuera de lugar. Supuse que tu pedido de juntarnos fuera de nuestro encuentro usual de todas las semanas tenía algún motivo en particular.

—Sí, lo sé. Necesito hablar contigo.

El aire se volvió un poco más pesado a medida que soltaba las palabras. Pedí una cerveza y mientras esperaba, comencé a contarle lo que me pasaba.

—Mira, no sé muy bien por dónde empezar, aunque creo que sabes sobre qué tengo que hablarte.

Asher asintió, alentándome a seguir.

—Es sobre Fallon —dije, dejando caer el nombre como si fuera un peso muerto, arrastrando la falta de oxígeno que estaba generando.

Asher frunció el ceño, como si estuviera conteniendo un comentario mordaz. Yo sabía que Fallon no era su persona favorita en este mundo.

A lo largo de los diez años de relación, Asher y Fallon siempre tuvieron sus desencuentros. Una relación de tira y afloje continua. Ninguno es muy fan del otro para ser honesto.

Intenté que fueran amigos, pero luego de varios años me rendí. Mantienen un trato cordial, pero no mucho más que eso.

—¿Qué pasa con Fallon? —preguntó, tratando de sonar neutral, pero no pudiendo evitar un tono de desaprobación.

—La verdad es que… no sé si esto está funcionando. —Suspiro, buscando las palabras—. Hemos estado peleando más de lo habitual, y me siento atrapado. A veces siento que solo mantengo el vínculo porque es lo que se espera de mí. No es sorpresa que mis padres crean que es la pareja perfecta y ya hace años que estamos juntos. Pero hace rato que mis sentimientos hacia ella se fueron apagando. Ya no siento esa chispa que uno debería sentir por su pareja.

Asher se inclina hacia adelante con la mirada seria.

—Eso no suena bien. ¿Hablaste con ella sobre esto?

—No. No sé cómo hacerlo. Siempre es una batalla con ella. La última vez que intenté hablar, terminó en gritos y más resentimientos. Parece que ella no ve las cosas que yo veo, o decide ignorarlas. Además es difícil crear una conversación considerando que está constantemente ocupada, en reuniones o en la oficina.

—Tienes que ser honesto, Ethan. Mantenerte callado no va a solucionar nada. ¿Crees que puedes ser feliz con ella?

Esa pregunta me golpea.

¿Era feliz?

Todas las respuestas que se me ocurren son complicadas.

—A veces, pero no siempre.

—¿Y es eso suficiente? —repregunta Asher—. Espera, deja que cambie la pregunta: ¿consideras que debería ser suficiente?

—No lo sé. Me siento culpable por pensar así. No quiero lastimarla, pero soy consciente de que no puedo seguir de esta manera... —Hago una pausa, tomando un trago de mi cerveza para darme tiempo—. Siento que estoy en una especie de limbo.

Asher tomó un sorbo de su bebida, pensando meticulosamente sus palabras.

—Entiendo. No es fácil, pero quedarte callado solo va a empeorar las cosas. Estás sufriendo en silencio, cuando deberías poder gritar que mereces ser feliz.

—Sí, pero no quiero ser el villano en esta historia. Fallon ha tenido muchos problemas a lo largo de su vida y… —Intento

encontrar una salida más clara en esta niebla emocional.

—Escucha, no puedes preocuparte de la felicidad de nadie sin cuidar de la tuya primero. ¿Qué te gustaría hacer?

—No lo sé. No quiero ser egoísta, pero me estoy volviendo loco tratando de hacer que funcione. —Asher me mira intensamente, como si supiera que había más de lo que estaba revelando.

—Escucha, si sientes que esto no va a ningún lado, es mejor que lo digas. No solo por ella, sino por ti. La vida es demasiado corta para estar atrapado en una relación que no te hace feliz. No mereces compartir tu vida con una persona que no hace que te enamores de ella todos los días. No deberías estar "tratando de hacer que eso funcione". No es sano. Ni para ti, ni para ella. Las cosas deberían funcionar sin forzarlas.

Sus palabras resuenan en mí, haciendo eco de mis pensamientos. Tenía razón. Sentía que las piezas comenzaban a encajar, aunque la idea de confrontar a Fallon me aterraba. Eran muchos años, muchas presiones. De separarnos, no solo estaría rompiendo nuestra pareja, estaría desgarrando una red tejida hace varios años entre su familia y la mía.

—Es que te escucho y pienso, "por supuesto que tiene razón". Hace menos de unos meses tuvimos una conversación que me inquietó bastante sobre el futuro.

—En la que hablaron de… —me motiva Asher para que continúe.

—Lo típico, ya sabes. Casamiento, hijos, mudarnos. ¿Cómo puede ser que desde hace ya diez años estemos juntos, tengamos ambos treinta años y no convivamos bajo el mismo techo? No me digas que no es extraño —le digo a Asher.

—¿Quieres que sea honesto?

—Siempre. Aunque duela.

—Bueno, aquí voy; sabes que nunca fui fan de Fallon ni de su relación. Siempre te lo dije. Creo fuertemente que no es la persona indicada para ti. Su cabeza tiene objetivos muy distintos a los que tú quieres para tu vida. Claramente no están en la misma sintonía, hermano. Y sé que es difícil, sé que son muchos años. Pero no es justo que uno tenga que renunciar a sus sueños y aspiraciones por

el otro. Ambos merecen ser felices, aunque no suceda estando juntos.

Eso me deja pensando. Luego de unos breves minutos de silencio, levanto la vista.

—¿Y hay algo más que quieras contarme? —preguntó Asher, con esa mirada que siempre lograba que me abriera un poco más.

—Sí… —contesté—. Me encontré con alguien en uno de los entrenamientos de Grace.

—Ya me parecía que este caos mental no había surgido de la nada. ¿Y piensas decirme quién es? ¿O vas a hacerte el misterioso? —dice Asher, sonriéndome con picardía.

—Becca —susurro encogiéndome de hombros—. No la conocía y… me llamó la atención.

—¿La entrenadora?

Asiento.

—¿Te llamó la atención o pensaste en algo más? —preguntó divertido.

—Me intriga. No sé cómo encaja en todo esto… pero tiene algo que me parece interesante.

—No está mal sentir curiosidad por alguien más. Pero sé consciente de tus emociones. No actúes impulsivamente, y, sobre todo, no hagas nada que rompa tu relación actual.

—Lo sé. Solo… el encuentro me sorprendió, y me hizo darme cuenta de que hay cosas que no había considerado antes.

Asher me mira, pensativo, y continúo.

—Sabes que mi lealtad hacia Fallon es impoluta. Jamás haría nada para lastimarla. A pesar de que quizás no esté más enamorado de ella, jamás estaría con otra persona si continuamos juntos.

—Mira, no está mal sentir curiosidad por alguien más. Solo presta atención a tus emociones y analiza bien lo que estás sintiendo antes de sacar conclusiones sobre Becca. —Asher se recostó en la silla pensativo.

—No quiero complicar las cosas más de lo que ya están.

—No te estoy diciendo que actúes impulsivamente. Solo asegúrate de ser honesto contigo mismo. Si algo no funciona con

Fallon, está bien reconocerlo, pero no tomes decisiones apresuradas sobre Becca hasta que tengas claridad sobre lo que quieres.

Las palabras de Asher comienzan a instalarse dentro de mí. A veces, verbalizar lo que uno siente ayuda a echar luz a lo que nos pasa. ¿Y cuando es otra persona la que te lo dice? Pesa el triple. Pero había una pregunta que seguía sin respuesta: ¿realmente estaba listo para dar el paso?

—Quizás solo debería dar un paso atrás y dejar que las cosas se resuelvan por sí solas. —Busco una salida más cómoda.

—¿Y si no se resuelven? —Asher desafía mi planteo.

—No sé, tal vez entonces tendré que hacer algo al respecto. Pero ahora mismo, todo esto es un lío.

—Claro, pero a veces enfrentar el desorden es lo mejor. No se puede vivir entre caos.

Miro por la ventana del bar, observando cómo las luces de la ciudad comenzaban a brillar con fuerza. La noche se acercaba y con ella, más preguntas que respuestas.

—¿Y si nunca hablo con Becca? ¿Y si lo que yo interpreté como algo que podría suceder entre nosotros no fue más que una impresión pasajera? ¿Y si me quedo aquí, estancado? —susurro—. Sabes que no puedo arriesgar más de diez años de relación por un simple capricho.

—Entonces nunca lo sabrás —dice Asher—. No puedes quedarte atrapado en suposiciones. Sobre todo cuando tu presente ya es bastante complicado.

El silencio entre nosotros se volvió pesado. Tal vez tenía razón. Tal vez era momento de abrirme un poco más a mis propios sentimientos y pensamientos, de reflexionar sobre mi relación con Fallon y sobre la inesperada intriga que Becca había despertado en mí.

—Lo pensaré —rompo el silencio finalmente, sintiendo que la tensión comenzaba a disiparse—. Gracias por escucharme.

—Siempre, amigo. Solo recuerda que siempre estoy aquí.

Mientras nos levantamos para irnos, una sensación de incertidumbre me invade. No sabía qué haría a continuación, pero

estaba claro que algo tenía que cambiar. Mi vida no podía continuar en este punto muerto.

Al salir del bar, el aire fresco de la noche me envuelve, y aunque las dudas seguían presentes, hay un ligero destello de esperanza.

—Nos vemos pronto hermano —dije, dándole un fuerte abrazo.

—Sí, y recuerda, no te quedes estancado, debes moverte. Las cosas no suceden por arte de magia. Las cosas suceden para el que las busca y pelea por ellas.

Con esas palabras resonando en mi mente, me dirijo a mi auto. La noche me espera, y con ella, un futuro incierto. Mientras conduzco, no puedo evitar sentir que un nuevo capítulo está a punto de comenzar, no solo en mi vida amorosa, sino también en mi vida en general. El peso de las decisiones estaba sobre mis hombros, y aunque es aterrador, pensar en poner un poco de orden en este lío generaba cierto resplandor de liberación.

CAPÍTULO 6

AHORA

BECCA

Desde hace más de 20 días que mi mundo perdió su color. Es como si un filtro sepia se hubiera colado en mis retinas. Escucho un zumbido pero no logro dilucidar de dónde viene ese sonido hasta que vuelvo a la realidad.

Georgina, mi fisioterapeuta, una mujer de sonrisa cálida y paciencia infinita, me está indicando cómo realizar mi siguiente ejercicio. El dolor aún latente en mis músculos hace que concentrarme sea todo un desafío. Aprieto los dientes y me esfuerzo, pero cada movimiento me recuerda que no soy la misma, que algo en mí se rompió esa noche y aún no sé si voy a poder arreglarlo.

La música suave de fondo intenta ayudar a relajarme, pero el sonido del reloj en la pared suena más fuerte. Cierro los ojos y trato de concentrarme en el ritmo de mi respiración, pero entonces, de repente, siento que algo cambia. Algo me transporta a otro lugar, y aunque estoy aquí en esta clínica fría, parece como si me encontrara a miles de kilómetros.

Las imágenes me atacan sin avisar. Ya no estoy en la sala fría del hospital. Estoy en el coche, aquella noche, en medio de la carretera. Recuerdo el asfalto oscuro y mojado, las luces difusas de los autos que pasaban a toda velocidad y, de repente, el sonido de los frenos

al fallar. Ese chirrido que aún siento en el pecho, como si me desgarrara.

No puedo respirar. Es un segundo eterno, un instante en el que el miedo y la impotencia se mezclan en una misma sensación. Quiero gritar, pero cuando vuelvo en mí, lo único que escucho es la voz preocupada de la terapeuta.

—¿Te encuentras bien, Becca?

Asiento, aunque nada en mí está bien. Ni siquiera sé cómo explicarle lo que acaba de pasar. Me siento atrapada, prisionera de un recuerdo que se rehúsa a soltarme.

Intento enfocarme de nuevo en los ejercicios, en mover la pierna un poco más arriba, pero el esfuerzo parece más mental que físico. Siento que estoy atrapada en un momento que me congeló y me dejó estancada en el tiempo.

Recuerdo cómo era mi vida antes de lo que sucedió. Todo era tan claro, tan normal. Sabía quién era y hacia dónde quería ir. Ahora me siento como una sombra de esa persona. Los demás siguen avanzando, viviendo sus vidas, y yo... yo estoy atrapada, intentando reconstruir algo que ya no parece mío. Cada intento de avanzar me devuelve a esa noche, a ese instante que marcó un antes y un después que no puedo conciliar.

La terapeuta me pide que intente un último ejercicio, y puedo notar que algo en mi rostro la inquieta. Me pregunta con suavidad si quiero hablar de lo que siento. Dudo, pero al final, la mezcla de agotamiento y frustración me lleva a abrirme un poco.

Le explico lo difícil que es para mí esta lucha constante por sanar. Intento explicarle que, aunque cada día hago el esfuerzo, siento que nunca volveré a ser la misma. Que cada paso me empuja aún más al pasado, y que me consume el miedo de quedarme atrapada en esa oscuridad.

Ella escucha, asiente, y cuando termino, me ofrece unas palabras de aliento que intento recibir con gratitud. Me dice que la sanación es un proceso, que cada esfuerzo cuenta, y que no estoy sola. Pero sí lo estoy. Porque mi persona favorita yace en una cama hace más de veinte días sin responder a su nombre.

Son palabras amables, pero siento que no son suficientes. Quiero avanzar, pero cada vez que trato de moverme, el peso del recuerdo me arrastra de vuelta.

Al terminar la sesión, me quedo un momento en silencio, mirando mis manos. Este dolor en mi cuerpo, estos recuerdos del accidente, todo me recuerda lo frágil que soy.

Quizás no pueda borrar el accidente, quizás no pueda dejarlo atrás tan rápido como quisiera, pero tengo que encontrar una manera que no defina el resto de mi vida. Es una promesa que me hago a mí misma, aunque en este momento aún no sepa cómo voy a cumplirla.

CAPÍTULO 7

ANTES

ETHAN

Apenas crucé la puerta del bar, sentí que el ambiente estaba lleno de energía. Había tenido una semana intensa y necesitaba desconectar, y Asher ya estaba allí, en nuestra mesa habitual, esperándome con dos cervezas. Lo saludé con un gesto y me dejé caer en la silla, sintiendo un alivio instantáneo.

—¿Ves? Esto es lo que te hace falta, un poco de vida social, Ethan. —Asher levanta su vaso y brindamos—. No todo es trabajo y gimnasio, amigo.

—Como si tú fueras el ejemplo de equilibrio. Viniendo de una persona que tiene su propio consultorio veterinario y además ayuda varias veces en la semana a un refugio de animales, no puedes hablar —le respondí, sonriendo mientras tomaba el primer trago.

—*Touché.* —Se rio, agitando la cabeza y tomando un sorbo—. Pero bueno, ya sabes que tengo razón. Últimamente te la pasas obsesionado con el *Eclipse Rising III* y nada más. Y, la verdad, con ese nivel de estrés hasta parece que no existiéramos los demás. Hasta Grace debe estar preocupada por ti.

Solté una carcajada y sacudí la cabeza. Asher tenía esa habilidad para hacerme ver las cosas de una manera más simple. No es que mi vida fuera tan monótona, pero sí era cierto que, últimamente, mis prioridades estaban puestas en mi carrera, dejando todo lo demás en un segundo plano.

—Sabes que exageras —le dije, sonriendo—. Pero bueno, gracias por arrastrarme hasta aquí. Realmente lo necesitaba.

Lo dije en broma, pero apenas terminé la frase y giré la cabeza, noté a alguien que me resultaba vagamente familiar cerca de la entrada. Allí, en la puerta del bar, estaba Becca. Llevaba una campera de cuero negra y un vestido oscuro, un *look* totalmente distinto al del gimnasio. Algo en su presencia irradiaba una energía magnética, y por un segundo, sentí como si todo alrededor quedara en pausa.

¿Qué hacía aquí? No es que el bar fuera exclusivo para nosotros, pero me costaba pensar que encontrarnos, esa noche y en ese bar, fuera solo casualidad.

A su lado la acompañaba una chica rubia de ojos brillantes y sonrisa contagiosa, que parecía tan desinhibida y segura de sí misma como Becca. Ambas estaban sumergidas en una conversación, riendo y hablando en un tono que se perdía en el bullicio del bar.

—Ahí está, en trance otra vez… —Escuché que Asher murmuraba con burla, dándome un suave codazo. Giró su cabeza para seguir mi mirada—. Supongo que no eres ciego y las dos chicas que acaban de entrar llamaron tu atención, ¿no?

—Es Becca, y una amiga, supongo. —Intenté sonar casual, pero mi voz salió un poco más baja de lo esperado.

Asher sonrió con una expresión de triunfo y se levantó, llevándose su vaso. Sin perder tiempo, se dirigió hacia ellas y yo le seguí el paso para no quedarme atrás. Ya estaba arrepintiéndome de la situación.

Justo en ese momento, Becca levantó la mirada y nuestros ojos se encontraron. En su rostro apareció una mezcla de sorpresa y diversión, como si no pudiera creer que nos habíamos encontrado en un lugar así.

—¿Ethan? —dijo, frunciendo un poco el ceño con una sonrisa curiosa—. ¿Tú en un bar? Pensé que el gimnasio y la oficina eran tus únicos territorios.

Solté una carcajada, relajándome un poco al ver que estaba tan sorprendida como yo.

—Te sorprenderías, Becca. Soy un hombre lleno de sorpresas. —Le sonreí y miré a su amiga, que observaba la situación con una sonrisa divertida.

—Perdón por mis modales —dijo Becca—. Mia, ellos son Ethan ¿y…?

—Asher. Encantado de conocerlas —dice mi amigo.

Mia nos miró y respondió con una sonrisa amable:

—Encantada de conocerlos. —Extendió la mano hacia mí.

—Igualmente —dije, estrechándola.

Becca nos sonrió también, y el ambiente se volvió más relajado.

Asher no perdió oportunidad de bromear, y Mia le contestaba con la misma rapidez, manteniendo un intercambio divertido.

—¿Sabes, Asher? Pareces todo un personaje —le dijo Mia, riendo —. ¿De dónde sacaste esa confianza?

Asher levantó las manos en un gesto de rendición.

—Culpa de mis amigos. —Me señaló y sonrió—. Pero creo que aún no estás lista para una personalidad como la mía.

—Por favor —Mia bufó, sin perder su sonrisa desafiante—. Te falta mucho para impresionarme. Además, no me conoces ni un poco.

Mientras ellos seguían en su intercambio, me volví hacia Becca, y sin siquiera darme cuenta, ya estábamos en medio de una charla sobre las mejores canciones de la última década, los lugares más tranquilos en la ciudad, y el lanzamiento del último videojuego en el que estaba trabajando.

Me sentí cómodo. Algo que me sorprendió. Si bien nunca tuve problemas entablando conversaciones con mujeres, es cierto que el estar en pareja hace más de diez años hace que un poco te oxides.

—Entonces, ¿realmente trabajas creando videojuegos? ¿Cómo es la situación? Te la pasas jugando, ¿no es así? —me dijo en tono burlón, tratando de provocarme.

Sonreí mordiéndome el labio y alzando una ceja.

—No creas que todo es diversión. La presión por cumplir con las entregas, las reuniones a tempranas horas de la madrugada por la diferencia horaria, y que todo salga a la perfección, son parte de mi día a día.

—Ah, pero no lidias con demonios de seis años que lo único que quieren hacer es gritar las canciones de Taylor Swift y muchas veces no te prestan ni una pizca de atención.

Luego de sus palabras, Becca soltó una risa que se sintió como una explosión de energía en medio del bar, y noté cómo algunos nos miraban curiosos.

—Ethan, en serio… Tú y tu obsesión por el trabajo. Deja de hablar de él aunque sea por cinco minutos —dijo entre risas—. ¿Tu novia te sigue aguantando después de tantos años? No creo que Fallon aprecie mucho que te pases esa cantidad de horas en la oficina.

Sentí cómo mi sonrisa se congelaba apenas escuché la mención de Fallon. Asher me hizo caras. Era obvio que quería marcar los límites.

Mientras tanto, Becca me miraba fijamente, y su sonrisa desapareció poco a poco cuando notó mi cambio de expresión.

—Ah... ¿Fallon es tu novia? —preguntó, como si no entendiera qué estaba sucediendo—. No tenía idea.

Asentí, tratando de recomponerme. Vi en su expresión como estaba atando cabos de la situación. La sensación de que Becca no sabía sobre mi relación era extraña, casi desconcertante, y en ese instante sentí una tensión palpable entre los dos. Era como si ese detalle cambiara algo, aunque no podía explicarlo del todo.

—Sí, llevamos juntos desde la universidad —le expliqué, un poco más tenso de lo que pretendía. Hablar de Fallon me inquietaba. Más ahora, por cómo estaban las cosas entre nosotros.

Becca asintió con expresión neutra, pero algo en sus ojos parecía haber cambiado, como si estuviera evaluando cada palabra que decía.

—Oh. Eso es mucho tiempo —murmuró, bajando la mirada y tomando un sorbo de su trago—. ¿Y... también es diseñadora?

Solté una carcajada, un poco nervioso.

—No, Fallon no es exactamente fanática de mi trabajo. Tiene una cadena de hoteles, así que su tiempo es limitado. —Me encogí de hombros—. Es un mundo totalmente diferente al mío.

Becca pareció procesar la información en silencio. La conversación entre nosotros fluyó un poco más, aunque noté que el tono era diferente. Mia, que hasta ese momento había estado intercambiando comentarios mordaces con Asher, se volvió hacia mí, con una sonrisa maliciosa.

—¿Y qué piensan tus amigos de Fallon? —preguntó Mia, mirando directamente a Asher. Era evidente que quería sacarle información.

Él levantó las manos en un gesto de indiferencia.

—Eh... Fallon es... alguien especial —contestó con una sonrisa tensa—. Pero vamos, Ethan no necesita mi aprobación, ni la de nadie. Además hace años que están juntos. Es difícil pensar en un Ethan sin ella. Diría que hasta casi una misión imposible.

Me reí incómodo, intentando aligerar el ambiente. Era raro ver que Asher y Mia se quedaran callados, sobre todo después de la dinámica que habían estado llevando, pero parecía que la mención de Fallon había agrietado el ambiente entre nosotros.

Pasaron unos minutos en los que la conversación se volvió un poco más tensa, aunque no podía evitar echarle miradas a Becca de vez en cuando. Cada vez que lo hacía, la atrapaba mirándome también, y en sus ojos había algo que me confundía.

Finalmente, Asher se levantó y miró a Mia con una sonrisa descarada.

—¿Te parece si pedimos algo más para beber? Si no, voy a tener que soportar los chismes de Ethan toda la noche.

Mia rio y, sin dudar, se levantó para acompañarlo a la barra. Eso nos dejó a Becca y a mí solos en la mesa, en medio de un silencio que se sentía tanto cómodo como tenso.

—Así que… —empecé, tratando de aligerar el ambiente—. Parece que tu amiga es bastante curiosa.

Becca se encogió de hombros y me lanzó una mirada divertida.

—Solo trata de protegerme, supongo. No todos son tan honestos como parecen —dijo, y aunque sonrió, había algo en su mirada que me desafiaba—. ¿Te ocurre seguido que las mujeres piensen que eres un misterio?

Me reí, intentando esquivar la pregunta.

—No lo sé, nunca me lo dijeron —respondí, haciendo un esfuerzo por parecer despreocupado—. Pero no soy tan complicado como crees, Becca.

Ella me miró intensamente, y por un instante, sentí que podía ver a través de mí, como si supiera que había algo más detrás de las palabras, algo que aún no estaba listo para admitir.

—Tal vez sea yo la que tiene una percepción equivocada —dijo finalmente, apartando la mirada y tomando otro sorbo de su trago.

La noche siguió entre charlas y risas, pero la conversación con Becca me dejó pensando en mi situación con Fallon, mucho más de lo que quería.

CAPÍTULO 8

ANTES

BECCA

E*s difícil pensar en un Ethan sin ella. Diría que hasta casi una misión imposible.*

Esas palabras quedan resonando en mi mente mucho más de lo que quisiera.

Su novia. Su increíble novia. Eso era Fallon. No su hermana, ni una amiga, ni una conocida. Su fantástica y perfecta novia de hace diez años, desde la universidad. Con la que probablemente planeaba casarse y tener hijos. Y vivir juntos en una casa hermosa. Con jardín y pileta.

Qué ingenua fui. ¿En qué momento pensé que Ethan estaría soltero? La situación era demasiado perfecta para ser real.

Me doy vuelta en la cama otra vez. Otra noche más sin poder dormir, con la mente atrapada en un bucle infinito.

Thor ronca a mi lado como siempre. Él sí que sabe vivir sin preocupaciones.

Después de esa conversación incómoda, entendí que la noche no daba para más. Por eso Mia y yo decidimos irnos al poco tiempo. Saludamos a los chicos y nos volvimos cada una a nuestras casas en un taxi. Ahora son las cuatro de la madrugada y sigo sin poder dormir.

Desde que llegué no podía dejar de pensar en él. Había creído que había cierta conexión, pero al enterarme de que lleva casi diez

años con Fallon, todo empezó a perder sentido. Quizás me había hecho ideas demasiado rápido.

Reviso mi teléfono por primera vez en toda la noche. Intento no estar tan pendiente, pero es difícil. Estoy cansada de depender de un aparato para todo en mi vida. Al desbloquearlo, veo más de 15 llamadas perdidas de Wyatt y un mensaje de Mia avisándome que llegó sana y salva a casa.

La situación con Wyatt me está exasperando. Se está saliendo de control.

Wyatt fue alguien que, lamentablemente, ocupó un lugar importante en mi vida. Fuimos novios durante casi dos años. Mi primera y única relación. Y me dejó un regusto tan amargo que pensé que nunca más querría conocer a nadie.

Lamentablemente, se estima que siete de cada diez mujeres han vivido una relación tóxica en su vida. Y, por supuesto, yo fui una de ellas.

Al principio todo era color de rosa. Como en cualquier romance, supongo. Mensajes, flores, bombones. Hasta que todo se fue oscureciendo.

Empezó con cosas sutiles. Cosas que capaz una pueda tomar como chiste o una forma de mostrar celos porque "quiere que seas solo suya". Un "¿Quién te mandó ese mensaje?" o "No quiero que te pongas eso". Hasta que la situación escaló a agresiones verbales y un nivel de manipulación que solo un experto en esa disciplina podría manejar.

Cuando estás en una relación tóxica, no sabes que lo es. Me molesta escuchar a personas decir "¿por qué no se va?" o "¿por qué no se separa?". Solo quien ha vivido algo así sabe lo que se siente. Y lo difícil que es reconocerlo.

El verdadero problema muchas veces no es solo la relación tóxica, sino todo lo que viene después. La desconfianza, el miedo a abrirse nuevamente a otras personas, las inseguridades, la sensación de que nunca más vas a ser querida y podría seguir enumerando por largo rato. Ni hablar de la idea de volver a tener un encuentro físico con alguien... el solo hecho de pensarlo me eriza la piel.

En ese momento, mi teléfono vuelve a vibrar. Por impulso, contesto. Y al instante me arrepiento.

—Becca, por favor. Qué bueno que me atendiste. Llevo días intentando hablar contigo.

—¿Qué quieres, Wyatt? —Mi voz suena tensa. Esta situación no me gusta, y lo peor es que fui yo quien atendió el llamado y la provocó.

—Oye, ¿por qué me tratas así? Solo quiero hablar. He estado pensando mucho en nosotros, en nuestra relación. Sé que no actué bien, pero estoy intentando cambiar. Estoy seguro de que si me das otra oportunidad, todo sería distinto. —Su voz suena atropellada. Debe estar borracho.

Agradezco el día en que decidí nunca compartirle mi última dirección. Porque si fuera por él, ya habría venido a buscarme. No tengo pruebas pero tampoco dudas.

Siempre fui muy reservada con mi espacio. Me cuesta imaginar a alguien más en mi departamento. Solo Mia y Ava conocen mi nuevo hogar, y así quiero que continúe.

—Mira, Wyatt. Seré directa y breve, aunque no te deba nada. No vamos a volver. Por nada en el mundo. Ni aunque fueras el último hombre en la Tierra quiero saber de ti. Me rompiste en mil pedazos y no hay nada, absolutamente nada que puedas hacer para repararlo. Si realmente me quieres, como dices, deja de llamarme, deja de enviarme mensajes y desaparece de mi vida.

Mientras las palabras salen de mi boca, un escalofrío recorre mi espalda. Se lo dije. Después de mucho, se lo dije.

El silencio del otro lado me inquieta. Pero sé que hice lo correcto.

Pasan unos segundos eternos y miro el teléfono para ver si sigue allí. Los segundos pasan pero no hay nada. Silencio. Y de repente, la línea se corta.

Me quedo pensando si hice lo correcto. Aunque una punzada en el corazón me dice que sí.

Finalmente, decido intentar dormir. Ahora, un poco más tranquila.



Me despierto con el sonido de un golpe en la puerta. Miro el reloj: siete y media de la mañana. ¿Quién en su sano juicio podría venir a despertarme a esta hora un sábado?

Me quedo quieta, esperando que haya sido un error y la persona que está intentando arruinarme la vida del otro lado desaparezca por parte de magia. Pero el golpe se repite. No puede ser, no tan temprano.

Me dirijo hacia la puerta, con el pelo hecho un desastre y con el maquillaje corrido de la noche anterior. La abro esperando que realmente fuera algo que me viniera a cambiar la vida. Pero no. Es tan solo Mia.

—¡*Good morning,* Bee! —dice casi gritando, irradiando tanta felicidad que no debería ser legal un sábado por la mañana, sin una pizca de consideración por la hora. En sus manos tiene una caja de donas y dos cafés helados.

—¿Menos de doce horas y ya estás molestando nuevamente? —le respondo, mientras intento que mi cerebro arranque de la manera más funcional posible.

Mia no contesta, solo se queda mirándome con cara de inocente y revoloteando sus largas pestañas.

—Te traje algo para que comiences el fin de semana de buen humor —dice, empujándome la caja de donas—. Y sé que, aunque te quejes, te va a hacer bien.

Le miro la caja y luego el café helado. Me duele el estómago solo de pensarlo, pero la curiosidad me puede. ¿Quién lleva café helado a la puerta de una persona a las siete y media de la mañana un sábado? Solo ella.

—Esto no es un desayuno, Mia, es una tortura —le digo, mientras tomo una de las donas con glaseado de frutilla. Mis preferidas.

—¿Estás diciendo que verme es una tortura? —respondió ella, sentándose en el borde de mi cama, sin ningún tipo de pudor—. Esto va a hacer que no estés tan amargada.

Me siento en la cama, entre cansada y desorientada, mirando mi bebida. En esos segundos, siento que ella está esperando que diga algo más, algo que la deje satisfecha, como siempre.

—Bueno, ¿qué quieres? Te conozco y tus visitas matutinas siempre tienen una razón oculta —suelto, sin poder disimular que estoy cansada.

Mia sonríe. Está disfrutando de este momento más de lo que debería.

—Sabía que ibas a entender que no venía solamente a desayunar. Tenemos que hablar. Y sabes a qué me refiero.

Intento hacerme la desentendida. Fingir que no sé a qué se refiere. Pero también pienso que si no le cuento a alguien lo que me está sucediendo, terminaré por volverme loca.

—No hay mucho que contar. Es complicado, ¿vale? Ya lo sabes. Después de lo de Wyatt me cuesta pensar que puedo llegar a estar nuevamente en una relación. Que puedo llegar a enamorarme de alguien. Y hace unos días conocí a Ethan en las clases de gimnasia, porque da la casualidad de que Grace, una de mis alumnas, es su sobrina. El pequeño detalle que decidió omitir fue decirme que estaba de novio. Con una chica más perfecta que una modelo. Hace diez años.

Me cruzo de brazos, mirando al frente. No me gusta cómo se siente esto. Hablar de las cosas que me pasan nunca me ha gustado, y menos a esta hora del día. Pero ahí estoy, dándole el pie.

Mia no dice nada. Solo me observa, como esperando que explique un poco más. Ya está acostumbrada a que me cueste hablar de las cosas.

—Es confuso. No sé bien qué espera de mí, y creo que él tampoco lo tiene claro. No me gustan las complicaciones, pero de alguna manera logra que me cuestione cosas que no quería considerar.

—Y eso te molesta, ¿no es así? —dice Mia, sin rodeos, como si me conociera de toda la vida.

—Claro que me molesta. No sé si lo que pasa entre nosotros tiene sentido, si él también lo nota o si solo lo estoy imaginando. Me deja pensando, y no estoy segura qué sacar de todo esto.

Mia me mira en silencio por un momento, como si evaluara cada palabra que acabo de decir.

—¿Y entonces? ¿Vas a quedarte ahí esperando que las cosas se aclaren solas? —pregunta, con un tono más serio ahora.

—No, no voy a quedarme esperando. Pero tampoco puedo tomar las riendas de la situación yo. Es él quien está en pareja hace casi diez años, no yo.

Mia sigue callada, y me cuesta no mirarla. Hay algo en ella que siempre hace que sienta que tengo que ser honesta, aunque no quiera. Y lo peor es que sabe lo que estoy pensando antes de que lo diga.

—Estás atrapada, ¿verdad? —dice, casi con un tono de advertencia.

—No lo sé —respondo sin mirarla, porque sé que tiene razón, pero no quiero admitirlo.

—Pues ya va siendo hora de que tomes un poco de iniciativa. Te conozco y estoy segura de que lo que sientes no solo es algo tuyo. Pude ver claramente cómo Ethan te miraba ayer. Tampoco voy a decirte que está enamorado de ti. Vamos, sabes que siempre soy honesta. Pero no voy a negarte que sentí una conexión entre ambos. Ahora dime, ¿qué tanto sabes de su relación con Fallon?

Es raro escuchar algo tan directo de Mia, y de alguna manera, siento que está dando en el clavo. Pero sigo sin saber cómo reaccionar.

—No mucho más de lo que tú sabes también. Están juntos hace un tiempo pero sus carreras son muy distintas.

—Ahí lo tienes… Quizás haya algún cortocircuito del cual no tengamos conocimiento. Conoces el dicho, cada pareja es un mundo.

—Es que… no sé qué quiero. No puedo decir que quiero olvidarlo porque hay algo que me intriga, aunque tampoco quiero engancharme ni esperar a que algo cambie. No quiero ser la tercera en discordia.

—Entonces tienes que ser tú la que cambie las cosas. Si te está arrastrando a un lugar donde no quieres estar, no te quedes. —Mia se levanta de la cama y mira la caja de donas—. No puedes

quedarte ahí esperando que las respuestas lleguen por sí solas. Ya sabes lo que hay. Ahora, toma las riendas.



Me quedo mirando la puerta después de que Mia se haya ido. Ella tiene razón. En algún momento, tengo que hacer algo con todo esto.

No sé qué va a pasar con Ethan, pero ya no puedo seguir dudando. Las cosas no se van a resolver solas.

CAPÍTULO 9

AHORA

BECCA

Siento una mano en el hombro. El contacto es sutil, pero firme. Parpadeo, desorientada. Me cuesta entender dónde estoy. Mi cuello late con un dolor sordo y punzante. La razón es evidente: me quedé dormida en una posición incómoda, medio recostada sobre la camilla.

El golpe de realidad me sacude cuando veo a un médico de pie junto a mí.

—Señorita Thompson. —Su voz es baja, acompasada.

Es el doctor Lawrence. Me regala una sonrisa amable, pero hay algo en su expresión que me pone alerta.

—Doctor Lawrence —respondo, mi voz ronca de sueño y agotamiento.

—¿Cómo se encuentra?

—Sobreviviendo.

La sinceridad me sale sin filtro. No tengo energía para responder de otra forma.

—Ya veo. ¿Podemos hablar un momento?

El corazón me da un vuelco.

—Por supuesto.

Me incorporo y me acomodo en una de las mesas al lado de la camilla. Siento que lo que está por decirme merece mi atención completa.

El doctor Lawrence duda un instante. Lo noto. Busca las palabras adecuadas, pero su silencio me pesa como una piedra en el pecho.

Respiro hondo y me preparo para lo peor.

—Becca —comienza—, como sabes, la situación de Ethan es muy delicada. Sus signos vitales son estables, pero desde que entró en coma no ha habido ninguna evolución. No tenemos certeza de que vaya a despertar. Le hemos realizado varios estudios, pero ninguno nos da respuestas concretas.

Mi estómago se cierra.

—Por supuesto que no perdemos la esperanza, pero creemos que es importante que estés preparada para lo que pueda pasar.

Las palabras caen como un mazazo sobre mi pecho.

Esto no es real.

Esto no está pasando.

Pero sí lo es. Y es peor de lo que podría haber imaginado.

Siento que la sangre abandona mi cuerpo. Me mareo.

La voz del doctor se convierte en un murmullo lejano, un eco ahogado por el estrépito de mi mente. Mi presión baja y el mundo gira sobre sí mismo. Intento enfocarme, pero todo es borroso, impreciso, irreal.

Tomo aire, obligo a mis pulmones a funcionar. Cuando logro sentarme nuevamente, recupero un poco de compostura.

Miro al doctor Lawrence, que me observa con un dejo de compasión. Odio esa expresión. Odio que me mire así, como si ya supiera cómo termina esta historia.

—Te dejaré tranquila para que puedas comprender mejor todo —me dice en voz baja. Me dedica una última sonrisa comprensiva antes de salir de la habitación.

El silencio me envuelve. El mundo se siente distinto ahora.

Veo todo a mi alrededor como si no perteneciera aquí, como si mi cuerpo estuviera flotando fuera de esta habitación.

La realidad es cruel. En cuestión de segundos, todo lo que construiste, todo lo que amaste, todo lo que alguna vez tuviste, puede desaparecer. Así de fácil.

Nada tiene sentido. O al menos, yo no lo encuentro.

A través de la ventana, distingo al doctor Lawrence conversando con los padres de Ethan. Su madre, Lauren, se estremece al escuchar sus palabras. Puedo imaginar lo que está sintiendo.

Y entonces, su mirada se cruza con la mía.

Su expresión es como un puñal directo al corazón. Esos ojos, los cuales hace un mes no conocía, solo transmiten odio, enojo y desprecio.

Lo entiendo.

Lo siento.

Porque ella sabe lo mismo que yo.

Yo fui la culpable.

Yo tengo la culpa de que Ethan esté en coma.

Yo destruí su vida.

Y ahora, puede que nunca despierte.

CAPÍTULO 10

ANTES

ETHAN

Miro cómo el reloj en mi escritorio marca las ocho de la noche. Me quito las gafas y me froto los ojos. No suelo usarlas, pero cuando paso tanto tiempo frente a la computadora, es inevitable que la vista no me pase factura. El diseño en la pantalla empieza a desdibujarse, y sé que ha llegado el momento de cerrar el proyecto por hoy e irme a casa.

Suspiro mientras apilo unos papeles que quedaron desordenados sobre el escritorio. Tomo el teléfono y reviso mis mensajes y algunas notificaciones. Me asombra no ver ni una llamada de Fallon. ¿Acaso es normal no haber hablado con tu novia por casi dos días? Estoy seguro que no.

Tomo mi abrigo y, mientras apago las luces de la oficina, decido marcarle. El tono suena varias veces, pero no contesta. Aprieto los labios con frustración y le envío un mensaje:

Ethan

Cariño. ¿Marcha todo bien? Hace casi dos días que no sé nada de ti. Te llamé, pero no

conseguí dar contigo. Por favor, contéstame
en cuanto veas este mensaje.

Salgo del edificio con el teléfono en la mano, esperando ver la notificación de un mensaje suyo. Nada. No quiero parecer insistente, pero algo en mi estómago me dice que esto no está bien.

Decido caminar un poco antes de tomar un taxi. El aire fresco de la noche me ayuda a despejar la cabeza, pero también me deja más espacio para pensar. Intento justificarla. Tal vez está ocupada con el trabajo, o tal vez tuvo un mal día y no quiere hablar. Pero incluso en esos días difíciles, solía al menos enviarme un mensaje corto, algo como "estoy cansada, hablamos mañana". Esto se siente como indiferencia.

Cuando llego a mi departamento, el silencio es ensordecedor. Dejo las llaves en la mesa, me quito el abrigo y me desplomo en el sofá. El teléfono sigue sin vibrar. Miro su chat otra vez. Última conexión: ayer a la mañana. Frunzo el ceño. No quiero ser el tipo de novio que se obsesiona con estas cosas, pero maldita sea, ¿dónde está?

Me sirvo un vaso de whisky con hielo y me recuesto, tratando de distraerme con la televisión. Pero mi mente sigue ahí, dándole vueltas. Antes, Fallon y yo no éramos así. Nos enviábamos mensajes todo el tiempo, incluso cuando no teníamos nada importante que decir. "Mira este video", "Te extraño", "¿Cómo va tu día?".

Ahora hay espacios vacíos entre nosotros, silencios cada vez más largos. Y lo peor es que no sé cómo cerrarlos. Ni tampoco si quiero.

Pasada una hora, cuando ya estoy a punto de rendirme y acostarme, la pantalla del teléfono se ilumina.

Fallon
Hola. Perdón, estuve ocupada. ¿Nos vemos
para cenar?

Me quedo mirando el mensaje por un segundo. ¿Eso es todo? Nada de "te extraño", nada de "lo siento por preocuparte". Solo un

frío "¿nos vemos para cenar?'". Aprieto la mandíbula, pero decido no hacer un problema por mensaje. Sé que las cosas entre nosotros últimamente están muy tensas. Pero a pesar de todo Fallon nunca actuó de esta manera.

Además ya hace varios días que soy yo quien lleva y busca a Grace por sus entrenamientos.

Ethan
Claro. ¿Dónde?

Fallon
El lugar de siempre. A las diez.

Sin más explicaciones me levanto y me preparo para salir. Me pongo una camisa limpia, intento acomodar un poco mi cabello y salgo hacia el restaurante.

Cuando llego, Fallon ya está sentada en una mesa junto a la ventana. Su cabello está recogido en una coleta alta y lleva un vestido negro ajustado que resalta su figura. Se ve increíble, como siempre. Pero su expresión es impasible. No hay una sonrisa de bienvenida, solo una mirada rápida antes de volver a revisar su teléfono.

Me siento frente a ella y respiro hondo.

—Hola. —Intento sonar tranquilo.

—Hola. —responde sin levantar la vista.

Espero que guarde el teléfono, pero no lo hace. Me esfuerzo por no rodar los ojos.

—¿Cómo has estado? —pregunto, esperando que al menos intente hacer algo de conversación.

—Bien. Ocupada. —Corta. Concisa. Como si estuviera haciendo un esfuerzo para estar aquí.

—Fallon, hace dos días que no sé nada de ti. ¿Qué está sucediendo? —Voy directo al punto.

Ella levanta la vista, finalmente, pero su cara sigue inexpresiva.

—Nada. Solo estuve ocupada. ¿No puedo tener un par de días para mí sin que me interrogues?

Su tono me cae como un balde de agua fría. Aprieto los labios, conteniéndome.

—No es un interrogatorio. Es solo que… no estamos bien. Y quiero entender qué está pasando entre nosotros.

Fallon suspira y apoya los codos sobre la mesa.

—Ethan, no todo tiene que ser una crisis. Simplemente no tuve tiempo de hablar. No hagas un drama de esto.

—No es drama. Es el hecho de que no me respondiste ni un simple "estoy bien". ¿Sabes lo frustrante que es eso?

Ella me mira, ahora con una pizca de irritación en sus ojos.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Mandarte actualizaciones constantes de mi día para que no te preocupes? Lo siento, pero tengo otras cosas en la cabeza.

El camarero llega en ese momento, interrumpiendo la tensión con una sonrisa forzada. Pedimos la comida en silencio. Cuando se va, la incomodidad se mantiene en el aire.

Pasan varios minutos en silencio hasta que logro volver a decir algo.

—Fallon, ¿sigues queriendo estar en esta relación? —La pregunta me sale antes de que pueda detenerla.

Ella parpadea, sorprendida. Luego cruza los brazos y mira hacia la ventana.

—No hagas esto aquí.

—¿Por qué no? Es una pregunta simple.

Fallon suspira.

—Ethan…

El camarero regresa con nuestra comida. Nos forzamos a una pausa, pero apenas toca el plato, Fallon juega con la comida en lugar de comer.

La frustración en mi pecho crece. Me siento como si estuviera hablando con una pared.

—Mírame y dime la verdad. ¿Quieres seguir con esto o no?

Finalmente, Fallon me mira. Su mirada es distante, como si ya estuviera en otro lugar.

—No sé, Ethan. Sinceramente, no lo sé.

Su respuesta me golpea más fuerte de lo que esperaba. Algo dentro de mí se hunde.

La cena continúa, pero la conversación prácticamente muere. Comemos en silencio, cada uno atrapado en sus propios pensamientos. Cuando terminamos, Fallon se levanta primero.

—Tengo que irme.

Asiento sin discutir. Ella se aleja, y yo me quedo ahí, mirando la silla vacía frente a mí, preguntándome en qué momento dejamos de ser lo que éramos.

La sensación de pérdida me consume. Y lo peor es que aún no sé lo que significa.

CAPÍTULO 11

ANTES

BECCA

El sonido del despertador me aturde. Nunca fui una persona que disfrutara de levantarse temprano, y cada día lo confirmo más todavía.

Pero entonces lo recuerdo. Hoy tengo una clase que realmente me emociona, y eso es suficiente para sacarme de la cama. Mis alumnas me esperan y me necesitan. Las regionales están cada vez más cerca y cada entrenamiento cuenta.

Bostezo mientras le sirvo alimento a Thor y le coloco el pretal. Sacarlo a dar una vuelta me va a venir bien. Mi cabeza todavía está reviviendo la conversación con Mia.

Estoy confundida. Mis sentimientos por Ethan son cada vez más intensos y, si soy sincera, no sé si estoy preparada para eso. Y sin tener en cuenta el pequeño detalle de que tiene novia…

Cuando salimos, el calor de la mañana me golpea de lleno. Son las siete y media de la mañana y ya siento que me estoy derritiendo. Maldición. Necesito que sea invierno con urgencia.

Al doblar la esquina, decido hacer una parada en *Frost & Crumbs,* la pastelería que cada vez tiene más fanáticos en el barrio. En cuanto abro la puerta de vidrio, una campanilla resuena y el aroma a vainilla inunda mis sentidos. Cierro los ojos por un momento, disfrutando. Hasta que, inevitablemente, el olor a canela se cuela entre todo lo demás.

Mi estómago se revuelve. Odio la canela. No entiendo cómo alguien puede consumirla. Me pone los pelos de punta. Y lo peor de todo es que se la agregan a todo. Cómo eligen arruinar cada cosa con ella. Lo detesto.

—¡Bienvenida! ¿Puedo tomar tu orden? —dice una chica bajita, de cabello castaño y rostro redondo. Se llama Nora. O eso es lo que pone en su cartel.

—Un *caramel macchiato* y un bocadillo de manzana, por favor. Sin canela. Soy alérgica.

Uso siempre esa mentirita piadosa para asegurarme al cien por ciento que esa cosa espantosa no toque mi boca.

—¡Perfecto! ¿Tu nombre?

—Becca.

—Bien, Becca. Ya lo marcho.

Camino hacia el extremo de la barra mientras espero mi pedido, pero entonces mis ojos lo ven.

Ethan.

Está sentado en una de las mesas con su *notebook*, su café y unas ojeras tan pronunciadas que pueden verse a kilómetros de distancia.

Mi primer instinto es evaluar mis opciones. ¿Me acerco? ¿Finjo no haberlo visto y sigo mi camino?

Estoy en ese debate mental cuando la chica de la caja pronuncia mi nombre en voz alta. Y automáticamente mis esperanzas de pasar desapercibida desaparecen en un suspiro.

Ethan levanta la cabeza. Sus ojos me encuentran. Su sorpresa es evidente, como si le costara entender qué hago allí, en la misma cafetería que él.

Sonrío de forma automática, como un reflejo, y levanto la mano en un saludo casual. Me giro para recoger mi café, pero mi distracción me juega en contra.

La correa de Thor se me resbala de los dedos.

—¡Thor, NO! —grito, aunque sé que es inútil.

Mi perro desobediente sale disparado directo hacia Ethan.

Por suerte, no es un perro agresivo. Sé que no va a hacerle daño. Pero igual mi corazón se acelera mientras corro tras él. No se

sabe cómo puede reaccionar la otra persona ante un animal.

Para cuando llego a la mesa, Thor ya está acurrucado contra Ethan, disfrutando de sus caricias como si lo conociera de toda la vida.

—Lo siento —murmuro, avergonzada—. Es un poco desobediente y a veces hace lo que quiere. Thor, ven aquí.

—Hola, Becca. No te preocupes. Amo a los perros. Siempre quise tener uno, ¿sabes? Pero mi madre es alérgica.

—Y menos mal que no lo tuvimos. Eso hubiera terminado en tragedia —interviene una voz detrás de mí.

Me doy vuelta, confundida. Es Nora, la chica que tomó mi orden.

Ella y Ethan intercambian una mirada cómplice y sueltan una risa breve.

—Perdón, ¿se conocen? —pregunto, entrecerrando los ojos.

Ethan resopla y sacude la cabeza.

—Es la insoportable de mi hermana menor. La madre de Grace.

Mis ojos se abren con sorpresa.

—No me digas.

Nora da un pequeño saltito de emoción cuando ata cabos.

—¡No puedo creerlo! Eres la famosa Becca. ¡Hola!

Me río, un poco avergonzada. Qué pequeño es el mundo.

—Oye, vuelvo a la cocina —dice Nora, volviendo a su tono profesional—. Con las dos ausencias de hoy estamos hasta el tope de cosas para hacer. Realmente me estoy volviendo loca.

Se aleja empujando la puerta de la cocina, dejándonos solos.

La cafetería está bastante vacía. Un par de clientes dispersos, pero nada demasiado bullicioso.

—Bueno… —digo, incómoda—. Espero que estés bien. Nos veremos en algún entrenamiento de Grace.

Doy un paso hacia atrás, lista para irme, pero su voz me detiene.

—Espera. Quédate.

Esas dos palabras frenan mi mundo y nos miramos por un largo segundo.

—Estoy conociendo a tu perro, el cual, por cierto, está muy feliz recibiendo mis mimos.

Miro a Thor, completamente embelesado con Ethan.

Maldito traidor.

Dudo un momento, pero al final corro la silla frente a él y me siento.

Miro mi reloj. Las ocho. Todavía tengo algo de tiempo hasta mi primera clase.

Ethan se frota la cara con las manos y deja escapar un suspiro. Se lo ve destruido.

—Entiendo que sea guapo, pero no sé si tanto como para que me mires así —bromea.

Me río.

—Anda, dispara. Sé que quieres decirme algo —comento, levantando una ceja.

—Fue una noche difícil. Fallon y yo peleamos.

El nombre me golpea como un puñetazo en el estómago.

Fallon. Su novia. Su novia de hace diez años. La mujer con la que compartió todo. Otra vez apareciendo en nuestra conversación.

Trago saliva.

—Perdona —dice de inmediato—. No sé por qué te cuento esto.

—Tranquilo. Puedes contarme lo que quieras.

Por supuesto que no quiero escuchar sobre su relación. Pero verlo tan angustiado me atraviesa.

Entonces Ethan empieza a hablar. Y no se detiene. Me cuenta, con más detalles de los que esperaba, su situación con Fallon, lo que siente, lo que le pesa.

Me sorprende. Porque primero: yo jamás podría abrirme así con alguien que apenas conozco. Y segundo: ¿un hombre hablando de sus sentimientos tan libremente? Creo que nunca había tenido el placer de verlo en carne propia.

Cuando termina, tomo un sorbo de mi café y le pregunto algo que aprendí hace un tiempo.

—¿Quieres una opinión o solo necesitas que te escuche?

Él parpadea, sorprendido.

—*Wow*. Jamás me habían preguntado eso.

Sonrío.

—Soy única.

Se ríe y me contesta.

—Por esta vez, con que me escuches me conformo.

—Entonces continúa.

Y lo hace.

El tiempo pasa volando. Es fácil hablar con él.

Cuando suena la alarma de mi teléfono, me sobresalto. Hora de irme.

Ethan mira su reloj y abre los ojos con sorpresa.

—Mierda. No me di cuenta del tiempo que había pasado. Lo siento, Becca. Creo que nadie quiere empezar su día escuchando los lamentos de un tipo cualquiera.

No eres un tipo cualquiera, pienso. Pero por supuesto que no se lo digo.

—No te preocupes. Me gustó encontrarte.

Tomo mis cosas y engancho nuevamente la correa en el pretal de Thor. Pero justo cuando estoy a punto de levantarme, su voz me vuelve a frenar.

—Oye… ¿te gustaría ir a tomar un café algún día de estos?

Mi corazón se acelera.

¿Nosotros dos? ¿A propósito? ¿Planificado? ¿Por elección?

Ve que titubeo, y él se apresura a aclarar:

—Digo, no quiero que malinterpretes la situación. De verdad.

Lo miro por un segundo. Pienso en Fallon. Pienso en la forma en que me hace sentir.

Sonrío.

—Tranquilo. Acepto.

Él suelta un suspiro, como si se hubiera quitado un peso de encima.

—Nos vemos, Ethan.

—Gracias por escucharme. Realmente.

Asiento y salgo de la cafetería con Thor.

El aire cálido me envuelve, pero algo dentro de mí se siente diferente.

¿Qué fue eso que sucedió entre nosotros y por qué dije que sí?

CAPÍTULO 12

ANTES

ETHAN

Veo cómo Becca sale de la cafetería caminando con Thor y suspiro aliviado. Siento como si tuviera quince años otra vez y estuviera aprendiendo a hablar con las chicas. ¿Qué me pasa?

Tomo el teléfono y reviso si tengo algún mensaje de Fallon. Nada. Silencio absoluto. Aprieto los labios y deslizo los dedos por la pantalla antes de escribirle un mensaje.

Buenos días. ¿Cómo dormiste? Hablamos cuando puedas.

No quiero sonar desesperado, pero la ansiedad me come por dentro. La pelea de anoche sigue dándome vueltas en la cabeza. No fue la primera discusión fuerte que tuvimos, pero sí se sintió diferente. Más definitiva. Más... desgastante.

Suspiro y dejo el teléfono sobre la mesa, junto a mi café a medio terminar. Justo en ese momento, la pantalla se enciende con una notificación. Mi corazón salta por un segundo, esperando que sea Fallon, pero no lo es.

Es un mensaje de Asher.

Asher
Ey, ¿sigues vivo? Anoche desapareciste.

Sonrío sin ganas y le respondo rápido.

Ethan
Más o menos. Me peleé con Fallon.

Asher
Uh. Feo. ¿Grave?

Ethan
Lo suficiente como para que no me haya respondido desde anoche.

Asher
Mierda. Lo siento, hermano.
¿Necesitas hablar?

Ethan
Nah. Estoy bien. Ya sabes. Cosas que pasan entre las parejas.

Asher
Bueno, cualquier cosa avisa. Podemos tomar una cerveza o algo.

Ethan
Gracias. Cualquier cosa te aviso.

Bloqueo la pantalla y me recuesto en la silla. Nora sale nuevamente de la cocina y se cruza de brazos al verme así.

—¿Cuándo pensabas decirme que Becca es absolutamente hermosa?

Siento cómo mi cara empieza a calentarse y hasta noto las orejas rojas.

—¿Perdón? —contesto haciéndome el desentendido.

—Me escuchaste, Ethan. No te hagas el tonto.

—Emmm. Sí. Es bastante hermosa. Pero… ¿y qué? Tengo novia. Fallon. ¿Recuerdas?

—Por supuesto que lo recuerdo. Pero también sé que no eres ciego.

Me sonríe y vuelve a la cocina, dejándome solo con mis pensamientos. Aprieto el puente de mi nariz con dos dedos. No quiero pensar en Becca. Pero mi mente, traicionera, vuelve a la charla de hace un rato. A su sonrisa cuando se rio de mi chiste. A la forma en que Thor la mira con tanto cariño. A cómo, por primera vez en mucho tiempo, hablar con alguien que no fueran Nora ni Asher me hizo sentir bien.

Tomo el teléfono de nuevo y reviso la pantalla. Fallon sigue sin responder.

De repente, me encuentro preguntándome otra cosa.

¿Cuándo volveré a ver a Becca?

En ese momento un recordatorio en mi agenda me saca de mi trance.

Y es ahí cuando me doy cuenta que ese encuentro está más cerca de lo que pensaba.

CAPÍTULO 13

ANTES

BECCA

El bullicio del gimnasio llena el espacio mientras me esfuerzo por mantenerme concentrada en la clase. Estoy de pie al frente, guiando a mis alumnas con movimientos precisos, pero mi mente no puede dejar de regresar a la conversación que tuve esta mañana con Ethan.

Su mirada cansada, la forma en que me pidió que me quedara, las palabras no dichas... Todo sigue dando vueltas en mi cabeza, creando una maraña de pensamientos difíciles de organizar.

Sé que siento cosas por él. Que me gusta. Que me atrae. Y que hace tiempo no me sentía así. Aunque todavía no comprendo bien qué es lo que me pasa cuando estoy cerca de él, sé que quiero descubrirlo.

Grace está a mi lado, como siempre, y su entusiasmo y energía son contagiosos.

A pesar de lo que me está rondando en la cabeza, no puedo evitar sonreír al ver su cara iluminada de felicidad. Ella siempre logra desconectarme, incluso por un segundo.

—¡Vamos, Becca! —me anima, mientras yo doy instrucciones sobre el siguiente ejercicio. La observo dar saltos, llena de energía, completamente sumida en el momento. Yo, por otro lado, sigo adelante con la rutina, aunque mi mente está lejos, atrapada en las emociones complicadas que Ethan provoca en mí.

Mientras guío la clase, intento que el sudor, las respiraciones entrecortadas y la música del gimnasio me ayuden a vaciar mi cabeza.

Hay algo en el hecho de dar clases que siempre me ha servido como terapia, como un pequeño escape. Pero en este momento, la sensación de que algo está a punto de suceder persiste, como un presentimiento que no me deja en paz.

Entonces, justo cuando la clase está llegando a su fin y mis alumnas comienzan con los estiramientos, lo veo.

Ethan.

Lo reconozco al instante, y mi corazón da un vuelco en mi pecho.

¿Cómo es posible que nos estemos cruzando tantas veces hoy?

La coincidencia es tan absurda que casi me da risa. Está apoyado contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados y una expresión tan neutral que resulta difícil leer sus intenciones. Pero no necesito ser una experta para saber que está aquí por Grace. Él no me ha visto todavía, pero yo no puedo dejar de observarlo, como si de alguna manera supiera que estaba esperando este momento.

Sus ojos recorren el gimnasio, y por un segundo, nuestras miradas se encuentran. La conexión es inmediata, y la electricidad en el aire se vuelve peligrosa. Es solo un segundo, un fugaz instante, pero suficiente para que mi pulso se acelere.

Sigo con los últimos movimientos de la clase, pero soy plenamente consciente de su presencia, de la forma en que sus ojos no me han soltado. Es una sensación extraña, como si el tiempo se estirara mientras él sigue allí, observándome.

Cuando finalmente la clase termina, Grace corre hacia él con una sonrisa amplia, y él la recibe con un abrazo rápido, dándole un toque en la cabeza como si fuera una hermana pequeña. Mi mirada se clava en ellos, pero pronto, sus ojos se encuentran con los míos una vez más.

—Nos volvemos a encontrar, Becca —dice con esa media sonrisa que últimamente está logrando desarmarme.

—Parece que sí —respondo, forzando un tono tranquilo, aunque sé que mi corazón está latiendo con fuerza. Algo en el aire cambió, y no puedo ignorarlo.

—Empiezo a pensar que me estás siguiendo —bromea él, y yo entrecierro los ojos, sin saber si debería tomarlo en serio o como una simple provocación.

—Por favor. Si alguien está siguiendo a alguien, claramente eres tú —le respondo, desafiándolo con una sonrisa irónica.

Él se ríe, una risa baja y suave, y noto cómo Grace nos observa con curiosidad.

Es obvio que Ethan está disfrutando de este pequeño juego, y yo no puedo evitar sentirme un poco incómoda ante la situación.

—¿Cómo te sentiste en la clase de hoy, Grace? —pregunto, intentando redirigir la atención hacia ella.

—¡Genial! Eres increíble. Deberías unirte la próxima vez, tío. —Se dirige con entusiasmo a Ethan, y yo le dedico una sonrisa cálida.

—No sé si estoy listo para algo tan intenso —responde él, provocando que Grace ruede los ojos en forma de desaprobación.

Nos quedamos unos segundos en silencio, como si el aire se hubiera cargado de algo que ninguno de los dos está dispuesto a reconocer.

Veo cómo Grace se dirige al centro de la pista para saludar a sus compañeras.

Entonces, Ethan da un paso más cerca, un movimiento tan sutil que podría haberlo ignorado si no estuviera tan concentrada en cada detalle. Mis sentidos se agudizan, y puedo sentir su cercanía, su presencia ocupando más espacio del que debería.

Mi respiración se acelera sin control, y por un momento, todo a mi alrededor se desvanece. Estoy atrapada entre la necesidad de dar un paso atrás y el deseo inexplicable de quedarme exactamente donde estoy.

La tentación de acercarme más, de ceder a lo que está colgando en el aire, es tan fuerte que me paraliza.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja, con tono suave, como si quisiera asegurarse de que no estoy a punto de caer en algún abismo.

Asiento, aunque no estoy tan segura de que la respuesta sea honesta. Sus ojos bajan a mis labios por un instante, y el nudo en

mi estómago se aprieta aún más. Sé que el espacio entre nosotros es mínimo, y la tensión ha alcanzado un punto de no retorno.

Nos miramos. Intensamente. Y eso hace que todo desaparezca a nuestro alrededor. ¿Soy solo yo la que se siente de esta manera?

Pero cuando noto cómo el pecho de Ethan sube y baja rápidamente debido a su respiración agitada, me tranquilizo. No estoy inventando nada.

Veo que extiende su mano y me toca, sutilmente, el hombro. Esa caricia me electrifica.

Pero en ese preciso momento, como si el destino hubiera decidido por fin intervenir, Grace grita desde el otro lado de la sala.

—¡Tío Ethan! ¡Tengo hambre! —exclama con una sonrisa traviesa, rompiendo el momento como si no hubiera nada extraño entre nosotros.

Ambos retrocedemos de manera torpe, como si nos hubieran sacado de un trance. Ethan se aclara la garganta, y yo miro hacia otro lado, sintiéndome ridícula.

—Bueno… supongo que esa es nuestra señal para irnos —dice él, con tono ahora más relajado, aunque la sonrisa ladeada no desaparece.

—Sí, claro. Nos vemos luego —respondo, aún con el corazón latiendo a toda velocidad, tratando de recuperar el control sobre mis pensamientos.

Él asiente con una leve inclinación de cabeza y se va, tomando a Grace de la mano mientras caminan hacia la salida.

Me quedo ahí, en medio del gimnasio vacío, sintiendo la confusión y la electricidad en el aire. Algo entre nosotros está cambiando, y no sé si debo detenerlo o dejar que suceda. Lo único que sé con certeza es que ya no puedo ignorarlo.

CAPÍTULO 14

ANTES

ETHAN

Salgo del gimnasio hecho una tromba. Mi cabeza está dando vueltas y mi corazón late con furia. No voy a decir que no entiendo lo que acaba de pasar con Becca, sería un insulto a mi propio sentido común. Pero, por favor, no puedo dejar de sentir la culpa corroyendo cada rincón de mi ser. Fallon. Fallon, maldita sea.

Es raro esto de estar atrapado entre dos mundos, entre lo que deberías estar haciendo y lo que realmente te mueve. Y lo peor de todo es que no sé ni por dónde empezar a arreglarlo.

Mi mente le sigue dando vueltas a esa escena con Becca, el roce, la tensión, todo lo que no dije y todo lo que me quemó por dentro. Pero ahora no es el momento de seguir divagando. Es hora de hacer lo que más me gusta, lo que siempre me calma: pasar tiempo con Grace.

Cumplimos con el ritual de siempre. La llevo a la heladería por unos conos y aunque parte de mí aún está atrapado en el caos emocional que me ahoga, me siento feliz. Más feliz que en mucho tiempo.

Llevar a Grace al gimnasio está siendo una de las mejores decisiones que he tomado en mucho tiempo. Es cierto que la idea de ver más a Becca me atrapó desde un principio y terminó convirtiéndose en una motivación, pero sinceramente cada momento que paso con mi sobrina se vuelve más y más valioso.

La miro reír mientras le doy un cono de frutilla, y aunque sé que hay un lío gigante en mi cabeza, mi sobrina sigue siendo mi mayor tesoro.

Amo a Grace con todo lo que soy, y no puedo evitar lamentar no haber hecho esto antes. Cuántas veces me he perdido de estos momentos por mi torpeza, por mi obsesión con los deberes, por querer cumplir con las expectativas... Pero ahora que estamos aquí, no puedo imaginarme sin estos momentos. No me perdonaría perder esto otra vez.

Cuando llegamos a la casa de Nora, me bajo del auto con el corazón aún agitado, pero con la esperanza de que hablar con ella pueda darme un poco de paz. Mi mente sigue dando tumbos, entre la culpa de Fallon, la atracción hacia Becca, y las inseguridades de no saber qué hacer con mi vida amorosa.

Al llegar a la puerta de Nora, me sorprende verla allí. Ni siquiera había pensado que podría estar en casa a esta hora. Normalmente, tiene la agenda tan organizada que es difícil encontrarla en casa si no es por algo importante.

—Vaya, qué sorpresa. No sabía que estabas a esta hora aquí. ¿No tienes clase? —le pregunto, un poco preocupado. Mi hermana rara vez falta a clases, me alerta que algo haya pasado.

Ella se ríe y me hace una mueca divertida.

—Estamos en receso. Y como tu hermanita es tan inteligente y aprobó todos sus exámenes, tiene unos días de paz antes de comenzar de nuevo.

Mi sobrina entra corriendo a la casa, y Nora le grita, con cariño maternal, que vaya a lavarse las manos antes de entrar a su cuarto.

Su voz es suave, pero firme. Hay algo en la forma en que cuida de su hija que me hace pensar que, a pesar de ser la más joven de nosotros, ha logrado una madurez admirable.

Yo me quedo mirando un momento, procesando lo que acaba de decir. ¿Tan rápido pasó el tiempo? ¿Tan pronto terminó el semestre?

Me siento como si estuviera atrapado en una espiral de caos, sin saber si estoy avanzando o quedándome atrás. Mi hermana se da cuenta de que sigo ahí, en mis pensamientos.

—Oye, ¿quieres pasar? —me pregunta con una sonrisa—. Podríamos tomar algo, ponernos al día. Siento que hace mucho no tenemos una noche de hermanos.

La idea de sentarme con ella, tomar una bebida caliente y hablar me suena perfecta. Podría usar esa distracción ahora mismo.

—Sí, claro —respondo, dejándome llevar. Entra primero y yo la sigo, cerrando la puerta al pasar. La casa tiene ese aire tranquilo que siempre me ha gustado, con el eco de los pasos de Nora resonando suavemente. Se siente acogedora, familiar.

Nos sentamos en el comedor, ella pone dos tazas de café y, mientras lo hace, noto cómo me observa con esa mirada tan característica de ella, siempre alerta, siempre queriendo saber más. Esa mirada de "sé que algo no anda bien".

—Sabes que no me gusta dar vueltas, así que arrancaré la curita de una vez. ¿Qué pasa, Ethan? —me pregunta sin rodeos, sentándose frente a mí. No necesita decir más; sus ojos lo dicen todo. Ya sabe que algo me preocupa.

Mi respiración se hace un poco más pesada. No puedo ocultarlo, es imposible. Al final, terminamos hablando de todo lo que está pasando. Fallon, Becca, la tensión entre ambos mundos que no logro resolver. A lo largo de los años, hemos hablado de tantas cosas con Nora que la idea de mentirle parece más agotadora que simplemente soltarlo todo.

—Fallon y yo… No sé qué está pasando —digo, mientras giro la taza en mis manos. El café ya está frío, pero no me importa—. La relación con ella… siento que está en su punto de quiebre. Y ni siquiera sé por qué.

Nora me escucha en silencio, sin interrumpir. Sé que está analizando cada palabra, cada pausa. Su paciencia es algo que siempre he admirado. Cuando no responde de inmediato, sigo hablando.

—Lo cierto es que últimamente hay algo que me está haciendo replantearme muchas cosas, algo que no puedo evitar, y me hace sentir... ¿culpable? —digo, mirando al vacío. Esa sensación me come por dentro.

Nora no se apresura a juzgarme. Solo me observa, su rostro tranquilo, pero los ojos atentos. Sé que espera que siga. Y lo hago, empujado por la necesidad de confesar lo que siento, aunque me aterra.

—Becca… —pronuncio el nombre casi en un susurro, como si fuera algo prohibido, como si el aire alrededor cambiara al decirlo—. Hay algo entre ella y yo. Algo que no puedo controlar. Que ni siquiera ha empezado pero… no lo sé.

El silencio que sigue me envuelve, y por un segundo, me arrepiento de haberlo dicho en voz alta. Pero entonces, Nora me mira con una suavidad en la mirada que me hace sentir entendido, incluso en mi tormenta interna.

—Ethan —dice finalmente, con voz calma—. Las cosas con Fallon no son simples, lo sé. Pero lo que sientes por Becca… No puedes ignorarlo. No deberías hacerlo. La vida no se trata solo de hacer lo correcto según lo que quieran los demás. A veces, es más importante hacer lo correcto para uno mismo.

Sus palabras me golpean como un rayo. No las esperaba. Quizás he estado obsesionado con lo que los demás esperarían de mí, pero, ¿y si me estuviera engañando a mí mismo?

—Pero… Fallon… ¿qué hago con ella? —pregunto, sintiendo la presión en mi pecho—. No puedo simplemente darle la espalda. Y por supuesto que jamás la engañaría. Sabes que no soy así.

Nora me mira con ternura, como si estuviera entendiendo cada pedazo de mi dilema.

—No le des la espalda, Ethan. Y no hace falta que aclares que jamás la engañarias. No dudaría de ti respecto a eso, nunca. Pero el consejo que si te daría es que seas honesto. No puedes quedarte en una relación solo por obligación. A veces, ser honesto duele, es difícil, y la gente no está preparada para escuchar cosas duras, pero te lleva a caminos que no te imaginabas, te libera. Y la libertad… La libertad es lo que te va a permitir estar en paz contigo mismo. No te aferres a algo que ya no te hace bien.

La conversación gira en torno a lo que realmente importa: la sinceridad con uno mismo. Nora me mira con una complicidad que solo una hermana puede ofrecer.

—El amor, Ethan… —susurra—. Es algo que llega cuando menos lo esperas. No tienes que buscarlo ni forzarlo. Solo deja que pase. Y cuando lo haga, serás feliz de haber sido honesto contigo mismo.

Su frase, tan simple pero tan profunda, queda resonando en el aire. Mi cabeza comienza a encontrar algo de claridad, y aunque sé que la situación con Fallon no tiene una solución inmediata, algo dentro de mí cambia. Quizás el primer paso es ser honesto conmigo mismo. Y con ella.

—Gracias, Nora. —Le agradezco con la mirada.

La conversación continua, ligera, sin presiones. Pero por dentro, siento que algo está cambiando. Y esta vez pienso que es hora de escucharme.

CAPÍTULO 15

ANTES

BECCA

La clase está terminando y el sonido de la lluvia golpeando contra los ventanales del gimnasio se vuelve más fuerte con cada minuto. Creo que soy de esas pocas personas que detestan la lluvia. No me agrada ni para estar dentro de mi casa, y mucho menos para tener que salir a la calle.

Desde mi lugar, veo cómo mis alumnas hacen la última pasada, mientras intento ignorar la sensación creciente de que salir bajo esa tormenta no es la mejor idea.

El agua cae con furia. Las gotas resbalan por los vidrios, distorsionando las luces de la calle. Estoy a punto de resignarme a la idea de mojarme hasta los huesos cuando una voz familiar me saca de mis pensamientos.

—Hola, Becca, ¿qué tal estás? ¿Necesitas que te lleve? —Ethan se ha bajado del auto y está saludando a Grace, pero ahora me mira a mí con esa expresión neutral que no es tan neutral como él cree.

Miro la lluvia otra vez. No es solo agua, es una tormenta en toda regla. No quiero aceptar, pero tampoco quiero quedar empapada intentando encontrar un taxi en este caos.

—No lo dudes tanto. Prometo que no muerdo —aclara él, y su voz suena tranquila, como si esto no significara nada. Como si él no sintiera lo mismo que yo.

En el auto se está cálido comparado con el exterior. Grace habla sin parar desde el asiento trasero, contándole a Ethan sobre la clase, sobre cómo quiere practicar más en casa. Yo me limito a mirar por la ventana, concentrándome en ver cómo los vidrios se empañan con el correr de los minutos.

Intento ignorar la forma en que Ethan parece inquieto, su mandíbula tensa cada vez que el tráfico nos obliga a frenar. Cada tanto, roza sus dedos sobre el volante con un movimiento ansioso.

La tensión está ahí. La siento en la manera en que Ethan ajusta el retrovisor, en la forma en que tamborilea los dedos contra el volante cuando el auto se detiene en un semáforo. No nos miramos. No hace falta.

Lo que no entiendo es en qué momento se le ocurrió que era una buena idea esta situación.

Cuando llegamos a la casa de Nora, Grace se despide con una sonrisa y corre bajo la lluvia hasta la puerta. Ethan espera a que entre antes de volver a arrancar. Y el momento que no quería que llegara, llega. Y ahora estamos solos. Completamente solos. Los dos, en un espacio muy reducido, completamente cerrado.

—Dime tu dirección —dice, y su voz es más baja, más grave.

Le doy las indicaciones justas y necesarias. Cada palabra se siente medida, contenida. El trayecto hasta mi departamento es breve, pero la distancia entre nosotros se vuelve más estrecha con cada metro recorrido. No físicamente, sino en ese espacio invisible donde las emociones se entrelazan sin permiso. No quiero mirarlo, pero a la vez, la necesidad de hacerlo es abrumadora.

Cuando finalmente estaciona frente a mi edificio, el silencio cae sobre nosotros como una segunda tormenta. Y caigo en la cuenta de que ahora tiene mi dirección. Conoce un poco más de esa privacidad que siempre intento ocultar.

El ruido de la lluvia golpeando el techo del auto llena el espacio entre nosotros, un sonido constante que debería ser relajante, pero solo acentúa lo que estamos evitando decir.

—Gracias por traerme —digo, rompiendo el silencio, aunque mi voz suena más suave de lo que esperaba.

Ethan no responde enseguida. Sus manos siguen en el volante, los nudillos blancos de la presión con la que lo está sosteniendo y su mirada fija en el parabrisas donde la lluvia sigue golpeando con insistencia. Es como si estuviera librando una batalla interna.

—Esto es una locura —murmura de repente, con un tono entre frustrado y contenido. Su mandíbula está tensa, sus ojos oscuros con algo que no quiero nombrar.

El silencio nos abraza. Lo miro.

—No sé si soy solo yo, pero esto… me está volviendo loco.

Mi estómago se contrae. No es una declaración, no del todo, pero es suficiente para que el aire entre nosotros se vuelva espeso.

—No digas eso —susurro, aunque mi propia voz tiembla.

—No puedo evitarlo —admite él, con la respiración entrecortada —. Becca, dime que solo soy yo. Que no sientes nada. Y te prometo que no vuelvo a mirarte así. No vuelvo a hablarte. Puedo desaparecer completamente.

No puedo responder. Porque no puedo mentir. No cuando todo mi cuerpo está reaccionando a su cercanía.

Sin pensarlo, mi mano se mueve. Apenas un roce, un toque leve sobre la suya. Ethan gira la cabeza y nuestras miradas se encuentran. Sus pupilas están dilatadas. Mi corazón late con fuerza, desacompasado.

El aire se vuelve denso, como si el mundo entero se hubiera reducido a este pequeño espacio dentro del auto. Su pecho sube y baja con fuerza, y en ese instante, sé que si uno de los dos se mueve siquiera un centímetro más, no habrá vuelta atrás.

Él inclina apenas el rostro, lo suficiente como para que su respiración roce mi mejilla. Mi pulso se acelera, mis labios se entreabren en un gesto involuntario. Puedo sentir su calor, su proximidad. No sé si quiero que se detenga o que cruce la línea que ambos sabemos que no deberíamos cruzar.

Y entonces, como si el universo lo hiciera a propósito, un trueno retumba en el cielo y rompe el momento en mil pedazos.

Me aparto primero. Agarro la manija de la puerta y la abro, dejando que el aire frío me golpee en la cara. Necesito espacio. Necesito respirar.

—Gracias por traerme —repito, y salgo sin mirar atrás.

La lluvia me recibe sin piedad, pero es mejor que quedarme un segundo más ahí dentro.

Porque si lo hacía, no sé si habría sido lo suficientemente fuerte para detenerme.

CAPÍTULO 16

ANTES

BECCA

El frío de la noche se cuela por debajo de mi abrigo en el corto trayecto desde el auto hasta la puerta de mi edificio.

Mi respiración es rápida, pero intento calmarme, porque sé lo que viene después: esa sensación constante de estar atrapada entre lo que quiero y lo que no debo querer. Las luces del edificio me parecen de otro mundo. No es solo la hora; es la situación. Todo lo que ha pasado hoy, lo que sigue sin resolverse, me da vueltas en la cabeza como un mal sueño.

Entro al edificio sin apuro, pero con la sensación de estar acelerada, fuera de lugar. A lo lejos, la ciudad parece tan tranquila, tan indiferente, pero yo estoy hecha un caos. Llego a la puerta de mi departamento, giro la llave, y entro.

El aire adentro está cargado de algo que no sé identificar. Quizás es el peso de lo que está pasando, o quizás es mi mente que no para de pensar en Ethan.

En su voz, en la forma en que se ve cuando está cerca de mí, en la tensión que se siente cada vez que estamos juntos. Es todo tan... fácil, pero a la vez tan imposible.

Thor corre hacia mí, buscando mimos como siempre. Mi mano lo acaricia de forma automática, pero mi mente está lejos.

Estoy sentada en el sofá, los ojos fijos en la pared, esperando que algo me dé paz, aunque todo en mí está gritando que no lo va a

hacer. Es una sensación rara, esta mezcla de ansiedad y deseo, pero es la única que conozco en estos días. Algo dentro de mí sabe que todo esto no va a ir a ningún lado, pero lo sigo permitiendo. Me quedo en silencio, mientras Thor se acurruca a mi lado, buscando consuelo, como si él también percibiera lo que está pasando. Pero ni él, ni nadie, puede calmarme.

Pienso en lo que pasó esta tarde, esa cercanía con Ethan, lo que casi sucede en el auto. La tensión, el roce, ese momento en el que los dos sabíamos que algo estaba a punto de estallar. Mi respiración se acelera un poco, pero trato de tranquilizarme.

Dejo de acariciar a Thor y me recuesto en la cama. Cierro los ojos, sintiendo cómo mi cuerpo se relaja, pero mi mente no puede dejar de dar vueltas. Consigo dormirme pero el descanso solo dura unas pocas horas.

Mi almohada vibra. Y no entiendo qué está pasando. Luego de entender dónde estoy, levanto mi almohada y tomo mi teléfono. La pantalla vibra y un número desconocido figura en ella.

Automáticamente corto. Miro el reloj, son las cuatro de la madrugada. Debe ser Wyatt. Qué pesado.

El teléfono vuelve a vibrar. Y pensándolo, la última vez bloqueé a Wyatt así que sería imposible que sea él quién me está llamando, por los menos desde el número de siempre. Desconcertada, atiendo.

—¿Hola? —digo, mi voz es un poco más baja de lo normal.

La voz de Ethan llega quebrada, entrecortada, como si estuviera luchando contra algo dentro de él.

—Becca… —Su voz me estremece. Está diferente, como si no estuviera completamente presente. No puedo evitar preocuparme.

—¿Ethan? —pregunto, y mi pulso se acelera un poco. No me gusta este tono. Está claro que algo está mal.

—No sé qué hacer… —Su voz vacila, y aunque intento no dejarme llevar por el miedo, lo siento en el tono.

Me siento en la cama, el teléfono en la mano, con la sensación de que no voy a poder desconectar de esto. No sé si quiero oírlo, no sé si quiero escuchar todo lo que tiene que decir, pero no puedo dejarlo ahí, no puedo colgar.

—¿Qué pasa? —le pregunto con más calma, aunque dentro de mí la tensión está creciendo.

Hay un largo silencio al otro lado de la línea, y puedo escuchar su respiración entrecortada. Parece que está luchando contra algo.

—Fallon y yo… la situación está empeorando —comienza, y me sorprende la fragilidad en su tono—. Siempre pensé que estábamos bien, que éramos... esa pareja, Becca. Y no sé qué pasó. Todo está cambiando, y no sé si es solo la rutina, el cansancio, pero siento que no somos los mismos. Ya no es lo que era, ya no somos lo que éramos.

Esas palabras me golpean más de lo que esperaba. Porque sé que lo que dice es cierto, y aunque me duele escuchar que está tan confundido, no puedo negar que las cosas entre él y Fallon ya no son las mismas. Lo noto en su voz, en lo que no dice, en cómo se sigue arrastrando por esa culpa que no puede dejar ir.

—¿Pero la quieres? —pregunto, sin pensar demasiado en lo que digo. La respuesta es obvia, ¿no? Pero tengo que oírlo de su boca.

—Sí, claro que la quiero —responde rápido, y hay una honestidad en sus palabras que me hace pensar que no está tratando de convencerme, sino de convencerse a sí mismo—. Pero algo está pasando. Y por primera vez en mi vida, alguien apareció para confundirme. Para hacerme dudar de todo. Y esa persona eres tú.

Mi respiración se corta por un segundo. No sé si me siento halagada o aterrada por lo que acaba de decir. Porque no se trata solo de mí. Es la forma en que lo dice, como si todo se estuviera derrumbando a su alrededor, como si las piezas de su vida estuvieran cayendo una tras otra.

—Ethan… —susurro, con mi voz temblorosa. No sé qué más decir. Mi cabeza da vueltas, buscando algo que se sienta correcto.

—Te lo juro, Becca. No sé cómo explicarlo. Pero cuando estoy cerca de ti, me siento… vivo, como si todo fuera posible, como si todo tuviera sentido. Y lo odio porque no debería sentirlo. No debería sentir nada por otra persona que no sea Fallon. Pero no puedo evitarlo. No sé cómo seguir con esto.

El dolor en su voz me atrapa, me envuelve. Pero también me hace sentir algo que no debería: una mezcla de deseo y compasión.

Y algo más, algo mucho más peligroso.

—No hagas que la situación sea más difícil —le digo, aunque las palabras no tienen el poder de calmarme—. No quiero estar en medio de esto.

—Yo no quiero que estés en medio de nada —responde, con voz rota—. No quiero hacerte daño, Becca. Pero no puedo seguir con Fallon sabiendo lo que estoy empezando a sentir por ti. Y no puedo ignorarlo. No puedo ignorar lo que pasó en el auto. No sé si es mi culpa, o si fue solo el momento, pero me siento… culpable, Becca. Muy culpable.

Me siento atrapada, y me odio por ello. Porque, en el fondo, quiero que todo esto se resuelva. Quiero que Ethan esté bien, que se sienta en paz, pero también quiero que él sea honesto consigo mismo. Y yo misma no sé si estoy lista para enfrentar esa verdad.

—No le hagas daño a Fallon —le pido, porque, aunque todo está hecho un lío en mi cabeza, sé que esa es la única verdad que puedo ofrecerle—. No la engañes, Ethan. No te hagas daño ni a ti ni a ella.

Hay un silencio largo. Lo siento ahí, tratando de tomar aire, buscando algo que no sé si va a encontrar. Finalmente, habla, pero esta vez es distinto. Es más suave, más vulnerable.

—Jamás la engañaría, Becca. Eso nunca. No soy esa persona. Pero siento que la estoy engañando de otra manera. ¿Sabes? No soy la misma persona con ella que soy contigo. Y no sé si eso hace que las cosas sean peores o mejores.

Me siento como si el suelo se moviera bajo mis pies. Porque yo… yo no sé qué decir a todo eso. Todo lo que quiero es que encuentre su camino, que se dé cuenta de lo que realmente quiere, pero no soy la persona indicada para decirle lo que tiene que hacer. No cuando uno de esos caminos podría ser elegirme a mí por sobre ella.

—Lo siento, Becca —susurra, y no sé si me está pidiendo disculpas por lo que pasó o por lo que no pasó. Pero las palabras se quedan en el aire, y me siento más perdida que nunca.

Al final, la conversación se desvanece, como si Ethan estuviera buscando una salida a la tormenta en su interior. Cuelga, pero antes de hacerlo, dice algo que me deja sin aliento.

—No sé cómo llegué hasta aquí, pero sé que algo cambió cuando te conocí. No te voy a mentir, siento que parte de mí ya no puede volver atrás. Y aunque no sé qué va a pasar, no quiero perder lo que sea que existe entre nosotros.

Y, aunque la conversación ya haya terminado, su voz sigue retumbando en mi cabeza, como un eco que no me deja en paz.

Las palabras de Ethan se clavan en mi pecho con la misma fuerza que el rayo que retumba afuera. No sé si me siento más confundida, más atrapada o si, simplemente, algo dentro de mí se está desarmando.

CAPÍTULO 17

ANTES

ETHAN

Mi cabeza da vueltas.

Estoy tan jodidamente confundido que no sé si quiero saber la respuesta o si quiero esconderme en la oscuridad de mi departamento hasta que todo pase. Pero, aquí estoy, con el teléfono en la mano, mirando el número de Becca.

No debería estar llamando. No después de todo lo que pasó anoche, no después de la vergüenza que siento por haberla llamado borracho. Pero algo dentro de mí me lo exige. Algo me dice que necesito hablar con ella, poner las cosas en claro, aunque no sé ni por dónde empezar.

Dudo un momento, respiro hondo y presiono el botón. El teléfono suena varias veces, y mi estómago se retuerce más con cada segundo. ¿Por qué no puede ser fácil, Becca? ¿Por qué siempre siento que estamos tan cerca y tan lejos al mismo tiempo?

Es imposible ignorar la verdad: desde que Becca apareció en mi vida, todo ha cambiado. Nunca pensé que alguien podría hacerme sentir tan confundido, tan perdido en medio de algo tan simple como una conexión instantánea. Como si el universo hubiera decidido que nuestra historia no podía esperar, que tenía que ser ahora, en este preciso momento.

Y lo peor de todo es que, aunque trato de resistir, sé que me atrae de una manera que nunca imaginé. El roce de sus manos, esa

mirada tan profunda que tiene, esa intensidad que es imposible de ignorar. Hay algo entre nosotros que no se puede explicar, algo que escapa a la razón. Y cada vez que la veo, siento que el control que pensaba tener sobre mi vida se va desmoronando.

Mi mente vuelve a Fallon, a la relación que en algún momento pensé que sería la última. Pero las cosas no son lo que eran. Es tan claro como el agua: las expectativas, los sueños compartidos, todo eso ha quedado atrás. Y aunque la amo, de una manera extraña, ya no somos los mismos. Ya no soy el mismo.

Sé que lo correcto sería hablar con ella, que lo justo es ser honesto, pero algo me lo impide. La culpa me consume, la necesidad de no hacerle daño me ahoga. Pero la verdad es que ya no puedo seguir viviendo así, atrapado entre lo que siento por Becca y lo que debo hacer por Fallon.

Estoy completamente enredado en esta confusión, y no sé si lo que estoy haciendo es lo correcto, pero algo en mi interior me dice que debo hacerlo. Tengo que ser fiel a lo que siento, aunque me duela.

Finalmente, la escucho. La suave voz de Becca se asoma al otro lado de la línea.

—¿Hola?

—Hola —respondo, intentando sonar lo más normal posible, aunque me siento como un idiota—. Perdón por… ya sabes, ayer. No sé qué me pasó. Estaba... fuera de mí. Pero necesito hablar contigo.

Escucho un suspiro suave, como si ya supiera lo que viene, como si no fuera la primera vez que alguien le pide algo así.

—Está bien —dice, y en su tono hay una mezcla de comprensión y distancia que me hace preguntarme qué está pensando.

—¿Podemos vernos? Necesito verte. Necesito hablar, de verdad. No sé si esto tenga sentido, pero... estoy hecho un lío, Becca.

Un silencio breve, pero pesado, lo llena todo. Sé que está pensando, tratando de encontrar la forma de entenderme, de descifrar lo que realmente quiero. Lo que realmente estoy pidiendo.

—¿Dónde? —dice al fin, y algo en su voz me da la sensación de que está tan perdida en esta confusión como yo. Como si también

estuviera esperando que alguien, de alguna forma, le dijera qué hacer.

—¿El café de la otra vez? —pregunto, y no es casualidad. Ese café, esa misma silla, ese lugar tan familiar para mí... me hace pensar que tal vez ahí podamos ser nosotros, tal vez ahí podamos encontrar un poco de claridad.

—Está bien. Te veo ahí en una hora.

Cuelga sin despedirse, y un extraño vacío se queda en el aire. Mi mente empieza a dar vueltas. Una hora. ¿Cómo voy a hacer para no parecer un idiota? ¿Qué voy a decirle? ¿Cómo le explico lo que pasó? ¿Lo que siento? ¿Cómo le explico que después de esa llamada me siento tan mal por no saber qué mierda está pasando entre nosotros?

El tiempo pasa volando, y antes de que me dé cuenta, ya estoy en la puerta del café, mirando la calle, esperando a que Becca aparezca. No sé por qué me siento tan nervioso. Con ella las cosas suelen ser fáciles, o al menos lo eran hasta que todo esto se complicó. Pero ahora... ahora todo parece estar hecho de preguntas, de dudas y de silencios que pesan más que cualquier conversación.

Becca llega, y al instante noto cómo todo cambia. Ella camina con esa calma característica que siempre tiene, como si estuviera segura de lo que es, de lo que representa, y yo... yo soy solo un lío de pensamientos. Sus ojos me encuentran, y aunque no hay palabras todavía, hay algo entre nosotros que no puedo negar. La conexión es como una corriente eléctrica que corre entre nosotros.

Se sienta frente a mí, y por un momento, ninguno de los dos dice nada. Nos miramos, y en ese simple acto de mirarnos, me doy cuenta de cuán profunda se ha vuelto esta conexión, de lo cerca que estamos, pero a la vez de lo jodidamente lejos que parece todo.

—Gracias por venir —digo, rompiendo el silencio. Mi voz suena más baja de lo que quiero, más vulnerable. Pero no puedo evitarlo. La verdad es que estoy perdido. Perdido en ella, perdido en mí mismo.

—No sé qué hacer con esto, Ethan —dice Becca, y su voz es suave, pero firme, como si ya estuviera luchando con sus propios demonios. Lo veo en sus ojos. Esa lucha interna que compartimos.

—Yo tampoco sé qué hacer —respondo, sintiendo cómo la tensión entre nosotros crece, pero no de la manera incómoda que esperaba. Es más bien como un fuego que está a punto de encenderse, pero que, por alguna razón, se mantiene contenido. Como si el aire entre nosotros estuviera cargado de algo, pero ninguno de los dos se atreviera a dar el paso.

Nos quedamos en silencio unos segundos más, hasta que Becca vuelve a hablar, esta vez con una voz que suena más... humana, más real.

—Lo que pasó entre nosotros... ¿qué fue? Quiero decir... no entiendo cómo todo cambió tan rápido. ¿Por qué me siento tan segura contigo?

Me tomo un segundo para procesar sus palabras. Mi cabeza sigue dando vueltas, pero al mismo tiempo, una parte de mí lo sabe. Lo sabe porque yo también lo siento. Lo siento en cada mirada que hemos cruzado, en cada palabra que hemos dicho, en cada roce que hemos tenido.

—Yo tampoco lo entiendo —admito, sintiendo cómo mi pecho se aprieta un poco más al hablar—. Pero algo cambió. Y no sé qué es. Solo sé que desde el primer momento, cuando te vi, algo en mí... reaccionó. No sé si fue el instinto o qué, pero te vi y supe que había algo en ti, algo que me hacía querer acercarme. Y cuanto más te conozco, más fuerte es. Pero no lo entiendo. No entiendo cómo algo puede ser tan... inmediato. Tan real.

Becca baja la mirada, como si estuviera procesando mis palabras, como si estuviera tratando de ordenar todo lo que está pasando en su cabeza. Me doy cuenta de que estamos en la misma página, pero leyendo diferentes libros.

—Es raro... ¿no? —dice, y yo asiento—. Todo esto. Yo no suelo ser así, Ethan. No soy de... no soy de lanzarme sin pensar. Pero contigo es diferente. Me siento tan... tan atraída, y no sé si es solo físicamente, o si hay algo más. Pero no puedo ignorarlo.

No puedo evitarlo. La tensión entre nosotros es tan palpable que casi la puedo tocar. Y, sin embargo, ambos sabemos que hay algo más, algo que no podemos definir, pero que está ahí, en cada palabra que decimos, en cada mirada que compartimos.

—Yo siento lo mismo —le respondo, y mis palabras salen con más sinceridad de la que esperaba—. Pero también sé que esto no es fácil. Ni para ti ni para mí. Hay cosas que no entiendo, pero una de ellas es que no puedo dejar de pensar en ti. Y no sé si eso es bueno o malo, pero ahí está. Como una constante.

Becca me mira, y en sus ojos veo algo que no puedo definir. Tal vez sea miedo, tal vez sea deseo, tal vez un poco de ambos. Pero lo que más veo es vulnerabilidad. Y eso, más que todo lo demás, me derrumba.

—Tengo miedo —dice al fin, y sus palabras me golpean directo al pecho—. Miedo de que todo esto sea una locura. Miedo de que lo que estamos sintiendo sea solo una fantasía. Miedo de lo que podría pasar si realmente... si realmente esto se convierte en algo más.

Sus palabras son como un golpe bajo, pero también me hacen ver lo lejos que hemos llegado. En tan poco tiempo, hemos tocado lugares que nunca imaginamos. Hemos conectado quizás más de lo que muchos conectan en años.

—Yo también tengo miedo —admito, y por un momento, dejo que todo se salga de mi pecho—. Pero creo que el miedo es parte de esto. No todo tiene que ser perfecto, Becca. Tal vez lo que necesitamos es simplemente ser honestos. Y no apresurarnos. Pero no quiero que te vayas. No quiero que esto termine antes de siquiera comenzar.

—Ethan… ¿Y Fallon? —Becca pregunta con tono suave, y siento el peso de su pregunta—. No quiero que salga más lastimada de lo que ya debe estar.

Siento una oleada de culpa al escuchar su nombre, pero ya no puedo seguir ignorando lo que siento. No puedo seguir viviendo en este caos sin hacer algo al respecto.

—Es difícil, Becca. —La voz me tiembla—. Fallon es… una parte importante de mi vida. Pero las cosas se han desgastado, no somos lo que éramos, no somos lo que pensaba que éramos. Pero lo que más me duele es que no sé cómo explicárselo sin hacerle daño. No sé si soy capaz de hacerle esto, pero… no puedo seguir mintiéndome a mí mismo.

Siento cómo mi pecho se aprieta al decirlo. La culpabilidad me come por dentro, pero sé que esta es la única salida.

—¿Qué vas a hacer, entonces? —Becca susurra.

—Tengo que hablar con ella. —Respiro hondo—. No puedo seguir con esta mentira, Becca. Es lo único que sé con certeza.

Cierro los ojos, dejando que el silencio se haga pesado. Las palabras que no dije flotan entre nosotros, como un recordatorio de que lo que está pasando no es sencillo, que no lo controlamos.

—Y tú, Becca, ¿qué piensas de todo esto? —pregunto, sintiendo que tengo que poner las cartas sobre la mesa, aunque la incertidumbre me consuma.

—No sé, Ethan. —Su respuesta es sincera, casi vacilante—. Pero sé que, en este momento, lo único que quiero es… ver qué pasa entre nosotros, entender qué es lo que siento por ti.

Nos miramos en silencio, y aunque las palabras son pocas, todo lo que no decimos pesa más que cualquier confesión. Hay algo entre nosotros que no puede ser ignorado, algo que va más allá de la atracción física, algo más profundo.

Una chispa de esperanza se enciende en mi pecho. Algo que no esperaba, algo que, aunque pequeño, me da fuerzas para dar el siguiente paso.

Lo que no sé es si realmente estoy listo para lo que eso significa.

Pero algo dentro de mí me dice que, con Becca, vale la pena intentarlo.

CAPÍTULO 18

ANTES

ETHAN

Quien te diga que romper una relación de casi diez años es fácil, te está mintiendo. Quien te diga que una pareja lo procesa antes de terminar, que lo tiene decidido, que lo asimila con antelación y que lo acepta sin dudar, también te está mintiendo.

Nunca se está preparado para decirle adiós a una persona que te acompañó por tantos años, que compartió tus alegrías y tus miserias, que te aconsejó cuando lo necesitabas y que estuvo a tu lado pase lo que pase. No se está preparado para dejar ir a alguien que fue hogar, refugio y testigo de tu historia.

Pero cuando el dolor es más grande que el amor, cuando el sufrimiento pesa más que la felicidad, hay que aceptar que no hay escapatoria. Sería egoísta quedarse en un lugar donde ya no eres feliz. Y sería egoísta permitir que la otra persona haga lo mismo. Porque a veces, sostener algo insostenible es más doloroso que soltar lo que debió haberse ido hace tiempo.

Respiro hondo y tomo coraje cuando abro la puerta de mi departamento. Fallon entra como una tromba, la mirada tensa, las manos crispadas. Está agotada. Su trabajo, la presión de mantener su legado, las exigencias de un mundo que no da tregua, todo se le está viniendo encima. Lo sé. Lo veo en sus ojos, en la forma en que evita mirarme directamente, en la sombra que cubre su expresión.

Quema. Lastima. Y duele. Duele ver en sus ojos una disculpa muda. Duele ver cómo su mundo se derrumba. Duele porque en sus pupilas veo reflejada mi propia tristeza, mi propio pesar. Ya sabe a qué vino. Ya entiende por qué está aquí. Y mi corazón se encoge, se retuerce y se rompe en mil pedazos.

Con lágrimas en los ojos, susurra:

—No hay nada más doloroso que estar en un lugar donde no te sientes amada.

Y en ese instante, mi mundo se derrumba. Porque no hay nada que pueda decirle para llevarle la contraria. Porque tiene razón. Porque dejé de amarla hace tiempo. Dejé de pensar en ella, de anhelarla, de querer compartir mis días y mis noches a su lado. Y cuando en una pareja eso se pierde, todo se acaba.

Un nudo en la garganta me impide hablar. Intento decir algo, pero las palabras se niegan a salir.

—No hace falta que digas nada, Ethan —dice con una sonrisa triste—. Lo veo en tus ojos. Lo nuestro se rompió hace tiempo. Y aunque me duela, también sé que seré más feliz al lado de alguien que realmente sepa valorarme. O sola. Soy consciente de que tampoco necesito una pareja para ser feliz.

No puedo mirarla a la cara. La culpa y la vergüenza me carcomen. La escucho suspirar, un sonido leve pero cargado de resignación. Entonces, la puerta de mi departamento se cierra tras de ella.

Y un silencio ensordecedor me envuelve.

Y las lágrimas, contenidas hace tiempo, empiezan a salir.

CAPÍTULO 19

ANTES

ETHAN

Hace tres semanas que Fallon atravesó la puerta de mi departamento y no volví a saber nada de ella. Por supuesto que Nora y Ash ya están al corriente. Ellos fueron quienes más me aconsejaron y apoyaron en esta decisión. Pero algo que no tuve en cuenta y todavía no sé cómo manejar es el hecho de que Grace no sepa de la nueva situación.

Si bien su relación nunca fue muy fuerte, la conoce desde que nació y era quien la llevaba siempre a sus entrenamientos. Desde hace tres semanas, Nora y yo estamos haciendo malabares para llevarla al gimnasio. Y siendo honesto, me cuesta. Me cuesta llevarla y traerla porque pensar en Becca también me hace mal.

Lo que siento por ella empieza a ocupar más espacio del que me gustaría, y con el correr de los días, se vuelve imposible de ignorar. Nuestra última conversación fue complicada. Difícil. Cruel, incluso. Todavía la estoy procesando, y no puedo dejar de pensar en ella.

Me tocan el hombro y salgo de mi torbellino de pensamientos.

—Oye, Ethan. ¿Pudiste ver el pedido de los gráficos que te dejé en la plataforma? Es casi lo último que nos falta para cerrar el proyecto. Últimos ajustes, últimas pruebas y el *Eclipse Rising III* será de la gente. La fecha de entrega nos está jugando una mala pasada —dice Luke con un tono que intenta sonar ligero, pero noto la urgencia en su voz.

—Eh, sí. Claro. Ya lo miro —contesto, un poco perdido.

Luke me mira con ojos de lástima. No le conté a nadie sobre mi ruptura con Fallon, pero estoy seguro de que los rumores corren rápido. Aunque ella no sea una influencer con millones de seguidores, tiene su público. Y no me sorprendería si ya ha compartido nuestra separación en redes. Tiene todo su derecho. Es libre de hacer lo que quiera. También es su vida.

Intento concentrarme en diseñar lo pendiente, pero me cuesta. Mi cabeza está en otra parte. Suspiro y me levanto para ir a buscar un café a la cocina de la oficina. Necesito despejarme.

Cuando enciendo la cafetera, mi teléfono vibra. Veo un "MAMÁ" en la pantalla y un escalofrío me recorre la columna.

Mierda, pienso. Este es el momento que nunca quise que llegara. Esta conversación será difícil.

Atiendo. Realmente no puedo seguir evitando esto.

—Hola, madre. ¿Qué tal has estado? ¿Qué cuenta papá? —digo, intentando sonar despreocupado.

—Ethan Nicholas Parker —contesta, completamente enojada.

Mierda, pienso otra vez. Creo que estos pensamientos intrusivos no están ayudando a mi salud mental. ¿No dicen que la forma en que uno se habla es importante para la autoestima y todo eso?

—¿Ocurrió algo?

—Te queremos mañana para cenar en casa. Sin excepción. Sabemos lo que pasó con Fallon y no vamos a aceptarlo. Estamos listos para hacerte notar el error que cometiste —dice con una calma helada—. Tu hermana también viene.

—¿¡Nora!? —pregunto, alarmado. Es imposible que ella esté de acuerdo con esto. Simplemente imposible.

—Sí. Creemos que esto merece que toda la familia se reúna. No es ninguna broma. Es importante.

—Pero, madre…

—No hay peros. Mañana. A las siete de la tarde. A cenar. Adiós —sentencia y cuelga.

Mierda. Tercera vez en cinco minutos que digo esta palabra por dentro. Los libros de autoayuda me están apuñalando por la espalda; seguro dirían que debería ser más positivo.

Suspiro y me tomo la cabeza con las manos. Sabía que esto no iba a salir bien. Sabía que enfrentar a mi familia sería complicado. Mis padres aman a Fallon. Siempre lo hicieron. Siempre estuvieron convencidos de que ella era la persona indicada para mí. Pero se olvidan de algo crucial: tengo treinta años. Tengo derecho a decidir sobre mi propia vida.

Estoy cansado de complacer al resto. De hacer lo que los demás esperan de mí. De seguir normas absurdas como esta. En treinta años, nunca tuve una verdadera pelea con mis padres, pero como dicen: *siempre hay una primera vez para todo*.

Me levanto, tomo mis cosas y le prometo a Luke que esos diseños estarán listos a primera hora de mañana. Luego, salgo rumbo a mi auto.

Necesito estar en casa.

CAPÍTULO 20

ANTES

ETHAN

Cuando estaciono frente a la casa de mis padres, me doy cuenta de que estoy apretando el volante con tanta fuerza que me duelen los nudillos.

Respiro hondo, intentando calmarme, pero el malestar en mi estómago no desaparece. Sé que esta cena no va a terminar bien. Mi mente sigue dando vueltas, como si buscara un camino de regreso, una excusa para no estar aquí. Pero no hay marcha atrás.

Apenas cruzo la puerta, veo a Nora en el recibidor. Me acerco a ella con rapidez y la tomo del brazo.

—No puedo creer que estés de acuerdo con esto —espeto en voz baja, intentando no llamar la atención.

—Te juro que no —responde con urgencia, sus ojos abiertos por completo—. No tenía idea de que nuestra madre planeaba esto hasta que me llamó esta mañana.

Exhalo un suspiro de alivio, pero mi cuerpo sigue tenso. Si al menos Nora está de mi lado, no estoy completamente solo. Siento que las palabras de mi madre y mi padre están por caer sobre mí, como un peso imposible de evitar.

El sonido de cubiertos y platos me guía al comedor. Mi madre y mi padre ya están sentados, sus expresiones serias. La mesa está perfectamente dispuesta, como si esto fuera una cena cualquiera y no una emboscada disfrazada de reunión familiar.

—Siéntate, Ethan —dice mamá con su tono más firme.

Me acomodo en la silla con el ceño fruncido. Sé que no tengo opción. No cuando Lauren Parker tiene esa mirada de determinación. Ni siquiera puedo recordar cuándo fue la última vez que estuve en este comedor sin sentir que todo lo que hago es un error.

—No vamos a dar vueltas con esto —comienza mi padre, cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿Cómo pudiste hacerle esto a Fallon?

Suelto una risa seca, incrédulo. Sabía que esto venía, pero no deja de irritarme.

—¿Hacerle esto? ¿De qué están hablando? —pregunto, intentando mantener la calma, aunque mi voz tiembla ligeramente —. La relación terminó. Punto.

—Una relación de diez años, Ethan —interviene mi madre, y noto la decepción en su voz—. ¡Diez años! Y la dejas así, sin más.

—No fue así de simple —respondo con firmeza, apretando las manos bajo la mesa—. Y ustedes lo saben.

—Fallon me llamó —suelta mi madre de repente.

Levanto la cabeza de golpe.

—¿Qué? —Mi voz sale más aguda de lo que esperaba.

—Me llamó hace unos días —continúa—. Hablamos largo y tendido. Está destrozada, Ethan. Me dijo que lo intentó todo, que luchó por ustedes, pero que simplemente… la dejaste ir.

Un calor furioso me sube por el pecho, y por un momento la culpa amenaza con desbordarme.

—Eso no es justo —murmuro entre dientes—. No tienen idea de lo que pasó entre nosotros. No saben lo que sentía. No conocen toda la historia.

—Pero sabemos lo que es correcto y lo que no —interviene mi padre—. Y dejar a Fallon, después de todo lo que han construido juntos, es el peor error de tu vida.

Respiro hondo, tratando de contener mi frustración. Mi cabeza late con fuerza, pero no voy a ceder. Siento la mirada de Nora clavada en mí, como si me diera fuerzas. Sus ojos, siempre tan llenos de compasión, me dicen que no estoy solo, que no importa lo que ellos digan.

—Miren, sé que ustedes la quieren —digo, con el tono más controlado que puedo—. Sé que Fallon ha sido parte de esta familia por mucho tiempo. Pero esto fue mi decisión. Una que tomé porque no podía seguir en esa relación.

—¿No podías seguir? ¿Por qué? —insiste mi madre—. ¿Hay otra persona?

La imagen de Becca me atraviesa la mente como un rayo. Su sonrisa, su voz, la forma en la que me hace sentir algo que no sentía en mucho tiempo. Pero no. No voy a darles ese argumento. No les daré la oportunidad de señalar con el dedo y decir: ahí está la razón, ahí está la culpable.

—No se trata de nadie más —respondo con firmeza—. Se trata de mí. De lo que quiero. De lo que necesito. Y si ustedes no pueden aceptar eso, es su problema, no el mío.

Mi madre parece sorprendida. No creo haberle hablado nunca así. Siempre fui el hijo que obedecía, el que hacía lo que debía hacer, el que nunca les daba motivos para cuestionarlo. Pero ya no. Ya no soy ese hijo.

—Ethan… —dice, y esta vez su voz ya no es tan dura. Hay algo de tristeza en ella.

—No —la interrumpo—. No voy a quedarme a escuchar cómo me dicen que arruiné mi vida solo porque tomé una decisión que ustedes no entienden. Me cansé de tratar de complacer a todos. Me cansé de seguir un camino que ya no es el mío.

El silencio se instala en la mesa. Mi padre parece molesto, pero no dice nada. Mi madre simplemente suspira y baja la mirada. Siento una presión en el pecho, como si todo lo que había guardado durante años quisiera escapar de mí. Pero no voy a ceder. No ahora.

Nora me da una leve sonrisa desde su asiento. No es una sonrisa feliz, pero es suficiente para darme la fuerza que necesito para seguir adelante.

—Supongo que la cena terminó —murmuro, levantándome.

—Ethan… —murmura mi madre otra vez, pero no me detengo. Camino hacia la puerta con el pecho agitado, el pulso acelerado. No sé si lo que estoy haciendo es correcto, pero sé que es lo único que puedo hacer.

Cuando salgo de la casa y cierro la puerta detrás de mí, siento que finalmente estoy tomando el control de mi vida. La culpa que me había estado carcomiendo se disipa lentamente, como si todo el peso de esa casa se desvaneciera con el sonido de la puerta cerrándose.

Mis pies tocan el concreto de la vereda con firmeza, y luego de mucho tiempo, respiro tranquilo. Estoy solo, pero no me siento vacío.

CAPÍTULO 21

AHORA

BECCA

Hace días que no duermo. Que no como. Y que no logro entender lo que estoy viviendo. Por orden médica, me enviaron a casa. No puedo vivir en el hospital, no puedo dormir cada noche en esa silla.

Porque no soy solo yo la que extraña a Ethan. Su familia también está aquí, y las cosas no están siendo fáciles entre nosotros. ¿Por qué? Simple: me conocieron hace tres semanas, el día que tuvimos el accidente.

Sí, una situación que no tiene ningún sentido. Pero así fue. Cuando Ethan se separó de Fallon y finalmente comenzamos a estar juntos, decidió mantenerlo en secreto. Solo su hermana Nora estaba al tanto. Y ni siquiera sabía toda la historia.

Le insistí muchas veces a Ethan con el hecho de conocer a sus padres. Pero sabía que era un tema que lo incomodaba, que lo descolocaba y que no estaba listo para enfrentar. Al estar tan ocupado con su trabajo, siempre la excusa aparecía para no pasar tiempo en casa de sus padres. Y como siempre supe la importancia de su relación con Fallon y la relación tan estrecha que esta tenía con sus padres, preferí darle el espacio que necesitaba.

Ahora, en la sala de espera del hospital, siento todas esas decisiones volverse en mi contra.

—¿Entonces tú eres Becca? —La voz de la madre de Ethan, Lauren, es cortante, cargada de un juicio que no se molesta en

disimular. Su mirada se desliza sobre mí como si fuera una mancha en la alfombra que no puede soportar ver.

Asiento, incapaz de hablar. Mi garganta se cierra mientras ella y el padre de Ethan me observan, sus rostros tensos, duros.

—Y tú… —interviene el padre, con la misma frialdad— ¿qué hacías con mi hijo cuando tuvo el accidente?

Las palabras se clavan como un cuchillo. Cierro los ojos un instante, buscando fuerzas.

—Estábamos juntos —respondo finalmente. Mi voz suena pequeña—. Éramos… somos pareja.

La reacción es inmediata. La madre de Ethan resopla, como si hubiera escuchado la peor blasfemia de su vida. Su padre sacude la cabeza con incredulidad.

—¡¿Cómo es posible que no supiéramos nada de esto?! —exclama ella, girándose bruscamente hacia Nora—. ¿Acaso tú lo sabías?

Veo que Nora se encoge.

—¿Cómo pudiste ocultarnos algo así?

Nora, que había estado en silencio a mi lado, se endereza y levanta la barbilla.

—No era mi historia que contar —dice con firmeza—. Ethan quería manejar esto a su manera.

—¿Manejar qué? —El padre de Ethan golpea el brazo de la silla en la que está sentado—. ¿Una aventura secreta? ¿Una relación de hace dos días?

Algo en mí se rompe al escuchar esas palabras. Aprieto los puños sobre mi regazo, sintiendo las uñas clavarse en mis palmas.

—No era una aventura —digo, esta vez con más firmeza—. Estamos juntos. Somos pareja. Yo amo a su hijo.

La madre de Ethan me lanza una mirada afilada.

—No tienes idea de lo que es amar a mi hijo. ¿Hace cuánto están juntos? ¿Un mes? ¿Dos?

Cada palabra es un latigazo contra mi pecho. Me cuesta respirar.

—No es cuestión de tiempo —trato de explicar, pero mi voz tiembla—. Nosotros…

—¿Nosotros, qué? —interrumpe ella—. ¿Crees que puedes reemplazar a Fallon? ¿Que después de diez años podemos aceptar que una desconocida aparezca de la nada y reclame un lugar en su vida?

Su dureza me deja sin aliento.

—Yo no estoy tratando de reemplazar a nadie —susurro—. Solo quiero estar con él.

—¿Y qué pasa si no despierta? —pregunta el padre de Ethan de repente, su voz es grave, un golpe seco de realidad—. ¿Qué pasa si mi hijo no vuelve a ser el mismo?

Trago saliva. La angustia me sube por la garganta.

—Entonces seguiré aquí —digo, con toda la determinación que me queda—. Porque lo amo.

Se produce un silencio espeso, cargado de emociones contenidas. Nadie dice nada por varios segundos hasta que Nora da un paso adelante.

—No deberían hacer esto —dice con seriedad—. Ethan tomó sus decisiones. No es justo que la castiguen por algo que él eligió.

La madre de Ethan se cruza de brazos, su mandíbula tensa.

—Ya veremos si sigue siendo su elección cuando despierte.

Mis piernas están temblando. Mi corazón late con fuerza, con dolor. Pero no me muevo. No me voy. Porque sé que este no es el final. Es solo el comienzo.

CAPÍTULO 22

AHORA

BECCA

Abro los ojos y me muevo en la cama desorientada. Por un segundo, estiro mi brazo y espero encontrar el calor de Ethan a mi lado, hasta que caigo en la cuenta de que hace un mes que está en coma en un hospital.

Mi corazón vuelve a romperse y me cuesta respirar. Podría pensar que con el correr de los días el cuerpo lo va asimilando y procesando mejor. Pero no es así.

Thor se acurruca a mi costado dándome calor. Parece tonto, pero creo firmemente que los animales sienten y perciben estas cosas. Él también debe extrañarlo. Todos lo hacemos.

Tomo mi teléfono y repaso rápidamente las notificaciones. Un mensaje de Ava me dice que me tome el tiempo que necesite antes de volver a la escuela. Me lo envió hace tres días, pero recién lo leo. Creo que eso demuestra la importancia que le estoy dando a mi vida en este momento.

Decido abrir el chat con Mia. Una catarata de mensajes todavía está esperando respuesta. Releo el último de hace dos días.

Mia

Bee, sabes que te quiero como a nadie en el mundo y que te apoyaré siempre que lo

necesites. Pero no puedes poner tu vida en pausa. Sabes que estar a su lado en el hospital no cambiará las cosas. Tal como te dijeron los médicos. Ahora lo único que puedes hacer es esperar.

Enojada, arrojo el teléfono en la cama. La furia va creciendo en mi interior. Y sé que la siento porque tiene razón. Porque me molesta e irrita saber que no hay nada que pueda hacer para cambiar la condición de Ethan.

Estoy cansada de no poder hacer nada.

Salgo de la cama y decido tomar un baño, desayunar, cambiarme y dirigirme hacia el hospital. Últimamente esta viene siendo mi rutina y no pienso cambiarla.

Cuando llego al hospital, encuentro al doctor Lawrence en la habitación de Ethan junto a una enfermera. Por lo que veo, se encuentran haciendo los controles de rutina.

Creo que ya no hacen falta palabras, porque cuando cruzo la mirada con el doctor, él solo dice:

—Señorita Thompson, espero que se encuentre bien. No ha habido cambios en el señor Carter en estas últimas veinticuatro horas. Sus signos siguen estables, pero no pudimos observar ninguna evolución.

Mi cara de desilusión debe ser evidente, ya que me sonríe a modo de disculpa y sale de la habitación.

Me ubico en mi lugar habitual y le tomo la mano a Ethan.

—Vamos, Ethan, por favor. Estamos todos esperándote aquí. Despierta. Tu lugar está con nosotros. Conmigo. Grace te extraña también.

En ese momento, veo un parpadeo. Por un segundo, me ilusiono. Pero rápidamente recuerdo las palabras que me dijo el doctor Lawrence hace unos días.

A veces los pacientes en coma pueden mostrar reflejos, pero de manera involuntaria. Pueden llegar a apretar los dedos, mover los

globos oculares y hasta casi parecer que sonríen. Pero esto no quiere decir que estén próximos a despertarse.

A pesar de eso, decido aferrarme a esa ilusión como si no hubiera un mañana.

—Sé que estás ahí —susurro, con la voz quebrada—. Por favor, vuelve. No importa cuánto tiempo te tome, yo voy a estar aquí esperándote.

El silencio me envuelve, solo interrumpido por el sonido rítmico de la máquina que monitorea sus signos vitales. Me acomodo en la silla, apoyando la cabeza en el colchón. Siento el cansancio pesar sobre mis hombros, pero no me permito cerrar los ojos. No todavía.

—¿Sabes? Grace empezó a dormir en la cama de nuestra habitación —digo en voz baja, intentando no llorar—. La otra noche se quedó ahí toda la madrugada. No quiso moverse ni siquiera cuando intenté llevarla a la suya. Creo que sabe que algo anda mal. Todos lo sabemos.

Aprieto sus dedos entre los míos, esperando alguna reacción. Pero nada. El silencio sigue ahí, implacable.

Un sollozo se escapa de mis labios y cierro los ojos con fuerza.

—Ethan, por favor… vuelve a mí.

El dolor se hace más grande, más insoportable. Pero aun así, me quedo. Porque no sé hacer otra cosa que esperar por él.

CAPÍTULO 23

ANTES

ETHAN

Desde que Fallon y yo terminamos, me siento como en una nebulosa. Hago las cosas por inercia. Voy a trabajar. Voy al gimnasio. Me encuentro con Grace. Pero siento que hago todo en piloto automático.

Muchas veces estuve tentado de enviarle un mensaje. Saber cómo está. Cómo se siente. Sería tonto decir que no la extraño. Pero no extraño a la Fallon de los últimos meses. Extraño a la Fallon que conocí cuando éramos jóvenes. Aquella Fallon que estaba entusiasmada y feliz con la idea del amor.

Decido revisar sus redes sociales y chequear qué estuvo haciendo este tiempo. Por supuesto que esto no es sano. Pero siento la necesidad de hacerlo. Veo sus historias. Se la ve feliz. O por lo menos no tan angustiada como lo estaba el día que nos dijimos adiós.

Salgo de ese trance y decido dejar mi computadora y salir a tomar un café. El día está un poco nublado y necesito despejarme. Hace horas que estoy trabajando y mi cabeza está a punto de estallar.

Caminando por la avenida principal, decido entrar a *Café Royale* porque sinceramente no me siento en condiciones de cruzarme con Nora.

Me pido un *latte macchiato*, un budín de arándanos y decido sentarme al fondo de la cafetería y aprovechar el tiempo para leer. No soy un ávido lector, pero cada tanto me gusta sumergirme en alguna historia.

Pasa un corto tiempo hasta que siento que alguien carraspea enfrente de mí. Levanto la mirada y la veo. Fallon.

En el momento en que cruzamos miradas, me siento paralizado. No pensé que íbamos a cruzarnos tan pronto, para ser honesto. Al principio no sé cómo reaccionar, hasta que ella me saluda con una sonrisa cálida. Y ahí es cuando mi cuerpo se afloja.

—Hola, Ethan. Qué placer encontrarte aquí.

—H-h-hola, Fallon. Qué sorpresa. Siéntate si quieres. ¿Qué tal has estado?

—Ya sabes. Superando la ruptura de mi novio de hace casi diez años. —Se ríe con soltura.

Automáticamente, mi cuerpo se tensa.

—Tranquilo. Estoy bromeando. Estoy bien. Con mucho trabajo, como siempre. Papá decidió realizar una nueva apertura en Tahití y estamos preparando todo para que salga de la mejor manera. Estoy muy nerviosa, ya que va a ser la primera apertura de la que me voy a encargar casi al cien por ciento. Pero veremos qué tal sale.

—Estoy seguro de que irá de maravilla.

Un silencio incómodo nos envuelve.

—Oye…

—Siento que te debo una disculpa.

Nos interrumpimos los dos.

—Tú primero —digo, dispuesto a escuchar lo que tiene para decirme.

—Quiero disculparme. Sé que fui un poco dura la última vez que nos vimos. Y estas semanas me dieron tiempo para pensar en muchas cosas. Nuestra relación fue increíble, Ethan, y realmente estuve muy enamorada de ti. Pero no me di cuenta de que con el tiempo me fui perdiendo en nosotros. La relación se fue desgastando y no fui capaz de cortar las cosas de una manera sana y antes de que todo se fuera al demonio. Siempre serás alguien muy importante para mí, y de corazón deseo que encuentres a alguien

que te quiera mucho y con quien puedas proyectar todas esas cosas que no pudiste conmigo. Creo que no era justo que ninguno de los dos estuviéramos en un lugar donde no fuéramos felices. Con esto no quiero decir que no me duela la situación. Pues soy humana… aunque a veces no lo parezca.

Me río mirándola a los ojos con todo ese cariño acumulado de tantos años.

—Gracias. De verdad, gracias. Gracias por estos años juntos. Fueron años muy felices. Por lo menos para mí.

—También lo fueron para mí, Ethan.

Nos quedamos en silencio, asimilando esas palabras que parecen cerrar un capítulo que ninguno de los dos se animaba a terminar de escribir. Y me doy cuenta de que la tristeza que siento no es angustia. Es el peso que, por fin, se suelta de mis hombros.

—Voy a mudarme a Tahití por un tiempo —dice ella de repente—. No sé si será definitivo, pero quiero darme esa oportunidad. Cambiar de aire. ¿Sabes? Me hace falta.

Sonrío, sincero.

—Te va a venir bien. Es un nuevo comienzo.

—Para los dos —agrega ella.

Y tiene razón. Porque aunque me cueste admitirlo, esto es lo que necesitábamos. Ambos.

Fallon mira su reloj, se levanta y, antes de irse, me abraza. Es un abrazo familiar, lleno de nostalgia, pero sin ese anhelo de lo que fue.

—Cuídate, Ethan —dice con una sonrisa suave.

—Tú también, Fallon.

La veo salir del café y siento un alivio inesperado. Es como si, al verla cruzar la puerta, una parte de mi pasado quedara atrás. Cierro los ojos, inhalo profundo y me quedo allí, con el corazón tranquilo por primera vez en semanas.

Y, en medio de ese silencio, surge un pensamiento claro, implacable: ahora el siguiente paso es hablar con Becca y descubrir juntos qué sentimos el uno por el otro.

Sonrío, pago la cuenta y salgo a la calle. La brisa me golpea el rostro y, mientras camino, me doy cuenta de que, finalmente, me siento libre para dar el siguiente paso.

CAPÍTULO 24

ANTES

BECCA

Desde mi lugar en la recepción, puedo ver claramente a todos los que entran al gimnasio. Con el tiempo, desarrollé una especie de radar para detectar quién es nuevo, quién viene por alguien y quién realmente viene a entrenar. Pero lo que no esperaba era verlo a él.

Ethan.

Su figura aparece en el umbral de la puerta y, por un segundo, pienso que estoy alucinando. Parpadeo, pero sigue ahí. Está vestido con ropa deportiva, pero su presencia desentona en este lugar a esta hora. Ethan solo venía cuando Grace tenía clases, y hoy no es el caso. Mi estómago se aprieta.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto cuando llega al mostrador. Intento que mi voz suene relajada, pero sé que mi sorpresa es evidente.

—Necesito hablar contigo —dice, y su mirada se clava en la mía con una intensidad que me desarma.

—Estoy trabajando.

—Lo sé. ¿Podemos ir a los vestuarios? Prometo que no te quitaré mucho tiempo.

Dudo por un instante, pero asiento. Le hago una seña a Lucy, mi compañera, para que me cubra. Camino delante de Ethan, sintiéndome observada con cada paso. Mi corazón late fuerte,

desacompasado. No tengo idea de qué quiere decirme, pero la seriedad en su rostro me inquieta.

Apenas cruzamos la puerta de los vestuarios, el aire parece más denso. Me apoyo contra los lockers, cruzándome de brazos para disimular el temblor en mis manos.

—Bueno… —digo, intentando sonar segura—. ¿Qué sucede?

Ethan pasa una mano por su nuca y suspira. Su expresión es una mezcla de nerviosismo y decisión.

—Fallon y yo terminamos.

La frase cae entre nosotros como una bomba. Durante un instante, el mundo se detiene. Me quedo en blanco. Su voz, su postura, su mirada… todo grita que no está bromeando, pero mi cerebro no lo procesa.

—¿Qué? —murmuro.

—Lo que escuchaste. Terminé con ella.

Me abrazo a mí misma. Es ridículo, pero es lo único que puedo hacer para mantenerme en pie.

—¿Por qué me lo cuentas? —pregunto, aunque la respuesta flota en el aire.

—Porque tú eres parte de esto, Becca. Porque lo que pasó entre nosotros no fue… casualidad. Porque cuando estoy contigo, me siento vivo, y hace mucho tiempo que no me sentía así.

Mis piernas amenazan con fallar. Desvío la mirada y fijo la vista en el suelo. Las palabras de Ethan me impactan, pero también me aterran.

—Esto es una locura —digo en un susurro.

—¿Por qué? —Ethan da un paso hacia mí—. No pasó nada entre nosotros. No la engañé. Pero no puedo ignorar lo que estoy sintiendo. Lo que estoy empezando a sentir por ti.

Levanto la cabeza y me encuentro con su mirada. Es tan transparente, tan honesta, que me estremece.

—¿Y qué es lo que sientes? —pregunto, a pesar del miedo.

Ethan se humedece los labios, nervioso.

—No lo sé con exactitud. Solo sé que cuando te veo, mi mundo se acomoda. Y quiero entender por qué me siento así contigo.

Sus palabras me conmueven, pero también me descolocan. No sé qué decir. Me siento atrapada entre el deseo y el temor.

—Esto no está bien —murmuro—. Grace…

—Grace te adora —me interrumpe él—. Y Fallon ha sido una persona importante en su vida, y eso no va a cambiar. Pero lo que pasa entre nosotros es otra cosa. Es real, Becca.

Doy unos pasos hacia el fondo del vestuario, tratando de encontrar claridad en medio del caos de mis pensamientos.

—No sé si puedo con esto, Ethan.

Él se acerca y, cuando pone su mano en mi brazo, un escalofrío recorre mi cuerpo.

—Yo no le tengo miedo a amar, aunque las cosas no funcionen. ¿Tú sí? —Su voz tiembla, pero no por inseguridad, sino por el peso de lo que está diciendo—. ¿No arriesgarías todo y darías todo, aunque sea por un instante de felicidad real? Porque, para mí, el amor no se mide en tiempo, sino en intensidad. Prefiero equivocarme, sufrir y terminar con el corazón hecho trizas, antes que vivir con el veneno del "¿y si…?" rondándome la cabeza. Vivir a medias, contener lo que siento… eso sí me da miedo. Porque creo que no hay nada más cobarde que pasar por la vida evitando sentir por miedo a salir lastimado.

Me doy vuelta lentamente. Su cercanía me hace perder la noción del espacio y del tiempo. Su perfume, su mirada, su presencia… todo me arrastra a una zona desconocida.

—Dame tiempo —pido, casi sin voz.

—Todo el que necesites —responde él, soltándome. Pero no sin antes rozar con su pulgar mi muñeca, dejando una estela de fuego en mi piel.

Y entonces se va. Se despide con una pequeña sonrisa cargada de promesas y desaparece por la puerta.

Ethan se separó de Fallon.

Y ahora depende de mí decidir qué hago con lo que siento.



Me quedo un rato allí, con la mente revuelta. Pienso en Grace, en lo mucho que significa para mí entrenarla. En cómo siempre menciona a su tío con admiración. Ethan siempre fue esa figura sólida, estable. ¿Qué cambió ahora? ¿Cómo llegamos hasta este punto?

La conversación me dejó más preguntas que respuestas.

Salgo del vestuario y regreso a la recepción, intentando retomar el ritmo de mi trabajo. Pero las palabras de Ethan resuenan en mi cabeza una y otra vez: "Porque creo que no hay nada más cobarde que pasar por la vida evitando sentir por miedo a salir lastimado".

Esa noche, al llegar a casa, me doy una ducha larga. El agua no logra disipar la sensación de su mano en mi muñeca ni la intensidad de su mirada. Me acuesto, pero doy vueltas en la cama durante horas. Thor se acomoda a mis pies, emitiendo un suave suspiro. Yo, en cambio, no puedo encontrar descanso.

¿Qué significa esto para nosotros? ¿Podría realmente dar un paso al frente y aceptar lo que está pasando? ¿O terminaré lastimando a todos, incluida a mí misma?

El timbre del teléfono interrumpe mis pensamientos. Miro la pantalla. Es Ethan.

Respondo, y su voz me encuentra en la penumbra.

—No quería molestarte, pero no podía dormir —dice él, su voz cargada de emoción—. No dejo de pensar en lo que hablamos.

—Yo tampoco puedo dormir —confieso.

—Sé que esto es complicado, pero quiero que sepas que no me arrepiento de haberte dicho lo que siento.

Cierro los ojos y me aferro al teléfono como si fuera un salvavidas.

—Tengo miedo, Ethan.

—Yo también, Becca. Pero a veces, el miedo es solo la antesala de algo importante. No sé qué va a pasar con nosotros, pero quiero averiguarlo. Contigo.

Y en ese instante, siento que tal vez, solo tal vez, valga la pena correr el riesgo.

CAPÍTULO 25

ANTES

BECCA

La competencia de Grace convocó a muchas más personas de las que me imaginaba. El gimnasio está repleto de padres, entrenadores y niñas vestidas con mallas brillantes, nerviosas y emocionadas por igual. El murmullo de conversaciones, risas y aplausos rebota en las paredes, creando una energía contagiosa.

Estoy terminando de ajustar la cinta de la muñeca de Grace cuando lo veo. Ethan está parado al otro lado de las gradas, buscando a Grace con la mirada. Viste una campera negra y unos jeans oscuros, y parece fuera de lugar entre tanto vestuario colorido. Pero cuando sus ojos me encuentran, el resto del entorno se desvanece por un instante.

—¿Todo listo, campeona? —le pregunto a Grace, obligándome a volver al presente.

—¡Sí! Estoy un poco nerviosa, pero haré todo lo que me enseñaste.

—Lo harás increíble. Estoy orgullosa de ti.

Grace sonríe y corre hacia sus compañeras. Me levanto, sacudiendo las manos para liberar la tensión, justo cuando Ethan se acerca.

—No sabía que vendrías —digo, sintiéndome de repente consciente de mi postura.

—No me lo perdería por nada —responde, con una sonrisa que me desarma—. Además, Grace me lo recordó unas treinta veces esta semana.

Reímos, y el hielo inicial se rompe. Nos sentamos juntos en las gradas, observando a las niñas que se turnan en las distintas pruebas. Ethan está más cerca de lo necesario; su brazo roza el mío y cada mínimo contacto hace que mi piel se erice.

—Se nota que adoras esto —dice en voz baja, mientras me ve corregir a una de las niñas con un gesto desde lejos.

—Es imposible no hacerlo. Los chicos tienen una pasión que contagia.

Ethan asiente y luego, tras una pausa, agrega:

—Tú también sientes esa pasión. Lo vi el primer día que te conocí.

Mi corazón tropieza con esas palabras. Desvío la mirada y fijo la vista en Grace, que acaba de ser llamada para su presentación en suelo.

—Es su momento —digo, señalando hacia la pista.

Grace entra con seguridad. Su malla violeta brilla bajo las luces. Desde nuestra posición podemos ver su concentración. Su rutina comienza con una serie de giros y saltos perfectamente sincronizados. Con cada movimiento, Ethan y yo contenemos la respiración. Cuando finaliza con un aterrizaje firme, toda la tribuna estalla en aplausos.

—¡Lo hizo! —exclamo, poniéndome de pie.

—¡Lo hizo! —repite Ethan, imitando mi entusiasmo.

Ambos bajamos apresurados hacia el sector de los competidores. Grace corre hacia nosotros y la recibo con un abrazo.

—¡Estuviste increíble! —le digo, y ella ríe, todavía agitada.

Ethan se agacha para abrazarla y felicitarla. Durante un momento, los observo: tío y sobrina compartiendo un instante genuino. Algo se mueve en mi pecho. Creí que con el tiempo me acostumbraría a esto, pero parece que no.

Después de la entrega de medallas, acompañamos a Grace hasta donde está Nora. Nos despedimos de ellas y, de repente, nos quedamos solos.

Ethan tiene las manos en los bolsillos y yo juego con un hilo de mi camiseta.

—¿Te apetece caminar? —pregunta, señalando el parque al lado del gimnasio.

Asiento, agradecida por la oportunidad de calmarme. Le digo que necesito saludar al resto de mis alumnas y después estaré libre.

—No te preocupes. Tómate tu tiempo.

Cuando saludo y felicito a mi grupo, veo cómo Ava me mira orgullosa desde el otro lado del gimnasio. Y cómo también me hace señas para que me largue.



Caminamos en silencio un buen rato.

—Grace estuvo increíble —rompo el silencio.

—Sí —dice Ethan—. Y mucho de eso es gracias a ti.

Me encojo de hombros, incómoda con el halago.

—Hago lo que puedo.

—No. —Se detiene y me obliga a girarme hacia él—. Haces mucho más que eso. Das todo lo que tienes y más. Lo veo cada vez que estás con Grace o con cualquier niña a la que entrenas. Esa pasión… es una de las cosas que más admiro de ti.

Mi pulso se acelera. La manera en que me mira, con esa intensidad que siempre logra desarmarme, me deja sin aire.

—Ethan… —empiezo, pero no sé cómo seguir.

—Sé que esto es complicado. Lo sé. Pero desde que te conocí, no puedo sacarte de mi cabeza. Traté de hacerlo. Lo intenté. Pero no funciona. Y no quiero seguir fingiendo que no siento lo que siento.

La sinceridad en su voz me desarma. Mi instinto es dar un paso atrás, pero mis pies permanecen anclados al suelo.

—Tengo miedo —admito, y mi voz se quiebra—. Miedo de que esto sea un error, de que te arrepientas, de que terminemos dañando a Grace o a nosotros mismos.

Su palma es cálida contra la mía. Nos miramos, y entonces, sin previo aviso, da un paso más. Mi respiración se detiene cuando su

mano libre roza mi mejilla.

—¿Puedo? —pregunta, casi en un susurro.

Asiento sin pensar. Y entonces me besa.

El mundo desaparece. El frío del aire nocturno, el murmullo lejano de las familias en el gimnasio, incluso mi pulso acelerado… todo queda suspendido en el tiempo. Sus labios son firmes, pero cuidadosos, como si temiera romper este frágil instante.

Cuando nos separamos, apoyo la frente en su pecho. Sus brazos me rodean y me sostienen, como si supiera que estoy a punto de colapsar por la avalancha de emociones.

—Esto es una locura —murmuro.

—Tal vez —responde—. Pero las mejores cosas de la vida suelen serlo.

Y, por fin, después de semanas, dejo de luchar contra lo que siento.

CAPÍTULO 26

AHORA

BECCA

Una luz brillante hace que abra los ojos de inmediato. Tardo en reconocer dónde estoy, hasta que el pitido de la máquina me lo recuerda. Ethan. El accidente. Nosotros.

Veo cómo una de las enfermeras ingresa a tomarle los signos vitales y me sonríe de una manera tímida.

Me remuevo en el incómodo asiento y tomo mi teléfono. Las cinco de la mañana. Mi estómago ruge y recuerdo que hace muchas horas que no ingiero nada. Decido ir a por algo a las máquinas expendedoras.

Antes de salir de la sala, me acerco a Ethan y le dejo un tierno beso en la frente. Espero que, donde sea que esté su mente en este momento, lo sienta.

El hospital está muy ajetreado. Entiendo que esta época del año es complicada. Las fiestas pueden causar muchos accidentes relacionados con la pirotecnia y los automóviles.

Cuando pienso en un coche, el estómago se me revuelve. Y automáticamente una punzada me alcanza la rodilla. Maldito dolor.

Me acerco a la máquina desganada. Sinceramente, nada me tienta, pero sé que algo tengo que comer si quiero seguir en pie. Selecciono un paquete de papas fritas y una Coca-Cola Zero. Necesito cafeína.

En ese momento siento cómo vibra mi teléfono. Un mensaje de Mia.

Mia
Hola Bee. ¿Cómo estás? Te extraño. Dime cuándo podemos vernos. Estamos todos preocupados por ti

Elijo no apagar el teléfono por si llego a recibir alguna llamada del hospital. Pero si no fuera por eso, ya hasta hubiera destruido la tarjeta SIM.

Cuando estoy a punto de ingresar a la habitación donde se encuentra Ethan, escucho un murmullo. Y decido quedarme cerca pero sin avisar para poder escuchar la conversación a escondidas.

Distingo las voces. Son el doctor Lawrence y, entiendo, la enfermera de turno. Si bien hablan en voz baja, algo logro distinguir de lo que dicen.

—Doctor, revisé los resultados del último EEG. La actividad cortical sigue disminuyendo. El patrón es cada vez más difuso —dice ella, con tono de preocupación.

—Sí —responde el médico, suspirando—. Además, los reflejos del tronco encefálico están más débiles que la semana pasada. El reflejo oculocefálico prácticamente ha desaparecido.

—¿Cree que pueda haber una recuperación? —pregunta ella, dudosa.

—Las probabilidades son muy bajas —afirma él—. Si esta tendencia continúa, temo que estamos frente a un deterioro irreversible.

Siento que el paquete de papas se me resbala de las manos y cae al suelo con un ruido seco. Mi respiración se agita. Me apoyo contra la pared, pero las piernas me tiemblan. ¿Deterioro irreversible? ¿Probabilidades muy bajas?

Todo mi cuerpo se tensa. Intento asimilar esas palabras mientras el frío del pasillo parece atravesarme hasta los huesos. Cierro los

ojos y me aferro a la pared, como si fuera mi única conexión con la realidad.

Cuando escucho que el doctor Lawrence y la enfermera están acercándose a la puerta para irse de la habitación, me escondo detrás de una columna para que no me vean.

Respiro hondo y, con pasos vacilantes, vuelvo a la habitación. Me acerco a su cama, tomo su mano y apoyo mi frente sobre su brazo.

—No te rindas, Ethan —susurro, mientras las lágrimas comienzan a rodar por mis mejillas—. No puedo perderte. No puedo pensar estar un segundo sin ti a mi lado. La vida sería tan triste, tan gris, tan aburrida. No quiero perderte. No puedo perder esto que tenemos. No otra vez.

El pitido rítmico de la máquina sigue su curso imperturbable, ajeno a mi súplica. Y yo me aferro a su mano, como si esa conexión pudiera mantenerlo a mi lado un poco más.

CAPÍTULO 27

ANTES

BECCA

Hace días que en lo único que puedo pensar es en ese beso. Ese beso que despertó tantas sensaciones que tenía dormidas desde hace tanto tiempo. Ese beso cálido, increíble, lleno de ganas contenidas, pero también de miedo.

Estoy feliz, sí, pero también tengo miedo. Miedo de que lo que pasó no sea lo que pienso, miedo de que todo esto se quede en una simple chispa que se apague en un par de días. Y lo peor de todo, miedo de volver a arriesgarme, de darme la oportunidad de estar con alguien nuevamente, solo para terminar lastimada.

Cuando sufriste tanto en la vida, cuando tanta gente te lastimó y te hizo sentir vulnerable, abrirte a la posibilidad de vivir algo nuevo se vuelve un desafío constante. Dejar que alguien se acerque, que te conozca por completo —con tus defectos, tus inseguridades, tus debilidades— nunca es fácil. Y lo es aún menos cuando ni siquiera entiendes bien lo que te está pasando a ti misma. Mucho más cuando la otra persona tampoco parece tener idea de lo que está ocurriendo entre los dos.

Y peor todavía si esa persona, que ahora se muestra tan cercana, acaba de salir de una relación de años. Una que terminó, al menos desde afuera, como si nada, sin mirar atrás.

La competencia de hace unos días estuvo increíble. Mis alumnas brillaron, como siempre. Pero, por supuesto, Grace fue la que más

destacó, la que robó todas las miradas y se llevó todos los elogios. Esa niña tiene un futuro brillante, y lo sabe. Si decide seguir en este camino, no tengo dudas de que va a llegar lejos. Es impresionante ver cómo crece, cómo avanza. En ella veo reflejada toda la pasión y la dedicación que le pone a cada entrenamiento. Es admirable.

Cuando miro mi teléfono, me doy cuenta de que ya son las once de la mañana. Un poco tarde para mi gusto, pero hoy me doy el lujo de tomarme mis libertades, ya que después de la competencia siempre tenemos un receso de dos semanas.

Este receso coincide con las vacaciones escolares, así que las niñas tienen tiempo para descansar y volver completamente renovadas, con ganas de entrenar de nuevo. La idea es que se tomen un descanso mental y físico, para que el próximo ciclo sea aún mejor.

Después de dar algunas vueltas en la cama, decido finalmente vestirme e ir a por un café. Mis días siempre mejoran mucho cuando empiezo con una buena taza de cafeína. Sobre todo cuando mis pensamientos están en un caos, como hoy.

A veces el café es lo único que me permite despejar la mente y encontrar algo de claridad. Aunque soy consciente de que estos días de descanso no van a ser suficientes para encontrar todas las respuestas que busco. Pero a veces me gusta engañar a mi cerebro y pensar que puedo resolver algo en tan solo catorce días.

—Vamos, amiguito. No soy la única que necesita un paseo, seguro que tú también lo necesitas —le digo a Thor, mientras le engancho la correa y apago las luces de mi departamento.

El aire fresco me golpea el rostro, pero el sol también me envuelve con su calor, haciendo que todo se sienta más liviano. El clima es ideal para una caminata al aire libre. Ni frío, ni calor, todo en su punto exacto. No me puedo quejar.

Decido no quedarme en la cafetería, sino pedir el café para llevar y caminar hasta la plaza. Necesito despejarme, cambiar de escenario, ver algo diferente. Nunca fui una gran fan de las actividades al aire libre, pero tener a Thor me obliga a salir de mi zona de confort y disfrutar de estos pequeños momentos. Ya no soy tan ermitaña como antes.

Me siento en un banco con Thor a mi lado, observando a la gente. Los niños jugando al baloncesto, las señoras mayores sentadas en círculos jugando a las cartas. Me doy cuenta de lo que me cuesta disfrutar de estos pequeños momentos de paz. Vivimos tan acelerados que a veces olvidamos lo que significa frenar, solo un segundo, y mirar alrededor. Es en estos momentos en los que todo parece detenerse, cuando uno puede ver las cosas con otros ojos. Y es que hay belleza en lo cotidiano, incluso en las rutinas más simples.

Escucho una voz a lo lejos que me parece familiar. Giro la cabeza y ahí está. Grace. Por un momento, siento un pequeño golpe de pánico al no verla acompañada, hasta que me doy cuenta de que Nora viene corriendo por detrás, cargada con cajas y pidiéndole, a los gritos, que camine más despacio.

No puedo evitar reírme ante la escena, pero luego me detengo a pensar en lo difícil que debe ser para Nora ser madre soltera. Tener toda esa responsabilidad sobre sus hombros, el cuidado de una niña, con todo lo que eso implica. No es solo tiempo, es esfuerzo, es energía, es dinero. Aunque sé que la familia de Ethan tiene un buen pasar económico y que él debe estar ayudando, también sé que nadie quiere depender de sus padres eternamente. Es un equilibrio difícil de lograr, uno que requiere de mucho esfuerzo.

Cruzo miradas con Nora, que me saluda con una leve sonrisa y un gesto con la mano. En ese instante, Grace se me acerca corriendo, llena de entusiasmo.

—¡Becca, Becca! —me grita, saltando a mi alrededor.

—Grace, ¿cómo estás?

—Muy bien. ¡Supercontenta! —me responde, abrazándome con una energía que casi me derrite.

—¿Estás disfrutando las vacaciones? —le pregunto, sonriendo mientras le acaricio la cabeza.

—Completamente. Pero también extraño el gimnasio, los entrenamientos y a mis amigas. Ya quiero que se terminen para poder volver a entrenar con ellas —me dice, dejando ver una leve tristeza en su rostro.

No sé qué responderle. Me llevo bien con los niños, pero a veces, sinceramente, no sé cómo reaccionar ante cosas como estas. Por suerte, Nora interviene y me saca de la incomodidad.

—Grace, por favor, ¡CAMINA MÁS DESPACIO!

Me río por la situación, ya que Nora está completamente despeinada y visiblemente agotada de estar corriendo detrás de Grace.

—Hola, Becca, perdón. Este diablillo a veces me saca de quicio. Grace, mira, mira esos juegos. ¿Quieres ir a jugar un rato? Yo me quedo aquí con Becca y te miro desde este banco.

—¡Sí, mamá! Gracias —grita Grace, antes de desaparecer corriendo hacia los juegos.

Le hago una seña a Nora para que me pase algunas de las cosas con las que está cargando. Ella asiente, agradecida, y me entrega un par de cajas de cartón pesadas.

—Oye, ¿pero tú qué haces cargando tanto peso? —le digo, mientras le ayudo con las cajas.

—Ni me lo digas. Me la paso corriendo de un lado a otro. Y entre el trabajo, los estudios y cuidar a Grace, la vida no me da respiro. Pero sabes que no lo cambiaría por nada —me responde con una sonrisa cansada.

—¿Por qué tanta carga? —le pregunto, y luego me disculpo rápidamente—. Lo siento, no quiero ser entrometida.

—¡Para nada! Tranquila. Es que tengo que hacer algunas entregas de la pastelería y Grace estaba tan aburrida en casa que pensé que sería una buena idea aprovechar el paseo para sacarla a jugar al aire libre. Aunque ahora no estoy tan segura de que haya sido una buena idea —dice riendo mientras se acomoda en el banco.

—Si lo necesitas, puedo quedarme cuidando a Grace aquí mientras ella juega y tú haces esos repartos. No hay problema. —Le ofrezco con una sonrisa tímida.

—¿De verdad? ¿Estás segura? No quiero abusar de tu amabilidad Becca.

—¡Claro que sí! Sabes que adoro a Grace y no tengo nada más que hacer —respondo, mientras le hago un gesto de tranquilidad.

Me mira con los ojos un poco llorosos y me agradece reiteradas veces. Le hace señas a Grace para indicarle que me quedaré con ella y, después de un par de palabras, se va. Me avisa que estará de vuelta en una hora, como máximo. Le digo que no se preocupe, que se tome su tiempo.

Cuando veo que dobla la esquina, poso mis ojos otra vez en Grace y automáticamente pienso en Ethan. ¿Qué estará haciendo? ¿Se habrá quedado pensando en ese beso tal como lo hice yo?

Los minutos pasan mientras observo cómo Grace juega con otros niños, Thor duerme a mi lado y yo sigo analizando toda la situación.



Una hora más tarde, Nora regresa, ahora ya con las manos libres pero con una mirada de cansancio extrema.

—No sabes cuánto tengo que agradecerte esto, Becca. De verdad.

—No es nada. Cuéntame, ¿qué tal te ha ido?

—Ah, pues muy bien. Logré realizar las entregas sin inconvenientes y ahora todos aquellos clientes podrán festejar sus eventos con sus tortas. —Observa a Grace y sonríe.

—Oye, ¿y tú qué tal estás? —me pregunta un poco tímida.

Es en ese momento que recibo su pregunta que empiezo a cuestionarme si Ethan le habrá contado algo sobre lo nuestro o no. Sé que tienen una gran relación, pero no sé si ella estará al tanto de los últimos sucesos.

Cuando me ve dudar, me dice:

—No quiero ponerte incómoda, pero me gustaría que sepas que Ethan me contó lo que pasó entre ustedes.

Automáticamente la sangre abandona mi rostro.

—Pero no te preocupes, de verdad. Nos contamos todo. Bueno, casi todo. Si nos contáramos todo sería un poco extraño, ¿no? —Se ríe y yo también—. A lo que voy con esto, es que entiendo que la situación es difícil para ambos. Sobre todo para él, que acaba de romper una relación de hace tantos años, pero te voy a decir algo

con toda la honestidad que me caracteriza. Y créeme, si Ethan supiera que estoy por decirte lo que voy a decirte, estoy segura de que me asesinaría.

Sus ojos me miran muy fijamente.

—Fallon fue el gran amor de su vida. Ellos se conocieron desde muy chicos y atravesaron muchas situaciones juntos. Pero estar en una relación durante tantos años y vivir tantas cosas, no te asegura que sea para siempre. Hace mucho tiempo que no veo a Ethan tan feliz como lo veo ahora desde que me contó que empezó a tener sentimientos por ti. Me imagino que debe ser difícil arriesgarlo todo y confiar en alguien como él dada su situación, pero confía en mí cuando te digo que estoy muy segura que lo de él no es un juego.

Un silencio ensordecedor nos envuelve. Mi cabeza empieza a dar vueltas para procesar todo esto.

—Yo he tenido malas experiencias en el amor. Pero nunca dejaría de intentar encontrarlo. El amor es una lotería. Pueden tocarte cosas buenas, pueden tocarte cosas malas y también a veces puedes ganar solo un premio consuelo. Pero siempre tienes que estar dispuesto a apostar. Porque si no hay apuesta, básicamente no hay juego.

Me río pensando en su análisis aunque sé que tiene razón.

—Y por supuesto que me encantaría tenerte de cuñada. Y estoy segura de que Grace amaría tener que decirte "tía".

—Okey, okey, okey. VAMOS MÁS DESPACIO. —Mi corazón empieza a palpitar y veo que Nora se da cuenta de esto.

—Sí, bueno. Quizás me precipité un poco con ese último comentario. —Se ríe—. Pero lo que quiero que entiendas es que conozco a Ethan, y sé que él está dispuesto a pelear por esto que está descubriendo. Y quiere hacerlo contigo a su lado.

Le sonrío emocionada. Sus palabras calan hondo y me remueven muchos sentimientos.

—Gracias Nora. De verdad.

—No hay de qué, cuñada —dice guiñándome el ojo—. ¡Grace, vamos a casa!

Grace se acerca corriendo, completamente transpirada y llena de arena. Cruzo miradas con Nora y con los labios me dice "no tengas

hijos”.

Me río. Grace me abraza y veo cómo se alejan por la senda principal de la plaza.

Creo que esta conversación era el empujón que necesitaba.

CAPÍTULO 28

ANTES

ETHAN

Sentía que el teléfono se me resbalaría en cualquier momento de lo sudadas que tenía las manos. Estoy muy nervioso. Un recuerdo de mi adolescencia se me presentó en la cabeza: mi primera cita con una chica de la escuela que me gustaba cuando tenía diecisiete años. El problema era que ya habían pasado trece años desde ese momento y no podía entender cómo lo estaba volviendo a vivir otra vez. Ya no era un adolescente. Era un hombre adulto. O eso creía.

Había debatido mucho si tomar la iniciativa o no. Consideraba que había pasado el tiempo suficiente para invitar finalmente a Becca a salir. Se merecía una primera cita. Una cita como Dios manda. Un encuentro en el que pudiéramos estar completamente solos, lejos del gimnasio, y comenzar a conocernos más allá de esos casuales encuentros que nos habían llevado hasta este punto. Pero el nerviosismo me hacía dudar.

¿Y si me decía que no? ¿Y si ya no estaba interesada en mí? Sabía que sus sentimientos eran correspondidos. O al menos eso había entendido el día que nos besamos. Pero también sabía que con Becca caminaba sobre arenas movedizas y que quizás no todo sería tan fácil como se suponía que debía serlo.

El día anterior, Nora me había mandado un mensaje que me hizo dudar aún más. Me decía que debía volver a abrirme al amor y probar nuevos horizontes. ¿Qué bicho le había picado? Nora no era

así. Así que sospechaba que algo había pasado. Aunque no podía saber qué. Y si le preguntaba, sabía que se haría la desentendida.

Después de dar varias vueltas en mi departamento, hasta el punto de sentir que terminaría apareciendo en el piso del vecino de abajo, respiré hondo, junté coraje y envié el mensaje. Ese mensaje tan simple y directo, pero que había estado tantísimas horas editando en mi cabeza para que fuera perfecto.

Luego de darle a "enviar", me quedé mirando fijamente la pantalla del teléfono con el mensaje ahí, esperando a ser leído y, ojalá, respondido.

Ethan
Hola Becca. ¿Qué tal has estado? ¿Te apetece que vayamos a cenar? Creo que es hora de que tengamos una cita.

Apenas lo envié, volví a leerlo. ¿La gente efectivamente hablaba de "citas"? Por el amor de Dios, me sentía un inútil. Pero sabía que eliminarlo o editarlo sería peor. Tendría que afrontar las consecuencias.

Unos instantes después, la pantalla se iluminó. Tres puntos suspensivos hicieron presencia en el chat. Luego desaparecieron. Mi miedo amenazó con sacudirme entero. Hasta que, finalmente, la respuesta llegó.

Becca
¿A las ocho en lo de Tony's? ¿Te parece comer pizza?

Me quedé admirando la calma de Becca. Mientras yo estaba al borde de un colapso nervioso solo por haber enviado un mensaje, ella me contestaba con una soltura increíble. Quién pudiera tener esa templanza.

Ethan

Claro. Nos vemos.

Luego me pregunté si mi respuesta había sido demasiado escueta. Pero me obligué a dejar de sobreanalizar todo o terminaría golpeándome la cabeza contra la pared de lo insoportable que estaba.

Me miré en el espejo y mi reflejo me desconcertó. Sabía que esas últimas semanas habían sido caóticas: lo de Fallon, la discusión con mis padres, todo el trabajo acumulado… Estaba exhausto. Mis ojeras estaban más marcadas que nunca y mi barba crecida de tres días me daba un aspecto descuidado. Era hora de hacer algo al respecto.

Miré el reloj: las tres de la tarde. Tenía tiempo de sobra, pero quería aprovechar esas horas para calmar mis niveles de ansiedad.

Puse un disco en el tocadiscos y me metí en la ducha. Nunca fui de los que se da largos baños de inmersión, pero usar la bañera como excusa para pensar y relajarme siempre me venía bien. Luego me afeité y elegí mi ropa. Creo que nunca me costó tanto decidir qué ponerme. Cambié de idea unas siete veces. Si alguien me hubiera estado observando, pensaría que estaba completamente loco.

Cuando llegó la hora de salir del departamento, tomé las llaves del coche y me dirigí al garaje. Tenía las manos sudadas sobre el volante y los nudillos cada vez más blancos. Tenía que calmarme o no llegaría vivo a comer esa pizza de pepperoni.

Me senté en un box del restaurante y la camarera se acercó para preguntarme si esperaba a alguien más. Le dije que sí y tomé el menú para pasar el tiempo de espera.

Fue entonces cuando escuché la campanilla de la puerta del local y la vi entrar.

Su cabello estaba distinto. Era la primera vez que la veía con sus ondas naturales. Estaba acostumbrado a verla con el pelo atado en los entrenamientos y esto era un cambio completamente nuevo. Sus ojos marrones resaltaban gracias a un maquillaje sutil, de esos que logran destacar los rasgos sin parecer demasiado.

Me quedé embelesado. No podía creer lo hermosa que era. Su sonrisa al verme hizo que los músculos de mi pecho se tensaran. Realmente era increíble lo que me hacía sentir.

—Hola, Ethan —me dijo, dándome un cálido abrazo.

—Hola, Becca. Estás absolutamente hermosa. —Las palabras salieron antes de poder controlarlas.

Nos miramos. Con esas miradas que dicen mucho más que mil palabras. Y cuando nuestros ojos se cruzaron, todo el restaurante desapareció a nuestro alrededor. Fueron segundos, quizás milésimas. Pero en ese instante supe que había tomado la decisión correcta.

Nos sentamos uno frente al otro y decidimos ordenar. Una pizza grande: mitad de pepperoni, mitad margherita. Y unas cervezas negras. Me sorprendió saber que Becca las prefería. No es común que a la gente le guste ese tipo de cerveza. Claramente teníamos más cosas en común de lo que pensábamos.

—Estoy nerviosa —dijo Becca riendo tímidamente—. Sé que es tonto, pero hace muchos años que no tengo una cita. Y menos "salir" realmente con alguien. —Hizo el gesto de comillas con los dedos.

—No te preocupes. Yo también estoy nervioso. —¿Para qué mentir? Decírselo solo la haría sentirse más cómoda.

La conversación fluyó con naturalidad. Pero a la vez era aterrador. ¿Cómo podía sentirme tan cómodo con ella? ¿Cómo podía ser que pareciera que nos conociéramos de toda la vida?

Llegó el momento del postre y Becca eligió una mousse de chocolate con sal marina. Me prometió que era lo mejor que había probado en su vida.

—¿Recuerdas cuando te pregunté por qué decidiste ser entrenadora y me dijiste que había dos versiones de la historia?

Becca asintió en silencio.

—También me dijiste que para la historia larga íbamos a necesitar más tiempo. Creo que hoy lo tenemos. ¿Qué dices? ¿Quieres contarme esa historia?

Vi cómo Becca se removía incómoda en el asiento. Listo. La había cagado. Realmente la había cagado.

El silencio se instaló entre nosotros hasta que, muy lentamente, Becca dijo:

—Sí. Creo que te debo esa historia.

CAPÍTULO 29

ANTES

BECCA

Un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando escuché esas palabras. Tragué saliva y, con la voz más firme de la que fui capaz, respondí:

—Sí. Creo que te debo esa historia.

Miré a Ethan a los ojos, y empecé a contarle una parte de mí que había enterrado por años. Una historia dolorosa, una que me robó demasiado y que nunca había encontrado el momento de compartir.

—Fui una estrella de la gimnasia artística. Descubrí mi pasión cuando tenía la edad de Grace. Vivía más en el gimnasio que en mi propia casa, y es por eso que tengo una relación tan estrecha con Ava, la dueña del lugar donde ahora trabajo. Con el tiempo, mi carrera despegó. Torneos, competencias, mundiales... siempre mirando más allá. Ese arduo y complicado camino que me llevaría a los Juegos Olímpicos. Ese sueño que cualquier deportista de élite ansía. Pero un día, en apenas cinco segundos, ese sueño se desvaneció, como si fuera polvo entre mis dedos.

Ethan me escuchaba atentamente, y pude ver cómo ponía una mano sobre la mesa, invitándome a tomarla. Cuando mis dedos tocaron los suyos, sentí que me acariciaba suavemente, dibujando círculos en la palma de mi mano. Un gesto tan simple, pero tan reconfortante.

—17 de agosto de 2018. Tengo esa fecha grabada en mi memoria como si hubiera sido ayer. Estábamos en los pre-olímpicos.

El día anterior, había sido la prueba por equipos, y todo había salido a la perfección. Representar a mi país en lo que más amaba era un sueño hecho realidad. Ese día tocaba el resto de las disciplinas: piso estilo libre, barras asimétricas, salto y viga. La maldita viga. —Me detuve un momento y tomé un trago de mi bebida. Sentí que necesitaba un respiro para seguir—. Cuando llegó mi turno, ya estaba nerviosa. La viga era siempre mi peor disciplina, la que más me costaba. Me sentía incómoda en ella, pero como gimnasta artística, no podías ser completa si no sobresalías en todas. O eso fue lo que quise creer.

Ethan no desvió la mirada, sus ojos me alentaban a seguir.

—La rutina comenzó bien. Al principio, mi confianza iba creciendo, pero luego... —la respiración me empezó a fallar—... hubo un salto que... no salió como esperaba. Me resbalé, perdí el control, y todo mi peso cayó directamente sobre mi pierna. Sentí el impacto de la viga contra mi rodilla, y el dolor fue tan intenso que mi grito resonó por todo el gimnasio. El eco del silencio fue inmediato. No hubo aplausos, no hubo murmullos, solo un vacío ensordecedor. Y lo último que recuerdo es que todo se fue a negro. Me desmayé. El dolor fue tan insoportable que no supe ni cómo caí.

Una ráfaga de recuerdos me invadió, como si el tiempo nunca hubiera pasado. Vi mi pierna doblada en un ángulo imposible, la viga a un costado, la multitud en silencio, esperando que me levantara. Pero no podía. Todo se desvaneció, y solo el dolor y el miedo se quedaron conmigo.

—Varias horas después, desperté en el hospital. Mi rodilla derecha estaba vendada, y el dolor punzante no me dejaba pensar. Sentí un peso en el pecho, como si alguien hubiera puesto toda su carga sobre mí, y no podía liberarme de eso.

Mis ojos se empezaron a llenar de lágrimas, pero hice un esfuerzo sobrehumano para contenerlas. Odiaba mostrarme vulnerable, sobre todo en una primera cita. ¿En qué clase de primera cita quería que esto se convirtiera?

—Después de la operación, algo cambió dentro de mí. Empecé a odiar el deporte. En muy poco tiempo, mi amor por la gimnasia desapareció. Me daba asco pensar en un gimnasio, en una rutina,

incluso en ponerme una malla para competir. El olor a magnesio me revolvía el estómago. En mi mente, la caída se repetía una y otra vez, como una película interminable. Cada vez que cerraba los ojos, podía revivirlo: el resbalón, el golpe, el dolor… todo. Después de muchas sesiones de recuperación, y tras probar todo tipo de terapias alternativas, recibí la noticia que temía. Que nunca más podría subirme a una viga. Y mucho menos competir.

Mis manos comenzaron a temblar, y decidí esconderlas debajo de la mesa. Era como si todo el dolor físico de aquel momento se hubiera apoderado de mi cuerpo nuevamente, y no podía detenerlo.

—Fue en ese momento cuando mi mundo se vino abajo. Entré en una depresión tan profunda que me costaba salir de la cama. Más allá del dolor físico de la operación, no encontraba ningún motivo para seguir adelante. Nada podría reemplazar lo que había perdido. Mi sueño, mi vida... todo se había ido en un segundo. Todo por un simple error. Un pestañeo. Y mi vida había cambiado para siempre. La gimnasia artística era todo lo que tenía, y luego ya no tenía nada.

La presión en mi pecho aumentaba con cada palabra. A veces sentía que no podía respirar, como si estuviera sumergida en agua y todo a mi alrededor fuera borroso.

—Los días se desdibujaban. Todo lo que había sido mi vida antes, ya no lo era. Despertar y no tener un objetivo, un propósito, fue más devastador de lo que había imaginado. La cama se convirtió en mi refugio. Pero no era un refugio cómodo, era una cárcel. Cada mañana me costaba respirar, cada noche me sumía en una espiral más profunda de desesperanza. Cuando miraba por la ventana, veía a otras personas con sus propias vidas, sus propias metas, y yo solo veía un vacío frente a mí. Sentía que el dolor era tan profundo que no podía compartirlo con nadie. Nadie podría entender lo que estaba viviendo, ni el vacío que me ahogaba por dentro.

Una punzada de dolor atravesó mi pecho mientras las palabras salían de mi boca con dificultad.

—Nunca le conté esto a nadie. Al menos, no con tanto detalle. Nunca me sentí lo suficientemente confiada como para hablar de lo que sentía. Hablar de mi depresión me incomodaba, me aterraba. No quería que nadie me viera como una persona débil. Por suerte,

con el tiempo, los problemas de salud mental en los deportistas empezaron a visibilizarse. Pero eso no hizo que fuera más fácil hablar de ellos.

Ethan me miraba con una ternura que me sorprendió.

—No fue hasta que un día, Ava, vino a arrastrarme fuera de la cama y me obligó a regresar al gimnasio. Hice todo lo posible para evitarlo, pero si yo era terca, Ava lo era mucho más.

Ethan se rio ante mi comentario, y yo sonreí, pero con nostalgia.

—Me llevó al gimnasio. Y me hizo presenciar una clase de niñas de seis años, algo que odiaba hacer. Mientras veía a esas pequeñas volar por el aire, me miró y me dijo: "¿Qué le dirías a cualquiera de esas niñas si mañana tuvieran un accidente y les dijeran que sería muy difícil que volvieran a competir?" —Su voz todavía resuena en mi cabeza, como si fuera ayer. Todavía se me pone la piel de gallina —. Fue en ese momento cuando lo entendí. Si yo nunca les diría a ellas que se rindieran, ¿por qué debía hacerlo con mis propios sueños? Fue así como, meses después, cuando ya podía caminar sin muletas y sin tomar diez pastillas al día, me ofreció comenzar a dar clases allí. Y fue la mejor decisión que pude haber tomado. No sé qué haría hoy si este no fuera mi trabajo.

La expresión de Ethan se suavizó, como si mis palabras lo hubieran tocado de verdad.

—Quién diría que esa historia tan larga llevaba tanto más de lo que imaginaba.

Me reí tímidamente, mirándolo.

—Gracias —le dije, y mi voz tembló un poco.

—Gracias a ti por abrirte así. No debe ser fácil hablar de algo tan fuerte, y menos si pasó hace tanto. Me hace bien saber que confías en mí.

—Realmente lo es. Pero gracias a ti por escucharme.

Nos miramos en silencio, y en nuestros ojos había algo más que palabras. Miedo, sí, pero también esperanza y anhelo. Ganas de arriesgarnos. De tomar la iniciativa.

—¿Te parece si pido la cuenta y nos largamos de aquí?

—Claro. ¿Qué planes tienes?

—Ah, ya lo verás. Esto es solo el comienzo.

CAPÍTULO 30

ANTES

ETHAN

—Creo que es importante que sepas que detesto las sorpresas, Ethan. Realmente me ponen de mal humor.

—¿Pero cómo puede ser que detestes las sorpresas? Sin ellas no seríamos nada. ¿Dónde está la parte divertida de la vida entonces? ¿Todo siempre tiene que ser completamente organizado y estructurado para ti?

—Bueno. No todo. Pero sí el noventa por ciento de las veces. —Me mira sonriendo con una mueca.

—No voy a contradecirte porque sé que será en vano. Pero sí te pido que por hoy pases por alto esa regla y confíes en mí.

—Te sorprenderías lo mucho que confío en ti, Ethan.

Me lo dice mirándome a los ojos con una intensidad que me deja sin palabras.

Cuando subimos al auto, prendo la calefacción. Empiezan esos días del año en los que no sabes si va a hacer frío o calor durante el día, pero por la noche refresca mucho y es difícil no querer un poco de calor. Me acomodo en el asiento y pienso en lo que acaba de decir, que no le gustan las sorpresas. Espero no equivocarme con esto, pero al menos me gustaría que confíe en mí.

Luego de un corto trayecto, estacionamos frente a un galpón gigante, decorado con luces blancas muy cálidas que le dan un toque especial a la ambientación.

Cuando se me ocurrió la idea, temí caer en un típico cliché, pero luego me di cuenta de que esos pensamientos son estúpidos. Y si soy un cliché, que así sea.

Cuando Becca reconoce el lugar, me mira sorprendida.

—¿Patinaremos sobre hielo? ¿Qué te hace pensar que puedo hacerlo considerando mi lesión?

Automáticamente caigo en la cuenta de que no lo había pensado hasta ese momento, y mi cuerpo se tensa. La ansiedad empieza a apoderarse de mí, pero Becca se ríe, dejando en evidencia que estaba bromeando.

—Nadie dijo que tú tenías que patinar. Puedes deleitarte con mis grandes habilidades si eso no es lo que quieres.

Se ríe y me toma de la mano. Me sorprende el gesto, pero lo recibo con gusto, aunque una parte de mí se siente inquieta por cómo todo esto está sucediendo tan rápido.

Cuando ingresamos a la pista, está completamente repleta. Niños y adultos patinan por toda su amplitud. Algunos evidentemente son más profesionales que otros, pero todos parecen estar disfrutando y pasando un buen rato.

Llegamos a la taquilla y le indicamos al chico que está atendiendo con cara de pocos amigos nuestros números de calzado para que nos entreguen los patines. Cuando los tenemos puestos, salimos a la pista y el frío del hielo comienza a congelarme las manos.

—Rayos. Sí que hace frío aquí dentro.

Veo cómo Becca empieza a tiritar y le ofrezco mi bufanda y mi gorro. Los tenía en el auto y no dudé en bajarlos cuando sentí que Becca iba un poco desabrigada para la ocasión. En su defensa, yo nunca le avisé de esta parte del plan. Por suerte no se le había ocurrido ir a cenar con vestido.

Al principio arrancamos tímidos, muy pegados a los bordes de la pista y ayudándonos de las barandas. A pesar de que estábamos en la misma situación, se notaba a simple vista que Becca lo hacía bien y tenía práctica en la disciplina.

Cuando una niña de unos ocho años me pasa por al lado como si fuese un rayo, casi como si estuviera flotando, Becca se ríe

mirándome fijamente.

—No puedo creer que una niñita acaba de pasarte yendo tan despacio. —Me lo dice intentando controlar la risa. Aunque evidentemente para ella es una misión imposible.

—Oye. Recuerda que vengo de una casa en donde querían que siguiera el legado familiar. Trajes. Reuniones. Contratos. El deporte nunca estuvo contemplado. Y menos un deporte de "niñitas" como diría mi padre.

Veo cómo ese comentario a Becca hace que los pelos de los brazos se le pongan de punta. Aunque al mirarla me doy cuenta de que piensa que evidentemente todavía no llegamos a esa instancia en la que puede criticar fuertemente todas las ocurrencias irrisorias de mi padre.

Con el tiempo, Becca va soltándose cada vez más, mientras yo sigo agarrado a la misma baranda.

Decidimos pedir unos chocolates calientes y aumentar el desafío de mantener el equilibrio mientras los bebemos. Están exquisitos. Ni muy pesados ni tampoco aguados. Realmente en la medida justa.

—Vamos. Dame la mano y te ayudo —dice Becca haciéndome señas.

—Espero que no me dejes caer. ¿No?

—¡Oye! ¿No confías en mí?

—Yo no deposito mi confianza en extraños que no conozco tan bien como tú —digo burlándome.

Me da un manotazo inofensivo y toma mi mano entrelazando sus dedos. Siento una electricidad que recorre todo mi cuerpo.

Comenzamos a tomar un ritmo un poco más rápido y yo también empiezo a soltarme un poco. Intentamos dar algunas piruetas, pero terminamos en el piso más de una vez. Por suerte, nada tan grave como para provocarme ninguna herida, y a ella tampoco.

Con el tiempo, la pista empieza a vaciarse y me doy cuenta de que quedamos únicamente nosotros dos.

Veo cómo Becca se acerca a mí, y decido tomarla de ambas manos.

Nuestras miradas se cruzan, y la tensión se palpa en el aire.

Decido acomodarle un mechón de pelo detrás de la oreja y tocarle de manera sutil su nariz.

—¿Sabes que eres completamente hermosa, verdad?

—Ya me has dicho eso esta noche.

—¿Y? ¿Acaso tengo un límite por cita para decirte cumplidos?

—No, claro que no. Es solo que no estoy acostumbrada a que me digan cosas lindas.

—Pues ve acostumbrándote, Becca. Porque si hay algo que a mí no me cuesta nada en esta vida es decir lo que se me viene a la cabeza sin filtro alguno. Y es por eso que también quiero decirte que muero de ganas de volver a besarte.

Veo cómo su pecho comienza a respirar agitado, y es ella quien toma la iniciativa esta vez. Eso hace que un fuego se caliente en la parte baja de mi abdomen.

—Puedo acostumbrarme a eso sin problema, Ethan.

Nuestras bocas colisionan en un beso apresurado. Es un beso lleno de ganas, necesidad y tensión. Más pausado que el anterior, pero a la vez más intenso.

Nuestras lenguas se entrelazan y su sabor me invade por completo. La tomo de la cintura, deslizo mis manos por sus costados bajo el sweater, sintiendo la suavidad de su piel caliente contra mí. Cada roce me eleva, como si estuviera flotando en el cielo. Después de minutos perdidos en ese beso, me separo apenas y susurro:

—Estamos en problemas, Becca. Creo que no voy a poder parar nunca de hacer esto.

CAPÍTULO 31

ANTES

BECCA

Cuando despierto, me toma un segundo recordar lo que pasó anoche. Pero cuando lo hago, el impacto es inmediato. Tuvimos una cita. Y nos besamos. Otra vez. Y fue todo lo que esperaba y más.

Me quedo mirando el techo, sintiendo la electricidad en mi piel, el rastro fantasma de sus labios en los míos. Aún no puedo creer que haya sucedido. Que haya sentido lo que sentí. Que haya dejado de lado mis miedos, aunque fuera solo por unas horas, y me haya permitido sentir sin pensar en las consecuencias.

Me cuesta creer que la Becca de hoy esté tan feliz, tan cómoda con lo sucedido, cuando hace un tiempo jamás podría haberse abierto de esta manera. Siempre fui de las que construyen muros, de las que piensan demasiado antes de actuar, de las que prefieren controlar el desenlace de cada historia. Pero anoche... anoche no hubo control. Y fue hermoso.

Sigo sin entender qué es lo que me atrae tanto de él. Por qué siento lo que siento. No es solo su sonrisa —aunque esa maldita sonrisa podría iluminar una ciudad entera—. Es la manera en la que me mira, como si realmente me viera. Como si cada palabra que digo importara. Como si pudiera atravesar todas mis capas sin esfuerzo. Y eso es aterrador.

Tomo mi teléfono y veo un mensaje de Mia:

Mia
¿Me puedes explicar por qué no me respondiste los 100 mensajes de anoche? Voy a asumir que te abdujeron los extraterrestres. Si no fue eso, EXIJO detalles.

Me muerdo el labio. Tengo que contarle. Pero hay algo en mi estómago que se retuerce. No es vergüenza, ni culpa. Es miedo. Miedo de decirlo en voz alta y que se haga demasiado real. Miedo de que Mia, con su intuición afilada como un bisturí, se dé cuenta de lo mucho que me importa esto.

Suspiro y le respondo: *Tuvimos una cita. Y nos besamos. De verdad. No puedo explicarlo por mensaje. Hablamos más tarde.*

Bloqueo el teléfono rápidamente, como si escribirlo hubiera sido un acto de valentía que no puedo sostener por más de un segundo.

Hoy tengo un grupo nuevo en el gimnasio. Estoy entusiasmada por conocer a mis nuevas alumnas y empezar a construir una conexión con ellas. Ver lo que las motiva, lo que las apasiona. Siempre he creído que no hay nada más hermoso que ver a las personas cumplir sus sueños. Y si puedo ser parte de eso, mi felicidad es doble.

Tarareo una canción de Benson Boone mientras entro al gimnasio. No puedo sacarme su presentación en los Grammy de la cabeza. Un verdadero showman si me dejan opinar... Y es ahí cuando noto la mirada de Ava, ceja en alto y sonrisa suspicaz.

—Veo que hoy te has levantado de buen humor… ¿Puedo preguntar a qué se debe?

¿Tan evidente es? ¿Acaso llevo un "salí con Ethan" tatuado en la frente?

—Ah, pues nada. Creo que hace mucho que no dormía tan bien. Debe ser eso.

Ava me estudia con esa mirada que dice "te tengo calada" y cruza los brazos.

—Algo en tu cara me dice que estás mintiendo, Becca. Y sabes que te conozco mejor que nadie. Vamos, desembucha.

La gente podría pensar que es raro que tenga esta confianza con Ava, pero para mí siempre fue como una segunda madre. Fue la primera en saber de mi primer amor, de mi primer corazón roto. Sabe mis secretos y nunca me juzga.

—¿Cómo te explico? ¿Te acuerdas de Grace?

—Claro, tu alumna preferida —dice con una sonrisa.

—No digas eso. No puedo tener favoritismos y tú sabes que no debo.

—Pero los tienes. Y es obvio.

Me cruzo de brazos.

—Bueno, la cuestión es que Grace tiene un tío. Ethan. La trajo varias veces al gimnasio. No sé si lo llegaste a cruzar alguna vez.

Ava sonríe de forma pícara.

—¿El chico del que el otro día no podías despegar los ojos? ¿El que tiene una sonrisa que puede encandilar a todo el gimnasio?

Me cubro la cara con las manos, riéndome cómplice.

—Bueno… sí.

—Ajá. Continúa.

—Salimos anoche. Y tuvimos una cita. Y fue mágica. Y fue única.

—¡Becca!

—Pero…

Ava suspira.

—Siempre hay peros.

—Me gusta. Mucho. Demasiado. Y ya sabes lo que he sufrido con Wyatt. Me da miedo. Miedo a volver a confiar y que me lastimen. Miedo a ser vulnerable. De mostrarle mis fallas y que no le gusten.

Ava me mira con ternura.

—Te entiendo. Pero también tienes que saber que no se puede querer sin arriesgar. Que nadie te va a conocer de verdad si no le muestras también tus sombras. Y Becca, tu luz es mucho más grande que cualquier oscuridad.

Me emociono.

—Gracias, Ava. Pero tú me conoces desde hace años. No sé si alguien más podría verme así.

—Tal vez, si le das la oportunidad, Ethan también lo haga. No te apresures. Déjalo fluir.

—¡Ay, no! Sabes que odio esas frases.

Ríe.

—Sí, pero esta vez creo que te va a tocar aprenderlo. Ahora, basta de terapia. ¿Lista para el nuevo grupo?

Respiro hondo.

—Lista. Aunque me da un poco de miedo que sean más grandes.

—Vas a hacerlo genial.

Después de tantos meses, el miedo ya no es lo único que siento. Hay algo más. Algo nuevo. Algo que me hace sonreír sin darme cuenta.

Salgo de la sala de entrenamientos y me detengo frente al espejo del pasillo. Me observo, tratando de reconocer a la persona que me devuelve la mirada. Me veo diferente. No sé si es la emoción del momento o algo más profundo, pero hay una chispa en mis ojos que no había notado antes. Me pregunto si Ethan también la verá.

Sacudo la cabeza y me preparo para la clase. Es un nuevo día, una nueva oportunidad. Y por primera vez en mucho tiempo, estoy emocionada por lo que viene.

CAPÍTULO 32

ANTES

ETHAN

Hace mucho tiempo que no estaba tan nervioso. La cita con Becca fue increíble. Nos besamos. La pasamos bien. Pero el después no deja de aterrarme. Hace dos días que no hablamos. Y tengo miedo. Todo me da miedo. ¿Le escribo? No quiero quedar pesado. Pero si no le escribo, ¿sentirá que no me importa? Qué dolor de cabeza. Es ridículo. ¿Por qué todo esto tiene que ser tan complicado?

El haber estado de novio por tantos años me hizo estar completamente fuera de práctica. Estoy perdido en esto de las citas, no sé cómo se manejan. La incertidumbre me consume, y me siento como un idiota cada vez que pienso en lo que debería hacer. Creo que debería hablar con Asher… él siempre tiene alguna solución mágica para todos estos problemas, aunque a veces sus consejos son un poco… extremos.

Mi teléfono suena y veo el nombre de Nora en la pantalla. Atiendo y escucho su voz, pero de fondo hay mucho ajetreo.

—Hola, hermanito. ¿Qué tal estás?

—Pues yo muy bien. ¿Y tú? ¿Atareada?

—No te das una idea. El café está a reventar en este momento. No paro de correr de la cocina al mostrador. Dos chicas se han ausentado, otra vez, y la cola de clientes está a rebosar.

—Lo siento, Nora. ¿Hay algo en lo que pueda darte una mano?

—Pues… me sería de gran ayuda que busques a Grace hoy por su clase. ¿Podrías? ¿O se te complica?

—No hay problema, hermanita. Cuenta con eso.

—Gracias, Ethan. Realmente me salvas.

—Cuídate. Yo me ocupo —digo, cortando la conversación.

Veo la pantalla de mi computadora y me doy cuenta de que no he avanzado nada en estas últimas horas. Mi nivel de desconcentración es total. Y ahora que sé que voy a ver a Becca en un rato en el gimnasio, mi ansiedad aumenta aún más. Cada vez que la imagino, siento que mi estómago se contrae. ¿Por qué es tan difícil ser adulto?

Miro el reloj y aunque sé que aún faltan unas horas para salir del trabajo, decido hacer uso de mi intachable responsabilidad de siempre y abandonar mi puesto antes. Si no lo hago ahora, no lo haré nunca. Necesito enfrentar mis miedos. Necesito verla.

Estaciono frente al gimnasio y me quedo mirando a través de la ventana. La ansiedad me aprieta el pecho. No puedo ser tan cobarde, pienso. Junto fuerzas, respiro hondo y bajo del auto. Una ráfaga helada me atraviesa y, aunque me congela, no me detiene. Entro al gimnasio, y como si estuviera siendo guiado por un imán, la veo. A Becca. Con su conjunto deportivo color verde militar. Más hermosa que nunca.

Su sonrisa es contagiosa. Y su risa, más todavía. Mierda, qué hermosa es. Y realmente no puedo creer que sea real. Es como un sueño del que no quiero despertar. No sé qué es lo que me pasa, pero no puedo apartar los ojos de ella. Me quedo mirándola hasta que, de repente, me ubica en las gradas. Nuestros ojos se cruzan y, al instante, ambos nos sonrojamos. ¿Acaso somos dos críos adolescentes que recién conocen lo que es el amor?

Espero sentado a que Grace termine su clase mientras tonteo con mi teléfono. No puedo concentrarme en nada. Estoy demasiado nervioso. Pienso en lo que podría decirle a Becca. No sé si quiero decirle todo lo que siento, pero tampoco quiero quedarme con la duda.

Poco después, una voz dulce, que reconozco al instante, interrumpe mis pensamientos.

—Hola, tío Ethan. ¿Mamá estaba ocupada?

La noto un poco triste, y eso me rompe el corazón. Esta pequeña siempre sabe cómo emocionarme.

—Sí, preciosa. Está complicada en la cafetería. Pero no te preocupes, tengo un plan para nosotros y lo pasaremos absolutamente genial. ¿Qué me dices? ¿Tienes ganas?

Por suerte, una sonrisa aparece en su rostro.

—¡Síííííí! ¿Helado?

—Helado y lo que quieras.

Escucho a Becca a lo lejos, y me giro para mirarla. Cuando la veo, siento que mi corazón da un vuelco. Es como si el mundo entero se desvaneciera y solo quedara ella.

—Oye, preciosa. ¿Me esperas en la recepción? Tengo que decirle algo a tu profesora.

—Claro. Voy a saludar a mis amigas.

Me dirijo un poco inseguro hacia Becca, y noto que ella también tiene vergüenza. Hay algo tan real y genuino en ella que no puedo evitar sentirme aún más nervioso. Cuando llego a su lado, apenas puedo articular palabras.

—Hola.

—Hola.

Nos miramos y, al instante, comenzamos a reírnos. Es como si estuviéramos reencontrándonos después de mucho tiempo, aunque solo hayan pasado un par de días.

—Perdón…

—Lo siento…

Nos interrumpimos a la vez.

—Tú primero —le digo, sonriendo nervioso.

—No, claro que no. Tú empezaste.

Nos reímos nuevamente, y en ese momento siento que todo se vuelve más fácil. Más ligero. Después de varios días, siento que finalmente respiro tranquilo. Pero, al mismo tiempo, mis palabras empiezan a salir atropelladas.

—Siento no haberte escrito ni llamado. Quiero ser honesto. No sé cómo se manejan estas cosas. Estar de novio tantos años me hizo

perder la capacidad de… ¿ser espontáneo? ¿Aprender a tener "citas"? No sé. Como quieras llamarlo.

Veo que se ríe, y es como si mi corazón diera un salto. Su sonrisa es lo más hermoso que he visto en mucho tiempo.

—No te preocupes, Ethan. Está todo bien.

—Lo que quiero dejarte en claro es que no me arrepiento de lo que pasó ni mucho menos. Incluso… quiero repetirlo. Cuanto antes. Perdón. No quiero sonar desesperado, pero… me gustaría que volviéramos a salir.

—Claro. ¿Me escribes y arreglamos?

—Claro.

Escucho que la llaman desde los vestuarios, y ella empieza a alejarse.

—Bueno… tengo que irme. ¡Nos vemos luego! Déjale a Grace un cariño de mi parte.

—Lo haré.

La miro mientras se aleja, pensando en lo que acaba de pasar. ¿Esta va a ser mi nueva forma de actuar de ahora en adelante? ¿Torturarme constantemente por lo que dije o por lo que no? Me río internamente. Soy un caso perdido.



Ya estamos con Grace comiendo nuestros conos de helado, y ella está completamente manchada, como siempre. Me doy cuenta de que llegó el momento. Tengo que contarle. Pero me aterra.

Aunque nunca fue particularmente cercana a Fallon, Grace la conoce desde que nació, y estoy seguro de que le tiene cariño. Siento que es difícil explicarle a una chiquilla de seis años, aunque es muy inteligente, que mi pareja ya no es mi pareja. Y que ya no buscamos un futuro juntos. ¿Será perjudicial para ella? ¿Dejará de creer en "el amor"? ¿Sentirá que las pelis de Disney "no son reales"?

Cuando dejo de darle tantas vueltas, me animo a intentar contarle lo que está pasando.

—Oye, Grace. Hay algo que… hay algo que tengo que decirte.

—No me asustes. ¿Murió alguien?

—Ay, Grace. ¿Realmente eso es lo primero que se te ocurre?

—Es que Chloe me contó que sus papás le dijeron esto mismo hace unas semanas y le contaron que su perro Simon se fue al cielo. Y es en lo único que puedo pensar desde ese momento.

Dios, es tan inteligente esta niña.

—No. Nadie murió. Ni se fue al cielo. No es eso.

—Okey… ¿y entonces?

—Bueno pues… qué difícil.

—Vamos tío. No tengas miedo.

—¿Sabes que Fallon y yo nos queremos mucho, no?

Me mira, y le da una lamida al helado.

—Claro. ¿Y? ¿Qué tiene que ver eso?

—Que bueno… A veces… las cosas no salen como uno espera. Y las relaciones… terminan. —Asiente despacio y me anima a continuar—. Y bueno, con Fallon estuvimos mucho tiempo. Y últimamente las cosas se estaban volviendo complicadas. Yo la quiero mucho. Pero… no como para que sigamos siendo novios.

—¿Como cuando Gabriella le devuelve la T de Troy en High School Musical?

Me río a carcajadas. Dios, no sé ni de qué me está hablando.

—¿Creo que sí? No sé. La cuestión es que… Fallon ya no será parte de mi vida. Ni de la tuya. O sea, puede serlo si tú quisieras, claro. Pero lo más probable es que ya no la veas. No pasó nada malo. Solo… nos dimos cuenta de que no estábamos más enamorados el uno del otro. ¿Me entiendes?

—Claro tío. No soy tonta… ¿Es por Becca?

Me atraganto con el helado. Y comienzo a toser como un desquiciado.

—¿Qué dijiste?

—Por Becca. Mi entrenadora. ¿Te gusta, no?

—Pero ¡¿de dónde sacas esas ideas tan descabelladas?!

—No soy ciega, tío. ¿Sabes?

Realmente no sé dónde meterme en este momento. ¿Tan obvio es todo que hasta una niña se da cuenta de que estoy completamente perdido por su propia entrenadora?

—Emmm. No. O sea. A ver. —Me complico hasta con mis propias palabras—. Becca es genial. Y se podría decir que… ¿me gusta? No lo sé. Nos estamos conociendo.

—Síííííííí. ¡Mi nueva tía será mi entrenadora Becca! ¡Qué emoción!

—Oye oye. Más despacio, ¿quieres?

—Es que me parece taaaaaan perfecta.

—Sí, sí. A mí también. Y oye, ¿te gustaría que hiciéramos algo los tres juntos?

—¡Pues claro!

—Okey… déjame entonces que lo charle con ella.

—¡Iuuuuuupi!

¿Debería preocuparme por lo emocionada que está? No lo sé. Pero no voy a mentir: algo me revolotea en el estómago, y no creo que sea el helado que acabo de comer.

CAPÍTULO 33

ANTES

ETHAN

Hace exactamente una hora que miro el teléfono como si fuera una bomba. Cada tres minutos, la pantalla se ilumina de nuevo con la misma información: la hora, un fondo negro, notificaciones inexistentes. Y, sin embargo, sigo repitiendo la acción como un ritual. Como si el hecho de mirarlo pudiera cambiar el curso de lo que va a pasar.

Son casi las cinco de la tarde. La ansiedad me taladra el estómago como si fuera una fiera hambrienta. Respiro hondo. Luego, otra vez. No sirve. El aire entra, pero no calma. El corazón sigue acelerado. Mis manos, inquietas. En mi cabeza, un murmullo constante que repite lo mismo:

Es una cita, Ethan. Solo eso. Una maldita cita. Con la chica que te gusta. Y con tu sobrina. La cual también es su entrenadora. Todo junto. Todo raro.

Cierro los ojos por unos segundos, intentando aquietar el ruido. Pero el silencio solo amplifica otra voz interna que no me deja en paz:

¿Y si esto no es solo una cita? ¿Y si estás complicando todo? ¿Qué estás haciendo, involucrando a Grace?

Y la peor de todas:

¿Y si Becca dice que no?

Mi pulgar duda frente a la pantalla encendida. El mensaje que redacté ha sido escrito, borrado y reescrito al menos siete veces. No quiero parecer desesperado. No quiero parecer demasiado serio. Tampoco demasiado casual. ¿Cómo se escribe un mensaje que invite a una cita, con tu sobrina de seis años de por medio, sin parecer un completo idiota?

Finalmente, a las cinco en punto, como si necesitara el respaldo simbólico de un número cerrado, presiono enviar:

Ethan
Hola tú. ¿Qué tal estás? ¿Puedo llamarte? Es para proponerte algo.

Me arrepiento apenas el mensaje sale disparado. Siento que podría haberlo dicho mejor. O peor. No sé. Todo se siente inadecuado cuando los sentimientos están en juego.

Pero ella responde rápido. Más rápido de lo que esperaba:

Becca
Oh, qué intriga. Claro, llámame.

Mi corazón da un vuelco. Me levanto de la silla como si necesitara moverme para no estallar. Me paso la mano por el cabello, respiro profundo y marco su número. El tono suena una, dos veces… y su voz aparece al otro lado de la línea.

—Hola, Ethan.

—Hola, Becca. ¿Qué tal has estado estos días?

—Muy bien, ¿y tú? —responde con una calidez que hace que el nudo en mi garganta se afloje apenas un poco.

—Todo bien. Oye… puede ser que haya tenido una charla... más que interesante con Grace. —Me detengo un segundo—. La cuestión es que le terminé contando lo que sucedió con Fallon —empiezo a explicar con torpeza—. Ya que Nora no se lo había comentado, por un tema de tiempos... Y... bueno, me dijo que se imaginaba que tú me gustabas.

Un silencio breve. Y después, su risa. Esa risa. Esa que hace que cualquier cosa parezca menos grave de lo que es. Como si de pronto todo tuviera sentido. Me río con ella, sin poder evitarlo.

—La cuestión es que terminó entendiéndolo todo. ¿Puedes creerlo? Tiene seis años, Becca. ¡Seis! Y ya está analizando nuestras vidas como una psicóloga en miniatura.

—Puedo creerlo. Y tampoco me sorprende. Es una chiquita muy inteligente —me dice. Su voz está llena de ternura. Y por un instante, todo se siente cómodo.

—Lo sé. Pero no pensé que era tan obvio…

—Quizás es más obvio de lo que pensamos —responde. Su tono cambia, se vuelve más suave—. ¿Deberíamos ser más discretos? Tampoco creo que estemos haciendo nada malo, ¿no?

—Sin dudas no estamos haciendo nada malo. Y no quiero que seamos discretos. No es mi intención esconder nada. No contigo.

—Opino igual —dice. Y después, en tono más bajo—. Eso sí… tendré que acostumbrarme nuevamente a que me miren tanto. Ya sabes cómo es la gente. Y caminar contigo a mi lado... sé que atraerá más miradas de las que puedo soportar por ahora.

Ríe. Pero detrás de esa risa hay un temblor que noto. Como si se estuviera forzando a decirlo con ligereza, aunque aún cargara con la sombra de todo lo que atravesó después del accidente.

—Oye —le digo—. Al que no van a poder dejar de mirar en la calle es a mí. No a ti. Nadie va a entender cómo terminé saliendo con una chica tan hermosa.

—Si tú lo dices...

—Lo digo. Y lo creo —añado. Y por un momento, me sorprendo a mí mismo por haberlo dicho tan seguro.

Silencio.

—Bueno —continúo, retomando aire—. La cuestión es que ahora Grace quiere que hagamos un plan los tres juntos. Pero no quiero incomodarte. ¿Quizás es demasiado? No sé... Me estoy adelantando a todo. Perdón. Pregunto mucho. Dudo más todavía. Es solo que… realmente quiero hacer las cosas bien contigo, Becca. No quiero pisar en falso.

Un silencio más largo. Mi pecho se aprieta.

—Claro que sí, Ethan. Me encantaría que hiciéramos algo los tres. Sabes lo mucho que quiero a Grace. Y me encantaría compartir un momento juntos. Contigo.

Sus palabras me dejan sin aire por un segundo. ¿De verdad acaba de decir eso? ¿Así de fácil?

—Perfecto —respondo, apenas recupero el habla—. ¿Estás libre mañana por la tarde luego del entrenamiento? No sé si tienes otras clases o si tienes que quedarte ayudando a Ava en el gimnasio.

—Mañana por la tarde me viene genial. ¿Qué tipo de plan habías pensado? No es por ansiosa. Es solo para saber si es un plan al que podría llevar a Thor. Le hablé mucho de él a Grace y me encantaría que lo conociera.

—¡Claro! Pensaré en algo donde los cuatro podamos divertirnos. Quizás un parque, o un pícnic. Algo relajado.

—Buenísimo. Nos vemos mañana. Realmente no veo la hora.

—Yo tampoco, Becca.

Nos despedimos con una sonrisa que, aunque no puede verse, se siente a través del teléfono.

Cuando corto la llamada, me quedo sentado, mirando la pantalla del teléfono como si acabara de desactivar una bomba.

Lo hice.

Lo logré.

La llamé. Hablamos. Y no pareció molesta. Ni incómoda. Ni confundida. Fue… natural.

Una respiración profunda sale de mi pecho. Sé que estoy exagerando. Que probablemente nadie se quede analizando cada palabra después de una llamada. Pero yo sí. Siempre lo hago.

Hace tanto que no me sentía tan inseguro… y tan vivo al mismo tiempo. No sé hacia dónde va esto, pero esta vez no tengo tanto miedo de averiguarlo.

CAPÍTULO 34

ANTES

BECCA

Es hoy. Hoy es el día. Grace, Ethan y yo. Los tres juntos. Siento que estoy caminando en una realidad paralela. Me miro al espejo por décima vez esta mañana, y la imagen que me devuelve me resulta extraña. ¿Esa soy yo? ¿Esa chica con una sonrisa tonta y ojos brillantes? ¿Desde cuándo me pasa esto?

Hace apenas unos meses, Ethan era solo "el tío de Grace". Lo veía llegar al gimnasio con esa mezcla de torpeza y encanto que lo hacía diferente de los demás padres, aunque técnicamente no lo fuera. Primero venía Fallon. Luego él. Y mientras ellos seguían juntos, yo me mantenía al margen. Consciente. Precavida. Nunca imaginé que estaríamos aquí hoy.

Pero lo estamos. Y no tengo idea de cómo llamarle a esto que hay entre nosotros. ¿Estamos empezando algo? ¿Ya empezó? ¿Hace cuánto? No tengo respuestas. Pero sé que quiero que siga sucediendo. Que me guste tanto alguien me asusta y me fascina al mismo tiempo.

Intento concentrarme mientras reviso mis notas antes de que lleguen las niñas al entrenamiento. Hoy toca repasar la coreografía completa y definir las formaciones para la competencia. Debería tener la cabeza en eso, pero mi mente no para de saltar hacia la tarde, hacia él.

Entonces veo entrar a Grace, de la mano de Nora, con esa energía que parece rebotar en todo el gimnasio. Apenas me ve, me sonríe como si supiera un secreto que yo no.

—Hola, Nora. Hola, Grace. ¿Cómo están?

—Muy bien, ¿y tú, Becca? —responde Nora, observándome con ojos perspicaces.

—Bien, muy bien. Con muchas cosas en la cabeza últimamente. Las competencias, las clases, las nuevas alumnas…

—Claro. ¿Y también las salidas espontáneas, no?

La frase queda suspendida entre nosotras. Me congelo por dentro. ¿Lo dijo con intención? ¿Está hablando de Ethan?

—No te preocupes, Becca. Lo sé todo —añade entre risas—. ¿La llevan luego a casa, no?

—Eh… sí, claro —respondo, algo desconcertada.

—Genial. Nos vemos, Becca. ¡Pórtate bien, Grace! —grita mientras su hija corre hacia sus compañeras.

Antes de irse, me lanza un guiño que me deja helada. Mierda. Esto se está saliendo de control. ¿Cuántas personas más lo saben? ¿Es tan evidente?



—Otra vez, chicas. Cinco, cuatro, tres, dos…

La clase avanza, pero la concentración brilla por su ausencia. Ellas están dispersas. Yo también. Y aunque intento mantener el ritmo, lo cierto es que el corazón me late descompasado. Pienso en Grace, en sus comentarios. En si le habrá dicho algo a sus compañeras. En si de alguna forma... el mundo ya se enteró de lo que yo aún no me atrevo a definir.

Al final de la última repetición, les indico que la clase ha terminado y que pueden ir a los vestuarios. Grace busca con la mirada a Ethan, pero no lo encuentra. Me llama la atención. Él siempre llega puntual.

Me dirijo hacia el vestuario y cuando encuentro mi *locker*, tomo mi bolso. Deslizo la pantalla de mi teléfono y veo un mensaje.

Ethan
¡Las espero afuera! Me imaginé que no querrías
que todo el gimnasio nos viera irnos juntos.

Sonrío. Qué considerado es. Tan atento a los detalles, tan... él. Me acerco a Grace.

—Tu tío nos espera afuera. Avísame cuando estés lista, ¿vale?

Ella asiente con entusiasmo.

Al rato, sale del vestuario lista para irnos. Nos tomamos de la mano y salimos. Allí está, estacionado justo en frente, con el brazo apoyado en la ventanilla del auto. Al vernos, nos saluda con una sonrisa que me hace olvidar por un segundo que estamos en la vía pública.

Nuestra primera parada es hacia mi departamento. Le prometí a Grace que llevaría a Thor con nosotros así que tenemos que pasar a buscarlo. Por suerte ya había dejado todo listo antes de irme por la mañana al gimnasio y buscarlo no me demora más que unos cinco minutos.

El camino al parque es tranquilo. Grace no para de hablar desde el asiento trasero. Nos cuenta lo que hicieron en clase, aunque me lo sé de memoria, que están preparando una sorpresa para una exhibición, y que su compañera Chloe cree que Ethan y yo "nos amamos". Casi se me sale el corazón por la boca. Ethan y yo intercambiamos una mirada que mezcla vergüenza y ternura.

—¿Y tú qué crees? —le pregunta Ethan, haciéndose el casual.

—Yo creo que es verdad. Porque te brillan los ojos cuando la ves. Y ella se pone colorada. Como ahora.

—¡Grace! —exclamo, entre risas, cubriéndome la cara.

—¿Qué? ¡Es verdad! —responde con total inocencia.

Nos reímos los tres, y siento que algo cálido se instala en el ambiente. Algo que no es solo complicidad. Es pertenencia.

Llegamos al parque. Es amplio, lleno de árboles altos y hojas secas que crujen bajo los pies. Hay familias, perros corriendo, niños en bicicleta. Ethan trae una manta que extiende en el césped y una mochila con termos y comida que preparó. Trajo de todo:

sándwiches, frutas, galletas, hasta jugo casero. Me conmueve su dedicación.

Nos sentamos bajo un árbol. Grace corre con Thor que hace su debut oficial en la pandilla. Se llevan tan bien que parece que se conocieran de antes. Ethan y yo los miramos desde la manta, y sin querer, nuestras manos se rozan.

No la retiro. Él tampoco.

—Gracias por esto —le digo en voz baja—. Por pensar en todo. Por incluir a Thor. Por hacerme sentir tan cómoda.

—Gracias a ti. Por decir que sí. Por estar aquí. Por no salir corriendo.

—Todavía es temprano —bromeo, pero mi sonrisa lo contradice.

Nos miramos en silencio unos segundos que se sienten eternos. En sus ojos hay una mezcla de calma y deseo. Y algo más. Algo que se parece mucho a la certeza.

Se acerca. No de golpe, sino con suavidad. Como si me pidiera permiso sin palabras. Como si supiera que este beso era necesario. Y lo hace. De manera lenta. Cálida. Precisa. Como si lo hubiera estado practicando toda su vida.

Cierro los ojos. Mis manos lo buscan. Por un instante, el mundo se reduce a ese contacto.

—¡AYYYY, LOS VI! —grita Grace desde la distancia.

Nos separamos entre risas. Ella corre hacia nosotros, con Thor ladrando de emoción.

—¡Se besaron! ¡Lo vi! ¡Son novios de verdad! —dice, dando saltitos.

—¿Estás contenta? —le pregunta Ethan.

—¡Sí! Porque se nota que se quieren mucho. Y porque ahora puedo decir que mi entrenadora favorita es mi tía favorita.

Nos reímos los tres. Hay algo tranquilo en el aire, algo que no sé bien cómo explicar. No es solo alegría; es como si por un rato el ruido del mundo se hubiera apagado.

La tarde pasa entre juegos, anécdotas y más risas. Grace se queda dormida en la manta, con Thor a sus pies y una galleta a medio morder en la mano. Ethan me mira, y sus dedos rozan mi mejilla con cuidado.

—Ojalá esto no termine nunca —dice.

—A mí también me gustaría.

Nos besamos otra vez, sin prisa, con la luna asomando entre las ramas y el murmullo lejano de otros niños jugando.

Es solo un momento. Pero es perfecto. Y eso ya es muchísimo.

CAPÍTULO 35

AHORA

BECCA

Mi vida en el hospital ya se volvió parte de mi existencia. Una rutina que se instaló sin pedir permiso, como una sombra que me sigue a todas partes.

Si no duermo en la habitación junto a Ethan, lo hago en mi departamento, pero apenas amanece, regreso aquí. Como si mi vida dependiera de no alejarme demasiado de él.

Cada vez que cruzo las puertas automáticas del hospital, siento que una parte de mí se fragmenta un poco más.

Ese olor a desinfectante, ese aire frío y estéril que parece cortarme la piel... No hay rincón en este lugar que guarde un recuerdo feliz para mí. Todo huele a pérdida. Todo se siente como una despedida constante.

Cada día que pasa aquí, es como si la esperanza se aflojara en mis manos, como un hilo que no puedo sostener.

Los roces con los padres de Ethan se han vuelto parte de esta nueva normalidad. Las conversaciones son difíciles, tensas, cargadas de acusaciones que no siempre se dicen en voz alta, pero que se respiran en el ambiente como humo espeso.

Hacerlos entrar en razón se ha vuelto más agotador de lo que jamás imaginé que podría ser. Por suerte, Nora y Asher se han convertido en mi salvavidas en medio de este mar podrido. Sin ellos, no sé cómo estaría hoy. No sé si seguiría viniendo cada día,

soportando miradas que me atraviesan como cuchillos, aguantando silencios que pesan más que los gritos.

Sé que Mia también está para mí, de la forma en la que puede, pero mi relación con ella... se está desvaneciendo. La distancia emocional es algo que ninguna de las dos se atreve a nombrar, pero que ambas sentimos. No quiero arrastrarla a este abismo. No quiero contaminarla con este dolor.

Cuando llego al hospital, me recibe el mismo aire helado de siempre. El mismo zumbido de monitores en el fondo. El mismo tictac invisible que marca cada minuto que Ethan sigue allí, atrapado entre dos mundos.

Las enfermeras ya me conocen. No necesitan preguntarme a dónde voy. Soy casi un mueble más. Uno triste, uno que todos prefieren no mirar demasiado.

El pasillo que conduce a la habitación de Ethan se siente cada vez más largo. Como un túnel que se estrecha a medida que avanzo. Y cuando llego, no puedo obligarme a entrar.

A través del vidrio de la ventana, veo a Lauren y Dylan junto a él. Le toman la mano. Le susurran cosas. Y aunque sé que sus deseos no son distintos a los míos —todos queremos que despierte, que vuelva a vivir—, también sé que en sus corazones me culpan. Me ven como el obstáculo, como la intrusa, como la destructora de su hijo.

Y en parte… tienen razón.

Fui yo quien insistió en salir a la carretera aquel día, a pesar del mal día. Fui yo quien creyó que podía con todo. Fui yo quien falló.

A veces cierro los ojos y me torturo imaginando qué habría pasado si simplemente hubiese dicho "esperemos", si hubiese sido más prudente, menos temeraria.

Pero no importa cuánto repita esas escenas alternativas en mi cabeza. La realidad es esta. Y no hay vuelta atrás.

Decido no interrumpir. Me siento en una de las sillas del pasillo, pegada a la pared. Espero. El reloj avanza con una lentitud insoportable. Cada segundo es como un latido sordo en mi cabeza.

Una hora. Dos horas. No importa cuánto duela. No me iré sin ver a Ethan.

Finalmente, veo cómo Lauren y Dylan se despiden de su hijo. Lauren besa su frente con ternura, le dice algo al oído que no logro escuchar, y se retira en dirección al baño sin siquiera mirarme.

Me preparo para enfrentarme a Dylan. Espero la frialdad habitual, el desprecio silencioso. Pero esta vez... algo es distinto.

Dylan se detiene frente a mí. Su rostro, siempre pétreo, tiene hoy algo de suavidad. Una expresión que casi podría confundirse con compasión. Casi.

—¿Qué tal estás, Becca? —me pregunta. Su voz es grave, medida, extrañamente amable.

La pregunta me desconcierta. ¿Está jugando conmigo? ¿Es una trampa?

Busco qué decir, pero no encuentro palabras que sean honestas.

Decir que estoy bien sería insultante. Decir que estoy mal sería inútil. Pero antes de que pueda responder, él continúa:

—Supongo que es una pregunta estúpida —dice, soltando una especie de risa seca—. Es obvio que nadie está bien aquí. Estamos todos... rotos.

Me mira fijamente, sus ojos brillando ligeramente de humedad.

Y por un instante, casi —casi— creo que hay un atisbo de humanidad en él.

—Quería pedirte disculpas —añade—. En nombre de Lauren y mío.

Hace una pausa, midiendo mis reacciones.

—Sé que hemos sido... duros contigo. Quizás más de lo que merecías.

La frase me golpea como una bofetada suave, pero calculada.

Quedo en silencio, atrapada entre la necesidad absurda de agradecer y la voz interna que me grita que no baje la guardia.

Él da un paso más cerca y baja la voz, como compartiendo un secreto:

—Pero tienes que entender… cuando un hijo está en peligro, uno se aferra a cualquier cosa. Y a veces, la culpa necesita un rostro.

Sonríe. Una sonrisa triste que no llega a sus ojos.

—Aun así, quiero que sepas algo, Becca —continúa—. Lauren y yo no vamos a dejar de luchar por Ethan. Haríamos cualquier cosa

por su bienestar. Cualquier cosa.

Siento el frío reptando por mi espalda. No es una amenaza directa. Pero lo es.

No hace falta que lo diga con todas las letras. Su voz suena amable. Sus palabras suenan dulces. Pero cada una lleva un filo oculto. Cada una es un recordatorio: estás aquí porque nosotros lo permitimos. No olvides tu lugar.

Antes de que pueda responder, Lauren aparece con el rostro cuidadosamente impasible. Dylan le toma la mano.

—Vamos, cariño —dice.

Ella me lanza una mirada fugaz, sin emoción. Y juntos se alejan por el pasillo, su figura elegante y precisa, como un cierre final.

Me quedo ahí, clavada al piso. El corazón me late con fuerza en el pecho, pero no es por tristeza. Es por rabia. Es por impotencia.

No entiendo del todo lo que acaba de pasar, pero sé que no fue una disculpa real. Fue una advertencia envuelta en terciopelo.

Entro finalmente a la habitación.

La luz es tenue. El monitor marca un ritmo estable. El único sonido es el pitido suave que indica que Ethan sigue aquí.

Me acerco a su cama. Tomo su mano. Está tibia. Todavía está aquí.

—Te amo —susurro.

Y en mi interior, una voz responde: *sigue luchando. Por ti. Por nosotros. No dejes que nos arranquen lo que, en el fondo, todavía nos pertenece.*

Me quedo allí un largo rato, en silencio, sosteniéndolo, como si pudiera transmitirle toda la fuerza que me queda.

Porque a pesar de todo… en lo único que puedo pensar es en Ethan.

En su recuperación.

Y en el amor inconmensurable que siento por él.

Un amor que ni el dolor, ni el miedo, ni los padres de Ethan podrán arrancarme.

CAPÍTULO 36

ANTES

BECCA

Cuando la alarma suena, la apago sin esfuerzo, como si mi cuerpo supiera que hoy no quiero luchar contra el día. Algo dentro de mí burbujea de felicidad, una sensación cálida que hace tiempo no sentía.

No quiero adjudicarle toda la culpa a la tarde de ayer… pero sería absurdo fingir que no es así. La salida con Ethan y Grace fue… mágica.

Todavía me cuesta creer que fue real. Que compartimos un momento tan simple y tan perfecto. Que, por unas horas, el mundo dejó de ser un lugar aterrador y todo se redujo a nosotros tres, riendo bajo un cielo azul, compartiendo sándwiches mal hechos y sueños todavía intactos.

Sonrío, acurrucándome entre las sábanas, estirando un momento más esa burbuja de paz que me envuelve. Pero como siempre, la burbuja explota. La ansiedad, puntual, llega a reclamar su lugar.

Una piedra en mi estómago comienza a crecer. Ese maldito momento. Ese instante en el que mi mente, incapaz de dejarme en paz, empieza a construir todos los escenarios posibles donde esto —lo que sea que "esto" sea con Ethan— termina mal.

Catastróficamente mal. Un drama anunciado. Un adiós inevitable.

Me hundo en esa espiral de dudas durante quién sabe cuánto tiempo, hasta que el sonido del teléfono me arranca de ese trance.

Miro la pantalla. Mia. El alivio es inmediato. Si alguien puede sacarme de esta maraña mental, es ella.

—¡Hola, Bee! —exclama su voz chispeante del otro lado—. Amiga, te extraño. ¿Qué tal estás? ¡Tenemos que vernos! Tengo chismes que contarte, y sé que tú también.

Me río. Solo Mia puede sonar tan eufórica antes de las ocho de la mañana. Su entusiasmo calienta mi corazón. ¿Qué haría sin ella?

—Hola, Mia. Me llamas justo en el momento perfecto. Soy una maraña de pensamientos. Mi cabeza está haciendo eso que tanto odias…

—¿Otra vez estás pensando en todos los finales trágicos posibles? —interrumpe, entre risas.

—Sí —admito, riéndome también—. ¿Podemos vernos? Realmente lo necesito.

—¡Claro que sí! ¿A las diez en *Frederick's*?

—Perfecto. Nos vemos ahí.

Cuelgo, sintiéndome un poquito más liviana. No soy fan de *Frederick's* —demasiado elegante para mi gusto—, pero Mia adora ese lugar. Y yo, por Mia, haría cualquier cosa.

Decido darme una ducha rápida, cambiarme de ropa y sacar a Thor a pasear. El aire fresco me despeja un poco.

Aunque, a veces, si camino demasiado, mi rodilla empieza a protestar, hoy no me importa. Hoy necesito caminar, moverme, dejar atrás, aunque sea por unos minutos, el torbellino de pensamientos que amenaza con arrastrarme.



Cuando llego a *Frederick's*, me anuncio en recepción.

—Seguramente haya una reserva a nombre de la señorita Brooks —digo, sonriendo.

El recepcionista asiente y me guía hasta una mesa impecablemente puesta en el rincón más bonito del local.

Frederick's es el típico café de revista: sillas de terciopelo, lámparas de cristal, mozos con chaleco y corbata. Demasiado para

mí. Pero Mia… bueno, Mia nació para este tipo de escenarios.

Al principio me incomodaba la diferencia social entre nosotras. Yo, con mis sueldos modestos y mis sueños sencillos. Ella, con su apellido importante, sus eventos de gala, su mundo de excesos y etiquetas. Pero Mia nunca me hizo sentir menos. Nunca. Si algo he aprendido de ella es que el corazón no entiende de clases sociales.

El mozo me ofrece algo mientras espero.

—Un poco de agua, por favor —pido, sonriendo con cortesía.

Tomo mi teléfono y me distraigo mirando las redes sociales, pero apenas pasan cinco minutos cuando un grito me saca de mis pensamientos:

—¡BEEEEE!

Levanto la vista justo a tiempo para ver un torbellino de bolsas, rizos dorados y perfume caro abalanzarse sobre mí.

Mia.

Se tira encima mío en un abrazo apretado, haciéndome reír a carcajadas.

—Hola, Mia. ¿Atareada? —pregunto, señalando el pequeño mercado de bolsas que trae en ambos brazos.

—¡Ay, ni me hables! —responde, dejándose caer en la silla frente a mí—. Me invitaron al *Fashion Week* de Milán y estoy colapsando buscando outfits. ¡No puedo hacer quedar mal a la familia Brooks!

—Claro, claro. Situaciones de vida o muerte —bromeo, riéndome.

—¡Ja, ja! Ríete, pero es en serio. Si aparezco en una foto de *Vogue* con un vestido viejo, ¡mi padre me deshereda!

Negamos con la cabeza, riendo juntas, mientras el mozo se acerca para tomar nuestro pedido.

Mia, fiel a su estilo, pide el brunch más grande y escandaloso de la carta: huevos revueltos, panceta, tostadas con palta, yogur, frutas, jugo natural... Un banquete.

Yo la imito. Porque una cosa es segura para ambas: el desayuno es la comida más importante del día

Cuando quedamos solas, Mia me observa con esa mirada suya que atraviesa cualquier fachada que intente poner.

—Bueno, Bee. Cuéntame —dice, cruzándose de brazos—. Algo en tu voz, hoy en la llamada, me dijo que necesitábamos más que café.

Anda, escupe.

Sus palabras me hacen sonreír nerviosamente. Abrirme nunca me resultó fácil, ni siquiera con ella. Mostrar mis pensamientos más oscuros me da la sensación de quedar desnuda. Vulnerable.

Pero si no puedo hacerlo con Mia... ¿con quién?

Me retuerzo las manos sobre la mesa antes de hablar.

—¿Recuerdas a Ethan?

—¿Cómo olvidarlo? —responde, rodando los ojos de manera teatral.

—Bueno… ayer tuvimos otra cita.

Mia abre los ojos como platos, animándome a seguir.

—Fuimos al parque. Hicimos un pícnic... con Grace.

Su expresión es un poema. Mia, amante de las fiestas privadas y los afters de madrugada, jamás ha sido fan de los niños.

—¿Y sobreviviste? —pregunta, fingiendo asombro.

—Más que eso. Fue... increíble. Ethan fue increíble. Y Grace… oh, Mia, es imposible no enamorarse de esa niña.

Mia sonríe, genuinamente feliz por mí. Pero sabe, igual que yo, que esta historia no termina ahí.

—¿Y? ¿Qué pasa entonces? —pregunta, inclinándose hacia adelante—. Sé que viene el *pero*.

Respiro hondo. Ahí viene el derrumbe.

—Tengo miedo, Mia. Tengo mucho miedo. Miedo de que Ethan todavía esté atado a su pasado. Miedo de abrirme, de confiar de nuevo. De mostrarle todos mis rincones oscuros. De no ser suficiente.

—Bee… —dice Mia, en un susurro compasivo.

—¿Y si me lastima? ¿Y si todo esto termina peor de lo que imagino? ¿Y si me equivoco de nuevo?

—Escúchame bien —dice, sujetando mis manos entre las suyas —. Abrir tu corazón siempre va a dar miedo. Siempre. El amor es arriesgado. Es exponerte. Es saltar sin red. ¿Pero sabes qué es peor que caerse? No saltar nunca. Quedarte atrapada en la orilla, viendo la vida pasar.

Sus palabras me golpean hondo.

Mia, con su mundo de alfombras rojas y cenas de gala, siempre tuvo más coraje que yo para arriesgarse emocionalmente. Yo siempre fui la que se escondía, la que construía muros.

—Sin miedo no hay vida, Bee —dice suavemente—. El miedo nos desafía. Nos mueve. Nos obliga a decidir si queremos seguir en el mismo lugar… o si estamos dispuestas a apostar.

—¿Y si apuesto y pierdo?

—Entonces te levantarás —dice, sin dudarlo—. Como has hecho siempre. Cada una de las veces. Y sabrás que al menos tuviste el coraje de intentarlo.

Me quedo en silencio. Las lágrimas me queman los ojos, pero no caen.

—Gracias —murmuro—. Gracias por estar. Por creer en mí cuando yo misma no puedo hacerlo.

Mia sonríe, su sonrisa más honesta.

—Siempre, Bee. Siempre. Eres la hermana que la vida olvidó darme.

Nos reímos y, entre lágrimas y carcajadas, llega nuestro brunch.



El aire fresco de la tarde me envuelve apenas salgo del restaurante. La ciudad late a mi alrededor: coches que pasan, gente que ríe en las terrazas de los bares, chicos corriendo en bicicleta.

Todo sigue. Todo fluye.

Y yo camino.

Sin rumbo fijo. Sin prisa.

Las palabras de Mia siguen resonando en mi cabeza, repitiéndose como un eco cálido en mi pecho.

Cada paso que doy parece acompasarse con esos pensamientos. No puedo negar que sigo teniendo miedo. Pero ahora, junto al miedo, hay algo más. Una chispa. Una pequeña llama de valentía que Mia encendió sin saberlo.

Quizás nunca deje de temerle a abrir mi corazón. Quizás nunca deje de temerle a perderlo todo. Pero si me dejo paralizar, perderé la

única oportunidad real de vivir algo verdadero.

Miro el cielo, donde el atardecer tiñe las nubes de rosa y dorado, y sonrío para mí misma.

Voy a intentarlo. Con miedo y todo, voy a intentarlo.

Porque algunas cosas en la vida… simplemente valen la caída.

CAPÍTULO 37

ANTES

ETHAN

Cuando me despierto, lo primero que hago es buscar el teléfono a tientas. El primer impulso es abrir las notificaciones, esperando encontrar algún mensaje de Becca. Pero no hay nada nuevo.

Aun así, no me siento decepcionado.

Abro la galería de imágenes y deslizo entre las fotos que tomamos ayer en el parque: Grace haciendo piruetas torpes, embadurnándose de helado hasta las cejas, riendo a carcajadas al lado de Becca.

Y ahí estamos nosotros también: Becca y yo, en una foto borrosa que sacó Grace, con un dedo gigante tapando medio lente.

La foto es pésima en términos técnicos. Pero para mí es perfecta. El recuerdo de esa tarde pesa más que cualquier encuadre.

Sonrío solo, recordando la expresión de Becca cuando la dejé en la puerta de su departamento: esa mezcla de felicidad tímida y algo más. Algo que todavía no me atrevo a nombrar.

Pero como siempre, las dudas no tardan en asomar. ¿Se sintió realmente feliz? ¿O fue solo el momento? ¿Y yo? ¿Estoy preparado para todo lo que esto implica?

Mis pensamientos se interrumpen de golpe. El teléfono vibra y aparece en la pantalla un nombre que me hace tensar todo el cuerpo.

MAMÁ

Tiemblo. Realmente tiemblo.

Porque las cosas no quedaron tan bien luego de nuestro último encuentro. Cuando les confesé que Fallon y yo ya no éramos una pareja. Y cuando luego me llamaron incansables veces pero decidí no atenderlos con la excusa de que estaba trabajando. Aunque esa parte es verdad… El lanzamiento de *Eclipse Rising III* está convirtiéndose en mi peor pesadilla últimamente. Disfruto de mi trabajo, pero realmente necesito que esa tortura se termine.

La atiendo. No puedo esquivarlos para siempre.

—Ethan —dice su voz, seca, cortante—. Qué sorpresa. Pensé que me toparía nuevamente con tu buzón de voz.

Ignoro el comentario pasivo-agresivo.

—Hola, mamá. ¿Cómo estás?

—Yo espectacularmente bien —responde, con una ironía que se clava en mi estómago—. Acabo de cortar una conversación con Roger. Tu suegro. ¿Lo recuerdas?

Siento cómo me hierve la sangre. ¿Por qué les es tan difícil asumir la realidad y entender que Fallon y yo ya no estamos juntos?

—Exsuegro, mamá. Fallon y yo ya no estamos juntos. Ya deberías saberlo.

—¿Sigues con esa idiotez todavía?

Trago saliva, intentando mantener la calma.

—No es ninguna idiotez, mamá. Es mi vida. Mi decisión. Y no necesito tu aprobación para seguir adelante.

—Ethan, de verdad no entiendo qué te pasa. —Su voz sube una octava, quebrándose levemente—. Estás tirando todo por la borda. Tu relación. Tu futuro. Tu estabilidad. Primero esos jueguitos tontos en la computadora, ahora esto…

—¿Jueguitos? —repito, incrédulo—. Mamá, trabajo en una de las compañías más exitosas del sector. Mantengo mi vida. Soy independiente.

—¿Y qué ganaste con eso? ¿Eh? Alejándote de quienes te amamos. Rompiendo una relación perfecta con una chica como Fallon, que era todo lo que cualquier madre hubiera deseado para su hijo.

Me muerdo la lengua para no explotar. Siento el peso de años de expectativas ajenas cayéndome encima. La conversación se torna cada vez más irrespirable.

—Papá y tú me dieron una infancia maravillosa —digo, controlando el temblor de mi voz—. Pero ya soy adulto. No soy un proyecto para ustedes. No pueden seguir decidiendo qué es lo mejor para mí.

Silencio. Un silencio denso, afilado.

—Ya entrarás en razón, Ethan —dice finalmente, fría—. Ya me lo agradecerás.

Me quedo mudo. No hay nada más que decir.

—Adiós, mamá. Saludos a papá.

Cuelgo antes de que pueda replicar algo más.

Apoyo el teléfono en la cama, cerrando los ojos. Respiro. Una, dos, tres veces.

No dejes que te atrapen de nuevo y no dejes que te arranquen tu vida.

Pero no puedo negar que duele. Que parte de mí todavía quiere ser ese hijo perfecto que ellos sueñan tener.

El teléfono vibra de nuevo. Suelto un bufido. ¿Ahora qué?

Cuando miro la pantalla, siento un escalofrío recorrerme la espalda.

Fallon. Dudo antes de abrir el mensaje.

Fallon
Hola, Ethan. ¿Qué tal estás? Me imagino que tus padres están igual de intensos que los míos. Lo siento, de verdad. He intentado explicarles que hemos terminado, que fue en buenos términos... pero no hay caso. No quiero provocarte problemas ni situaciones incómodas.

Mi pecho se aprieta.

El cariño que alguna vez sentimos sigue estando ahí, flotando, como una sombra imposible de borrar.

Respondo casi de inmediato.

Ethan
Hola F. Me alegra saber de ti. Sí, están insoportables. Pero gracias por entenderlo. Confío en que con el tiempo se calme todo. Espero que tú estés bien.

Apenas dejo el teléfono a un lado, otra notificación aparece.

Fallon
Gracias, Ethan. Lo mismo digo. Te extraño.

Me congelo. *Te extraño*. Dos palabras sencillas. Pero con un peso que podría aplastarme.

¿Qué se supone que haga ahora? ¿Responder? ¿No responder? ¿Ignorarlo? ¿Agradecerlo?

Siento que cualquier movimiento sería, de algún modo, una traición.

A Becca. A Fallon. A mí mismo.

Antes de que pueda seguir compadeciéndome por mí mismo, el teléfono suena de nuevo. Esta vez, una bocanada de alivio me invade al ver quién llama.

Asher.

—Hola, hermanito —dice con su tono desenfadado de siempre—. ¿Te animas a lanzar unos tiros al aro esta noche? Tengo las llaves de la vieja cancha de atrás.

—Ash... ni te imaginas cuánto necesito eso.

—Te paso a buscar a las ocho.

Corto, ya sonriendo un poco. Una cancha vacía, el eco de los botes, y mi hermano a mi lado. Justo lo que necesito para no perder la cabeza.



La noche cae y el aire es fresco cuando llegamos a la vieja cancha. Asher lleva un par de pelotas bajo el brazo. El reflector principal parpadea intermitente, iluminándonos a medias. Perfecto.

Empezamos lanzando algunas pelotas sin mucha técnica. Asher falla un triple y se ríe.

—Perdí la práctica, viejo. Qué vergüenza.

—Nunca fuiste bueno —me burlo, devolviéndole la pelota.

Asher sonríe de lado.

—*Touché.*

Pasamos unos minutos en silencio, solo lanzando al aro, sudando bajo las luces titilantes. Y entonces, cuando el momento es perfecto, sin avisar, Asher suelta:

—Sabes que no puedes seguir viviendo para ellos, ¿no?

La pelota rebota en el aro y cae a un lado.

Me quedo quieto, mirando el cielo.

—Lo sé —susurro.

—No. No lo sabes —dice, caminando hacia mí—. Si lo supieras, no dudarías tanto cada vez que haces algo que ellos no aprueban.

Muerdo mi labio, frustrado.

—Es complicado.

—No —dice, mirándome fijo—. Es simple. O vives tu vida o vives la que ellos quieren para ti. No hay término medio.

Asher se sienta en la vereda, dándole un sorbo a su botella de agua.

—¿Sabes qué me pasaba a mí cuando quise abrir mi propio consultorio? —pregunta.

Me siento a su lado, intrigado.

—Mi familia pensaba que era un *hobby*. Que era una pérdida de tiempo. Que debía quedarme en el sistema, hacer horas extras, seguir la carrera veterinaria "tradicional" como papá. Pero no. Yo quería algo mío. Y al principio dudé. Pensé en renunciar. Pensé en conformarme.

Se ríe, amargamente.

—Hasta que un día, Nora —dice, bajando la voz apenas—, me preguntó: "¿Vas a vivir para ellos o para ti?"

Levanto una ceja, captando el nombre.

—¿Nora, eh? —pregunto, con una sonrisa maliciosa.

Asher se encoge de hombros, fingiendo indiferencia.

—Nada importante —dice, pero la sonrisa en sus labios lo traiciona.

La frase queda en el aire, como si aún estuviera buscando dónde aterrizar. Me desconcierta, pero no lo presiono.

—¿Y tú, Ethan? —pregunta Asher, lanzando la pelota de nuevo—. ¿Vas a continuar contestando mensajes de ex novias porque te da culpa? ¿O vas a construir algo real con quien te mueve el piso ahora?

Me trago el nudo en la garganta. Becca. La veo riendo en el parque. La siento cerca. La imagino alejándose si no hago nada.

Me levanto de un salto, tomando la pelota.

—Creo que ya tengo mi respuesta —digo, encestando un tiro limpio.

Asher sonríe, satisfecho.

La noche sigue, la cancha se vacía de palabras. Pero en mi pecho, algo empieza a llenarse de verdad.



Cuando Asher se despide, cargando su botella de agua medio vacía, la cancha queda en silencio.

Solo las luces parpadeantes y el sonido lejano de la ciudad rompen la quietud.

Me quedo sentado en la vereda, con la espalda apoyada contra la valla, la pelota rodando despacio cerca de mis pies.

El aire huele a pasto mojado, a goma caliente, a juventud perdida. Levanto la cabeza y miro el cielo. Las estrellas apenas se asoman entre las nubes grises, pero están ahí. Persistentes. Pacientes.

Después de muchos años, dejo de pensar en lo que quieren mis padres, en lo que esperaba Fallon, en lo que debería hacer. Pienso en mí. En lo que quiero. Y, sobre todo, en ella.

Cierro los ojos y me imagino a Becca riendo de nuevo, esa risa suya tan genuina que parece borrar todo lo feo del mundo.

Me imagino un futuro que hasta hoy no me había permitido soñar.

Un futuro que, ahora sí, quiero construir con mis propias manos.

Y esta vez, no siento miedo.

Siento deseo.

Siento vida.

CAPÍTULO 38

AHORA

BECCA

El hospital se siente igual cada día. Las mismas paredes blancas, la misma luz fría y distante. Las puertas automáticas que se abren sin que nadie las toque. La misma indiferencia del mundo que sigue su curso afuera, mientras yo me ahogo en esta rutina.

Mi vida está atrapada en una burbuja que no sabe hacia dónde va. El tiempo se detuvo para mí, y mientras el resto de las personas sigue viviendo, yo solo existo.

No importa cuántos mensajes lleguen ni cuántos intenten comunicarse conmigo. ¿Qué podría decirles? ¿Cómo explicar lo que siento, si ni yo misma lo entiendo?

Me siento vacía, rota, pero al mismo tiempo, incapaz de permitir que alguien vea esa fragilidad. Solo comparto mis días con las enfermeras y médicos, con el sonido constante de las máquinas, con las voces que susurran a lo lejos, pero todo eso me resulta lejano.

Las personas que me rodean son solo sombras que aparecen y se van, y con ellos, la sensación de que estoy perdiendo todo lo que alguna vez significó algo. En el fondo, siento que mi vida está quedando atrás, allá afuera, en el mundo que sigue funcionando sin mí.

He intentado alejarme lo máximo posible de los padres de Ethan. Cada vez que los veo, algo se quiebra dentro de mí, una herida que ya estaba abierta pero que nunca termina de cerrarse.

Me miran con una mezcla de desdén y tristeza, y por más que trato de explicarme, siento que nada de lo que diga cambiará lo que pasó.

La culpa se me mete en los huesos. Ethan está en coma, lo sé. Pero estuve allí, junto a él. Y aunque todo indica que fue un accidente, no puedo soltar esta sensación de que fue mi culpa.

Mis pensamientos se disipan con el sonido de mi teléfono. Ava sigue enviándome mensajes, preguntándome cómo estoy. Hay momentos en que no quiero responder, porque la verdad es que no sé qué decir. ¿Cómo explicar que me estoy desmoronando por dentro? Me siento tan vacía que ni siquiera me queda energía para hablar. Y cuando respondo, mis palabras se sienten huecas, como si me estuviera limitando a decir lo que sé que los demás quieren oír. Nada de lo que diga es real, nada me pertenece. Solo soy una sombra que arrastra su cuerpo de un lugar a otro.

Luego están los mensajes de Mia, suaves como siempre, preguntándome si quiero salir, si necesito algo. Pero cuando veo su nombre, una punzada de dolor me recorre el cuerpo.

En algún lugar de mi mente, sé que me cuida, que quiere lo mejor para mí. Pero mi tristeza se ha convertido en una muralla que nadie parece poder atravesar. Nadie puede aliviar lo que siento por dentro. A veces me siento tan sola, incluso rodeada de gente que me quiere, que me pregunto si alguna vez podré salir de esta oscuridad.

Una notificación aparece en mi pantalla. Nora me ha enviado un mensaje. La foto que acompaña el texto me detiene por un segundo. Es Grace, sonriendo, como siempre. Aunque en esa sonrisa también hay tristeza. Esa sonrisa que me recuerda lo que he perdido, lo que ella ha perdido también y lo que aún podríamos perder ambas. Todos.

Sonríe con la misma inocencia de siempre. Y, sin embargo, su mensaje me atraviesa como una flecha.

Nora
Alguien por aquí dice que extraña a su

entrenadora favorita. Y que sus entrenamientos
sin ti no son lo mismo.

Una lágrima escapa de mis ojos, pero no me la limpio. Dejo que siga su curso. Grace, la pequeña, tan llena de vida y energía, se ve desbordante de amor por Ethan, por mí. ¿Cómo está haciendo Nora para explicarle que su héroe ya no es el mismo? ¿Cómo estará entendiendo la pesadilla que estamos viviendo?

Me aterra pensar en cómo está sufriendo en este momento.

Mi mente, como siempre, se desvía. Pienso en Ethan, en su ausencia. Lo que me asusta es que lo que estamos viviendo ahora parece la antesala de algo aún peor.

No es solo el dolor físico lo que me mata; es la incertidumbre. La angustia de no saber qué será de él, de si algún día volverá a abrir los ojos. Y si lo hace, ¿será el mismo? Si sobrevive, ¿cómo quedará él después de todo esto? Las preguntas me asfixian, y no tengo respuestas.

Miro la hora en la pantalla de mi teléfono. Otra cita con la fisioterapeuta me espera. No me apetece, pero no tengo opción. Me arrastro hasta el vestuario y, con la misma indiferencia que me acompaña desde el accidente, me cambio.

El dolor en mis rodillas es constante. Mis piernas, que alguna vez me llevaron adonde quise, ahora se sienten extrañas, como si no fueran mías. Cada paso es una lucha. Cada paso me recuerda que, en algún momento, mi vida cambió para siempre. Que nada será igual.

La fisioterapeuta me recibe con una sonrisa, esa sonrisa que siempre tiene, como si todo estuviera bien. Pero yo sé que no lo está. Nadie lo sabe más que yo.

Mi cuerpo no me responde, y lo peor de todo es que mi corazón tampoco. Hay algo roto en mí que ni siquiera las terapias pueden curar. No es solo el dolor físico. Es la sensación de estar perdiendo todo lo que tenía. Mi identidad, mi fuerza, mi futuro... todo está escurriéndose entre mis dedos.

—Becca, ¿cómo te sientes hoy? —me pregunta, con su tono profesional pero suave.

Casi me da risa la pregunta. ¿Cómo me siento? ¿Cómo podría explicarle lo que siento? Lo que realmente siento es que estoy perdiendo la batalla. Que cada día que pasa, me siento más perdida, más vacía. Mi mente está rota, pero mis palabras no se atreven a salir.

—Estoy bien —le miento, como siempre lo hago. Lo que realmente me quema por dentro, no puedo compartirlo. Y por eso, sigo fingiendo.

Pero el dolor es más fuerte que cualquier mentira que pueda contar. Siento como si mi alma se estuviera desangrando mientras ella me mueve, mientras me obliga a moverme, a seguir adelante. Pero no puedo. No puedo. Siento que me rompo cada vez más. Y cuando la sesión termina, salgo de allí aún más débil que cuando entré.

De camino de vuelta a la habitación de Ethan, un médico del hospital me frena.

—Becca, tenemos que hablar. Hay algo importante que debemos discutir.

Mi corazón se acelera. Algo no está bien. Algo en mí lo sabe antes de que me lo digan. Mi mente corriendo en mil direcciones. ¿Qué me van a decir? Lo único que sé es que, sea lo que sea, no puedo soportarlo más. Ya no.

Cuando entramos a uno de los consultorios del hospital, el médico me mira con una tristeza que reconozco. Algo que se lee en su rostro, algo que no puedo ignorar. En lo único que puedo pensar es que espero que no sea nada malo relacionado a Ethan.

—Becca….

—¿Qué ha pasado con Ethan? ¿Está bien? ¿Hubo algún cambio?

—No es sobre Ethan que quiero hablarte hoy.

Su respuesta me paraliza. Si no es de él entonces de qué quiere hablar… ¿Qué tiene para decirme?

Decido escuchar atentamente.

Desde aquel accidente que vivimos Ethan y yo, mi recuperación tampoco fue sencilla. He tenido que someterme a sesiones de

fisioterapia —muchas, de hecho— y pasé varios días internada en el hospital. A día de hoy, sigo con controles médicos periódicos, algo normal para alguien que atravesó un episodio así. Y aunque trato de no darle demasiadas vueltas en mi cabeza… hay momentos en los que ciertos pensamientos regresan, sin avisar.

—Lo que ocurrió en el accidente no solo afectó tus rodillas más allá del daño previo ya que tenían. También ha comprometido tus órganos reproductivos. No podrás tener hijos de manera natural.

El mundo se desmorona a mi alrededor. El aire deja de circular. No puedo respirar. No puedo pensar. Me quedo allí, mirando al médico, pero sus palabras no entran en mi cabeza.

No me hacen sentido. Todo lo que soy, todo lo que alguna vez soñé ser, se desmorona con esas palabras. Ya no puedo ser madre. No podré darle un futuro a Ethan, a nosotros. La idea de no poder ser madre me destroza de una manera que no puedo describir. Me siento vacía, rota, incompleta. Ya no soy la misma.

El médico me mira con compasión. Yo estoy completamente muda y las palabras parecen no salir de mi boca.

Salgo de la sala y me dirijo a la habitación de Ethan. Cada paso que doy parece más pesado que el anterior. Y cuando entro en la habitación, mi corazón se acelera aún más. No sé si debería contarle esto. No sé si podría. Pero ¿cómo no?

Siento que todo a mi alrededor se desmorona. Y sin poder contener las lágrimas, le hablo en voz baja… a él. Aunque sé que no puede escucharme, no puedo evitar hacerlo.

—Ethan... —digo, mi voz quebrada—. Me dijeron algo hoy. Algo que... que no puedo entender.

Trago saliva. No sé cómo decirle esto. Siento que es la peor noticia que puedo estar dándole. Más en su estado. ¿Más dolor? ¿Para qué?

—Ya no podré ser madre. No podré tener hijos. Este accidente me lo ha arrebatado también. —Empiezo a llorar—. No sé cómo seguir. No sé si puedo hacerlo.

Me quedo ahí, rota. El llanto no se detiene, como si brotara desde un lugar demasiado hondo para alcanzarlo. No es solo la idea de perder al hombre que más he amado… es algo más visceral.

Siento que al desvanecerse esa posibilidad, también se va una parte de mí. Una que nunca llegó a ser… pero que yo ya amaba: la madre que nunca seré, los hijos que no conocerán mi voz.

Y mientras la habitación se sumerge en un silencio espeso, lo siento: todo dentro de mí sigue hundiéndose, sin freno.

CAPÍTULO 39

ANTES

ETHAN

Nunca fui bueno planeando sorpresas. Siempre me parecieron algo para otra clase de personas. Los que tenían tiempo, mente, ganas de pensar en detalles. Yo estaba demasiado ocupado sobreviviendo, apagando incendios propios y ajenos, tratando de no cagarla más de lo que ya la había cagado.

Pero Becca… Becca me hacía querer intentar.

Así que esa tarde, mientras acomodaba dos platos sobre la mesita del living y trataba de que las velas (esas velas horribles que encontré en el fondo de un cajón) no se cayeran, pensé que no importaba si salía perfecto. Importaba que fuera real. Importaba ella.

Cuando escuché sus pasos acercándose por el pasillo, el corazón me empezó a latir tan fuerte que por un segundo pensé que me iba a desmayar como un idiota.

Respiré hondo. Me obligué a sonreír. Todo iba a estar bien.

La puerta se abrió y ahí estaba.

Con el pelo algo desordenado por el viento, los ojos brillando de vida, y esa risa que siempre me desarmaba en mil pedazos.

—¿Qué es todo esto? —preguntó, soltando su cartera sobre el sillón.

Me encogí de hombros, apoyándome contra la mesa como si no me importara tanto su reacción. Como si no me estuviera jugando

algo importante en ese momento.

—¿Qué parece?

Ella miró alrededor. La pizza en el centro, las velas a punto de morirse de risa, dos copas de vino medio servidas.

—Parece que alguien quiso impresionarme —dijo, sonriendo de lado.

—Y fracasé totalmente, ¿no?

Becca negó con la cabeza. Se acercó despacio, como si disfrutara del pequeño teatro que había armado sin querer.

—No. Me encanta —dijo, y esa simple frase me aflojó algo en el pecho que ni siquiera sabía que estaba tenso.

Me senté primero e hice un gesto para que se sentara enfrente. Ella lo hizo, cruzando las piernas bajo la mesa. No importaba el mantel. No importaban las velas. Importábamos solo nosotros y una noche cualquiera que, de repente, ya no se sentía tan cualquiera.

Serví un par de porciones de pizza en los platos, tratando de no parecer demasiado nervioso.

Becca agarró la copa de vino y la sostuvo entre las manos.

—¿Brindamos? —preguntó.

—¿Por qué?

Ella pensó un segundo.

—Por lo que sea que esté empezando esta noche.

No pregunté qué quería decir. No necesitaba saberlo exactamente. Le choqué la copa con la mía y tomamos un sorbo.

Nos quedamos un rato en silencio, comiendo, sonriendo de vez en cuando como dos adolescentes que no saben muy bien qué hacer con todo lo que sienten.

Hasta que ella apoyó el codo en la mesa, su mejilla sobre la mano, y me miró como si pudiera verme por dentro.

—¿Siempre soñaste con esta vida? —preguntó.

Parpadeé, sorprendido.

—¿Esta vida?

—Sí. La que tienes ahora. Todo esto.

Miré alrededor. Mi departamento. Mis cosas. Mi vida.

Una vida que a veces sentía como si me la hubieran prestado y en cualquier momento me la fueran a arrebatar.

—No sé si soñé con esto —admití—. Soñaba con... tener algo propio, supongo. Algo que no pudieran quitarme tan fácil.

Ella asintió, como si me entendiera perfectamente.

—¿Y lo sientes así ahora?

—A veces —dije, sonriendo apenas—. A veces siento que estoy parado sobre un piso firme. Y otras veces siento que todo podría venirse abajo en un segundo.

Becca bajó la mirada, jugando con el borde de su copa.

—¿Te da miedo?

Pensé en mentirle. Pensé en decirle que no, que ya había superado esos miedos, que ahora era un hombre seguro de sí mismo, que sabía lo que quería. Pero estaba cansado de mentir. Y más que nada, estaba cansado de mentirme a mí mismo.

—Sí —admití—. Me da miedo querer algo tanto y que después no funcione. O no sea para mí.

Me quedé helado después de decirlo, como si recién entendiera las palabras que habían salido de mi propia boca.

Becca levantó la vista, sorprendida. No se rio. No se burló. Solo sonrió, de esa manera suya que parecía decir: estoy aquí, no iré corriendo a ningún lado.

Se estiró por encima de la mesa y me tomó la mano.

—A mí también me da miedo —susurró—. Pero me gusta más sentir miedo a tu lado que sentirme segura y vacía en otro lugar.

Mi garganta se cerró. Quise decirle algo, cualquier cosa. Pero las palabras se me atascaron. Así que apreté su mano entre las mías, como si pudiera decirle todo lo que sentía sin necesidad de hablar.

Nos quedamos así un rato. Solo nosotros. Solo el latido compartido de dos personas que, de a poco, empezaban a construir algo nuevo. Algo real.



No sé cuánto tiempo pasamos así, en silencio, con sus dedos entre los míos. Sentí que, si me movía, si rompía ese instante, algo muy frágil iba a deshacerse en el aire.

Pero Becca fue la primera en hablar. Su voz era suave, casi un susurro.

—¿Qué querías ser cuando eras chico?

Solté una risa baja, sorprendido por la pregunta. Nadie me había preguntado eso en años. Quizás nunca.

—Depende de cuándo me preguntaras —dije—. Hubo un tiempo en el que quería ser astronauta.

Ella sonrió.

—¿De verdad?

—Sí. Me fascinaba la idea de escapar. De ir a otro lugar, a otro planeta si fuera necesario.

—¿Escapar de qué?

Me encogí de hombros, mirando el borde de mi plato como si fuera más fácil responderle a un pedazo de porcelana que a ella.

—De todo, supongo. —Hice una pausa—. Mi casa no era el mejor lugar para crecer.

Becca no insistió. No pidió detalles. Solo apretó un poquito más mi mano, como si dijera: no tienes que contarme nada que no quieras.

Pero quería contárselo. Quería que ella supiera quién era yo, con todo, incluso mis partes feas.

—Mis padres peleaban todo el tiempo. No había un solo día tranquilo. —Me humedecí los labios, buscando las palabras—. Siempre sentí que no importaba cuánto me esforzara, nada iba a alcanzar para que ambos estuvieran satisfechos conmigo.

Cuando levanté la vista, Becca me miraba con una tristeza serena, sin lástima. Solo comprensión.

—Eso debe haber sido muy duro —dijo.

Asentí, tragando la emoción que me apretaba la garganta.

—Supongo que por eso me cuesta tanto confiar en que algo bueno pueda durar. —Me obligué a sonreír—. Estoy siendo un poco deprimente, ¿no?

Becca soltó una risa suave, preciosa.

—Me estás mostrando quién eres —dijo—. Eso es mucho más valioso.

Me recosté contra el respaldo de la silla, soltándola por un momento solo para pasarme la mano por el pelo.

Becca estiró una mano y tomó un pedazo de pizza fría, mordiéndolo como si necesitara algo de normalidad después de tanta emoción.

—¿Cuál fue el momento en el que más miedo sentiste? —preguntó, su voz era apenas un susurro.

La pregunta me sorprendió, pero me gustó.

Me gustaba que no tuviéramos miedo de ir al fondo. Me quedé pensando.

Podría haber nombrado mil momentos, pero uno se destacó por encima de todos.

—Cuando entendí que no podía arreglar a mi familia —dije—. Que por más que intentara, por más que me esforzara... algunas cosas estaban rotas de verdad. Y que no era mi culpa.

Becca dejó la pizza a un lado y se estiró para volver a tomar mi mano.

—A veces —dijo—, aceptar que no podemos salvar a todo el mundo es la forma más valiente de salvarnos a nosotros mismos.

La miré.

¿Cómo hacía para decir esas cosas? ¿Cómo hacía para ver tan claro donde yo solo veía oscuridad?

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Tu momento de más miedo?

Becca suspiró, pensativa.

—Creo que... cuando me di cuenta de que estaba viviendo una vida que no había elegido —admitió—. Siguiendo expectativas que no eran mías. Sonriendo cuando no quería. Diciendo que sí cuando todo dentro mío gritaba que no.

La sentí tan cerca en ese momento. No físicamente. Algo más profundo.

Como si las heridas de cada uno reconocieran a las del otro.

—¿Qué te gustaría hacer ahora? —pregunté—. Si no hubiera miedos, ni expectativas. Solo tú y tus decisiones.

Becca sonrió, esa sonrisa pequeña y honesta que me mataba.

—Es un poco alejado de lo que me dedico ahora pero… me gustaría escribir —dijo—. Me gustaría contar historias que hagan

sentir acompañadas a otras personas. Que las hagan saber que no están solas. Quizás contar lo que viví. Con el accidente y eso.

—Ya estás escribiendo tu propia historia —dije, en voz baja.

Ella me miró, sorprendida. Quizás porque nunca nadie se lo había planteado de esa manera.

—¿Y tú? —me preguntó—. ¿Qué quieres?

Me apoyé en la mesa, acercándome un poco más. No tenía que pensarlo mucho.

—Quiero una vida de la que no tenga que escapar —dije—. Quiero quedarme. Quiero construir algo que sea mío. Algo real.

Becca parpadeó, emocionada.

—Yo también.

No sé quién se movió primero. Quizás fue ella. Quizás fui yo.

Pero de repente sus labios estaban sobre los míos, suaves, temblorosos, como una promesa.

Fue un beso perfecto. Fue real. Fue nuestro.

Cuando nos separamos, apoyé mi frente contra la suya, cerrando los ojos.

—No quiero apurar nada —susurré.

—Yo tampoco —respondió ella, con una sonrisa que sentí más que vi—. Pero quiero estar aquí. Contigo. Hoy. Y muchos días más.

La apreté contra mí, como si pudiera anclar ese momento para siempre.

Hace mucho que no sentía ganas de escapar.

Esta vez, supe que estaba exactamente donde debía estar.

CAPÍTULO 40

ANTES

BECCA

No sé cuánto tiempo pasamos así, respirando el mismo aire, con nuestras frentes apoyadas, sonriendo como dos idiotas.

No necesitábamos hablar.

No necesitábamos nada más.

Ethan fue el primero en moverse. Se acomodó de costado en la silla, trayendo las piernas hacia su pecho y abrazándolas, mirándome como si quisiera memorizarme.

—¿Quieres que nos movamos al sofá? —preguntó—. Seguro estaremos más cómodos.

Asentí, sin decir nada, y lo seguí.

Nos dejamos caer entre los almohadones. Ethan estiró una manta que estaba tirada en un costado y la acomodó sobre nuestras piernas.

—Así no pasamos frío —dijo.

Era absurdo, porque no hacía frío, pero no dije nada.
Me dejé tapar. Me dejé cuidar.

Él se recostó contra el respaldo y, con una sonrisa tímida, me hizo un gesto para que me acercara. No dudé.

Apoyé mi cabeza en su regazo, cerrando los ojos cuando sentí sus dedos empezando a enredarse en mi pelo.

Quise congelar ese instante. Quise vivir ahí para siempre.

—¿Así está bien? —preguntó suavemente.

—Perfecto —murmuré.

Sus dedos dibujaban círculos lentos en mi cuero cabelludo. Me relajaron de una manera que no sabía que era posible.
No recordaba la última vez que alguien me había tocado así, con tanta ternura, sin esperar nada a cambio.

—¿Sabes qué me encanta de ti? —dijo, después de un rato de silencio.

—¿Mi innegable carisma?

Él soltó una risa cálida.

—También. —Se inclinó apenas para mirarme mejor—. Pero en serio... me gusta cómo escuchas.

Abrí un ojo, curiosa.

—¿Cómo escucho?

—Sí. —Asintió—. No es solo que me dejas hablar. Es que de verdad me prestas atención. Me haces sentir que lo que digo importa.

Tragué saliva, porque su voz tenía una emoción que me tocó más de lo que esperaba.

—Es porque importa —dije.

Ethan se mordió el labio, como si quisiera decir algo más pero no se animara.

—¿Qué? —insistí, sonriendo.

Él bajó la mirada a mis labios, luego volvió a mis ojos.

—Nada. —Negó con la cabeza, divertido—. Es que me estás arruinando las expectativas para todas las mujeres del mundo, ¿sabes?

Me reí, genuinamente feliz.

—Me lo voy a tomar como un cumplido.

Él rio conmigo, y ese sonido fue como un abrazo al corazón.

Nos quedamos así, riendo y charlando de cosas banales.

De nuestras películas favoritas, de los peores trabajos que habíamos tenido, de las comidas raras que habíamos probado alguna vez.

Ethan soltó una carcajada y se agachó para besarme la frente.

—Eres lo mejor que me pasó en mucho tiempo, Becca.

Mi corazón dio un salto raro, como si no supiera cómo manejar tanto. Tanta ternura. Tanta sinceridad.

Lo miré, y vi en sus ojos algo que no me había animado a esperar: confianza. Esperanza. Amor.

—¿Me cuentas un recuerdo feliz tuyo? —preguntó, su voz era casi un susurro.

Pensé un segundo, jugueteando con los extremos de mi pelo.

—Una vez, cuando era pequeña, me enfermé y no pude salir en *Halloween*. Estaba muy triste, llorando, y Mia, también triste de que no pudiera acompañarla, fue casa por casa preguntando si podía recibir también dulces para su mejor amiga que estaba enferma. —Sonreí, nostálgica—. Llegó con una bolsa gigante llena de caramelos. Me acuerdo que lloré de la emoción.

—Mia es casi como tu hermana ¿no? Siempre contaste con su amistad y amor —dijo, tocándome la mejilla con el dorso de los dedos.

Apoyé la cabeza en el respaldo, cerrando los ojos un instante.

—Sí. A veces me olvido. Pero sí.

—Yo también quiero darte eso —me dijo.

Abrí los ojos, sorprendida.

—¿Qué cosa?

—Ese tipo de amor. —Tragó saliva, buscando las palabras—. Quiero ser quien te recuerde que mereces cosas buenas.

No pude decir nada. Solo me quedé mirándolo. Fue una mirada larga, intensa y finalmente, sonreí.

—Ya lo estás siendo.

Ethan se inclinó, y esta vez el beso fue lento, dulce, lleno de todo lo que no sabíamos cómo decir con palabras.

Cuando nos separamos, Ethan se acurrucó a mi lado, apoyando la cabeza en mi pecho.

—¿Te puedo hacer otra pregunta? —murmuró.

—Siempre.

—¿Con qué sueñas ahora? —me dijo—. No de chica. No en el futuro. Ahora. Hoy.

Me quedé callada, pensando.

Podría haber dicho mil cosas.

Viajar. Poder volver a competir. Arreglar mi vida.

Pero la verdad era más simple.

—Sueño con tener un hogar —dije—. No una casa. No un departamento de dos pisos. No una lujosa mansión. Un hogar. Un lugar donde no tenga que esconder quién soy. Donde pueda volver después de un mal día y saber que todo va a estar bien.

Sentí su respiración, pausada, contra mi pecho.

—Yo también —susurró.

Le besé el cabello, apretándolo un poco más contra mí.

Y nos quedamos así, enredados entre almohadones y mantas, contándonos sueños en voz baja, riéndonos de tonterías, construyendo, sin darnos cuenta, el principio de ese hogar que ambos deseábamos.

CAPÍTULO 41

ANTES

BECCA

Cuando abro los ojos, me toma unos segundos ubicarme. No estoy en mi cama. El techo es distinto, la luz que entra por la ventana también. Me doy vuelta y veo que estoy sola. La almohada a mi lado todavía está hundida y cuando la toco, reconozco que está tibia, así que no debe hacer mucho tiempo desde que Ethan se levantó.

Respiro hondo. El departamento huele a café.

Me siento en la cama y busco mi ropa. Tengo puesta una remera que claramente no es mía. Es de él. Me la puse anoche sin pensar y ahora, por alguna razón, me da un poco de vergüenza.

Sé que no pasó nada. Que no crucé "ese" límite. Que dormimos, y nada más. Que Ethan supo entender que yo todavía no estaba lista y eso me emociona y aterra en partes iguales.

Me recojo el pelo en una cola desprolija, respiro hondo y salgo al pasillo.

Cuando me acerco, escucho un ruido familiar. Al principio no entiendo qué es, hasta que lo veo: Thor. Echado panza arriba en la alfombra, justo frente a la cocina, moviendo la cola como si nada.

—¿Qué…? —pregunto, todavía confundida.

Ethan se gira, con una sonrisa culpable.

—Anoche, cuando te estabas quedando dormida, me pediste —más bien, me suplicaste— que fuera a buscar a Thor porque no querías que durmiera solo. Me diste las llaves de tu departamento y

no estaba seguro si lo decías en serio, pero… bueno. Realmente me sentí culpable de que pasara la noche sin ti.

La situación me descoloca. Pero no de manera negativa.

—¿Fuiste a buscarlo?

—Sí. No me pareció tan descabellado. Y él parecía feliz de venir.

Thor se acerca y me empuja con el hocico. Me agacho a acariciarlo.

—Gracias —le digo, sin decir mucho más.

—No fue nada. Es parte del paquete, ¿no? —me dice sonriendo.

Lo veo en la cocina. Se mueve con tranquilidad, como si ya estuviera acostumbrado a esto. A este tipo de mañanas. Me quedo un segundo mirándolo. Tiene el pelo despeinado, está en jogging y remera. Nada especial. Pero hay algo en la escena que me da paz.

—Te hice café. No sabía cómo lo tomabas, así que hice dos versiones.

—Con leche está bien. Gracias.

Me lo alcanza y me siento en una de las sillas frente a la barra. Apoya su taza y se sienta enfrente. Hay un silencio tranquilo entre nosotros. El tipo de silencio que no incomoda, pero que también te deja pensando.

Tomo un sorbo y dejo la taza en la mesada. Quiero decirle algo, pero no sé por dónde empezar. Estar acá, en su casa, después de lo de anoche, me resulta extrañamente natural. Y eso es lo que me asusta.

—Hace mucho que no pasaba la noche con alguien —digo, mirando el café, porque me cuesta terriblemente mirarlo a los ojos.

Él asiente, sin forzar nada.

—Tampoco es mi rutina habitual, si te sirve de consuelo. Después de Fallon… bueno, digamos que no he tenido muchas citas.

Lo miré fijo, como esperando que agregara algo. Y claro, lo hizo.

—Bueno, ninguna en realidad —aclaró con una sonrisa.

Sentí que me miraba como si supiera que tenía algo más para decir.

—Hubo alguien —empiezo, sin dar vueltas—. Se llamaba Wyatt. Estuvimos juntos dos años. Fue mi primera relación seria. Y fue un desastre.

No dice nada. Me deja hablar.

—Era el tipo de persona que te convence de que todo lo malo que pasa es culpa tuya. Que si está enojado, es porque tú provocaste algo. Que si te ignora, es porque hiciste algo mal. Me aisló de mis amigos, y también de las pocas personas con las que tenía contacto. Me hizo creer que yo tenía algo roto. Y yo, en ese momento, le creí.

Me paso una mano por el pelo. No quiero llorar, pero hablar de esto todavía me cuesta.

—Nunca le di mi dirección. Sabía que tenía que poner límites, proteger mi espacio. Nadie durmió en mi departamento. Nunca. Y cuando lo dejé, me prometí no volver a pasar por eso. No quería repetir una relación así, ni dejar que nadie más entrara en mi vida de esa manera.

Él se queda en silencio un momento. No me interrumpe, ni intenta rellenar el silencio con frases hechas.

—Gracias por contarme —dice finalmente.

—No sé por qué te lo estoy contando. No suelo hablar de esto.

—Capaz porque te sientes segura conmigo. O capaz porque lo necesitas.

Asiento. No tengo una respuesta concreta. Solo necesitaba decirlo en voz alta.

—No quiero decirte frases clichés ni nada por el estilo, pero no tienes nada roto, Becca. Creéme. Todo lo contrario.

Me lo dice sin dramatismo, sin tono de película. Y eso hace que le crea un poco.

Se acerca, despacio. Me pone una mano en la rodilla. Es un gesto simple, pero que se siente enorme. No me agobia. No me presiona. Me está diciendo que está ahí, y nada más.

Nos quedamos así un rato, sin hablar. Hasta que me acerco y lo beso. No es un beso desesperado. Es tranquilo. Real. Como si todo lo que tenía que decir ya lo hubiera dicho, y ahora solo quedara estar cerca de él.

Después del café, nos acostamos un rato en el sillón. Él pone una playlist bajita y yo me acomodo con la cabeza en su hombro. No hablamos mucho. De vez en cuando, él hace un comentario sobre

una canción o me pregunta algo tonto, como si prefiriera mantener la conversación liviana. Y yo se lo agradezco.

—¿Te quedas a almorzar? —pregunta, después de un rato.

—No quiero invadir…

—No invades. Me gusta tenerte aquí conmigo.

Y eso, otra vez, me desarma. Porque no me lo dice con intención. No busca una reacción. Solo lo dice como quien comenta el clima. Y eso, para mí, tiene mucho peso.

Mientras él cocina algo rápido —fideos con salsa y un intento medio improvisado de ensalada—, yo me siento en la mesada. Lo observo. Me gusta cómo se mueve por su cocina, cómo no se complica por nada.

—¿Siempre cocinas así de simple?

—Siempre cocino para uno. Hoy estoy haciendo un esfuerzo. —Me guiña un ojo.

Comemos en la mesa. Nada especial. Pero la comida tiene gusto a algo más. A complicidad. A comodidad. No siento la necesidad de estar actuando nada. Puedo ser yo con él a mi lado.

Cuando termino de comer, él me alcanza un pote con helado y dos cucharas. Lo compartimos desde el envase, como si eso ya fuera costumbre.

—¿Tienes que irte? —pregunta, más tarde.

—Tendría que pasar por el gimnasio, hay algunas cosas de las rutinas de las clases de esta semana que tengo que revisar, pero puedo quedarme un poco más.

—Quédate lo que quieras.

Me acomodo contra él en el sillón y cierro los ojos. No duermo, pero estoy cerca. Me siento segura. Y tranquila.

Y aunque una parte de mí quiere empezar a pensar en lo que esto significa, en lo que puede pasar después, en lo que se espera de mí... me obligo a parar.

Hoy no tengo que decidir nada. Hoy solo tengo que estar.

Y por ahora, eso alcanza.

CAPÍTULO 42

ANTES

BECCA

Todavía estoy acurrucada contra él en el sillón cuando abro los ojos. Debo haberme quedado dormida sin darme cuenta.

El sonido bajito de la música sigue en segundo plano, mezclado con el ruido ocasional de los autos que pasan por la calle. Ethan pasa su mano lentamente por mi espalda, arriba de la remera que me prestó. Un movimiento casi automático, sin apuro, pero constante. Como si supiera que ese gesto me ancla.

Hay algo en esta calma que me da ganas de quedarme. De quedarme de verdad.

Cierro los ojos y respiro hondo. El aire tiene olor a su shampoo, al almuerzo que comimos, al helado que todavía está sobre la mesa con las cucharas dentro. Y también tiene algo de miedo. Porque todo esto me gusta más de lo que debería.

Siento su mano enredarse suavemente en mi pelo y me tenso un poco, no por él, sino por lo que me despierta. Cada vez que me toca sin buscar nada, solo porque sí, siento que se me afloja algo adentro.

Me enderezo un poco para mirarlo. Ethan me sonríe como si pudiera leerme la mente.

—¿Estás bien?

Asiento. Pero igual lo digo:

—Sí. Solo estoy... procesando. Todo esto.

—Tómate tu tiempo. No hay apuro.

Y eso. Eso es lo que me termina de quebrar un poco. Me acerco y apoyo la frente contra su pecho. Me acaricia el pelo sin decir nada. Me quedo así un rato largo, como si pudiera juntar fuerzas en ese contacto. Como si pudiera cargarme de calma con sus manos.

Levanto la vista. Lo miro.

—¿Por qué no me apuras? ¿Por qué no intentas empujar esto adonde claramente puede ir?

Se queda pensativo, pero no se sorprende. Me responde sin rodeos.

—Porque no quiero que me quieras por presión. Quiero que me quieras porque tienes ganas de hacerlo. Porque sientes que está bien hacerlo. Y porque te haces lugar para eso, aunque te dé miedo.

Siento un nudo en la garganta. Me dan ganas de besarlo, pero también de llorar un poco. Lo beso igual.

Esta vez el beso no es casual. Es intencional. Es una decisión. Una que tomo sabiendo todo lo que arrastro. Y aun así, me arriesgo.

Nos seguimos besando, con más profundidad. Mis manos le buscan la nuca, su cintura, la remera. Me trepo un poco sobre él en el sillón. Nos reímos suave, como si supiéramos que esto tiene algo de nuevo, pero también algo de inevitable.

—Vamos al cuarto —le digo, bajito.

Me agarra de la mano, se levanta y lo sigo.

Ya en el cuarto, la luz está tenue. Cierro la puerta sin pensarlo. No sé en qué momento dejé de dudar. Capaz no dejé de hacerlo. Pero ahora quiero esto. Realmente lo quiero.

Ethan se acerca despacio. Me roza la cara con una mano, como si buscara mi permiso otra vez. Le saco la remera, y él me ayuda con la mía. No hay desesperación. No hay urgencia. Solo hay ganas y respeto.

Me acuesta despacio en la cama. Su cuerpo encima del mío no me pesa. Me sostiene. Me abraza.

Hay algo en la forma en la que me mira que me emociona. Me ve. Me ve de verdad. Y eso cambia todo.

Todo es lento. Cálido. Cada caricia, cada beso, es una manera de decir "estoy aquí, no me iré a ningún lado".

Mis pensamientos aparecen y desaparecen, como olas. A veces me pierdo en una idea: si estaré haciendo bien, si esto durará, si me arrepentiré en un futuro. Pero él me devuelve siempre al presente. Con una mirada. Con una palabra suave. Con sus manos.

En un momento me freno. Lo miro. Y lo digo:

—Tengo miedo. Mucho miedo. Más miedo que nunca.

Él deja de moverse. Me acaricia la mejilla y asiente.

—No eres la única.

Lo miro, sorprendida. Nunca se me ocurrió que él también pudiera estar asustado. Pensé que era solo mío, este temblor interno. Pero ahí está, diciéndolo con una calma que me da más confianza que cualquier promesa.

—¿Por qué sientes miedo tú también? —pregunto.

—Porque me importas. Porque no quiero equivocarme. Porque no sé si estoy preparado para todo lo que esto puede significar. Pero aun así, quiero estar aquí. Quiero estar contigo. Aunque me dé miedo.

Las lágrimas se me acumulan en los ojos, pero no caen. Le acaricio la cara. Le creo. Le creo con una certeza que me sorprende.

—Gracias por decir eso —susurro.

—No tienes que estar sola en esto, Becca. Lo que sea que venga, lo podemos enfrentar juntos. A nuestro ritmo.

Lo beso otra vez. Más largo. Más profundo. Y lo dejo guiarme, pero no tomar el control. No necesito que me salve. Solo quiero que me acompañe.

El resto de la ropa cae al suelo sin que nos demos cuenta. No hay movimientos perfectos. No hay poses pensadas. Hay risas, torpezas, miradas largas. Hay un momento en el que me freno otra vez y él me pregunta si estoy bien. Asiento. Estoy bien. Pero quiero ir despacio.

Nos tomamos nuestro tiempo. Cada paso lo damos juntos. Me abraza cuando me pongo nerviosa. Me espera cuando cierro los ojos demasiado fuerte. Me besa el hombro y me dice que todo estará bien. Que yo estoy bien. Que esto no tiene que parecerse a nada de lo que viví antes. Que podemos construir algo nuevo desde cero.

Y le creo. Le creo tanto que me conmueve.

Cuando finalmente nos dejamos llevar, no hay fuegos artificiales. No hay una música épica de fondo. Solo hay un nosotros. Él y yo. Respirando al mismo ritmo. Buscándonos con calma. Queriéndonos sin palabras.

Siento que algo en mí se acomoda. Como si por fin pudiera dejar de pelear contra el impulso de sentir. Como si este cuerpo mío, que tantas veces fue refugio y también campo de batalla, encontrara ahora un lugar donde estar tranquila.

Después, cuando todo se aquieta, me quedo abrazada a él. No digo nada. Él tampoco. Pero me acaricia el brazo con la yema de los dedos. Siento cómo su respiración se va haciendo más lenta.

—¿Sigues teniendo miedo? —me pregunta, en voz baja.

—Sí —respondo, sin pensar mucho—. Pero menos.

—Yo también.

Nos reímos suave. Le doy un beso en el pecho.

—Gracias por no irte.

—Gracias por dejarme que me quede.

Y en ese silencio cómodo que sigue, me doy cuenta de que no necesito saber todo lo que va a pasar. Solo necesito saber que, ahora mismo, estoy en un lugar seguro. Que puedo dormir abrazada a alguien sin sentir que estoy bajando la guardia ante un enemigo. Que puedo abrirme un poco más cada día, sin que eso signifique perderme.

Cierro los ojos con el cuerpo rendido y, por una vez, la mente en calma. Me quedo medio dormida, sintiendo el peso de su brazo sobre mí. Y cuando abro los ojos un rato después, sigue ahí. Dormido. Tranquilo. Como si no hubiera apuro por irse a ningún lado.

Me levanto despacio, camino hasta la cocina y me sirvo un vaso de agua. Todavía estoy en su remera. Veo el sillón donde estuvimos antes, la taza vacía, las cucharas del helado. Thor duerme hecho un ovillo, ocupando todo un rincón como si fuera suyo desde siempre. Todo se ve normal. Y eso es lo raro. Porque nunca me había sentido tan cómoda en lo cotidiano.

Escucho un movimiento suave desde el cuarto y su voz medio dormida:

—¿Estás bien?

Vuelvo con el vaso en la mano. Me apoyo en el marco de la puerta y lo miro.

—Sí. Solo tenía sed.

Él se acomoda un poco en la cama, medio despeinado. Me hace un gesto para que vuelva.

—Vuelve. Todavía es temprano.

Sonrío. Y vuelvo. Me meto otra vez en la cama, en ese hueco que ya siento mío. Me acomodo contra él sin decir nada. Me pasa el brazo por encima, como si nada. Como si esto fuera rutina. Y, después de tanto tiempo, me dan ganas de que así sea.

Se duerme antes que yo. Y mientras lo escucho respirar tranquilo, pienso que confiar así, sin que duela, es como alcanzar algo por lo que trabajé mucho tiempo sin darme cuenta.

CAPÍTULO 43

AHORA

BECCA

Los días pasan y yo todavía no consigo asimilar la noticia.

Jamás podré quedar embarazada. No existe tratamiento que pueda realizar para conseguirlo. Mis órganos reproductivos ya no sirven para eso. Y el alma se me parte una vez más.

No es que haya soñado toda mi vida con ser madre y sé que ese tampoco era mi mayor deseo, pero ¿que me lo hayan quitado? ¿Que me haya quedado sin esa posibilidad antes de siquiera planteármelo? Es horrible.

Me siento como un niño al que le han arrebatado la posibilidad de descubrir un dulce sin saber todavía de su existencia.

¿Cómo es posible sentir más dolor? ¿Sentirse más perdida todavía?

La situación con Ethan se está prolongando y yo no sé cuánto más pueda soportarlo. El hospital se volvió mi segunda casa, pero no una donde uno quiere quedarse. Es ese tipo de casa que uno no elige pero a la que vuelve igual, por compromiso, por responsabilidad, por amor.

La rutina es mecánica. Me despierto, me visto, tomo el transporte público hasta la clínica, paso horas sentada al lado de su cama, le hablo como si pudiera escucharme, le cuento cosas que no sé si llegan a alguna parte. Vuelvo a casa. Me ducho. Me acuesto. Y lo mismo otra vez.

Y en medio de todo eso, esa sensación pegajosa, densa, como si el tiempo me estuviera mirando de reojo, recordándome que pasa igual aunque yo no quiera. Que los días se acumulan, que las decisiones se acercan. Que no puedo quedarme aquí para siempre.

Las enfermeras ya me conocen por mi nombre. Algunas me sonríen, otras apenas me saludan. La doctora me habla con cautela, como si supiera que estoy al borde. Y está en lo cierto.

La noticia de mi infertilidad cayó como una piedra en el medio de todo. Como si no fuera suficiente con lo que ya estoy viviendo. Como si necesitara otro motivo para cuestionarme todo.

Empiezo a preguntarme si estoy desperdiciando mi vida. Si quedarme junto a alguien que no está, realmente está bien. Si no estoy usando esto como excusa para no avanzar. Para no tener que reconstruirme. Para no tener que elegir un nuevo futuro, uno sin él.

Y después me odio por pensarlo. Porque no es su culpa. Porque él no eligió esto. Porque si fuera al revés, él estaría conmigo.

Pero igual me lo pregunto. Todos los días.

Siento que me estoy quedando sin aire. Como si la ansiedad fuera una nube espesa que me sigue a todos lados. Me cuesta dormir. Me cuesta comer. Me cuesta pensar en otra cosa que no sea "¿y si esto nunca mejora?".

Hay noches en las que me quedo sentada al lado de su cama, con las luces apagadas, solo mirándolo. Escuchando el sonido regular de las máquinas. Preguntándome si hay algo que todavía pueda hacer.

A veces le hablo. Le digo cosas que nunca me animé a decirle cuando podía responderme. Le cuento del diagnóstico. De lo que me dijeron los médicos. De cómo me siento. Y en esos momentos, me imagino que me escucha. Que si volviera a abrir los ojos, sabría exactamente qué decir para que todo parezca menos terrible.

Pero no los abre.

Y yo sigo viniendo.

El tiempo pasa. Son semanas. Y luego meses. Los mismos pasillos, los mismos rostros, las mismas noticias vagas de parte del equipo médico.

"Está estable".

“Sin cambios significativos”.

“Seguimos monitoreando”.

Ya ni pregunto demasiado. Ya me sé las respuestas.

Mi entorno sigue intentando alcanzarme. Mandan mensajes, me invitan a salir, están ahí. Pero yo no puedo responder del todo. No tengo la fuerza para ser otra cosa que esto: esta versión de mí, frágil, cansada, perdida. Y tengo miedo. Miedo de que, si tardo demasiado, se cansen y terminen desapareciendo para siempre.

Un martes, salgo de la clínica y me detengo en la vereda. Me doy cuenta de que no tengo adónde ir. No quiero volver a casa. No quiero ver a nadie. No quiero pensar. Camino sin rumbo un rato largo. Termino en un bar, pidiendo un café que dejo enfriar mientras miro por la ventana. No hay nada en particular que esté esperando ver. Solo necesito no estar.

Miro a mi alrededor. La gente vive. Habla. Ríe. Hay una pareja discutiendo en una mesa, dos chicas con sus portátiles estudiando, un señor mayor leyendo el diario. Y yo, con la vida detenida. Sintiéndome como si estuviera atrapada en una foto vieja mientras todos los demás siguen moviéndose.



Vuelvo al hospital esa misma noche. No porque tenga que hacerlo, sino porque siento que él me espera. Aunque no pueda saberlo. Aunque tal vez no sea cierto.

Me siento junto a su cama y le tomo la mano. Está tibia. Siempre lo está. Y eso me da algo de consuelo.

—No sé si sabes todo lo que está pasando. No sé si esto es una espera o una despedida que se está alargando demasiado. Pero estoy cansada, Ethan. Cansada de no saber, de no poder decidir, de no tener respuestas. Y ahora esto del diagnóstico... no sé qué significa. No sé si habrías querido tener hijos. Nunca llegamos a hablarlo de verdad. Y ahora ya no importa, ¿no?

Me duele decirlo, pero necesitaba sacarlo.

Sigo hablando en voz baja. A veces ni sé qué digo. Solo dejo salir todo lo que no puedo compartir con nadie más. Porque a pesar de todo, sigue siendo con él con quien quiero hablar. Incluso ahora. Incluso así.

Esa noche no me quedo. Me voy antes. Me siento culpable, pero también aliviada. Necesitaba un poco de aire. Y creo que él, si pudiera, me lo diría también: que me cuide. Que no me pierda en esto.

Al llegar a casa, dejo las llaves en la mesa y me derrumbo en el sillón. Me abrazo a un almohadón como si pudiera contener todo el vacío que llevo encima. Y lloro. Lloro como no lo había hecho en semanas. Con la cara enterrada, con el cuerpo temblando, con enojo. Con impotencia. Con tristeza.

Y después del llanto, no llega el alivio. Llega el silencio. Ese silencio feo que queda cuando ya no tienes más lágrimas, pero tampoco una solución.

Pienso en Ethan. En lo que diría si pudiera hablarme. En si estaría orgulloso de la forma en la que estoy enfrentando esto. No tengo la respuesta. Pero sigo preguntándomelo.

Sigo yendo al hospital. Sigo sentándome junto a su cama. Sigo hablándole. Pero algo en mí se está desgastando. Como si de a poco, todo se estuviera rompiendo en silencio.

Y no sé cuánto más voy a poder aguantar.

CAPÍTULO 44

ANTES

BECCA

Han pasado ya más de ocho meses desde que Ethan y yo decidimos dejar de evadirnos. No fue algo que planificamos, ni una decisión dramática. Simplemente, un día, nos dimos cuenta de que pasábamos más tiempo juntos que separados. Y que ninguno quería cambiar eso.

Vivo en mi departamento, él en el suyo, pero la línea entre ambos espacios se ha ido borrando con el tiempo. Su cepillo de dientes ya tiene un lugar en mi baño, y yo he colonizado su refrigerador con leche de almendras y yogures griegos que, según él, saben a "cemento endulzado".

Hace un par de meses, Ethan incluso le compró una cama a Thor, que ahora tiene su propio lugar en su departamento.

Compartimos cenas, tareas, series a medias y silencios cómodos. Hay algo en esa rutina compartida que me hace sentir, por primera vez, que puedo bajar la guardia. Y así, sin planes ni promesas, fuimos haciendo de lo cotidiano nuestro mejor refugio.

Y, sin embargo, pese a las risas en pijama, a los domingos de películas y pasta, a los abrazos después de un día agotador, hay momentos en los que todavía siento que estamos caminando por una cuerda floja.

Una parte de mí sigue esperando que algo falle. Tal vez porque así es como han funcionado las cosas en mi vida: cuando algo

empieza a sentirse bien, suele haber un giro inesperado.

Hoy fue un día largo. El gimnasio estaba lleno de esa energía infantil que a veces reconforta, pero hoy se sintió agotadora. Una de mis alumnas tuvo una crisis emocional fuerte, y aunque entiendo perfectamente lo que está pasando, la situación hizo que terminara con dolor de cabeza y con ganas de un poco de silencio.

Mia canceló una cena que teníamos planeada, y todo eso me deja con una sensación rara, como si estuviera caminando sin suelo firme.

Estamos en mi departamento. Ethan está cocinando algo para cenar, algo con aroma a cebolla salteada y manteca. Yo me acomodo en el sillón con una manta y una taza de té caliente, dejando que el vapor me acaricie la cara. Me encanta verlo moverse en la cocina, siempre con calma, como si cada movimiento tuviera un propósito.

Y entonces suena su teléfono.

Ethan lo agarra sin mucho apuro. Le sonrío de reojo, hasta que escucho la manera en la que dice su nombre.

—... Fallon. Hola. —Un cambio pequeño en su tono. Más serio. Casi contenido.

Yo no me muevo. No espío. No me acerco. Pero tampoco puedo evitar escuchar.

—No, está bien. Puedes llamarme... Sí, él está mejor, aunque no creo que vaya a intervenir en eso. Es una decisión de ellos.

Silencio.

—Claro, sé que la casa tiene historia, pero no creo que sea mi lugar decir nada. Igual, gracias por avisarme.

Cuando cuelga, tarda unos segundos en volver al living. Y cuando lo hace, lo hace con esa sonrisa tranquila que usa cuando no está seguro de si algo está por explotar.

—Era Fallon —dice, sentándose a mi lado con el teléfono en la mano—. Perdón si te interrumpí.

Niego con la cabeza, dándole un sorbo al té.

—Todo bien.

—Fue por algo de sus padres. Van a vender la casa de su infancia. Quiso avisarme antes de que me entere por otro lado.

Asiento, no con frialdad, pero tampoco con una sonrisa. No sé bien qué decir. Hay algo en mí que se encoge cada vez que escucho ese nombre, no por ella, sino por todo lo que representa.

—¿Era importante para ti esa casa?

—Tuvimos muchos momentos ahí. Y discusiones. Y fiestas raras de fin de año —agrega con una mueca divertida—. Pero no sé si la casa me importa tanto como el hecho de que todo está cambiando.

Me quedo en silencio. Él también. Y lo sé. Sé que me ha notado distinta.

—Dime si algo te molestó, Becca. En serio.

Lo miro. Y respiro hondo antes de hablar. No porque esté enojada. Sino porque me cuesta ser honesta cuando algo me toca una fibra sensible.

—No es por Fallon. Es decir, no por ella como persona. Es más... —trago saliva—. Es darme cuenta de que todavía hay partes de tu vida a las que no tengo acceso. Que hay personas que sí conocen todo de ti, a tus padres, a tus historias. Y yo no.

Ethan frunce el ceño, no de molestia, sino de atención plena.

—No es un reproche —aclaro—. Es solo que... un poco me duele no haber conocido a tu familia todavía. No estar en ese espacio. Como si estuviera de visita en algo que no sé si es del todo mío todavía.

Él me toma la mano. La aprieta con fuerza suave.

—Becca, te juro que no es porque no quiera. Es que mi familia es complicada. Tú eres lo más sano que tengo, y no quiero contaminar eso con toda su opinión, sus comentarios, su idea de lo que "debería ser" mi vida.

—Pero soy parte de tu vida —le digo, con suavidad, no con reproche.

—Y lo sabes. Eres la parte más importante junto con Grace, Nora y Asher.

Nos quedamos ahí, en silencio, con las manos entrelazadas. El aire se siente más denso, pero no incómodo. Solo cargado de lo que no siempre se dice.

—¿Alguna vez pensaste en presentarme? —pregunto, no como una exigencia, sino como una curiosidad sincera.

—Lo he pensado más veces de las que puedes imaginar. Pero siempre me detiene la idea de que los conozcas y pienses menos de mí. Que veas lo que vengo esquivando toda mi vida.

—Tal vez no se trata de evitarlos, sino de dejar que yo también te acompañe con eso. No para juzgar, sino para entenderte mejor.

Sus ojos buscan los míos. Hay algo vulnerable en su expresión. Como si no supiera muy bien cómo recibirme en ese lugar que ha mantenido cerrado durante tanto tiempo.

—¿Sabes qué me sucede? —dice—. Que me acostumbré a separar. A compartimentar. Mi pasado, mi familia, mis decisiones equivocadas... y tú. Tú eres la única cosa que no quiero que se manche con nada de eso.

—Pero yo no necesito que me protejas de tu pasado. Solo quiero caminar contigo, aunque eso signifique atravesar zonas incómodas.

Me acaricia la mejilla con el dorso de la mano. Su piel, tibia. Su gesto, delicado.

—Si te duele, entonces hay que cambiarlo. No quiero que sientas que no tienes lugar.

—No quiero forzar nada. Solo quería que lo supieras.

Él asiente. Y esta vez, siento que decir lo que me duele no ha puesto en riesgo lo que tenemos. Al contrario, lo ha fortalecido.



Cenamos pasta recalentada mientras hablamos de cosas simples. Reímos cuando él derrama un poco de salsa en su camisa blanca. Y luego nos abrazamos en silencio, mientras la televisión murmura de fondo.

Esta noche, mientras compartimos el helado en silencio, me doy cuenta de que a veces las diferencias no separan, sino que acercan.

Que lo importante no es tener todas las respuestas, sino animarnos a buscar juntos las preguntas que importan.

CAPÍTULO 45

ANTES

ETHAN

Becca duerme.

Está recostada sobre mi pecho, una de sus piernas enredada entre las mías, la respiración tranquila, suave. Acaricio su espalda con movimientos lentos, sin pensar demasiado en lo que hago, como si mi cuerpo supiera que ese gesto la calma, aunque ella ya esté en otro mundo. Thor está acostado a los pies de la cama, roncando bajito, como si finalmente también se sintiera en casa. No puedo dormir.

No después de lo que hablamos hace un rato. Fue una conversación breve, honesta, sin gritos ni acusaciones, pero me dejó con un temblor sordo en el estómago. No fue lo que dijo. Fue cómo lo dijo. Esa mezcla de cuidado y dolor. Como si tuviera miedo de romper algo, incluso mientras señalaba que ya había una grieta.

Todavía me retumban en la cabeza sus palabras.

Me doy vuelta con cuidado para no despertarla y me quedo mirando el techo. La oscuridad del cuarto es interrumpida por los reflejos lejanos de la ciudad. Es tarde. Muy tarde. Pero mi cabeza no coopera.

Sé que tiene razón. No es justo tenerla tan presente en mi vida y, al mismo tiempo, mantener las puertas cerradas. No es por falta de confianza, sino porque hay partes de mí que ni siquiera yo quiero enfrentar. Mi familia es un rompecabezas con piezas faltantes y bordes astillados. ¿Cómo explicarle eso sin arrastrarla conmigo?

Cierro los ojos, pero en lugar de dormir, repaso cada gesto suyo de esta noche. Su forma de mirarme, sin exigencias. Su forma de nombrar lo que siente, sin imponerlo. No me acusó. No me pidió nada que yo no pudiera dar. Solo me mostró que quiere estar.

Y eso me desarma.

Porque no estoy acostumbrado a que alguien quiera quedarse en medio del desorden. Siempre pensé que el amor se trataba de mostrar solo lo bueno. De esconder los restos rotos bajo la alfombra. Pero Becca no. Ella se sienta a mi lado entre los pedazos y me mira como si todavía valiera la pena intentar armar algo.

Me levanto sin hacer ruido y camino hasta la cocina. Me sirvo un vaso de agua, me apoyo en la mesada y dejo que el silencio me atraviese. Thor se despereza en el pasillo pero no me sigue.

Estoy enamorado de ella. No sé cuándo pasó exactamente. No sé si fue el día en que me habló de Grace, o cuando se quedó conmigo en silencio sin presionarme para hablar. Pero pasó. Lo sé.

No se lo he dicho todavía. No porque no lo sienta, sino porque sé que para ella esas palabras no son simples frases que se dicen al aire. Tampoco lo son para mí. Estoy aprendiendo, despacio, a usar las palabras correctas en lugar de esconderme detrás del silencio.

El teléfono vibra sobre la barra. Miro la pantalla:

Asher
¿Estás despierto?

Suspiro y le respondo con un "sí". Me pongo una sudadera, tomo el vaso de agua y me dirijo al balcón. El aire fresco me aclara un poco la cabeza.

A los pocos segundos, suena el teléfono y atiendo.

—¿Todo bien? —pregunta él, en voz baja.

—Sí... no. No sé. —Me paso la mano por la cara—. ¿Tienes un minuto?

—Siempre. ¿Qué pasó?

Dudo un segundo, pero si hay alguien que me conoce, es él.

—Becca me dijo algo esta noche. Sobre mi familia. Sobre no sentirse parte. Y tiene razón. Pero no sé cómo dejarla entrar sin... sin mostrarle lo peor.

Asher se queda callado un momento, como midiendo sus palabras.

—¿Y por qué crees que no puede ver esa parte? —pregunta al fin.

—Porque no estoy listo para mostrarla del todo. No porque no quiera, sino porque hay cosas que todavía no puedo compartir.

—Tal vez es cuestión de tiempo. O de la persona con la que te sientas cómoda para hacerlo. Pero esta vez... esta vez parece distinto, ¿no?

Asiento, aunque él no puede verme.

—¿No crees que si ya te está pidiendo entrar es porque no le da miedo lo que vas a mostrarle? A veces pensamos que cuidamos a los demás ocultando partes de nosotros, pero lo que hacemos es alejarlos.

Me quedo mudo. No necesito que me diga más.

—Gracias —le digo.

—De nada. Ah, y si algún día quieres practicar cómo decir "te quiero" sin parecer que te estás atragantando, me avisas —bromea.

Sonrío, corto la llamada y vuelvo a mirar el teléfono. Dudo unos segundos, pero finalmente abro otro chat.

Ethan

¿Estás dando vueltas o ya pegaste un ojo?

Nora

Aquí estoy, ¿todo bien?

Ethan

¿Puedes hablar un minuto?

Me contesta con una llamada. Me sorprende. Contesto igual y bajo un poco la voz.

—Ey —saluda con tono cálido—. ¿Estás bien?

—No lo sé. Quería hablar un poco. Sobre Becca. Sobre todo en realidad.

Le cuento, no todo, pero más de lo que suelo decir. Del miedo, de las puertas cerradas, de querer que esta vez sea distinto.

Nora escucha, aunque sea a través del teléfono. No juzga. Me deja hablar, aunque sea en palabras cortas, en silencios largos entre suspiros.

Cuando termino, me responde con calma:

—Si quieres construir algo con ella, tienes que dejar de esconder los cimientos. Aunque estén rotos.

—¿Y si me rompe? —pregunto, temiendo la respuesta.

—¿Y si no? —responde sin dudar

—A veces siento que no sé cómo hacerlo bien.

—Nadie sabe hacerlo bien a la primera. Lo importante es querer hacerlo, y estar dispuesto a equivocarse. Eso ya es mucho.

—¿Y si no estoy listo?

—Entonces no estás listo, y está bien. Pero no te quedes atrapado por eso. El amor no es perfecto, pero sin riesgo no hay nada.

—Es que a veces siento que todo esto es más grande que yo.

—Es normal. Pero no tienes que cargarlo solo. Puedes apoyarte en ella, en mí, en quien quieras. No eres un guerrero solitario.

Nos despedimos con un "cuídate" que pesa más de lo que parece.

Vuelvo a la habitación. Thor me mira desde el pie de la cama, como si supiera algo que yo no. Becca sigue dormida, con la mano estirada hacia mi lado. Me deslizo entre las sábanas y le acomodo un mechón de cabello detrás de la oreja. Suspira. Casi sonríe.

—No estás de visita —murmuro, sabiendo que no me escucha, pero sintiéndolo igual—. Eres lo único que quiero cuidar de verdad.

Y con eso, al fin, cierro los ojos.

CAPÍTULO 46

AHORA

BECCA

El hospital huele a desinfectante y a cansancio. Es una mezcla densa, estancada, que se te pega a la piel. Entro con Thor caminando a mi lado, tranquilo, como si entendiera dónde estamos. Como si supiera que esto no es una visita cualquiera. Le acaricio la cabeza antes de entrar a la habitación y me obliga a respirar hondo. Una, dos veces. Solo entonces empujo la puerta.

Está todo igual.

Ethan sigue acostado en la misma cama, con las mismas máquinas respirando por él. La luz del monitor parpadea suave, constante. Me acerco, dejando que Thor se acomode a un costado. Se acuesta en el piso sin hacer ruido. Su presencia me da un poco de fuerza. De sostén.

Me siento al lado de la cama y le tomo la mano.

—Hola —le digo en voz baja, como si solo con eso pudiera despertarlo—. Hoy amaneció nublado. No hace frío, pero es ese tipo de día que te hace querer quedarte en la cama.

Me esfuerzo por hablarle como si pudiera contestarme. Como si me escuchara. Como si todo esto fuera temporal. Como si estuviéramos por volver a casa en cualquier momento.

—Traje a Thor. Se porta mejor que yo en los pasillos. Ya es parte del personal, me parece.

Sonrío apenas. No tengo energía para más.

Me quedo un rato en silencio, escuchando los sonidos de fondo. Las máquinas. Las voces lejanas del pasillo. Un zumbido constante que se mete en los huesos. No quiero pensar. No quiero anticiparme. Pero hoy el médico me llamó aparte.

"Becca, tenemos que hablar sobre la posibilidad de desconexión".

No gritó. No fue cruel. Lo dijo con la misma neutralidad con la que alguien lee un reporte del clima.

Pero yo lo escuché como si hubiera lanzado una bomba en el centro de todo.

Me lo dijo hace unas horas y todavía no sé qué hacer con esa frase. Qué se supone que tengo que pensar. Qué sentir. Qué decidir. Porque aunque el mundo alrededor siga funcionando, yo siento que estoy aquí, aferrada a alguien que ya no está del todo. Soy la persona que lo ama. Y eso debería significar algo.

Cierro los ojos y trato de no desmoronarme. Nadie me enseñó cómo se hace esto. Nadie te prepara para ver a la persona que amas suspendida en un punto intermedio entre estar y no estar. Porque Ethan está ahí, sí. Su cuerpo, su piel, su olor. Pero no está. No su risa. No sus gestos. No su voz. No él.

Lo miro.

Su rostro está tranquilo. Sereno. Podría estar durmiendo. Podría despertar en cualquier momento y decirme que todo esto fue un susto, una pesadilla, algo que vamos a dejar atrás. Pero no lo hace. No pasa nada. Y ese silencio me rompe.

Siento los ojos húmedos, pero no lloro. Todavía no. Me aferro a su mano como si pudiera anclarme a ella. Como si mi piel pudiera recordarle a su cuerpo que está vivo. Que tiene motivos para quedarse.

Me fijo en cada detalle de su cara, por si acaso. La línea de la mandíbula. La forma en que una ceja se curva más que la otra. Las pecas apenas visibles cerca del cuello. No quiero olvidarme de nada.

—No sé qué hacer, Ethan. No sé si estoy haciendo bien en esperar. Pero no puedo soltarte. No puedo.

La voz se me quiebra un poco. Thor levanta la cabeza desde el suelo y me mira, como si entendiera. Apoya su hocico en mi pie, en

silencio. Me inclino un poco y acaricio su cabeza. Me salva más de lo que cree.

El monitor sigue marcando ese ritmo constante. Me concentro en él. En cada bip. En cada segundo que sigue avanzando. En cada señal de que, de alguna manera, todavía estás aquí.

¿Y si mañana todo cambia? ¿Y si esto es lo más cerca que voy a estar de ti el resto de mi vida?

Pienso en las veces que nos reímos por cosas tontas. En tus manos sosteniendo las mías. En cómo me mirabas cuando no decía nada. En lo que me dijiste la primera vez que dormimos juntos: que te sentías en casa.

Yo también me siento así cuando estoy contigo. Incluso ahora. Incluso así.

Apoyo la frente sobre la mano de Ethan y cierro los ojos. Me esfuerzo por imaginar tu voz. Tu risa. Las cosas que me decías cuando querías distraerme de un mal día. Me las repito en la cabeza, como un mantra.

—Quiero pensar que me escuchas. Que sabes que estoy aquí. Que no me fui. Que no pienso irme. Por si te sirve. Por si en alguna parte de ti algo de esto llega.

Sigo en silencio. Solo yo, tu mano, Thor en el piso, y el sonido de los monitores marcando el ritmo de una espera que parece eterna.

No tengo una respuesta. No tengo un plan. Solo tengo esta certeza: no quiero soltarte.

Aunque duela. Aunque no alcance.

CAPÍTULO 47

ANTES

ETHAN

Becca está a mi lado. Puedo sentir su respiración acompasada mientras duerme, pero hay algo distinto esta vez. Algo que no puedo nombrar con certeza, pero sé que está. Una distancia leve. Invisible. Como si entre los dos se hubiera deslizado una capa fina de incomodidad. No es enojo. No es frialdad. Es otra cosa. Algo que pesa sin ser violento.

Despierto antes que ella. Thor está hecho un ovillo a los pies de la cama. Me muevo en silencio para no despertarlos y camino hasta la cocina. Preparo café sin prender las luces, guiándome por la costumbre. Me siento con la taza en la mano y dejo que el silencio de la mañana me envuelva.

La conversación con Asher y con Nora todavía me da vueltas en la cabeza. Anoche sentí que había dado un paso. Que había puesto algo sobre la mesa, aunque fuera difícil. Pero ahora me pregunto si Becca lo sintió igual. Si tal vez no fue suficiente. Si se fue a dormir sintiendo que yo no quiero dejarla entrar, cuando la realidad es que no sé cómo hacerlo sin desarmarme por completo.

Cuando vuelve del baño, se queda en la puerta de la cocina. Nos miramos. Ella sonríe, pero es una sonrisa medida. De esas que se dan cuando no sabes bien qué decir.

—Hola —dice.

—Hola.

Le sirvo una taza de café sin decir nada más. Se sienta frente a mí. Thor, como si entendiera que algo está distinto, apoya la cabeza sobre su regazo. Ella lo acaricia sin dejar de mirarme.

—Estuviste mucho rato en el balcón anoche —comenta.

Asiento.

—Me escribió Asher. Y después hablé un rato con Nora. Necesitaba... ordenar algunas cosas en la cabeza.

Becca no dice nada por un momento. Luego asiente.

—Me alegra que tengas a quién hablarle. A veces es más fácil con otros.

No sé si lo dice como un reproche o como una observación honesta. Quiero pensar lo segundo.

—Quiero poder hablar contigo también —le digo—. Solo que hay cosas que... me llevan tiempo.

Ella baja la vista. Suspira. Luego, me mira.

—Lo sé. Y no te estoy pidiendo que corras. Solo que no me dejes afuera.

Y eso es. Ahí está. No es una pelea. No es una escena. Es la primera vez que sentimos esa fricción, ese desajuste entre lo que uno quiere dar y lo que el otro necesita recibir.

—No quiero que pienses que no te estoy eligiendo —digo, casi en un murmullo—. Es solo que me cuesta hacer visible todo lo que siento. Pero lo estoy intentando.

Becca se queda en silencio. Mira su taza. Luego susurra:

—A veces siento que todavía estás más allá que aquí. Como si una parte de ti se hubiera quedado detenida en algo que no conozco. Y no te pido que me lo cuentes todo. Solo... saber que quieres que esté.

Me acerco un poco y le toco la mano. No la retira. No se aleja.

—Estoy intentando hacerlo bien contigo. No quiero que sientas que esto es a medias.

Ella asiente otra vez. No sonríe, pero tampoco se cierra.

Nos quedamos en silencio unos minutos. Compartiendo el café. Compartiendo el intento.

Luego, cuando ella se levanta para ir al gimnasio, me da un beso en la mejilla. Tierno, sí. Pero breve. Como si aún no supiera cómo

despedirse sin esa sensación rara entre nosotros. Me quedo viéndola salir, con Thor siguiéndola hasta la puerta y luego volviendo a mí, como si entendiera que no es un día más.

Me tiro en el sofá, intento leer algo, concentrarme en cualquier cosa, pero no puedo. La incomodidad sigue ahí, vibrando bajo la piel.

El teléfono vibra. "Mamá" aparece en la pantalla. Otra vez.

Dudo. Respiro. Contesto.

—Hola, mamá.

—Ethan, mi amor, ¿cómo estás? Hace días que no sé nada de ti. ¿Sigue todo bien en el trabajo?

—Sí, todo bien. Mucho movimiento, como siempre.

—¿Y tú? ¿Cómo estás? ¿Estás comiendo bien? ¿Durmiendo algo?

—Lo intento.

—¿Has sabido algo de Fallon? Me llamó el otro día. Parece que se va a vivir a Tahití, por la nueva apertura de sus padres allí. Le va a venir bien. Ya sabes cómo es, siempre se preocupa demasiado por todos.

Cierro los ojos. Siento cómo algo se tensa dentro de mí. Otra vez. Otra vez ese nombre.

—No hablo con Fallon desde hace mucho, mamá. No tiene sentido que me sigas preguntando por ella.

—Solo digo que sería una pena perder ese vínculo. Ustedes eran una linda pareja. Tenían estabilidad. Estaban bien encaminados. Y además ya conocíamos a su familia, lo cual siempre suma. No como esas relaciones pasajeras que uno…

—Estoy con alguien —la interrumpo.

Silencio.

—Estoy con alguien —repito, con más firmeza—. Y no es pasajero. Es importante para mí. Mucho.

—Bueno, bueno, no te pongas a la defensiva. Solo te estoy diciendo lo que pienso. Eres grande, sabrás lo que haces.

—Sí. Lo sé.

—¿Y esa persona quién es? ¿La conocemos?

—Se llama…

—Bueno, luego me cuentas. Me están llamando. Tengo que dejarte. Cuídate, ¿sí?

Corta antes de que pueda terminar la frase. Me quedo con el teléfono en la mano y una sensación agria en el pecho. Como si cada vez que intento acercarme a ella, solo terminara recordándome por qué me alejé.

Quería decirle su nombre. Que se llama Becca. Que es brillante, valiente, intensa. Que no tiene miedo de decir lo que siente. Que me está enseñando cómo ser alguien mejor, aunque no lo sepa.

Pero no pude. No me dejó. Y eso duele más de lo que quiero admitir.

Apoyo la cabeza en el respaldo del sofá y cierro los ojos. Siento el peso de todo lo no dicho. De lo que siempre se queda a mitad de camino. De lo que no alcanzo a defender.

Becca no tiene idea de todo esto. Y de pronto me pesa más que nunca. Ella me pide un lugar. Solo uno. Y yo no he podido dárselo por completo, ni siquiera en una charla con mi madre.

Respiro hondo. Me acerco a Thor y le rasco detrás de la oreja. Él me mira con sus ojos tranquilos. Fieles.

—No quiero perderla —le digo, aunque sé que no va a responder.

Pero es la primera vez que lo digo en voz alta. Y con eso, algo en mí empieza a cambiar.

Quizás no se trata de esperar el momento perfecto.

Quizás se trata de elegir, aunque duela. De hablar, aunque no tenga todas las palabras.

Y esta vez… no quiero callarme.

CAPÍTULO 48

AHORA

BECCA

El hospital está lleno de luces blancas y pasos apurados. Hay algo en ese ritmo que me agota apenas cruzo la puerta, como si me sacara el aire del cuerpo. Camino por el pasillo en silencio, con Thor a mi lado. Ya no necesito preguntar dónde está la habitación de Ethan. Mis pies la conocen de memoria. Thor también.

Hoy traigo en la mochila un libro que nunca logro leer, una botella de agua fría, y esa sensación opresiva en el pecho que no me abandona desde ayer.

Cuando doblo en el pasillo, veo a la madre de Ethan parada en la puerta. No entra. Habla con alguien por teléfono. Susurra. Frunce el ceño. Me ve y corta la llamada, como si le diera vergüenza que la escuche.

—Hola —digo, sin saber muy bien cómo saludarla. Nunca supe.

—Hola, Becca —responde, seca, como siempre.

No me invita a pasar, pero tampoco se interpone. Entro. Ethan está igual. Dormido. Conectado. Silencioso. Me acerco a él y le acaricio la mano. Thor se acomoda en su rincón. Todo parece estar en pausa.

Pero entonces siento el peso de la mirada de ella detrás de mí.

—Necesitamos hablar —dice, sin rodeos.

Me giro. Su tono no es amable. Pero tampoco frío. Es práctico. Clínico.

—¿Qué sucede?

—Estuvimos hablando con los médicos. Con Nora también. Y... es momento de empezar a pensar en otras opciones.

—¿Otras opciones? —repito, como si no entendiera. Pero entiendo. Claro que entiendo. Me tiemblan las manos.

—No podemos seguir postergando decisiones difíciles. No es justo para él.

—¿No es justo para él...? —la interrumpo, sintiendo cómo la rabia empieza a empujar desde adentro—. ¿Usted cree que desconectarlo es justo?

Ella no responde. Me mira. Tiene los labios apretados y los ojos duros. La misma expresión que usó la primera vez que me vio. Como si nunca terminara de entender qué hago acá. Qué lugar ocupo. Si es que ocupo alguno.

—¿Lo amas, verdad? —pregunta de golpe, y me descoloca.

—Sí —respondo sin dudar—. Lo amo. Desde antes de que esto pasara. Y lo sigo amando ahora. Aunque no pueda responderme.

—Entonces deberías dejarlo ir.

Ahí exploto. Me arde todo el cuerpo. La garganta, los ojos, la espalda.

—¿Cómo puede pedirme eso? —digo, ya sin susurrar—. ¿Cómo puede ser tan cruel?

—No es crueldad, es realidad.

—¿Realidad? ¿Sabe lo que es la realidad para mí? Venir todos los días a este hospital, sentarme junto a él, hablarle como si pudiera oírme, cuidar que Thor no se suba a la camilla, y fingir que estoy bien mientras por dentro me muero. Esa es mi realidad. No la suya, desde afuera, desde su casa, con sus llamadas secas y su forma de mirar como si yo fuera una intrusa. Y con esa idea inútil de aparentar que a pesar de esto, todo está bien.

Ella cierra la boca. Pero no se aparta. Me mantengo firme.

—Usted no tiene idea de lo que él y yo construimos. No tiene idea de cuánto luchó Ethan para sanar cosas que ustedes prefirieron barrer bajo la alfombra. Y ahora quiere que me siente a ver cómo se rinde. Como si él fuera alguien que se rinde.

La puerta se abre. Entran Nora y el padre de Ethan. Se detienen al vernos. La tensión es palpable.

—¿Qué está pasando? —pregunta Nora, mirándonos a las dos.

—Tu madre quiere rendirse —escupo.

—No se trata de rendirse —interviene Lauren—. Se trata de aceptar la realidad.

—¿Y quién decide cuál es la realidad? ¿Ustedes? ¿Los médicos? ¿Usted, que no puede ni dejarme decir una frase completa sin interrumpirme?

Nora se acerca.

—Becca —dice con suavidad—. Estamos agotados. Todos. Hace días que no dormimos y no comemos bien. Venimos viviendo en este limbo desde hace semanas. Y tú también lo sabes.

—Sí, claro que lo sé. ¿Ustedes creen que no lo sé? ¿Creen que estoy jugando a la novia devota? Estoy agotada. Como si el cansancio se me hubiera metido en el alma. Pero no voy a abandonar. No lo voy a dejar solo.

El padre de Ethan habla:

—Entiendo lo que sientes. Pero esto no es solo amor. Es una vida entera detenida. No podemos quedarnos congelados para siempre.

—¡Él no está muerto! ¡Está ahí! —grito—. ¿O qué, porque no habla ni abre los ojos ya no vale la pena? ¿Así de fácil lo van a soltar?

—Hay que ser racionales…

—¡Yo estoy siendo racional! —interrumpo—. No pido milagros. Solo un poco más de tiempo. Solo un poco más. ¿Tanto les molesta que yo todavía tenga esperanza?

El silencio se instala. Yo tiemblo. Thor se levanta y se acerca a mí. Me aferro a su cuello por un instante.

—Si ustedes van a tomar esa decisión, háganlo. No puedo impedirlo. Pero si lo hacen, van a tener que mirarme a los ojos y decirme que lo hicieron sabiendo que todavía podía volver. Que eligieron rendirse antes que yo.

Me acerco a Ethan. Le tomo la mano y le beso los nudillos. Me inclino hasta que mi frente toca la suya.

—Yo no me iré a ninguna parte —susurro—. Aunque ellos sí lo hagan.

Salgo. Camino hasta la sala de espera. Me siento. Thor apoya la cabeza en mi pierna. Y ahí sí, empiezo a llorar. En silencio. Lenta. Irreparablemente.

Nunca antes había sentido un miedo así. Miedo de que nadie más lo espere conmigo. Miedo de tener que despedirme sin que él me mire una vez más.

Miedo de que amar no sea suficiente para salvarlo.

CAPÍTULO 49

ANTES

BECCA

Estoy llegando a su departamento con el ceño fruncido. Hace dos días que Ethan está raro. No mal, no distante. Pero sí... contenido. Como si tuviera algo entre los dientes que no logra escupir. Y hoy, de la nada, me pidió que pase por su casa después de mi última clase. "Trae a Thor", me escribió.

Me subo al ascensor con una mezcla de sospecha y ansiedad. Thor parece más emocionado que yo, olfateando todo con energía. Cuando llegamos al piso, la puerta está entreabierta. Toco apenas y empujo.

—¿Ethan?

Desde el pasillo llegaba el sonido de una playlist bajita, tranquila. Música instrumental, suave, pero no melosa. Huele a pan recién horneado y a café.

Camino con cautela por el pasillo y me encuentro con una escena que me desarma. Todo el living está ambientado como si fuera una cabaña improvisada. Hay mantas por todos lados, almohadones en el piso, luces tenues, y en el centro, una caja grande, envuelta en papel madera con un moño rojo absurdo. Ethan está ahí, parado al lado, con las manos en los bolsillos y esa sonrisa tímida que me mata.

—¿Qué es esto? —pregunto, sin dejar de mirar la caja.

—Una promesa. Bueno, en realidad, varias. Pero la caja era más fácil que un *PowerPoint*.

Lo miro. Él me hace un gesto con la cabeza para que me acerque. Thor ya está entre los almohadones, acomodado como si ese fuera su lugar desde siempre.

—¿Puedo abrirla?

—Es para ti.

Abro la caja con cuidado. Dentro hay varias cosas. Una libreta, un set de tazas, un mapa impreso, un sobre cerrado, y una hoja escrita a mano. La agarro y leo en voz alta:

"Manual para construir una vida compartida sin volverse loco en el intento".

Levanto la vista. Ethan sonríe, un poco avergonzado.

—No soy bueno con los discursos. Pero necesitaba decirte algunas cosas.

Me siento en el piso. Él se sienta frente a mí.

—La libreta es para nuestros planes. Cosas que queramos hacer. Lugares que queramos conocer. Palabras que no queremos olvidar. No tiene que estar llena mañana. Puede crecer con el tiempo.

La acaricio. Tiene la tapa de cuero gastado y el interior en blanco, salvo la primera página, donde escribió: *Esto empieza aquí*.

—Las tazas son obvias —sigue—. Sé que el café es tu refugio. Quise regalarte algo para que tengas siempre un rato de calma y que sea compartido.

Lo miro pensativa. Pero continúa.

—El mapa es de todos los lugares a los que quiero llevarte. Algunos no tienen sentido. Otros sí.

Me río. Lo escucho. Me duele el pecho, pero de una forma agradable.

—El sobre lo abres luego. Y el manual... bueno, es un chiste. Pero también es cierto. Estoy aprendiendo a estar. Y sé que a veces fallo. Pero quiero mejorar. Quiero que no tengas dudas de que te elijo. Siempre y cada día, te elijo.

No sé qué decir. Estoy con los ojos brillosos y la garganta apretada.

—No tenías que hacer todo esto —susurro.

—Sí. Sí tenía que hacerlo. Porque sé que a veces te pregunto poco. Que me encierro. Pero no es porque no sienta. Es porque a veces me cuesta traducir lo que siento en palabras. Tú me estás enseñando a hacerlo.

Apoyo la cabeza en su hombro. Él me rodea con el brazo. Nos quedamos así un rato, en silencio, rodeados de cosas que no importan tanto como lo que se está diciendo sin hablar.

Luego comemos algo que cocinó él. Pasta con verduras, pan casero, vino tinto. Me cuenta que estuvo organizando esto hace días, que le preguntó a Nora si tenía ideas, que Asher casi le arruina la sorpresa porque le mandó un mensaje de audio que casi escucha en voz alta. Me río tanto que se me cae el vino en la servilleta. Ethan se burla de mí y yo le lanzo un pedazo de pan. Thor se lo roba. Volvemos a reír. Y es la clase de risa que me limpia por dentro.

Más tarde, cuando el cielo se pone violeta detrás de las ventanas, me pasa el sobre. Lo abro.

Dentro hay una entrada para un show de una de mis bandas favoritas, una hoja doblada con una receta de lasaña escrita a mano (la que me prometió que iba a aprender a hacer), y una foto. Una foto nuestra. Una de las pocas que tenemos juntos. Estamos sonriendo. Es de una noche en su departamento, con Thor entre los dos.

Y detrás de la foto, una frase: *Los días pueden ser difíciles, pero saber que estás tú hace todo más fácil*.

Me quiebro. Lloro sin hacer ruido. Me escondo en su cuello. Él no pregunta. Me sostiene.

—Eres mi lugar —le digo, cuando puedo hablar.

—Y tú el mío.

Nos quedamos acostados sobre las mantas. Él dibuja con el dedo círculos en mi espalda. Yo juego con el cuello de su camiseta. La calma es tan real que me da un poco de miedo. No sé si me acostumbré al caos o si simplemente no sé qué hacer con la paz.

—¿Esto es lo que se siente cuando todo está bien? —pregunto en voz baja.

—No lo sé. Pero se siente como algo que quiero repetir.

Sonrío.



La noche avanza y las sombras se alargan en el departamento. Estamos juntos en ese pequeño refugio improvisado, el único lugar donde todo parece tener sentido.

Ethan me mira con una mezcla de ternura y vulnerabilidad que rara vez muestra. Su sonrisa, aunque tímida, es como una luz que nos da una esperanza que hasta ahora nos habíamos negado a admitir.

Me siento entre los almohadones y las mantas, y tomo su mano. Él aprieta mis dedos con suavidad, como diciéndome que está aquí, conmigo, y que no me soltará.

—¿Sabes? —le digo—. A veces me da miedo pensar que esto pueda romperse. Pero también sé que, pase lo que pase, lo que tenemos es lo que realmente importa. Es lo que me sostiene.

Él asiente y, por un momento, el ruido del mundo desaparece. Solo estamos nosotros dos, y Thor que ronca a nuestro lado, como un guardián silencioso.

Me acerco un poco más y le susurro:

—Gracias por esto. Por no rendirte y por hacer que yo no tenga que rendirme tampoco.

Él sonríe, y esa sonrisa llena el espacio con una calma profunda, como si nos dijera que todo va a estar bien, o al menos que vamos a intentarlo juntos.

Cierro los ojos y, por primera vez en mucho tiempo, sueño con un futuro que no me da miedo. Y aunque sé que la vida puede cambiar en un segundo, también sé que hay cosas que no se rompen tan fácil.

CAPÍTULO 50

ANTES

ETHAN

Han pasado meses desde aquella noche que alteró nuestro mundo, aunque pareciera que el tiempo se hubiera detenido y acelerado a la vez. Cada día fue una batalla silenciosa conmigo mismo, con mis miedos, con la idea de abrirme a Becca sin perderme en el intento. Ella fue un faro constante, paciente, una mano firme en medio del caos.

Esta mañana despierto con esa mezcla de nervios y emoción que no me abandona desde hace días. La maleta está abierta en el piso de la habitación, y vuelvo a revisar una y otra vez lo que voy a llevar, como si olvidarme de algo pudiera alterar lo que está por venir.

Becca entra y me observa con esa sonrisa que mezcla ternura y diversión.

—¿Otra vez revisando? —pregunta, con un brillo en los ojos.

—No quiero olvidar nada —le respondo, sintiendo que mi voz traiciona mi ansiedad—. No sé qué esperar, pero quiero estar preparado.

Ella se acerca y me toma la mano, apretándola con suavidad.

—No importa lo que pase —dice—. Estamos juntos. Eso es lo único que importa.

El peso de esas palabras me calma, aunque una parte de mí siga temblando por dentro. Siento que este viaje no es solo un escape, sino un paso hacia un terreno desconocido, hacia lo que podría ser nuestro futuro.

Salimos del departamento y el aire fresco nos envuelve como un soplo de libertad. Arranco el auto, y el motor ronronea, marcando el inicio de un camino que parece simbólico. Becca se acomoda a mi lado, con su bufanda favorita, y su mano encuentra la mía.

La ruta serpentea entre árboles que poco a poco se cubren de escarcha, y el paisaje cambia a medida que nos alejamos de la ciudad. Becca no puede ocultar su emoción mientras señala cada pino con un brillo en la mirada.

—Dicen que esta noche puede nevar mucho —comenta, con la voz llena de esperanza—. Me encantaría que pase.

—A mí también —le respondo, mirándola de reojo.

Ella sonríe y aprieta mi mano, y en ese contacto siento que cualquier duda se vuelve un poco más manejable.

Mientras avanzamos, las palabras fluyen entre nosotros con naturalidad: hablamos de los planes para los próximos días, de los lugares que queremos explorar, de los sueños que se asoman con timidez, y de esos temores que guardamos bajo llave.

Hay momentos de silencio, esos que no incomodan porque en ellos también hay entendimiento.

Paramos en un pequeño pueblo para comprar provisiones. Caminamos sin prisa por las calles empedradas y ella me cuenta historias de inviernos pasados, de noches en las que la nieve cubría todo y la sensación de estar en un mundo diferente.

—Me encantaría que esta nieve sea así —dice—. Que podamos salir, caminar y sentir ese frío que te cala hasta los huesos.

La escucho atentamente, guardando esas palabras en algún rincón donde sé que las voy a necesitar cuando las dudas vuelvan a aparecer.

De vuelta en el auto, el cielo empieza a teñirse de naranja y rosa mientras el sol se despide lentamente. Me siento agradecido por estar aquí, con ella, en este momento que sabe a promesa.

Llegamos a la cabaña cuando la noche ya cubre la montaña. El silencio nos envuelve y el olor a madera quemada nos da la bienvenida. Becca prende la chimenea, y el crepitar del fuego llena el espacio con una calidez que parece hacer desaparecer los miedos.

Nos sentamos juntos frente al fuego, con tazas de chocolate caliente en las manos. En sus ojos veo esa mezcla de miedo y esperanza que siento en mí.

—¿Tienes frío? —me pregunta, ofreciéndome su bufanda.

—Un poco —respondo, dejando que me envuelva.

La conversación se vuelve un hilo de confesiones. Hablamos de lo que tememos y de lo que esperamos.

Las horas pasan entre risas, silencios y palabras que nos acercan. Cuando por fin nos acostamos, la nieve comienza a caer afuera, lenta y silenciosa.

Hay un pacto silencioso entre nosotros que nos sostiene, que nos impulsa a seguir adelante juntos, sin certezas, pero con la convicción de que el amor que compartimos puede ser más fuerte que cualquier tormenta.

CAPÍTULO 51

ANTES

BECCA

La lluvia golpea suavemente los cristales de la ventana, creando una melodía hipnótica que envuelve la habitación en una atmósfera íntima y acogedora. Al entrar a la habitación, noto a Ethan recostado en la cama, con un libro entre las manos. Me sorprende verlo tan absorto en la lectura; sé que no es un lector empedernido, pero también sé que está intentando retomar ese hábito de sus años adolescentes.

Al percatarse de mi presencia, levanta la mirada y me dedica una sonrisa que me desarma por completo. Esa sonrisa que tiene el poder de calmar cualquier tormenta interna, que me hace sentir que, sin importar lo que ocurra, todo estará bien.

Me acerco lentamente, disfrutando del calor que contrasta con el frío del exterior. Me siento junto a él, y por un momento, el mundo exterior deja de existir. Solo estamos él y yo, compartiendo este instante de paz.

Observo sus facciones mientras lee: la concentración en su rostro, la forma en que sus cejas se fruncen ligeramente, la manera en que sus labios se curvan al pasar una página. Cada detalle me resulta fascinante, y me doy cuenta de que podría pasar horas simplemente mirándolo.

Un pensamiento se instala en mi mente con una claridad abrumadora: estoy enamorada de él. No es una simple atracción o

un cariño pasajero; es un amor profundo, sincero, que me envuelve por completo. Y, a pesar de los miedos y las inseguridades, siento la necesidad de decírselo.

—Ethan... —Mi voz suena suave, casi un susurro.

Él responde con un "¿sí?" sin apartar la vista de su libro.

—Estoy enamorada de ti.

Sus ojos se encuentran con los míos, y por un instante, el tiempo se detiene. Cierra el libro con calma y lo deja a un lado, enfocando toda su atención en mí.

—¿Podrías repetirlo? —pregunta, como si necesitara asegurarse de haber escuchado bien.

—Estoy enamorada de ti, Ethan. Completamente.

Una mezcla de emociones cruza por su rostro: sorpresa, alegría, ternura. Se inclina hacia mí y toma mi rostro entre sus manos, acariciando suavemente mis mejillas con los pulgares.

—Becca, no tienes idea de lo que significan esas palabras para mí. Yo también estoy enamorado de ti. Absoluta y profundamente.

Nuestros labios se encuentran en un beso que comienza con suavidad, pero que pronto se intensifica, cargado de pasión y deseo contenido. Mis manos exploran su espalda, sintiendo la calidez de su piel bajo la camiseta. Él responde con la misma urgencia, como si ambos estuviéramos intentando grabar este momento en nuestras memorias.

Sin romper el contacto visual, me quito la camiseta, revelando mi piel al calor de la habitación. Ethan me observa con admiración y deseo, y yo hago lo mismo con él. Nos despojamos de las barreras físicas y emocionales, entregándonos por completo el uno al otro.

Cada caricia, cada suspiro, cada palabra susurrada al oído refuerza el vínculo que compartimos. Nos movemos al unísono, guiados por el amor y la pasión que nos une. En ese instante, no existen los miedos ni las dudas; solo existimos nosotros, fundidos en un abrazo eterno.

Luego, recostados juntos, con nuestros cuerpos entrelazados, compartimos silencios y miradas que dicen más que mil palabras. Sabemos que este momento marcará un antes y un después en

nuestra historia, y ambos estamos dispuestos a enfrentar lo que venga, siempre y cuando estemos juntos.

CAPÍTULO 52

ANTES

ETHAN

El amanecer se cuela tímidamente por las cortinas de la cabaña, proyectando destellos dorados sobre las mantas que nos cubren. Abro los ojos y, por un momento, me quedo inmóvil, observando el rostro de Becca mientras duerme. Su respiración es suave y constante, y una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios, como si soñara con algo placentero.

Me acerco lentamente y deposito un beso en su frente.

—Buenos días, amor —susurro, acariciando su mejilla.

Ella murmura algo ininteligible y se acurruca más cerca de mí, buscando el calor de mi cuerpo. Sonrío, sintiendo una oleada de ternura que me invade por completo.

Me levanto con cuidado para no despertarla y me dirijo al baño. Mientras el agua caliente de la ducha cae sobre mí, mi mente no deja de repasar los planes que he estado elaborando durante semanas. Tengo miedo y dejo de repetirme que todo puede salir absolutamente mal. Pero también estoy seguro de lo que quiero.

Después de vestirme con ropa abrigada, me acerco a la cama y acaricio suavemente el cabello de Becca.

—Voy a cortar leña para la cabaña. Vuelvo en un rato.

Ella asiente somnolienta, sin abrir los ojos.

Luego de mirar la temperatura en mi teléfono, decido colocarme un par de guantes, un gorro y una bufanda. Soy un fiel amante del frío, pero si estamos hablando de estar un largo rato afuera, a la intemperie, mejor estar preparado.

La cabaña tiene un cobertizo a pocos metros, equipado con todo lo necesario para recolectar la leña.

Cuando salgo al exterior, el aire fresco de la mañana me recibe con una bocanada revitalizante.

Decido revisar mi teléfono. Es muy probable que tenga notificaciones de mi hermana.

Luego de revisar unos mensajes, marco el número de Asher.

—Hola, hermano. ¿Qué tal anda todo por ahí?

—Muy bien. Nervioso. Soy realmente un puto manojo de nervios.

—Tranquilo. Todo saldrá bien. Lo más importante es… ¿Estás seguro de esto?

Miro hacia la cabaña, donde sé que Becca aún duerme.

—Nunca he estado más seguro de nada en mi vida.

—Entonces, adelante. Solo asegúrate de que no sospeche nada.

—No puede saberlo aún, no hasta que sea el momento.

Sin darme cuenta, Becca se ha despertado y, al no encontrarme a su lado, ha salido en mi busca.

Se detiene al escuchar mi voz y, al oír esa última frase, su rostro se ensombrece. Sin hacer ruido, regresa a la cabaña.

Me arrepiento automáticamente de lo que he dicho y estoy seguro de que lo ha entendido con la connotación equivocada. Pero tampoco puedo darle ninguna explicación sin levantar sospechas. Decido esperar a que las cosas se enfríen.

Me concentro en mi tarea. Cada golpe del hacha es una afirmación de mi decisión. Recuerdo cómo nos conocimos, las dificultades que hemos superado juntos, la forma en que su risa ilumina incluso mis días más oscuros. Becca ha transformado mi vida de una manera que nunca creí posible.

Después de un rato, regreso a la cabaña con los brazos cargados de leña y completamente agotado. Al entrar, noto que Becca está sentada en el sofá, con una expresión distante.

—¿Marcha todo bien? —pregunto, dejando la leña junto a la chimenea.

Ella asiente, pero evita mirarme a los ojos.

—Sí, solo estoy un poco cansada.

Me acerco y me siento a su lado, tomando su mano.

—Oye. Estaba pensando que podríamos salir a recorrer el bosque. Hacer un poco de turismo. ¿Qué opinas?

—Claro —me responde sin una pizca de emoción.

Realmente espero que mi conversación no la haya afectado. Y que no piense cualquier cosa que no sea real.

Convivimos mucho tiempo con nuestros fantasmas y realmente deseo que podamos dejar todo eso atrás.

—¿Sabes que te amo, no? Cada momento contigo ha sido un regalo, y no quiero pasar un solo día más sin que sepas cuánto significas para mí.

Ella sonríe levemente, pero su mirada sigue siendo distante.

—Yo también te amo, Ethan.

Nos abrazamos con fuerza, y en ese instante, sé que todo ha valido la pena. Las dudas, los miedos, las dificultades... todo nos ha llevado a este momento.

Ahora está en nuestras manos escribir el nuevo capítulo de esta historia.

CAPÍTULO 53

ANTES

ETHAN

El sol brillaba suave, colándose entre las hojas y pintando de dorado el musgo y las piedras del camino. El bosque estaba tranquilo, con solo el canto de los pájaros y el crujir de las ramas bajo nuestros pies.

Becca estaba a mi lado, caminando con esa mezcla de cansancio y curiosidad que siempre me cautivaba, y en su rostro había un brillo especial, como si también sospechara que ese día sería distinto. Pero no tenía idea de lo que nos esperaba.

Sentí un nudo en la garganta y un latido fuerte en el pecho. Al tomar la leña para el fuego que íbamos a encender juntos, pensé en cómo, poco a poco, construimos algo real y cálido entre nosotros. Son esas cosas simples, como prender una llama, las que sostienen todo lo demás.

Llegamos a un claro que había descubierto esa mañana, un lugar secreto entre los árboles donde la luz caía en un charco dorado sobre la hierba. Me detuve y la miré. Su respiración se calmó, y por un instante, el mundo se redujo solo a nosotros dos.

—Ven —le dije, extendiendo la mano—. Quiero mostrarte algo.

Ella dudó, pero tomó mi mano y me siguió. La calidez de su piel me anclaba al presente, y sus ojos buscaban los míos con una mezcla de curiosidad y confianza que me llenaba de valor.

Había preparado todo en secreto. Un lugar para nosotros. Que quedara en nuestros recuerdos y nos permitiera volver a vivir esto para siempre. Quería que ese momento fuera perfecto, que se sintiera único y verdadero.

Nos sentamos en un banco, rodeados de ese verde intenso y el murmullo suave del bosque. Respiré hondo y empecé a hablar, tratando de que cada palabra saliera del fondo de mi alma.

—Quiero ser sincero contigo —empecé, sintiendo que la emoción me nublaba la voz—. Tal vez esto te sorprenda, quizás sea apresurado, y sé que no siempre las cosas salen como uno espera, pero necesito decirte lo que siento.

Becca me mira con los ojos abiertos, casi sin parpadear, como si quisiera atrapar cada palabra.

—Nunca sentí algo así en mi vida. No es solo que me gustes o que me hagas feliz, es algo más profundo. Cuando estoy contigo, siento que estoy en el lugar y momento justo, y que todo lo demás —hago un gesto hacia el bosque—, es solo ruido. Te amo de una manera que no conocía. No quiero que pase un día más sin que lo sepas. Quiero vivir contigo, construir algo juntos, crecer a tu lado, compartir lo bueno y lo difícil. Quiero despertarme cada mañana contigo, ser tu refugio y tu compañero.

Tomo sus manos entre las mías, buscando transmitirle cada latido que me dominaba.

—No puedo prometer que todo será perfecto, pero sí que te elegiré cada día, en cada momento, con todo lo que soy. Que no voy a rendirme, que voy a luchar por nosotros, por este amor que siento que es real, que es único. Por eso estoy aquí, en este lugar que me hace pensar en la vida que podemos construir, para preguntarte algo muy importante... ¿Te gustaría casarte conmigo?

Saco una caja pequeña de madera, con dos árboles entrelazados grabados, que representan nuestras raíces y lo que hemos crecido juntos. Abro la tapa despacio, y la luz hace que el anillo, sencillo pero con un diseño único, brille justo como ella.

Veo cómo Becca se queda sin aliento, sus ojos se llenan de lágrimas, y por un momento solo escuchamos el susurro del viento y el canto de los pájaros.

—Esto... es más hermoso de lo que imaginé —dice con la voz quebrada, incapaz de apartar la mirada del anillo.

No puedo más que abrazarla fuerte, sintiendo que en ese instante nuestro mundo se había detenido para que nada pudiera romper ese momento.

Sus ojos me dicen más que mil palabras. Pero es solo una sílaba la que ansío, necesito y quiero escuchar. Los segundos se hacen eternos, hasta que lo oigo.

—Sí —susurra con una sonrisa que ilumina todo—. Sí, quiero.

Apoya la cabeza en mi pecho y siento cómo su corazón late al mismo ritmo que el mío. Es en ese abrazo que sé que todo el dolor, todas las dudas y los miedos valieron la pena para llegar hasta aquí.

Porque amar es eso: elegir, una y otra vez, con todas las ganas y el coraje que uno tiene. Y en ese claro, rodeados por la vida que crece a nuestro alrededor, decidimos dar un paso juntos, un paso hacia un futuro que será imperfecto, pero nuestro.

CAPÍTULO 54

ANTES

BECCA

Todavía me cuesta creerlo. Seguimos sentados, con el bosque susurrándonos a nuestro alrededor. Las hojas bailaban al ritmo del viento frío que anunciaba el final de la tarde. La luz se filtraba entre los árboles, dorando todo con una suavidad mágica, como si el mundo se hubiera detenido solo para nosotros.

Sostengo el anillo en la mano, frío y pesado, pero a la vez liviano como una promesa que acababa de nacer. Es el anillo más hermoso que he visto en mi vida. Sencillo, con una piedra de esmeralda rodeado por algunos pequeños brillantes. Hermoso, pero delicado a la vez.

Mis dedos lo acarician nerviosos mientras trata de ordenar en mi cabeza cada palabra que Ethan había dicho, cada emoción que había despertado.

—¿De verdad me estás pidiendo que me case contigo? —pregunto, mi voz apenas un susurro. Era como si temiera que, si pronunciaba la pregunta muy alto, todo se fuera a desvanecer como un sueño fugaz.

Ethan me mira con esa mezcla de ternura y determinación que siempre había admirado. Sus ojos brillaban con una luz especial, esa que solo veía cuando hablaba desde lo más profundo de su alma.

—Sí, Becca —dijo despacio—. Sé que parece una locura, que quizá estamos apresurando las cosas, pero es lo que siento. Nunca

antes había estado tan seguro de algo.

El nudo en mi garganta se aprieta y siento que mis ojos se humedecen, pero también siento una calma inmensa. Porque no es solo una propuesta cualquiera; es la certeza de que con Ethan quiero construir una vida entera.

—¿Alguien más sabe? —pregunto, buscando entender si este momento era solo nuestro o si alguien había sido testigo.

Él sonríe con un dejo de complicidad.

—Solo Asher. Hablé con él el otro día. Fue la conversación que necesitaba para ordenar mis pensamientos y entender que no quería esperar más.

Un calor dulce me invade el pecho. Saber que había compartido ese pensamiento con alguien que también nos quiere me hizo sentir más segura, como si nos estuvieran acompañando aunque no estuvieran ahí físicamente.

—Estoy realmente emocionada —confieso, como si ponerlo en palabras me ayudara a hacer tangible lo que sentía—. Es más que una promesa, más que un "sí" o un "no". Es la sensación de encontrar el lugar donde siempre quise estar.

Ethan toma mi mano con delicadeza, y su tacto es una caricia que me ancla a la realidad y al mismo tiempo me eleva.

—No espero que todo sea perfecto —dice, mirándome a los ojos —. No quiero que sientas que tenemos que hacer esto rápido o como en las películas. Quiero que sea a nuestro ritmo, con la verdad que hay entre nosotros.

Me siento llena de paz y emoción. En el silencio que siguió, escuchamos juntos el latido del bosque, el murmullo del viento y el suspiro profundo de la naturaleza. Era un instante sagrado, solo para nosotros.

De repente, sin pensarlo, decimos al mismo tiempo:

—¿Y si lo hacemos ahora?

Reímos, sorprendidos de la sincronía.

—¿Si nos animamos a esta locura juntos? —pregunta Ethan con una sonrisa traviesa.

Su cercanía me envuelve, y siento su respiración contra mi piel, su mano apretando la mía con firmeza.

—¿Por qué esperar? —le susurro—. Siento que contigo puedo atreverme a todo.

Su respuesta fue un beso suave y eterno, ese beso que habla sin palabras, que promete un camino a recorrer juntos.

En ese momento entendí que no había nada que temer. Que el amor que nos unía era más fuerte que cualquier miedo o duda.

—Vamos a hacerlo —digo, con el corazón desbordado—. Quiero vivir esta locura contigo, hoy, mañana y siempre.

CAPÍTULO 55

ANTES

ETHAN

Nunca pensé que pedirle casamiento a mi novia podría ser tan... caótico. Después de esa pedida que, honestamente, todavía me hace sonreír, nos encontramos con un "pequeño" problema: no teníamos ni una sola prenda decente para un casamiento.

Estábamos ahí, en medio del bosque, con el cansancio de días intensos, sin ningún plan concreto para la boda. Yo seguía con mi camisa arrugada y los jeans viejos, ella con la chaqueta que había usado para protegerse del frío. Ni hablar de mi familia, que no sabían absolutamente nada. ¿Cómo les diría la próxima vez que nos viéramos que estábamos casados? Mis padres ni siquiera conocían a Becca. La idea me pesaba, aunque intentaba no darle vueltas.

Me preocupaba Grace, especialmente. La imaginaba con esa mirada severa que pone cuando las cosas se salen de su control, y seguro me iba a retar por "dejarla fuera del plan".

Por otro lado, sabía que Asher entendía. Él era el único que sabía de esta locura y me había dado su bendición. Eso me calmaba un poco, aunque la culpa seguía ahí.

Becca también estaba callada en ese sentido. La notaba pensativa, y sabía que la idea de no contarle a Mia la perturbaba más que a mí. "Pero lo va a entender", se decía a sí misma con esa firmeza que siempre tiene cuando quiere convencerse de algo.

Decidimos que no podíamos esperar más. La emoción nos había empujado a hacer esto de inmediato, y por suerte el bosque tenía sus propios secretos. Con la ayuda de nuestros teléfonos y el bendito internet, comenzamos a buscar algún lugar para sellar nuestro compromiso, un sitio que tuviera sentido para nosotros, aunque fuera pequeño o poco convencional.

Después de varios intentos, entre risas, pasos en falso y bromas sobre cómo terminaríamos casándonos en un árbol, encontramos una capilla. No era un lugar grande ni elegante, más bien parecía sacada de un cuento perdido en el tiempo. Un edificio pequeño, cubierto de flores silvestres, con una puerta de madera que parecía haber soportado siglos de historia.

Al entrar, un aroma a madera antigua y velas nos envolvió. El lugar estaba vacío, silencioso, como esperando. De repente, apareció ella: la oficiante. Una mujer de sonrisa cálida y ojos que brillaban con una mezcla de sabiduría y picardía.

Luego de contarle un poco sobre nosotros y lo que buscábamos, muy amablemente nos dijo.

—¿Se animan a hacerlo aquí, ahora? —nos preguntó con esa voz que no dejaba lugar a dudas—. No necesitamos nada más que su amor y sus ganas.

Nos miramos, y sin dudarlo, le dijimos que sí.

Comenzamos a preparar la ceremonia improvisada. La mujer nos hizo sentar y, entre bromas y preguntas raras, fue hilvanando un ritual simple pero profundo. No teníamos ni idea de qué decir, ni cómo actuar, ni siquiera en qué pie ponernos primero. Pero eso no importaba.

Mientras la ceremonia comenzaba, sentí un nudo en la garganta. Ahí estábamos, sin protocolo ni invitados, solo nosotros dos, la mujer que oficiaba la ceremonia, y una chica joven —su nieta, según nos contó— que la ayudaba en la capilla y que también firmaría como testigo, junto con ella.

Por un momento, pensé en muchas cosas, en las preguntas que vendrían, en las posibles discusiones y en las miradas desconcertadas. Pero la mirada de Becca a mi lado me devolvió a la certeza: esto era real, esto era lo que queríamos.

La ceremonia seguía su curso, pero antes de que se volviera solemne, me incliné hacia Becca y le susurré:

—¿Va así o al revés?

Ella se encogió de hombros, conteniendo la risa.

Ese gesto, tan nuestro, aflojó la tensión del momento.

Unos segundos después, ya sin tanta vergüenza, levanté la vista y pregunté en voz alta:

—¿Este va en el dedo que escribo o en el otro?

La oficiante rio con nosotros.

—¡Eso no importa! —dijo—. Lo que importa es la intención con la que lo colocan.

Y ahí, en medio de ese caos adorable, sentí que estábamos exactamente donde debíamos estar.

Mientras la oficiante nos guiaba, yo no podía dejar de pensar en lo surrealista que era todo. Allí estábamos, a punto de casarnos en una capillita perdida en el bosque, sin invitados, sin ropa especial, sin planificación, solo con las ganas desbordadas de un "nosotros para siempre".

La mujer, que se llamaba Helen, tenía un humor que nos ayudó a bajar la tensión.

—Miren, si esto fuera por protocolo —dijo con una sonrisa—, ya estarían perdidos. Pero como es por amor, lo importante es que no se olviden de decir "sí, quiero" antes de que yo los envíe al bar.

Me río, y Becca también. Esa broma nos libera de la presión que sentimos durante todo ese tiempo.

Durante la preparación, Helen nos preguntó cómo nos conocimos, qué nos había unido y qué nos hacía diferentes. Eso nos llevó a un intercambio espontáneo de anécdotas.

Entre risas, Becca me mira con ese brillo en los ojos que hace que todo el mundo desaparezca.

Entonces viene el momento en que la oficiante nos preguntó si queríamos intercambiar votos, y ahí sentí el corazón latiendo como loco.

No habíamos preparado nada. Yo intenté recordar algo que había leído en alguna película, pero nada sonaba auténtico.

—Becca —empecé, con la voz un poco quebrada—, sé que esto es una locura, y que probablemente nunca imaginaste que tu boda fuera así, sin glamour ni invitados, pero te prometo que cada día será una aventura conmigo, y que te voy a cuidar, respetar y amar sin condiciones.

Ella me sonrió, con lágrimas asomando, y respiró hondo antes de hablar:

—Yo tampoco pensé que sería así —dijo, con esa voz suave que siempre usa cuando se está conteniendo—. Pero si hay algo que aprendí contigo es que las mejores cosas pasan cuando dejamos de seguir el plan. No necesito flores, ni un vestido blanco, ni una sala llena de gente. Te necesito a ti. Y te elijo hoy, mañana y todos los días, aunque tengamos que dormir en una carpa o comer fideos instantáneos por semanas.

Nos miramos fijamente.

—Y sí —agregó Helen con picardía—, aquí la ropa no importa, ¡pero el amor sí!

Pensé en cuánto deseaba contarles a nuestras familias, cómo les explicaría que esto no fue un impulso sino la culminación de todo lo que sentimos y construimos.

Después de todo, esta locura también es un acto de valentía.

Al terminar, mientras Helen nos guiaba para los pasos finales, me di cuenta de que Becca estaba abrazándome, con la cabeza apoyada en mi pecho, y sentí esa certeza profunda: no importa dónde estemos, ni qué falte, con ella todo es perfecto.

CAPÍTULO 56

ANTES

BECCA

Salimos de la capilla con el corazón latiendo tan fuerte que sentía que me iba a explotar el pecho. Era una mezcla rara entre felicidad pura y nervios que me revolvían el estómago. Ethan seguía tomándome la mano con esa seguridad que me hacía sentir protegida, como si el mundo fuera no importara.

Mientras caminábamos por el pequeño sendero de piedras, me di cuenta de que el sol ya comenzaba a caer, tiñendo el cielo de un naranja suave que hacía que todo se viera aún más mágico, como si el universo mismo nos estuviera bendiciendo.

De repente, Ethan se detuvo, me miró con esos ojos brillantes y me sonrió con una mezcla de picardía y ternura.

—¿Sabes qué? —me dijo—. Creo que esto merece un final a lo grande.

Yo lo miré con una ceja levantada, sin saber qué venía a continuación.

Antes de que pudiera decir nada, me levantó en brazos con una fuerza suave, sosteniéndome cerca, y sentí su calor envolverme. El mundo a nuestro alrededor pareció ralentizarse.

—¡Ethan! —exclamé, entre risas nerviosas—. ¡Me vas a matar de vergüenza!

Él se rio y me apretó un poco más contra su pecho.

—¿Y qué si me encanta hacerte sonrojar? —me susurró—. Además, quiero que todos sepan que eres mi esposa.

Sentí que mis mejillas se incendiaban más y quise esconderme, pero no pude evitar sonreír. Mientras caminábamos así, algunos turistas que nos vieron se quedaron sorprendidos y hasta sacaron fotos. Me di cuenta de que quizás estábamos haciendo el ridículo, pero esa sensación no me importaba en lo más mínimo.

Una pareja que estaba cerca se acercó tímidamente y nos preguntó si queríamos que nos tomaran algunas fotos.

—¿Por qué no? —dijo Ethan, con su sonrisa de siempre.

Así que allí estábamos, entre risas y poses improvisadas, haciendo lo que se podía para que la cámara capturara no solo nuestra cara, sino todo lo que estaba pasando entre nosotros.

Él me llevó a hacer la pose clásica de novio que carga a la novia, y me sentí tan tonta y feliz al mismo tiempo que me reí sin poder parar.

—¿Por qué no me dijiste que tenías tanta fuerza? —le pregunté entre risas, abrazándolo fuerte.

—Ah, eso es porque quiero que te quedes así para siempre —me contestó, mirándome como si fuera el único tesoro en el mundo.

Luego, Helen, que había sido un amor total, apareció con la cámara para hacerse unas selfies con nosotros. Nos dijo que rara vez veía parejas tan espontáneas y enamoradas y eso me hizo sentir que estábamos haciendo algo muy real, muy nuestro, a pesar de que todo fuera un poco improvisado.

Mientras regresábamos por el sendero, Ethan se puso un poco más serio y su sonrisa bajó un poco.

—Tengo que confesarte algo —me dijo con la voz baja—. Me siento un poco mal por no haberle contado a mi familia todavía. Sobre todo a Grace, sé que me va a querer matar cuando se entere. Y también me preocupa cómo se lo va a tomar Mia.

Le apreté la mano, entendiendo perfectamente ese peso en su pecho.

—A mí me pasa igual —respondí, con sinceridad—. Por Mia y porque siento que esto es tan importante... pero sé que nos van a

entender. El amor que tenemos no es algo que se pueda esconder, y tampoco queremos.

Nos quedamos en silencio, mirándonos, sintiendo ese vínculo tan fuerte que nos une.

Entonces, para aliviar un poco la tensión, Ethan me miró con ese brillo travieso en los ojos y dijo:

—¿Sabes qué? Cuando se enojen conmigo, tú serás mi escudo, ¿vale?

Reí y le di un codazo suave.

—Claro que sí. Equipo para siempre.

El sol bajaba cada vez más, y mientras caminábamos con las manos entrelazadas, sentí que estábamos empezando algo que no solo era un cambio en nuestra vida, sino el inicio de un viaje juntos, con todo lo bueno y lo complicado que eso implicara.

Pensé en todas las veces que habíamos soñado con esto, en las charlas interminables sobre el futuro, y en cómo ninguna palabra, ninguna promesa, podría explicar del todo lo que sentíamos en ese momento.

CAPÍTULO 57

ANTES

ETHAN

¿Realmente lo de ayer fue real? Me tiemblan las manos al recordar cada detalle. Estamos casados.

ESTAMOS CASADOS.

¡Dios! Que alguien me despierte de este sueño. No, mentira. Que no me despierten jamás.

Miro a Becca mientras se despierta a mi lado. Su cabello enmarañado esparcido por la almohada. Y esa sonrisa… es la misma de alguien que acaba de vivir un sueño. ¿Lo será? ¿Todo esto será un sueño?

—Buen día, marido.

—Buen día, esposa.

Nos reímos, como si fuéramos adolescentes atrapados en un momento que ni siquiera nos creemos.

—¿Tú te lo crees? Porque yo aún no.

—No, yo tampoco. Pero qué emoción, ¿no? Qué felicidad que esto sea real.

—Mi madre va a matarme —le digo, aunque me río, pero sé que es la pura verdad.

—Si a ti te va a matar, a mí me va a colgar de un puente sin dudarlo.

Reímos, pero por dentro sé que tengo un miedo enorme a enfrentar lo que vendrá. Sé que soy adulto, que soy capaz de tomar

mis propias decisiones, pero acabo de casarme. Esto no es algo pequeño. Ellos realmente van a enloquecer.

A través de la ventana, veo cómo la nieve cae lentamente, cubriendo todo con una capa blanca. Cuando elegimos este lugar, soñábamos con que pasara esto. ¿Y justo ahora que tenemos que irnos?

Becca observa la ventana, sus ojos reflejan la misma tristeza que siento.

—No te preocupes. Volveremos muchas veces, te lo prometo. Este será nuestro lugar, nuestra segunda casa.

—Es un hecho —dice, con una sonrisa que ilumina su rostro.

Estos días juntos fueron más de lo que imaginé. Más de lo que soñé. Estoy feliz. Y tan emocionado de pensar en lo que nos espera. Pero por ahora, tengo que aterrizar, tengo que prepararme. Mañana es lunes. El trabajo me espera, y ese proyecto tan importante para mi carrera, está a punto de llegar a su fin.

Bajo a la planta baja. La chimenea sigue ardiendo con restos de fuego, la misma que nos calentó cuando nos entregamos ayer al calor de ese instante sobre las mantas. Me quedo unos segundos allí, reviviendo ese momento.

Becca sigue en el baño, así que empiezo a limpiar. Lavo los platos, guardo los utensilios y barro el suelo.

—Cariño, empezaré a llevar las cosas al auto.

—¡Claro! —me responde, desde el baño, con la ducha todavía sonando.

Cuando salgo, el aire helado me golpea como un martillo. No sé qué temperatura hace, pero no importa. El frío ya me está calando los huesos. La nieve cubre el capó del auto. Todo está envuelto en un manto blanco. Increíble. Nunca vi tanta nieve junta.

Me aseguro de que todo esté en orden en la cabaña y subo a la habitación. Cuando entro, Becca está en toalla, aplicándose crema. Mi cuerpo reacciona al instante, pero sé que esto tiene que esperar.

—No, no, no. Nada de eso. Tenemos que irnos.

Becca me mira, y puedo ver la picardía en sus ojos.

—Pero qué aburrida eres. No sabía que cuando firmé un contrato contigo, aceptaba que te volvieras tan seria.

—¡Ethan! —me reprende, aunque su risa no lo hace sonar tan grave.

—Te amo. —La beso, sin poder evitarlo.

—Y yo a ti.

—¿Todo listo?

—Sí, solo me pongo la ropa y ya estoy. ¿Quieres que maneje yo? Sé que prefieres hacerlo tú, pero mañana es un día importante para ti, y podrías aprovechar para dormir un rato durante el viaje.

—¿Estás segura?

—Completamente.

La beso una vez más antes de bajar las escaleras.

Echando un vistazo rápido a la cabaña, me aseguro de que todo esté en orden. Salgo al auto, me siento en el asiento del copiloto y reviso mi teléfono. Asher, Nora, y muchos correos laborales me esperan. Decido solo responderle a ellos con un simple "Ya estamos por volver" y dejo los correos para mañana.

Becca sube al auto, y su gorro violeta hace que se vea como una niña. Me río al verla.

—Tu ríete, pero en cuanto tus orejas se congelen, querrás tener uno como este.

Busco música en la radio, algo tranquilo pero no demasiado. La carretera está cubierta de nieve, y un nudo en el estómago me avisa que tal vez deberíamos esperar. Pero la nieve no parece tener intenciones de detenerse.

El aire frío se siente más denso de lo que debería. No me gusta. Algo en mi pecho me dice que no deberíamos seguir, que deberíamos esperar a que pare de nevar. Pero no lo hacemos.

Sigo mirando por la ventana del auto mientras la nieve golpea el cristal, acumulándose rápidamente. El paisaje parece un cuadro en blanco y gris, pero algo en mi estómago me dice que esto no es solo belleza. Hay algo ominoso en el aire. No puedo dejar de mirar la carretera que se va tornando cada vez más resbaladiza, cubierta de hielo, como si la misma naturaleza estuviera advirtiéndonos que este viaje no debería continuar.

—¿Estás seguro de que está bien manejar así? —pregunta Becca, con un tono que no logro identificar del todo. ¿Preocupación?

¿Inseguridad? Quizás las dos.

Miro la carretera y luego el horizonte, que se pierde en la tormenta blanca.

—Lo mejor será continuar ahora. No va a mejorar, y al menos así evitamos quedarnos atrapados en medio de la nada.

Pero, a medida que avanzamos, noto que el coche empieza a deslizarse un poco más de lo que debería. Me aferro al asiento con más fuerza, sin querer preocupar a Becca de mi temor, pero la tracción del coche se va desvaneciendo. Ya no es una simple capa de nieve: el hielo parece tomar el control.

El estómago me da un vuelco. No, no estamos preparados para esto.

—Becca... —la llamo en voz baja, como si al pronunciar su nombre pudiera hacer desaparecer la inquietud que empieza a envolverme. Ella voltea hacia mí y me lanza una mirada llena de incertidumbre.

Mi corazón late más rápido, no por el miedo a lo que podría pasar, sino porque ya lo siento en el aire. La tormenta está tomando fuerza, la ruta está cada vez más peligrosa. La nieve cae sin cesar, y no es como esas suaves nevadas que hacen que todo se vea hermoso y mágico. Esta es implacable, voraz, y parece querer tragarse todo a su paso.

Becca agarra el volante con ambas manos, como si intentara dominar la situación. La veo completamente tensa, y por un segundo, nuestras miradas se cruzan. Un silencio pesado llena el auto. En ese instante, sé que ambos sentimos lo mismo: estamos al borde de algo que no podemos controlar.

—Ethan, no me gusta esto —dice, sus palabras se pierden entre el sonido de la tormenta.

Me cuesta tragar. La nieve, el hielo, la carretera... todo se ha vuelto una amenaza. El auto comienza a patinar un poco más. La rueda resbala sobre el hielo. Becca toma una respiración profunda y se aferra con más fuerza al volante, intentando mantener el control.

—¿Por qué no paramos? —digo, la voz quebrada por la ansiedad que ya siento apoderándose de mí. Pero ya es tarde para arrepentirse.

Justo en ese momento, el coche comienza a deslizarse más rápido. El sonido de los neumáticos chirriando sobre el hielo me hace saltar. Veo que Beca intenta frenar, pero es inútil.

La carretera ya no es más un camino seguro, es solo un tramo peligroso que se deshace bajo nuestros pies. Un giro brusco, el coche derrapando. En ese breve instante, miro a Becca. Nuestros ojos se encuentran. El miedo se refleja en su rostro, y sé que siente lo mismo que yo. Estamos a punto de perder el control.

Una fracción de segundo antes del impacto, todo se vuelve una masa blanca. El aire se vuelve denso, los cristales del auto se cubren de nieve, el sonido del motor ya no es lo que escucho. Solo el ruido ensordecedor de la tormenta.

Y es ahí, cuando el mundo parece detenerse.

CAPÍTULO 58

ANTES

BECCA

El coche patina, girando sin control. Todo sucede tan rápido que no puedo procesarlo. Observo a Ethan por un instante, y en sus ojos veo el mismo pánico que siento. Nos miramos. El miedo se refleja en su rostro, y sé que él también lo sabe: no vamos a salir de esto ilesos.

Un ruido ensordecedor, como si el auto se estuviera desgarrando, se mezcla con el crujido de los vidrios. Todo vibra, tiembla. El coche gira, da vueltas como un trompo fuera de control. No hay tiempo para pensar, solo para sentir: el cuerpo tenso, el miedo subiendo por la garganta, la certeza de que el golpe está a punto de llegar.

El pitido agudo atraviesa mis oídos, rompiendo el silencio con un estallido, como si el aire estuviera hecho de vidrio. Todo a mi alrededor se mueve en cámara lenta: el parpadeo de las luces y las sombras estirándose, deformándose. Algo me oprime el pecho, pero no puedo identificar qué es. Mis manos tiemblan y el dolor late en todo mi cuerpo. Nada tiene sentido.

Escucho un eco de bocinas que parece venir de otro mundo. Al principio son solo murmullos, como si estuviera sumergida en agua profunda, pero pronto ese zumbido se hace más nítido, más urgente. Mi cabeza late con fuerza mientras intento concentrarme. Tengo destellos de recuerdos, imágenes borrosas de algo que acaba

de suceder... ¿o está por pasar? Aunque intento ordenar mi cabeza, todo sigue siendo un borrón de ruido y movimiento.

Siento que algo me aprieta, inmovilizando mi pecho. Quiero gritar, pero la garganta se me cierra. Mi cuerpo giraba, lo sé, lo sentí. Unos segundos interminables de vueltas. Pero ahora estoy quieta. Todo a mi alrededor parece suspendido en el tiempo.

De repente, un tirón agudo en el pecho me hace recuperar parcialmente la conciencia. La presión se intensifica, pero esta vez sé que no estoy sola. La imagen de Ethan parpadea en mi mente: su rostro, el miedo, la confusión, la misma desesperación que yo también sentí. El aire se vuelve denso, pegajoso, y comprendo que hay algo de lo que no puedo escapar, algo que me retiene aquí, en este limbo.

Entonces, el sonido de las sirenas atraviesa la distancia como un zumbido sordo, lejano. Las luces rojas y azules destellan sobre los restos del auto, pero mi vista ya no las capta bien. Hay sangre —la huelo, la siento espesa en mi lengua— y un peso en el pecho que me impide respirar del todo.

El cuerpo no me responde. Solo hay fragmentos: el ardor en una pierna, un zumbido en el oído, el crujido de algo roto. Y el miedo. Ese miedo frío y seco que no grita, pero se queda, mordiéndome por dentro.

Cierro los ojos. El pitido continúa, insistente, pero lo que más se siente es la inmovilidad. Como si algo me hubiera desconectado del mundo. No sé si estoy viva o si esto es lo último. Pero algo se quebró. Y sé, con una claridad punzante, que no hay regreso a lo que había antes de este instante.

CAPÍTULO 59

AHORA

BECCA

La discusión de ayer sigue retumbando en mi cabeza, como un eco que no desaparece. Estoy completamente agotada. Adolorida. La sensación de pesar me consume. No solo porque no pude dormir, sino porque lo que sucedió no es algo que pueda borrar fácilmente de mi memoria. Las palabras de Lauren, las mías... todo me carcome, me ahoga. Cada intento por cerrar los ojos se convierte en una tortura. Me despierto una y otra vez, y cada vez es como si estuviera atrapada en una pesadilla que no quiero vivir.

Mis ojos están hinchados, rojos, y el dolor en mi cabeza es constante. Al mirar el teléfono, me doy cuenta de que son las cinco de la madrugada. Un frío recorriendo mi espalda me hace sentir una presión incómoda en el pecho. Algo no está bien.

En ese preciso momento, el doctor Lawrence aparece en la puerta de la habitación de Ethan. La expresión en su rostro no puede ser más inquietante. Sus ojos, normalmente tranquilos y serenos, están llenos de una preocupación tan palpable que me hace estremecer.

—Becca... —me dice en voz baja, apenas un susurro. Pero esa palabra, dicha de esa manera, me hace temer lo peor—. Necesito hablar contigo. Es urgente. Pero no aquí. Junto a tu familia.

La mención de "tu familia" me hace dar un paso atrás. ¿Qué significa eso? Mis piernas tiemblan, y el aire se vuelve espeso, como

si no pudiera respirar. La angustia me invade mientras repito las palabras del doctor en mi mente: junto a tu familia. ¿Qué ha sucedido? ¿Es Ethan? ¿Ha empeorado su situación?

Mi corazón late desbocado. Un sudor frío recorre mi frente. Intento hablar, pero la garganta se me cierra. Me cuesta mucho respirar. Sin embargo, antes de salir de la habitación, tomo la mano de Ethan con fuerza. Aún está allí, tan frágil, tan vulnerable. No sé cuánto más podré soportar esto, cuánto más podré ver cómo se desmorona. La sensación de impotencia me está consumiendo.

Cruzo la puerta. En el pasillo, encuentro a Lauren y Dylan. Sus caras son un reflejo de lo que siento: agotamiento, miedo, y una creciente angustia. Pero lo que me paraliza es la falta de miradas. Ninguno de ellos me dirige la vista. La indiferencia. La desconfianza. El dolor. Y en medio de todo eso, Nora me lanza una pequeña sonrisa, una que intenta ser tranquilizadora, pero que se siente vacía.

—¿Qué sucede, doctor? —pregunta Lauren, su voz dura, pero rasgada por la fatiga. La rabia también se asoma en su tono. La situación ya no es solo sobre Ethan; es algo mucho más grande que nos está ahogando a todos.

El doctor Lawrence se detiene un momento, y veo cómo su garganta sube y baja antes de hablar, como si estuviera tragándose una verdad insoportable.

—Señora Carter, la situación es... —Hace una pausa. No puedo entender qué está tratando de decirme. Pero no hay tiempo para dudas. El sudor recorre mis palmas, el aire parece volverse más espeso—. Necesito ser claro. Esto es sobre su… situación legal.

¿Situación legal? Me siento como si me hubieran lanzado un balde de agua fría. Algo en su tono cambia. Algo que me hace saber que esto no es trivial. Algo se quiebra en mi interior.

—¿De qué habla, doctor? —Mi voz tiembla, y el miedo se apodera de mí.

—Lo que quiero decir es que, legalmente, al estar casada con Ethan, usted tiene la potestad sobre lo que suceda con él.

El silencio cae con un peso insoportable. Parpadeo, sin entender del todo. Las palabras resuenan, pero mi cerebro tarda en atarlas a

algo real.

—Usted tiene el poder de decidir si continúa con el tratamiento... o si desea interrumpirlo. Esa decisión depende de usted.

Mis piernas flaquean. Siento que el piso se corre bajo mis pies.

¿Casada?

Por un instante, todo lo que me rodea se apaga. Me cuesta respirar. No por la noticia, sino por el recordatorio brutal de lo que habíamos hecho. De lo que fuimos.

—Pero… —susurro— pensaba que no era válido aún. Que faltaban los papeles.

—Al parecer, la validación oficial llegó hace unos días. Se demoró más de lo habitual por cuestiones de registro, pero ya está asentado.

Me llevo una mano al pecho. La presión es insoportable.

¿Cómo pude olvidarlo?

No por falta de amor, sino por todo lo que pasó. Por el accidente, por el hospital, por ver a Ethan así. Toda mi realidad se volvió un caos. Y esa boda, ese momento tan nuestro, quedó sepultado bajo la urgencia de sobrevivir.

La palabra "casada" ahora no suena dulce. Suena como una sentencia.

Yo tengo que decidir.

Yo.

Miro a Nora. Sus ojos, enrojecidos, me buscan. Hay algo en su mirada —¿pena? ¿entendimiento? ¿esperanza?— que me perfora. Ella sabía que esto podía pasar. Ella entiende lo que implica.

Y yo... yo no estaba lista para recordarlo así.

—Becca... —La voz de Lauren corta el aire. Ella está destrozada. Se acerca a mí, pero su rostro está marcado por el dolor. Algo en sus ojos cambia. Se está dando cuenta, igual que yo. Y entonces me lanza una mirada llena de desesperación. Ella también sabe que el peso de la decisión recae sobre mí.

Y de repente, todo se vuelve confuso. Cada respiración es más difícil. ¿Cómo es posible que yo, que nunca tuve control sobre nada de esto, ahora esté aquí, de pie, tomando la decisión que jamás imaginé tener que tomar? La impotencia me invade. Las lágrimas

nublan mi visión, y las palabras, aunque las conozco, no las puedo articular.

—Ethan y yo... —Mi voz se quiebra. Ya no puedo seguir, pero algo dentro de mí me obliga a completar la frase. Algo dentro de mí grita que debo decirlo, que debo asumirlo. Y entonces lo digo, apenas un susurro—: Estamos casados.

Y esas palabras son las que rompen por completo a Lauren. El grito desgarrador que sale de sus labios me perfora el corazón. Nunca imaginé que algo así pudiera doler tanto. La incomprensión, el rencor, la impotencia. Y yo estoy atrapada en el medio. No puedo dar marcha atrás.

—Doctor, por favor... —Me arrodillo, suplicando una respuesta que no tengo. Todo lo que siento ahora es una angustia tan profunda que me resulta imposible respirar.

El doctor Lawrence se inclina hacia mí, y sus palabras son como un peso sobre mis hombros:

—Lo siento, señora Carter. Ahora todo está en sus manos.

El pánico me consume. Mis manos tiemblan. Jamás imaginé que sería yo quien tuviera que decidir. Mi vida, nuestra vida, depende de una decisión que no sé si estoy lista para tomar.

CAPÍTULO 60

AHORA

BECCA

Ahora todo está en sus manos.

Esas seis palabras resuenan en mi cabeza como un eco interminable. He intentado hacer todo lo posible para sacarlas de mi mente, pero son las únicas que se repiten una y otra vez, sin piedad.

Desde que el doctor Lawrence las dijo, mi estómago no ha dejado de revolverse. Me sentí como si la tierra se desmoronara bajo mis pies. Necesité salir de la habitación a toda prisa, corrí hacia el baño y me arrodillé frente al inodoro, vaciando el estómago por la presión que sentía en el pecho. Las náuseas no desaparecen. Es un nudo constante en la garganta que no me deja respirar con normalidad.

Ethan y yo nos casamos. ¿Cómo no lo vi venir? Justo antes del accidente, en medio de nuestro viaje, rodeados de un amor inmenso, pero… en la confusión de lo que pasó, nunca me detuve a pensar en lo que eso significaba. Ahora soy su esposa, y soy yo quien tiene que tomar la decisión más terrible de todas. ¿Qué haré si él nunca despierta? ¿Qué haré si mi amor por él no es suficiente para devolverlo a la vida?

Los gritos de Lauren aún resuenan en mi mente, desgarradores, llenos de rabia y dolor. Me castigó con su enojo, despotricando contra los médicos, contra las enfermeras, contra todos, por no ser capaces de salvar a su hijo. Sé lo que está sintiendo. Ella quiere que

sea él quien esté aquí, no yo. Y yo también lo deseo, con todas mis fuerzas. Si pudiera cambiar de lugar con él, lo haría. No dudaría ni un segundo. Pero la vida no funciona así. La vida te da golpes tan duros que ni siquiera puedes anticipar lo que vendrá.

Cuando finalmente me atrevo a volver a la habitación de Ethan, me encuentro con Nora sentada junto a él. Está tomándole la mano, como si su contacto fuera lo único que la mantiene cuerda. Al oírme entrar, levanta la cabeza lentamente. Sus ojos están enrojecidos, llenos de tristeza, pero cuando me mira, me dedica una sonrisa cargada de una ternura que nunca había visto antes en ella. Es una sonrisa que no espero, pero que necesito tanto.

—Lo siento. No sabía que aún estabas aquí —le digo, mi voz quebrada por el llanto.

Nora me mira con dulzura y, a pesar de su dolor, me sonríe con esa calidez que solo ella sabe transmitir. Hay algo en su mirada, una paz que no entiendo, pero que me reconforta.

—¿Así que ahora puedo decir que oficialmente somos cuñadas? —pregunta con un toque de humor, pero su voz está llena de una emoción que no puedo describir.

Mi respiración se detiene por un momento, pero no puedo evitar sonreír. Pensé que Nora estaría enojada, igual que sus padres, pero no. Ella está aquí, apoyándome, y eso lo cambia todo. Las lágrimas caen una vez más, pero esta vez son diferentes. Son lágrimas de alivio, de rendición, de aceptación.

—Becca, sé que mis padres están enfadados. Y, sinceramente, ya no me importa. Lo que realmente me importa es felicitarte, abrazarte… ¿Puedo hacerlo?

Sin pensarlo, asiento con la cabeza, aunque mi cuerpo se estremece por el dolor. Las lágrimas caen sin cesar, pero esta vez Nora me abraza, y siento que es el consuelo que tanto necesitaba. Un abrazo lleno de amor y de comprensión, sin juicios, sin reproches. Algo en mi interior se suaviza, como si el peso de la decisión que tengo que tomar, al menos por un momento, se desvaneciera.

—Sé que esto no es lo que esperábamos. Ojalá pudiéramos estar celebrando este momento de otra manera, con Ethan aquí, con

Grace… Pero, bueno, esto es lo que nos ha tocado, ¿no? Y aunque no sea fácil, quiero que sepas lo feliz que estoy por ti y por Ethan. Sé cuánto se aman y sé lo que se merecen. Claro, me sorprendió muchísimo, pero esa sorpresa está llena de felicidad. De verdad, no puedo creer que ahora tenga una cuñada. Y Grace… ahora tiene una tía —dice entre sollozos.

Sus palabras me atraviesan como una flecha. Siento que toda mi vida, todo lo que hemos vivido, tiene sentido en este momento. Porque en su dolor, en su sorpresa, en su tristeza, Nora está ahí, dándome su apoyo, incondicionalmente. Y eso es lo que necesito ahora. Su confianza. Su fe en que, a pesar de todo, lo que estamos viviendo también tiene belleza.

La abrazo con fuerza, sin importar las lágrimas, sin importar el dolor. De alguna forma, en este caos, he encontrado algo que se siente bien. Y es su abrazo, su apoyo.

—¿Cómo fue? —pregunta Nora, rompiendo el silencio mientras me separa un poco de ella, mirando mi rostro con una curiosidad llena de compasión—. Me refiero a la boda. ¿Cómo se sintió?

No puedo evitar sonreír entre lágrimas. Mi mente se va rápidamente a ese momento, a ese instante perfecto que ahora parece tan lejano.

—Fue… increíble. Ethan estaba tan feliz. Yo… yo también lo estaba. Lo sentí tan real, tan lleno de amor, de promesas que jamás imaginé que iba a poder cumplir. Fue todo tan perfecto, Nora. Pero ahora… ahora todo se siente tan incierto, tan roto.

Nora me mira con la misma tristeza, pero también con una comprensión profunda. Es como si ella entendiera que el amor que viví con Ethan no se ha ido, pero que la vida nos está obligando a enfrentar algo más grande que nuestra voluntad.

—Lo sé, Becca —dice, poniendo una mano en mi hombro, apretándola con firmeza—. Lo sé. Y quiero que sepas algo muy importante. Lo que tú decidas, lo que sea que sientas que es lo mejor para Ethan, te apoyaré. Siempre. Es una decisión difícil, y nadie te puede decir qué es lo correcto. Pero quiero que sepas que, pase lo que pase, siempre tendrás una cuñada en la cual apoyarte. Y

una amiga. No importa lo que decidas. No importa lo que suceda. Yo estaré aquí.

Esas palabras de Nora, me rompen por completo. ¿Cómo puede estar tan segura de lo que está diciendo? ¿Cómo puede darme su apoyo en algo tan devastador? Pero lo hace. Y en ese instante, siento que no estoy sola. Aunque el dolor sigue ahí, aunque la incertidumbre me consume, sé que no estoy sola.

—Gracias —le susurro, casi sin poder hablar. Y en sus ojos veo una promesa. Una promesa de que, pase lo que pase, Nora estará ahí para mí.

El mundo sigue girando, pero en este pequeño rincón de dolor, de confusión y de lágrimas, tengo un refugio. Y es Nora.

CAPÍTULO 61

AHORA

BECCA

El pasillo del hospital es largo, interminable. Las luces frías de los tubos fluorescentes parpadean por encima de mí, como si intentaran llamar mi atención, pero no puedo verlas. Mis ojos están fijos en el suelo, arrastrando mis pasos de un lado a otro. No sé cuánto tiempo he estado aquí, vagando en este mismo lugar. Las enfermeras me han visto pasar tantas veces que ya ni me miran. He dejado de contar los minutos, las horas, las respiraciones que he tomado.

La decisión está ante mí, y no sé cómo tomarla.

Desconectar.

Esa palabra me persigue como un peso muerto. No es un término médico, no es un procedimiento clínico. Es la palabra que decidirá el futuro de Ethan. Y, sin embargo, también podría ser la palabra que termine con todo lo que hemos sido juntos.

La presión en mi pecho es insoportable. Cada vez que cierro los ojos, lo veo, a él. Lo veo sonriendo, con su risa contagiosa, ese brillo en sus ojos que me hacía sentir como si el mundo fuera nuestro. Veo cómo me mira, cómo me toma de la mano, cómo me promete que juntos vamos a superar cualquier obstáculo.

¿Cómo es posible que esté aquí ahora, postrado en una cama de hospital, dependiente de una máquina para seguir respirando? ¿Cómo puede ser que el futuro que imaginamos juntos esté

suspendido en una frágil cuerda, esperando que yo decida si la cortamos o si seguimos caminando sobre ella?

Mi mente no para. Los recuerdos de nuestro viaje se atropellan entre sí. Ethan y yo, tomados de la mano, mirando al futuro con esperanza. Jamás imaginé que el destino nos jugaría una jugada tan cruel. Nos casamos por amor, por todo lo que compartíamos, pero ahora todo eso parece estar desmoronándose ante mis ojos. No puedo dejar de pensar en cómo me sentí ese día, en lo feliz que estaba.

¿Cómo pude ser tan ingenua? Todo lo que hemos vivido ahora se siente como un sueño que se desvanece con el primer rayo de sol.

Y ahora, aquí estoy, en este maldito pasillo, enfrentando una decisión que no sé cómo tomar. La máquina que mantiene a Ethan con vida sigue pitando con monotonía, cada sonido es un recordatorio de que el tiempo sigue pasando y de que yo debo hacer algo. Pero ¿qué?

Mi corazón me grita que lo deje ir, que lo libere del sufrimiento. Pero mi alma se resiste. Cada parte de mí se niega a aceptar que esa es la realidad. ¿Y si me estoy equivocando? ¿Y si hay una posibilidad de que despierte? ¿Y si por no tomar la decisión correcta le estoy arrebatando la oportunidad de volver a vivir?

Me acerco a la ventana del hospital y miro hacia fuera. Es un día gris, las nubes cubren el cielo y el aire parece cargado. El frío me cala los huesos, pero no me importa. Los árboles, que en algún momento debieron estar llenos de hojas verdes, ahora lucen desnudos, como si la vida misma hubiera dejado de existir aquí. Y, sin embargo, la vida sigue, aunque yo no pueda sentirla.

¿Es esto lo que me está pasando a mí? ¿Una vida que ya no late, pero que sigue esperando que alguien la despierte?

No sé cuánto tiempo he estado parada ahí. Solo sé que mis piernas tiemblan y mis ojos están secos, aunque el dolor sigue apoderándose de mí. Me siento vacía. Sin dirección. Sin esperanza.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo. Lo saco, esperando ver una notificación cualquiera, algo que me distraiga, que me saque de este espacio donde el tiempo se detiene.

Mia
Becca, sé que no estás bien. Estoy muy preocupada por ti. Si necesitas hablar, por favor, házmelo saber. No estás sola en esto, lo prometo.

Las palabras de Mia me llegan como un recordatorio de que ella sigue estando para mí, no importa lo que pase. Ella ha sido mi mejor amiga durante años, siempre ha estado allí, y sé que lo sigue estando ahora. Pero el peso que llevo encima es tan grande que ni ella, ni nadie, parece capaz de aliviarlo.

Guardo el teléfono sin responder. No sé qué decir. ¿Cómo le explico a Mia, que siempre ha sido tan optimista, tan llena de vida, lo que siento ahora? ¿Cómo le explico que la vida me está aplastando y que no sé si quiero seguir?

De repente, escucho pasos detrás de mí. Son pasos firmes, conocidos. Me giro, y ahí está Asher. Está más serio que nunca, pero en sus ojos veo una mezcla de dolor y preocupación, algo que también comparto. No hablamos mucho desde el accidente, pero sé que él también está destrozado por todo lo que ha pasado.

—¿Cómo estás? —pregunta, su voz grave, como si no estuviera seguro de qué esperar de mí.

—¿Cómo voy a estar? —le respondo, y las lágrimas finalmente se me escapan, sin poder contenerlas—. Estoy aquí, en este lugar horrible, y tengo que decidir sobre la vida de Ethan, y no sé qué hacer. No sé si estoy matándolo o si lo estoy salvando. ¿Cómo tomas una decisión así?

Asher da un paso hacia mí, como si quisiera abrazarme, pero se detiene en el último momento, respetando mi espacio.

—Lo sé —dice en voz baja, casi como un susurro—. Lo sé. Es lo más jodido del mundo. Pero lo único que puedo decirte es que, sea lo que sea que decidas, él te amará. Yo te apoyo en lo que decidas. No importa cuánto duela. Y no estás sola en esto, Becca. No lo estás.

Esas palabras me atraviesan, y por un segundo siento que las fuerzas se me van.

Asher no está aquí para juzgarme. No está aquí para darme consejos vacíos. Solo está aquí para decirme que, pase lo que pase, él estará a mi lado. Como un amigo. Como alguien que también ama a Ethan.

—No quiero perderlo —digo con voz temblorosa—. Pero ¿y si me estoy equivocando? ¿Y si le estoy haciendo daño?

—No lo sé, Becca. Pero lo que no puedes hacer es seguir sufriendo sin hacer nada. Ethan lo sabe. Él te quiere ver feliz. No lo olvides.

Asher se queda en silencio por un momento, como si buscara las palabras correctas. Luego, se acerca un poco más, y con voz firme, agrega:

—Lo que decidas, siempre serás parte de nuestra familia. Siempre serás mi amiga. Y yo... siempre estaré aquí. Para lo que necesites.

No sé qué hacer con esas palabras. Asher me ha ofrecido algo que nadie más me dio: una mano firme, sin expectativas, sin juicios.

Me seco las lágrimas y respiro hondo, mirando a Asher, que me ofrece una sonrisa tímida, pero sincera.

—Gracias —susurro.

Y aunque la decisión sigue pesando sobre mí, aunque sigo sin saber qué hacer, por primera vez siento que puedo respirar un poco más fácil. Que, aunque el futuro es incierto, hay algo de luz en la oscuridad. Tal vez no tenga todas las respuestas ahora, pero en este momento, sé que no estoy sola. No del todo.

CAPÍTULO 62

AHORA

BECCA

La rutina monótona me está consumiendo. Es un ciclo sin fin: dormir en el hospital, ducharme en mi departamento, comer cualquier cosa de las máquinas expendedoras, pasear a Thor. Y volver a empezar. No hay un punto de escape, no hay un desenlace claro. Solo esta espera, esta incertidumbre que se alarga más de lo que mi mente puede soportar.

A veces me pregunto cómo hacen otras familias que atraviesan esto cada día. ¿Cómo evitan perder la cabeza en la angustia? ¿Cómo se aferran a la esperanza cuando cada amanecer se siente igual que el anterior? Quizás la respuesta es que simplemente no lo hacen. Quizás solo aprenden a convivir con el peso de la tristeza.

Cuando entro a la habitación de Ethan, el doctor Lawrence ya está allí, conversando con una de las enfermeras. Sus miradas son una mezcla de profesionalismo y compasión, pero no necesito que nadie me tenga lástima. Estoy harta de esas expresiones de pena, de la manera en que me observan como si ya supieran el final de esta historia.

—¿Hay alguna novedad? —pregunto, con un tono más cortante del que pretendía.

El doctor deja escapar un suspiro, y de inmediato contengo el aire. Ese gesto suyo siempre me pone en alerta, como si estuviera a punto de decir algo que no quiero oír.

—Lo siento, Becca. Todo sigue igual. No ha mejorado, pero tampoco ha empeorado. Está... exactamente como ayer.

Asiento con un leve movimiento, aunque por dentro la respuesta me aplasta. Me acerco a la cama y clavo la mirada en Ethan. Su rostro parece en paz, casi como si estuviera perdido en un sueño del que no sabe volver. Pero sé que, detrás de esa quietud, su cuerpo está librando una guerra muda.

El doctor se despide y sale de la habitación junto con la enfermera, dejándonos a solas. Me siento en la silla de siempre, esa que ya parece tener mi forma grabada en el asiento. Tomo la mano de Ethan entre las mías. Está fría. Demasiado fría.

—Qué guapo te ves hoy —susurro, con una sonrisa triste.

No sé si es una tontería decirle esto, pero es verdad. Ethan es hermoso en cualquier circunstancia. Incluso ahora, incluso así. Es y será el hombre más increíble que he conocido.

Acaricio suavemente su mano con el pulgar, como si eso pudiera devolverle un poco de calidez. Me inclino un poco más hacia él.

—¿Sabes? Por aquí estamos ansiosos de que despiertes. Te extrañamos mucho. Incluso Thor.

Cierro los ojos por un instante, tratando de contener la presión que crece en mi pecho. No quiero que me sienta derrumbándome, pero el nudo en mi garganta es cada vez más grande.

—Los chicos del trabajo también te mandan saludos. Ah, y el lanzamiento de *Eclipse Rising III* ha sido un éxito rotundo. Las descargas rompieron récords. Está en todas partes, en TikTok, en X… Me dieron ganas de jugar, aunque sabes que los videojuegos nunca han sido lo mío.

Fuerzo una pequeña risa, pero mis ojos ya están llenos de lágrimas.

—Ayer vino Asher a verte. Creo que ya lo sabes, porque estoy segura de que pudiste escucharlo. Él también te extraña…
Y, por cierto, está emocionado con la apertura de su nuevo consultorio. Siempre me dijo que te lo debía a ti. Que sin ti, nunca habría tenido el valor de hacerlo.

Hago una pausa y respiro hondo, tratando de armarme de valor antes de decir lo siguiente.

—Ayer tus padres se enteraron de lo nuestro.

Me quedo observando su rostro, esperando algo, cualquier señal. Pero no hay nada.

—Me hubiera gustado que tú tuvieras la oportunidad de contárselo… pero las cosas no salieron como planeábamos.

Mi mano aprieta la suya con más fuerza.

—El doctor Lawrence nos explicó que, al estar casados, ahora tengo la potestad legal sobre ti. Eso significa que… si llega el momento, la decisión de desconectarte sería mía.

La última palabra sale apenas en un susurro. Es la primera vez que lo digo en voz alta, y es como si pronunciarlo lo hiciera más real.

—Tus padres no tomaron bien la noticia. Lo entiendo… pero no puedo evitar sentirme atrapada. No quiero que esa decisión recaiga en mí, Ethan. No quiero ser quien decida tu destino.

El aire pesa en la habitación. La sensación de opresión en mi pecho es insoportable. Las lágrimas empiezan a caer con más fuerza, deslizándose por mi rostro sin control.

—Nora me ha expresado todo su apoyo. Asher también. Pero aun así… no puedo evitar sentirme sola.

Mis palabras se ahogan en el llanto. Me inclino sobre la cama y apoyo la cabeza en su pecho. El sonido de la máquina que regula su respiración es un recordatorio constante de la fragilidad de todo esto.

—Esto duele, Ethan. Me duele de una manera que no puedo explicar. Me siento egoísta por decirlo, porque el que está postrado aquí eres tú. El que está luchando eres tú. Pero, de alguna forma, siento que me estoy muriendo contigo.

Los sollozos sacuden mi cuerpo. Mi mano se aferra con desesperación a la tela de su bata hospitalaria.

—¿Por qué nosotros? ¿Por qué la vida decidió castigarnos así?

El silencio es la única respuesta que recibo.

Me deslizo con cuidado sobre la cama y lo abrazo. Apoyo mi frente contra su cuello y cierro los ojos, tratando de sentirlo más cerca. De memorizar el calor leve que aún emana de su piel, el ritmo pausado de su respiración.

—Por favor, Ethan… vuelve.

Es una súplica muda, una oración al universo.

Y, en lo más profundo de mi corazón, quiero creer que en algún lugar, dentro de su mundo de sombras y sueños, él puede escucharme.

CAPÍTULO 63

AHORA

BECCA

Cuando abro los ojos, la sensación es extraña. Desorientadora. Por unos segundos, no entiendo dónde estoy ni por qué me duele todo el cuerpo. Luego, la realidad me golpea con la fuerza de una ola helada. Sigo en el hospital. Sigo apoyada en la camilla de Ethan.

Parpadeo lentamente, tratando de ubicarme en el tiempo y el espacio. La luz tenue del cuarto me dice que aún es de madrugada, aunque no tengo idea de la hora exacta. El aire acondicionado zumba suavemente, mezclándose con el incesante pitido de las máquinas que monitorean a Ethan.

Me estiro un poco y lo abrazo nuevamente, buscando un poco de consuelo en el contacto con su piel. Su temperatura sigue siendo fría, y eso me hace sujetarlo un poco más fuerte, como si mi calor pudiera llegar a él de alguna manera, como si pudiera atravesar esa barrera invisible que lo mantiene atrapado en su propio mundo.

Susurro su nombre, apenas un aliento entre mis labios.

—Ethan…

Nada.

Cierro los ojos. No quiero llorar otra vez. No tengo fuerzas para seguir drenando lo poco que me queda dentro.

Unas punzadas de incomodidad recorren mi cuerpo. Necesito ir al baño, pero la idea de alejarme de Ethan me genera culpa. Sin embargo, no me queda opción.

Me levanto con pesadez, sintiendo mis músculos agarrotados por la posición en la que dormí. Salgo de la habitación con pasos lentos, tratando de no hacer ruido, como si eso fuera a despertarlo.

Y ahí está él. Dylan Carter.

La mirada que me dedica es tan afilada que siento que podría cortarme. Pero su silencio es aún peor.

—Hola, señor Carter —digo con timidez, obligándome a ser educada.

No sé por qué lo hago. Sé que él y Lauren me odian. Y no los culpo. Pero yo no soy una persona maleducada, y si hay algo que no voy a hacer es devolverles el desprecio con el que me miran.

Dylan no responde. Apenas me observa, con esos ojos llenos de enojo y dolor. Sé que me culpa por lo que está pasando. Por el estado de Ethan. Por la decisión que ahora pesa sobre mis hombros.

Y yo... yo también me culpo.

Decido aprovechar su visita para alejarme un momento, respirar aire fuera de la habitación y estirar las piernas. Quizás eso me ayude a despejar la mente.

Mi teléfono suena en mi bolsillo. Es Mia.

Dudo antes de atender, pero al final deslizo el dedo sobre la pantalla y llevo el teléfono al oído.

—Amiga. ¡Por fin me atiendes! —Su voz chilla a través del altavoz. Se nota que está preocupada.

—Hola, Mia. Perdóname... Está siendo complicado. Creo que lo sabes.

—Por supuesto que lo entiendo, Bee… Oye, ¿quieres que vaya al hospital? ¿Que salgamos a tomar un café? Tal vez te vendría bien despejarte un poco…

La idea de salir me resulta extraña. Ajena. Como si perteneciera a una vida que ya no es mía. Mia sigue en el mundo real, donde la gente hace planes y toma café. Yo estoy varada en este lugar sin tiempo, entre luces frías y máquinas que no paran de sonar.

No le respondo enseguida. Sé que su oferta nace del amor, de la preocupación. Ha insistido más de una vez en venir al hospital, en quedarse conmigo, incluso sin hablar. Pero siempre se lo impedí. No

porque no la necesite, sino porque no sabría cómo sostenerme frente a ella sin venirme abajo.

Mia suspira al otro lado de la línea.

—Lo siento, Bee. Solo quiero ayudarte. Y no sé cómo hacerlo. No quiero que te pierdas también.

Trago con dificultad. Sus palabras me golpean en el pecho. Ella también está sufriendo. Todos estamos sufriendo.

—Lo sé. Perdóname. Tengo que colgar.

Un silencio denso nos envuelve a ambas.

—Está bien… Volveré a llamarte más tarde. Por favor, cuídate. Y no dudes en pedirme cualquier cosa que necesites.

—Claro. Adiós, Mia.

—Adiós, Bee. Te quiero.

Cuelgo y me quedo mirando la pantalla apagada de mi teléfono. No estoy siendo justa con ella. Pero la situación me supera.

Respiro hondo y me dirijo a la máquina expendedora del hospital. Necesito comer algo, aunque el hambre es inexistente.

Elijo una barrita de cereal y un jugo de naranja. Son solo palabras en un envoltorio. No tienen sabor, no tienen vida.

Cuando regreso a la habitación, Dylan ya se ha ido.

Me siento junto a Ethan y mastico sin ganas. Mis pensamientos se desvían a todo lo que vivimos juntos. A lo felices que fuimos. La manera en que mi vida cambió al conocerlo.

Cierro los ojos y dejo que los recuerdos me inunden. Luego, los abro. Y entonces, sucede.

Un estremecimiento recorre mi cuerpo. Uno de los dedos de Ethan… se ha movido.

Me quedo completamente quieta. ¿Lo vi bien? ¿Fue real?

Un segundo después, mi cuerpo reacciona antes de que mi mente pueda procesarlo. Un grito escapa de mi garganta.

—¡Doctor Lawrence!

Las manos me tiemblan cuando empiezo a presionar todos los botones de llamada de emergencia.

—¡Se movió! ¡Movió los dedos! ¡Lo vi con mis propios ojos!

Mi respiración es caótica, mis pensamientos se agolpan en mi mente en una maraña de confusión y esperanza.

Miro a Ethan fijamente, esperando otra señal. Vamos, amor. Dime que fue real. Y entonces… Sus ojos.

No los abre del todo, pero hay un leve movimiento en sus párpados. Como si estuviera luchando por despertarse, como si algo dentro de él estuviera intentando salir a la superficie.

Lágrimas calientes caen por mis mejillas.

—Ethan… amor, estoy aquí. Te estoy esperando. Todos te estamos esperando…

La puerta se abre de golpe y una enfermera entra apresurada.

—¿Qué sucede?

—¡Se está moviendo! ¡Movió los dedos y los ojos! ¡Por favor, revíselo!

Ella me observa con calma profesional y empieza a revisar los monitores. Conecta cables, revisa sus signos vitales, observa cada detalle con minuciosidad.

Mi corazón late con fuerza y espero.

Y entonces, su expresión cambia.

Mi estómago se hunde.

No. No puede mirarme así.

La puerta se abre de nuevo y el doctor Lawrence entra con rapidez.

—Becca, dime exactamente qué pasó.

Le explico con detalles, cada segundo de lo que vi. Pero a medida que hablo, noto cómo su expresión se vuelve más y más compasiva.

Esa maldita compasión que odio con cada fibra de mi ser.

—Becca…

No.

—Los pacientes en coma pueden tener reflejos involuntarios. Es común. Esto no significa nada. No indica una mejoría ni un cambio en su estado. Lo siento.

El aire abandona mis pulmones.

Mi mente se queda en blanco.

El doctor sigue hablando, diciendo que harán más estudios para asegurarse de que todo esté en orden, pero sus palabras suenan lejanas.

Yo… Yo realmente creí que estaba despertando. Creí que este tormento estaba terminando. Pero no.

Su cuerpo sigue ahí. Su situación sigue siendo la misma. Y cada día que pasa, yo muero un poco más.

CAPÍTULO 64

AHORA

BECCA

El problema de los recuerdos es que nunca se van. No importa cuánto intente ahogarlos en el día a día, en la rutina que finjo seguir, en las conversaciones vacías que tengo con la gente que insiste en que debo "seguir adelante". No importa qué tan lejos intente huir de ellos. Siempre encuentran la manera de volver, de deslizarse en mi mente como sombras que se niegan a desvanecerse.

A veces aparecen apenas abro los ojos, como una sombra adherida al párpado, imposible de apartar. Otras veces, me dan tregua durante unas horas, como si se cansaran de rondarme... pero siempre vuelven. Sin previo aviso. Sin compasión.

Y esta noche no es la excepción.

Estoy despierta. No sé cuánto tiempo llevo así. Minutos, horas, qué importa. El insomnio me ha hecho perder la noción del tiempo. Pero sé, con una certeza helada, que cuando cierre los ojos, no será el vacío lo que me reciba. Será la nieve. Será la carretera. Será el sonido de la tormenta golpeando el parabrisas, los neumáticos resbalando sobre el hielo, la sensación de que el mundo entero se inclinaba bajo nosotros, arrastrándonos hacia algo inevitable.

Porque no importa cuántas veces reviva esa noche en mi mente, el desenlace siempre es el mismo.

Mi mano en el volante. Su voz llamándome por mi nombre. El instante en el que lo supe, en el que entendí que el control era una

mentira.

El golpe.

La oscuridad.

Y luego… el silencio.

Dios.

Me siento en la cama y presiono las palmas de mis manos contra mi rostro, como si el simple hecho de cubrirme pudiera alejarme de todo. Pero el dolor no es un visitante. Es mi sombra. Es la única compañía que nunca me abandona.

Me levanto, sintiendo los músculos entumecidos, la pesadez en mis extremidades como si mi propio cuerpo se resistiera a seguir adelante. Camino en la oscuridad sin encender las luces, sin necesidad de ver por dónde voy. No hay nada en este departamento que pueda hacerme tropezar más de lo que ya lo hago.

La cocina está fría. El piso helado muerde mis pies descalzos, pero apenas lo noto. Abro un armario, saco una taza, pongo agua a calentar. Movimiento tras movimiento, en automático. Lo mismo que he hecho cada noche en la que el sueño me rechaza.

Pasan segundos. O tal vez minutos. La tetera silba. No me muevo.

Solo miro el vapor escapando, difuminando el aire frente a mí, creando figuras efímeras que desaparecen antes de que pueda atraparlas.

Como él. Como nosotros. Como todo lo que alguna vez tuvimos.

Mi garganta se cierra. No quiero hacerlo, pero mis manos se mueven solas. Mi dedo desbloquea el teléfono antes de que mi mente pueda detenerme, antes de que mi parte racional grite que es un error, que esto solo me lastima, que debería dejar de abrir esta herida una y otra vez.

Pero ya es tarde. La galería se ilumina con su rostro. Con su sonrisa.

Con la versión de Ethan que aún no conocía el peso del dolor, que aún no había probado el sabor del miedo. La versión de Ethan que confiaba en mí, que me miraba con amor, que creía que yo jamás lo dañaría.

Cierro los ojos con fuerza.

"Becca, no me gusta esto".

No lo dijo en un tono acusador. No me gritó. No me exigió que parara. Solo… me lo dijo. Como una súplica silenciosa. Como si en el fondo ya supiera que algo iba a pasar.

Y yo no lo escuché. Dios. No lo escuché.

Si hubiera frenado. Si hubiera esperado. Si tan solo hubiera hecho lo correcto. Pero no.

Tenía que demostrar que podía. Tenía que jugar a ser valiente.

Tenía que seguir adelante, como si la tormenta no importara, como si las señales de advertencia fueran simples obstáculos.

Porque yo era la que iba al volante. Yo fui quien eligió no detenerse.

Yo fui quien lo arrastró directo al infierno.

Mi respiración se acelera.

Me aferro al borde de la mesada, sintiendo mis nudillos tensarse, los latidos de mi corazón retumbando en mis oídos como si fueran un eco del impacto, de ese instante en el que todo se desmoronó.

Él no despertó. Yo sí. Y eso no es justo. Nada en esto es justo.

Porque no importa cuánto sufra, cuánto me odie, cuánto desearía cambiar las cosas. Él sigue ahí, atrapado en un cuerpo que no volvió a ser el mismo, en una vida que ya no es la que planeamos juntos.

Y todo por mi culpa.

El té está listo, pero lo dejo ahí. No puedo tragar nada con este nudo en la garganta, con esta presión en el pecho que me hace sentir como si me estuviera ahogando sin agua.

Me apoyo contra la pared y dejo que mi cabeza caiga hacia atrás. Cierro los ojos. Y espero.

Espero que la culpa se disipe, que el peso se aliviane, que la voz en mi cabeza deje de repetir una y otra vez lo que ya sé, lo que he sabido desde el momento en que abrí los ojos en ese auto destrozado.

Pero nada cambia. Nunca cambia. La nieve sigue cayendo.

La carretera sigue ahí, congelada en mi memoria, esperándome cada vez que cierro los ojos.

Y yo sigo atrapada en esa noche, conduciendo hacia un destino que nunca podré cambiar.

CAPÍTULO 65

AHORA

BECCA

Despierto en medio de la noche. La oscuridad me envuelve, y el silencio del departamento es tan denso que parece hacer ruido. Busco el teléfono en la mesita de noche: cuatro y cinco de la mañana. Fantástico. Demasiado tarde para volver a dormirme con calma, demasiado temprano para rendirme al insomnio por completo.

Thor me observa con ojos entrecerrados, somnoliento. Paso la mano por su lomo. No sé qué haría sin él. Tal vez, sin su compañía, ya habría perdido la cabeza.

Esta noche no estoy en el hospital; le tocaba a Nora. Le envío un mensaje para ver si hay alguna novedad, pero no recibo respuesta. Estoy segura de que debe haberse quedado dormida. El hecho de trabajar, seguir estudiando, criar a una niña y ahora, encima, tener a su hermano internado en el hospital, le debe estar pasando factura. La entiendo. Todos estamos sufriendo a nuestra manera.

Sé que no voy a volver a dormirme. Lo supe apenas abrí los ojos, con esa sensación hueca en el pecho que no me abandona desde hace meses. Me levanto sin apuro, como si todo mi cuerpo entendiera que no hay nada al otro lado de la madrugada que valga la pena apresurarse.

Voy a prepararme un café. Es lo único que sigue teniendo sentido en medio de esta rutina suspendida. Hace tiempo que mi vida está

en pausa, en una especie de limbo donde todo se repite, pero nada avanza. Y aunque muchas veces quisiera quedarme ahí, quieta, sin mover ni una sola pieza, sé que Ethan no querría esto para mí.

Me gustaría pensar que, en algún rincón del universo, me mira y me pide que lo intente. Así que eso hago. Lo intento.

Un café. Un pequeño plan. Empezar a pensar, aunque sea, en algunas de las rutinas que quisiera armar para las niñas. Sé que me va a costar. Sé que voy a divagar, que mi cabeza se va a llenar de nudos. Pero necesito hacer algo. Aunque sea una ilusión de movimiento.

Camino descalza hasta la cocina. El frío del suelo me sube por las piernas como un recordatorio suave de que todavía estoy aquí. De que todavía respiro. Todavía siento. A veces quisiera no hacerlo. A veces el silencio es tan ruidoso que duele.

Abro el armario casi sin mirar. Y entonces la veo.

La taza.

Su taza.

Esa que un día eligió sin pensarlo demasiado, como si supiera desde el primer momento que era para él. Nunca fue un regalo. Nunca se la regalé. Simplemente la empezó a usar, y con el tiempo se volvió parte de su ritual.

Esa taza estuvo en todas nuestras mañanas apuradas y en muchas noches largas, cuando el insomnio nos encontraba juntos. Era suya, aunque no llevaba su nombre.

La tomo entre las manos con cuidado, como si pudiera quebrarse al tocarla, o como si al hacerlo, pudiera quebrarme yo.

Y apenas mis dedos rozan la cerámica, lo veo. Lo escucho. Lo siento.

Como si la taza supiera exactamente cómo traerlo de vuelta, aunque sea por un instante.

Era una noche de otoño, y la lluvia golpeaba suavemente los cristales de las ventanas. Ethan y yo habíamos pasado la tarde viendo películas y hablando de todo y de nada. La conversación fluía con naturalidad, como si nos conociéramos de toda la vida.

Sabía que este momento iba a llegar. No quería que fuera incómodo para ninguno de los dos, pero también sabía que iba a tener que preguntarlo en algún momento.

—¿Te quedas a dormir? —le pregunté, casi sin pensar.

Él me miró sorprendido, pero con una sonrisa.

—¿Estás segura?

Asentí, sintiendo una mezcla de nervios y emoción.

—Sí, claro. No quiero que manejes con esta lluvia. Además, estoy segura de que Thor puede hacerte un lugar por una noche —le dije entre risas.

Ethan aceptó, y fue entonces cuando nos dimos cuenta de que no tenía ropa para dormir. Le ofrecí una de mis remeras, y él eligió una rosa con un estampado de unicornio. Al ponérsela, la prenda le quedaba ajustada, y ambos estallamos en carcajadas.

—¡Pareces un adolescente rebelde! —le dije sin poder contener la risa.

—Y tú, una diseñadora de moda con un gusto peculiar —respondió, haciendo una pose exagerada.

Esa noche, el colchón crujía con cada movimiento, y el ventilador zumbaba de manera molesta. Decidimos llevar las mantas al sillón y ver una serie mientras comíamos helado directamente del envase. Creo que los dos también estábamos nerviosos con la situación.

En algún momento, me quedé dormida apoyada en su hombro.

Al despertar, ya era de mañana, y el aroma a café recién hecho inundaba el departamento.

Me levanté y lo encontré en la cocina, preparando café con torpeza. Había usado mi taza favorita. Al verme, sonrió.

—Buenos días. Pensé que te gustaría despertarte con café.

—Gracias —respondí, tomando la taza y sintiendo el calor reconfortante entre mis manos.

Fue en ese momento cuando supe que quería compartir más mañanas como esa con él.

El recuerdo se desvanece, y me encuentro de nuevo en la cocina, con la taza entre las manos. Las lágrimas comienzan a caer por mis mejillas, silenciosas pero implacables.

Siento una punzada en el pecho, una mezcla de dolor y nostalgia. Aprieto la taza con fuerza, como si al hacerlo pudiera traer de vuelta ese momento, esa sensación de plenitud.

Pero mis manos tiemblan, y en un descuido, la taza se desliza y cae al suelo, rompiéndose en mil pedazos.

Me arrodillo y recojo los fragmentos, lastimándome los dedos en el proceso. La sangre se mezcla con las lágrimas, y el dolor físico se suma al emocional.

Siento que una parte de mí se ha roto junto con esa taza.

Me quedo allí, en el suelo de la cocina, abrazando los pedazos rotos, llorando por lo que fue y por lo que ya no será.

Porque esa taza no era solo un objeto; era un símbolo de nuestro amor, de nuestras mañanas compartidas, de nuestras risas y complicidades.

Y ahora, al igual que él, ya no es lo mismo.

CAPÍTULO 66

AHORA

BECCA

La madrugada se desliza lentamente, y el silencio en mi departamento es abrumador. La taza rota en la cocina es un recordatorio tangible de la fragilidad de la vida y de los momentos que compartimos.

Chequeo mi teléfono y veo un mensaje de Nora. "Sin novedades".

Lo mismo de todos los días. No hay avances. No hay mejoras. Y mi cabeza ya no da abasto.

Junto fuerzas y decido salir a caminar, esperando que el aire fresco me ayude a despejar la mente. Al abrir la puerta, noto un sobre en el suelo, justo debajo del buzón. Lo recojo, y al ver la letra en el frente, mi corazón se detiene. Es la caligrafía de Ethan.

Las dudas me atacan. ¿Cómo es posible que una carta firmada por Ethan haya llegado hoy? ¿Cuándo la habrá enviado? Reciente evidentemente no es.

Vuelvo a ingresar a mi departamento y me debato si abrirla o no.

Muero por saber lo que contiene, pero también hay algo que me aterra. Esta carta podría ser lo último que tenga de él sin descubrir. Sus últimas palabras, aunque sean escritas en un papel.

Junto fuerzas y con manos temblorosas abro el sobre y despliego la carta. La fecha en la esquina superior indica que fue escrita justo antes de nuestro viaje. De *ese* viaje.

Becca,

Si estás leyendo esto, entonces pasó lo que imaginé: esta carta llegó a tus manos en un momento completamente aleatorio. Quizás estés tomando café, o peleándote con la cafetera, o simplemente revisando el correo sin esperar nada especial. Y de pronto… aparezco yo.

No voy a negar que me da un poco de vergüenza esto. Es raro escribirte sabiendo que no vas a leerlo ahora, sino quién sabe cuándo. Pero necesitaba sacarlo de adentro. Estoy nervioso. No por el viaje en sí, sino porque sé lo que tengo planeado. Sé lo que voy a hacer. Y me tiemblan las manos solo de pensarlo.

Hoy estuve ensayando frente al espejo. Sí, frente al espejo. La pregunta. Las palabras. Tu nombre. Y nada me salió bien. Todo sonaba torpe, sobreactuado, o demasiado cliché. Así que dejé el intento y vine a escribir esto. Porque si hay algo que sí puedo hacer bien, es escribirte. Quizás porque no me interrumpes, o porque puedo borrar sin que me veas ponerme rojo.

No quiero decir cosas grandes, ni hacer promesas que suenen de película. Solo quiero decirte esto: desde que entraste en mi vida, todo se sintió distinto. Más claro. Más cierto. Como si, por fin, estuviera donde tenía que estar.

No sé si uno alguna vez está "listo" para compartir su vida con alguien. Pero sí sé que no me imagino haciéndolo con nadie más que no sea contigo. Y eso, para mí, ya es una respuesta.

Así que sí, tengo ese anillo ridículamente escondido en la valija. Y sí, lo voy a sacar cuando sienta que es el momento, aunque probablemente lo haga todo mal. Seguro me ponga nervioso, o te diga un chiste para disimular, o me tropiece con mis palabras. Pero no importa. Porque lo único que me interesa es que digas que sí. O mejor dicho: que lo sientas. Que lo desees tanto como yo lo deseo.

Y si lo hiciste, si me estás leyendo ahora con el anillo puesto o guardado en algún rincón de tus cosas, entonces supongo que todo salió como soñaba. Qué locura, ¿no? Tú y yo. Pensando en un futuro. Juntos.

Espero que esta carta te haya hecho reír un poco. Que te haya tomado por sorpresa. No era mi idea que la leyeras en un momento

especial. Justo al revés. Quería que llegara cuando menos lo esperaras. Porque a veces el amor es eso también: lo que aparece en medio del ruido, lo que te encuentra cuando ni siquiera sabías que lo necesitabas.

Te amo, Becca. Y si por el motivo que sea, no te lo dije hoy, te lo digo en esta carta: no tengo miedo cuando te pienso a mi lado.

Nos vemos en casa, donde sea que quede eso para nosotros.

Ethan

Las lágrimas caen sin control sobre el papel, diluyendo algunas palabras. La carta se convierte en un testimonio tangible de un amor profundo y sincero, de un futuro que ahora pende de un hilo.

Me aferro al papel, abrazándolo contra mi pecho, como si pudiera traerlo de vuelta, como si su esencia aún residiera en esas palabras.

El dolor es abrumador, pero también lo es el amor que siento por él. Un amor que trasciende el tiempo, la distancia y la incertidumbre.

Me levanto, con la carta aún en mis manos, y me dirijo al hospital. Necesito estar a su lado, leerle sus propias palabras, recordarle lo que sentimos, lo que soñamos.

Al llegar a su habitación, me siento junto a su cama, tomo su mano y comienzo a leérsela en voz alta. Cada palabra es una súplica, una esperanza, una declaración de amor que espero lo alcance, donde sea que su conciencia esté vagando.

—Te amo, Ethan —susurro al final, besando suavemente su frente—. Creo en nosotros.

El monitor cardíaco sigue su ritmo constante, pero en mi corazón, una chispa de esperanza se enciende. Porque el amor verdadero tiene el poder de sanar, de traer de vuelta, de vencer incluso a la muerte.

CAPÍTULO 67

AHORA

BECCA

Hago girar el anillo en mi dedo anular. Desde que la "noticia" salió a la luz, me siento absolutamente culpable por no haberlo llevado puesto todo este tiempo.

Después del accidente, entregaron a Mia una bolsa con las pertenencias que lograron rescatar del coche. Allí estaba: el anillo. Aquel anillo que Ethan me entregó como una promesa de amor eterno, una promesa que nos daba miedo, pero cuya felicidad ocupaba más espacio en ese entonces.

Tenerlo puesto me reconforta, pero también lo siento como una piedra. Un peso inexplicable que me hace sentir asfixiada, encerrada.

Mientras lo observo, una oleada de recuerdos me invade y viajo automáticamente a esa cabaña.

Han pasado seis meses desde el accidente, y mi mente comienza a imaginar lo peor. Pensar que Ethan ya no será parte de mi vida, de la de Grace, de la de Asher, me destruye.

No quiero ser quien tome la decisión de desconectarlo, de terminar con su vida. No estoy lista. No puedo hacerlo.

Mientras mis pensamientos se arremolinan, una enfermera entra en la sala. Me saluda, como siempre, con una mirada de nostalgia y pena. Ya no lucho contra esas miradas. Sería gastar fuerzas en algo que no tiene sentido. Si quieren verme como la pobre viuda que está

a punto de perder a su marido por un accidente provocado por ella misma, que así sea.

Observo cómo le toman los signos vitales y realizan los procedimientos de rutina. He pasado tantos días y noches en este hospital que estoy segura de que podría realizarlos yo misma.

Cuando la enfermera se retira, el doctor Lawrence entra en la sala con una expresión grave.

—Hola, Becca. ¿Cómo estás? ¿Has podido descansar?

—Si a descansar le llamas dormir casi todas las noches en esta silla de hospital, podríamos decir que sí.

Me mira con compasión. Y yo me preparo para lo peor, si es que algo peor que esta situación existe.

—Becca… —comienza con una voz suave, pausada, como si eligiera cada palabra con sumo cuidado—. Lamentablemente tengo que darte noticias que no querrías escuchar. El estado de Ethan ha empeorado considerablemente en las últimas horas.

No digo nada. Apenas asiento.

No quiero decirle que lo sentí. Que sabía que esto se avecinaba.

—Estamos enfrentando un cuadro de hipoxia severa —continúa —. Eso significa que los niveles de oxígeno en su sangre han caído a niveles críticos, a pesar del soporte ventilatorio. Lo preocupante no es solo la falta de oxígeno, sino el tiempo que lleva así. El cerebro, el corazón, los riñones… todos sus órganos están comenzando a resentirse por la falta de oxígeno adecuado.

El doctor baja la mirada un segundo y luego vuelve a buscar mis ojos.

—Hemos agotado las intervenciones posibles. Y aunque su corazón aún late, su cuerpo se está rindiendo. Sabemos que a veces el cuerpo resiste por amor, por apego… pero médicamente, Becca, estamos llegando al final.

Siento cómo el aire se me escapa, cómo la sala se achica a mi alrededor.

Y es ahí cuando escucho las peores palabras que una persona puede escuchar en su vida.

—Si hay algo que quieras decirle… Este es el momento.

.

CAPÍTULO 68

AHORA

BECCA

Cuando el doctor Lawrence se retira de la sala, siento como si una losa invisible se desplomara sobre mi pecho. Me cuesta entender que lo que acaba de decirme es real. Que Ethan no va a mejorar. Que lo estamos perdiendo. Y que a pesar de que su alma parece seguir peleando, su cuerpo ya no puede más.

Lo miro. Lo contemplo en ese estado inmóvil, sostenido por tubos, monitores y máquinas que hacen el trabajo que su cuerpo ya no puede.

Y me invade un dolor tan agudo que me deja sin aliento.

Un vacío que se va expandiendo como una grieta lenta pero irreversible.

No debe faltar mucho para que llamen a sus padres. A Nora. A Asher.

A quienes amaron a Ethan desde siempre, a quienes compartieron su vida desde antes de que yo llegara.

Y pienso, mientras lo observo, que no existe forma de estar listo para perder así a alguien que amas.

Ethan se está yendo. Lo sé.

Y una parte de mí también quiere irse con él.

Mi mente no para. Un torbellino de imágenes, de risas pasadas, de conversaciones interrumpidas, de sueños compartidos. Todo aparece con una claridad hiriente.

La manera en la que me abrazaba por detrás cuando cocinaba.

Los chistes malos que solo él podía contar sin que me molesten.

Las canciones que cantaba en voz baja pensando que yo dormía.

El día que me pidió que fuera su esposa.

El anillo que ahora brilla en mi dedo como un símbolo de algo que se escapa.

Lo tengo aquí, pero no está aquí conmigo realmente.

Lo supe desde el día del accidente. Algo en él se quebró para siempre aquella noche, y aunque nunca lo dije en voz alta, supe que esa versión de Ethan ya no volvería.

¿Cómo hace uno para despedirse cuando no está listo para decir adiós?

¿Cómo le pones punto final a una historia que aún no querías terminar?

Tomo su mano. Está fría, distinta.

No se cierra. No reacciona. Está inerte. Y eso me parte.

—Confío plenamente en que estas palabras van a llegarte —digo apenas, luchando contra el llanto—. Siempre escuchaste todo, Ethan. Siempre estuviste ahí, aún en silencio.

Me acerco más, como si hablarle al oído fuera más íntimo, más real.

—Es tan difícil poner en palabras lo que significas para mí. Lo que somos. Pero creo que ya lo sabes. Sabes que te amo, que te amé desde ese primer momento en el que me hiciste sentir vista. Y sabes que quiero lo mejor para ti. Incluso si eso significa dejarte ir.

Mis dedos tiemblan sobre los suyos. Siento como si estuviera despidiéndome de un mundo entero.

De todo lo que creí que íbamos a ser.

—No quiero que sigas sufriendo, Ethan. No quiero que te duela más. Solo te pido algo… No me obligues a ser yo quien lo decida. No podría vivir con esa carga. Si tienes que irte… elígelo tú. A tu manera. A tu tiempo. Pero por favor, no me lo pidas a mí.

El pitido constante de la máquina es el único sonido que nos acompaña.

Y por un instante, juro que sus párpados se mueven. Un temblor mínimo. Casi imperceptible.

Pero no me ilusiono. No puedo.

Porque la esperanza, cuando se apaga, es la oscuridad más densa que existe.

—Fuiste mi luz en la oscuridad. Mi refugio. El primer lugar al que quise volver siempre.

Levanto la vista. Detrás del vidrio, sus padres nos miran.

Hay dolor en sus ojos, pero también hay resignación.

La misma que estoy tratando de alcanzar.

—Te amo —susurro con voz rota—. Y lo voy a hacer siempre. Pase lo que pase. Seremos siempre nosotros.

Me cubro la boca con el puño, conteniendo el grito que quiere salir.

Este momento no es mío. Es suyo.

No puedo arruinarlo con mi desesperación.

Cierro los ojos. Y los recuerdos me envuelven.

Las noches juntos. Las discusiones tontas. Las reconciliaciones. Los domingos por la mañana en la cama. Sus dedos enredados en los míos. Todo lo que fuimos, todo lo que ya no vamos a ser.

—Gracias, Ethan. Gracias por elegirme. Si estás listo… yo también lo estoy.

Me inclino hacia él. Y le beso la frente. Es un gesto suave, contenido. Un adiós que me arranca el alma.

Entonces, el silencio cambia. Se vuelve absoluto.

Y escucho ese sonido.

El pitido.

El sonido que me perseguirá por el resto de mi vida.

El que se colará en mis pesadillas.

El que marcará, siempre, el momento exacto en que todo terminó.

El pitido final.

El de la máquina de Ethan, anunciando que todo lo que teníamos… acaba de terminarse.

CAPÍTULO 69

AHORA

BECCA

El pitido.

Ese sonido agudo, prolongado, que no da respiro, que corta el alma en dos y que parece atravesar incluso las paredes del hospital.

Me quedo inmóvil. Es como si me hubieran arrancado el corazón de un solo golpe y el cuerpo no supiera cómo seguir funcionando sin él. Todo dentro de mí se detiene: el aire, los latidos, el pensamiento. Solo ese sonido se repite, una y otra vez, como una campana de duelo anunciando lo que no quiero aceptar.

El personal médico entra a la habitación en silencio. No necesitan hablarme. No necesitan explicarme nada. Ese pitido ya lo dijo todo. La máquina dejó de registrar vida, de registrar a Ethan.

Y, sin embargo, yo sigo ahí, parada al borde de su cama, con la mano aún aferrada a la suya, negándome a soltarlo. Me inclino, busco su rostro, sus pestañas inmóviles, su boca entreabierta, su pecho que ya no sube ni baja. No. No puede ser. Esto no puede estar pasando.

—¡No! ¡No, no, no! —grito con toda la voz que me queda, con el alma rota. Siento que mi garganta se desgarra, que mi cuerpo se parte en mil pedazos. Me agarro del borde de la cama como si pudiera detener la muerte a fuerza de uñas y desesperación.

—¡Ethan, por favor! ¡No me hagas esto! ¡No te vayas!

Caigo de rodillas, con la frente apoyada contra su brazo inerte, y lloro como nunca antes lloré en mi vida. Cada lágrima es un puñal, cada sollozo un eco de lo que no pude salvar. El dolor no es solo físico, es algo más profundo, más feroz. Es el vacío. La ausencia.

No escucho cuando la puerta se abre otra vez. Siento, apenas, pasos. Luego, unos brazos que me rodean por detrás.

—Becca... —dice una voz quebrada. Es Nora. Su voz temblorosa y cargada de dolor. Su abrazo es cálido, pero frágil, como si se estuviera sosteniendo a sí misma al abrazarme a mí.

Levanto la vista y lo veo a Asher. Sus ojos están llenos de lágrimas, su rostro desencajado. No dice nada. Solo se acerca, y en un movimiento instintivo, los tres terminamos abrazados sobre el cuerpo sin vida de Ethan.

Lloramos juntos. Gritamos juntos. Nos rompemos, todos, en ese instante.

Nora se aferra a mi espalda como si temiera que yo también me fuera. Asher tiene la cara hundida en mi hombro, sus dedos temblorosos acariciando el cabello de su mejor amigo, despidiéndose en silencio.

Yo, en cambio, no tengo silencio.

—¡No es justo! ¡No tenía que ser así! —Mi voz sale como un lamento animal, primitivo, como si el alma se me desgarrara por la garganta—. ¡Él no merecía esto! ¡Nosotros no merecíamos esto!

Asher aprieta los dientes, niega con la cabeza, mientras las lágrimas siguen cayendo por sus mejillas.

—Nos prometimos tantas cosas —digo tocando una vez más el rostro de Ethan—. Una vida entera. Un futuro. Una familia. ¡No puedes haberte ido así! ¡No puedes dejarme sola!

La habitación ya no parece una habitación. Es una tumba. Un santuario. El lugar donde todo terminó. Donde una parte de nosotros murió para siempre.

Nos quedamos así, los tres. Abrazados, derrotados, llorando a quien fue, a quien ya no será. Sin importar el tiempo que pase, este será el momento al que volveré cada vez que cierre los ojos.

El pitido sigue resonando en mi mente.

Me acompañará por siempre.

Como una herida abierta.
Como una promesa rota.
Como el último adiós.

CAPÍTULO 70

AHORA

BECCA

El final de su vida.

El final de la nuestra.

Todo aquello que fuimos, que construimos, que soñamos... se diluye en un solo instante.

No volveré a oír su voz. No volveré a escuchar su risa.

No habrá más mañanas compartidas, ni sus manos envolviendo las mías.

Lo perdí. Ethan ya no está.

Las lágrimas brotan sin control. Y mis gritos... mis gritos rasgan el aire del hospital, llenan los pasillos, se mezclan con el sonido muerto de la máquina.

No es justo.

No se lo merecía.

Ni él, ni yo.

Aunque esto ya no se trata de mí. Nunca se trató de mí.

Me aferro a la sábana blanca que cubre su pecho inmóvil, buscando un latido que ya no está, una chispa, una mentira piadosa del universo. Nada.

Siempre creí que todo en la vida tenía un propósito, una razón escondida detrás del dolor. Pero esto… esto no tiene sentido.

No hay enseñanza. No hay redención. Solo pérdida.

Ethan se fue. Ethan murió.

Y yo… yo morí con él.
Aunque, lamentablemente, sigo respirando.

EPÍLOGO

OCHO MESES DESPUÉS

BECCA

Hay días en los que me levanto sin saber para qué.

Me siento al borde de la cama, con los pies en el suelo y la mirada perdida en ninguna parte. El departamento está en silencio, ese silencio denso que no acompaña: ahoga.

Thor me observa desde la puerta, con esa mezcla de paciencia y tristeza que solo tienen los perros. A veces creo que él también lo sigue esperando.

A Ethan.

Han pasado ocho meses. Y aunque todo a mi alrededor sigue avanzando —los calendarios, los mensajes, el mundo—, yo estoy estancada en el mismo segundo. Ese en el que la máquina emitió el último pitido y lo supe. Que no iba a volver. Que todo lo que éramos, se terminaría ahí.

Hay algo en mí que sigue esperando que no sea verdad. Como si mi cuerpo no se hubiera enterado del todo. Todavía busco su voz en el aire. Todavía, algunas noches, me doy vuelta en la cama esperando encontrar su espalda tibia. Y cuando no está... cuando recuerdo que no va a estar más... me hundo.

Hay muchas cosas que nadie te dice sobre el duelo.

Nadie te dice que el dolor no es lineal. Que hay días en los que puedes reír, y horas después estar hecha pedazos en el suelo sin motivo aparente. Que la tristeza se mete en los lugares más

absurdos: en una canción vieja, en una toalla que sigue colgada, en una remera suya que te da miedo lavar.

Nadie te dice que la culpa también se queda. Por lo que no dijiste. Por lo que no hiciste de otra manera. Por haber sido feliz. Por no serlo ahora.

Y, sobre todo, nadie te dice que el miedo más grande no es olvidar… Es seguir viviendo.

Seguir comiendo, respirando, caminando. Haciendo cosas comunes. Armando rutinas sin él.

Como si se pudiera.

Como si no fuera una traición.

Sigo yendo al gimnasio. Mis alumnas, sin saberlo, se convirtieron en mi ancla. Hay algo en la risa de una niña, en su forma desprolija de vivir el presente, que me recuerda que la vida todavía pasa. Incluso cuando no quieres que pase.

Mia me obliga a comer. A veces me lleva plantas nuevas para que cuide, como si eso pudiera salvarme.

Thor duerme conmigo todas las noches. Creo que entiende. Me mira con esos ojos llenos de sabiduría silenciosa y se acurruca sin pedirme nada. Solo se queda.

Nora aparece cada tanto con un pastel nuevo que quiere que pruebe y esa calma suya que a veces me salva. Grace me abraza fuerte, como si todavía creyera que sus brazos pueden arreglar el mundo. Y Asher... Asher no me suelta. Se sienta conmigo en silencio cuando no tengo ganas de hablar y me recuerda, sin decirlo, que no estoy sola.

A veces sueño con Ethan. Otras veces, peor, lo olvido por horas. Y cuando me acuerdo, el golpe es más duro. Es como si el cuerpo gritara: "¡Cómo pudiste olvidarlo por un segundo!".

Ocho meses es suficiente tiempo para saber que no hay vuelta atrás. Que esto es real. Que él no va a entrar por la puerta con esa sonrisa desarmante, como si nada. Que no fue un mal sueño.

Hoy volví a pasar por el hospital.

No entré. No podría.

Pero me quedé en la puerta un rato largo. Sentada en el auto. Mirando la entrada. Como si esperara que, en cualquier momento, él

saliera caminando, medio dormido, como si nada hubiera pasado.

No sucedió.

Lo supe. Y aun así, me quedé.

Después, sin querer, puse su playlist en el auto. Fue automático. Le di play, y la primera canción que sonó fue esa que cantaba en la ducha sin saberse la letra. Me reí. Lloré. Las dos cosas al mismo tiempo. Porque es así ahora: la tristeza y la ternura van juntas. No sé si eso es avanzar o romperse distinto.

Vi algo en el retrovisor. Un rayito de sol colándose entre los árboles.

Y pensé en él.

Y lo sentí. Una presión en el pecho. No dolor. No angustia. Algo... tibio. Como si él estuviera conmigo un segundo. Como si me hubiera empujado a avanzar. Como si me susurrara que todo está bien.

No lo digo en voz alta porque suena a locura. Pero juro que lo sentí.

Y por primera vez en mucho tiempo, me permití una sonrisa.

Pequeña. Dolorosa. Real.

No porque esté bien. No lo estoy.

No porque haya sanado. Ni cerca.

Pero por un instante, lo sentí cerca. Y eso fue suficiente.

Ese instante fue mínimo. Ínfimo. Pero distinto.

Y entendí algo.

Que no voy a dejar de extrañarlo. Que va a seguir faltando todos los días de mi vida. Que hay espacios que no se llenan.

Pero también entendí que el amor que me dejó no se terminó con su muerte.

Ese amor sigue.

Late en los gestos. En las memorias. En las cosas pequeñas. En cómo me sostengo cuando no puedo más.

Y tal vez —solo tal vez—, esa forma nueva que tiene ahora, distinta, invisible, rota... me alcance para seguir.

Porque incluso dentro de la tristeza más densa, a veces —solo a veces—, la memoria nos regala algo parecido a la esperanza.

Y tal vez... tal vez eso sea suficiente para seguir respirando.

Aunque duela. Aunque falte. Aunque ya no esté.

Porque hay amores que no se acaban.
Solo cambian de forma.

AGRADECIMIENTOS

Si hay algo que me define —y que por suerte muchos me recuerdan — es lo agradecida que soy. Tal vez por eso escribir estas palabras no me resultó difícil, aunque su extensión diga lo contrario. Tengo la fortuna de estar rodeada de personas increíbles y no quería olvidarme de ninguna.

Primero, tengo que agradecer a mis papás.

A mi mamá, por enseñarme a leer a los cuatro años y contagiarme su pasión por la lectura (le encanta que lo diga).

A mi papá, por enseñarme a no bajar nunca los brazos.

Son quienes más me impulsan, me bancan y me enseñan todos los días. Soy quien soy gracias a ellos: mis valores, mi forma de ser, todo se lo debo a ellos dos. Gracias, siempre.

A mis mejores amigas, Kari, Cruz y Cande. Gracias por empujarme a ser mi mejor versión, por manijearse conmigo en cada plan, idea o locura que se me cruza. Para mí, la amistad es de las cosas más lindas de la vida, y con ustedes lo confirmo todos los días.

A Sofi, la persona más talentosa con la que me tocó trabajar. Solo nosotras sabemos todo lo que podemos lograr juntas.

A Abru, mi peluquera y amiga. Gracias por ser una mujer que me recuerda todos los días que puedo conseguir todo lo que quiera, siempre.

A mis amigas cuyo grupo de WhatsApp no puede ser nombrado: Ani, Belu, Maga y Sabri. Gracias por estar, por apoyar, por leer los

miles de mensajes y por entender incluso cuando no hacía falta explicar nada.

A las T&T, por bancarme en cada club, charla y proyecto. Por haber sido parte de todo el proceso.

A quienes están del otro lado de la pantalla, pero también mucho más cerca de lo que creen: gracias. A la comunidad que se fue formando con el tiempo y que sostiene cada proyecto que hago. Sin ustedes, este libro no existiría.

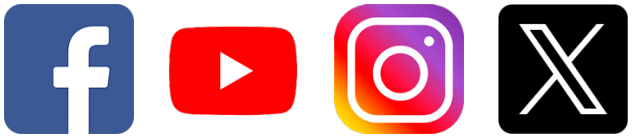
A Nacho, por impulsarme, acompañarme y quererme de una manera que solo nosotros dos entendemos. Gracias por estar desde el primer día en el que puse una coma en esta historia. Por bajarme de la nube cuando hace falta y ayudarme a regular tantas veces.

A Alvin, por confiar en esta historia y darle una oportunidad. Todavía me cuesta creer que esto sea real.

Y, por último —pero no menos importante—, gracias a vos por darle una oportunidad a esta historia. Ojalá que, a pesar del dolor, hayas podido enamorarte, sufrir y disfrutar junto a Ethan y Becca. Ojalá pronto nos volvamos a encontrar en una nueva historia.

Grupo Planeta

¡Seguinos!




Portada del libro Más inmenso que el cielo de Ivana Kasper. Planeta sello editorial.